

01058

252

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LA PROPUESTA POLÍTICA GRAMSCIANA: PERSPECTIVAS Y
LIMITACIONES

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN FILOSOFÍA PRESENTA
ERNESTO GONZÁLEZ NEGRETE

MÉXICO, D.F.

1999



TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

271935



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

FALTA PAGINA

No. **1,2**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

A) LAS TESIS GRAMSCIANAS CLÁSICAS: HEGEMONÍA, DEMOCRACIA Y PODER

1 El Estado 14

1.1 El Estado y la hegemonía

1.2 El Estado, el consenso y la nación

1.3 El Estado y el partido político comunista

1.4 Conclusiones

2 La sociedad civil 47

2.1 La sociedad civil como sistema político

2.2 La democracia representativa y los derechos individuales

2.3 Los partidos políticos, la democracia y la hegemonía

B) DISCUSIÓN Y POLÉMICA: EL ANÁLISIS CRÍTICO DE GRAMSCI

3.1 Bobbio y la teoría política gramsciana 94

3.2 Buci-Glucksmann y Bobbio: dos propuestas interpretativas

3.3 La hegemonía, la sociedad civil y el Estado como superestructura

3.4 La hegemonía cultural y la sociedad civil

4 El enfoque de Mouffe y Laclau 117

4.1 La interpretación de Mouffe sobre Gramsci

4.2 La crítica de Mouffe a Bobbio

4.3 La propuesta de Mouffe y Laclau: los alcances y las limitaciones del planteamiento gramsciano

5 Conclusiones	139
5.1 La vigencia de Gramsci según las interpretaciones de Glucksmann, Bobbio, Mouffe y Laclau	
5.2 Una crítica a la interpretación de Bobbio sobre Gramsci	
5.3 Consideraciones finales: la democracia, la izquierda y la derecha actualmente	
 Bibliografía	 164

INTRODUCCIÓN

Uno de los principales objetivos de nuestra investigación es proponer como hipótesis que algunos de los principales temas y problemas que vertebran el planteamiento político gramsciano son vigentes, porque nos permiten entender cómo operan los procesos y controles de producción y reproducción social en nuestros días.

Proponemos que son útiles para la nueva izquierda, para las nuevas izquierdas porque abren posibilidades de que construyan sistemas de equivalencias entre los grupos y las clases, que pueden constituir con aquélla nuevos sujetos políticos, basados en parte en el igualitarismo, en la democracia social, en el humanismo y en las libertades.

Extendiendo éstos de modo que puedan convertirse en espacios ideológico-políticos alternativos, para formar nuevas zonas y sujetos (donde la izquierda puede o no estar incluida) que generen paulatinamente las condiciones para construir nuevas articulaciones hegemónicas. Lo anterior se da en un momento histórico en que coinciden la politización de lo social, el surgimiento de las nuevas derechas, la descomposición del socialismo y la consolidación del capitalismo en el mundo, configurando un panorama que dificulta a las izquierdas mantener lo que han logrado en nuestro siglo y obtener crecimientos significativos y perdurables en el futuro.

A mi juicio uno de los aspectos más relevantes y vigentes del planteamiento gramsciano es su teoría de la hegemonía porque engloba una amplia concepción de la sociedad civil considerada en sus distintas articulaciones. La hegemonía incluye además del momento de la dirección política también el de la dirección cultural, abarca no sólo al partido sino a todas las otras instituciones de la sociedad civil que tienen relación con la elaboración y la difusión de la cultura: tiende a la formación de voluntades colectivas capaces de crear un nuevo aparato estatal y de transformar la sociedad y también a la elaboración y difusión de nuevas concepciones del mundo.

Una parte medular para defender nuestra hipótesis es analizar estos temas y problemas gramscianos desde una perspectiva crítica mediante el enfoque posestructuralista y deconstructivista de Mouffe y Laclau. Según éste, el planteamiento gramsciano ha sido criticado desde diferentes perspectivas en el siglo XX, que han mostrado que su vigencia hoy es limitada y que es insostenible afirmar que la mayoría de los problemas de la teoría política marxista pueden ser resueltos por él.

Mouffe y Laclau plantean que forzando las propuestas gramscianas, lo que podemos sugerir es que su vigencia reside en señalar temas y problemas a partir de las cuales podemos explicar cómo los diferentes sujetos sociales en el capitalismo construyen y ejercen la hegemonía, entendida como dirección política, intelectual y moral, en la sociedad civil y en el Estado. Esto mediante la democracia, los derechos individuales, la división de poderes, el sistema de partidos y mediante el individualismo y el utilitarismo. Dichas propuestas señalan también cuestiones que deben resolver los sujetos de izquierda si aspiran a convertirse en hegemónicos en el futuro.

Considero que lo rescatable de las propuestas gramscianas es poder explicar algunos aspectos actuales de la producción y reproducción social, por dos razones: porque matizándolas pueden formar parte de una concepción política nueva y alternativa; y porque actualmente las relaciones y las prácticas hegemónicas producen y reproducen lo social, subrayando que son rescatables a pesar de la descomposición del socialismo en la mayor parte del mundo.

Otra parte de nuestra hipótesis, relacionada con la anterior, se refiere a las limitaciones del planteamiento gramsciano.

Apoyándonos en la interpretación de Mouffe y Laclau sostenemos que hay vestigios de esencialismo en éste porque propone ideas que operan como principios de organización social a partir de los cuales se activan los procesos, las normas y las instituciones que ensamblan lo social, que vertebran las diferentes dimensiones de lo social.

Específicamente, Gramsci plantea que la constitución de los grupos sociales como sujetos políticos depende de su articulación a las clases sociales, y que el principio unificador de un sistema ideológico es el principio hegemónico que proviene de una clase fundamental, lo cual es cuestionable porque reduce la movilidad de las fronteras políticas e ideológicas, limitando la inestabilidad de lo social: con sus propuestas se pierde parcialmente el carácter contingente y abierto de lo social.

Ahora bien, para desarrollar y fundamentar nuestra hipótesis dividimos nuestra investigación en cinco capítulos, y nos apoyamos en los **Cuadernos de la cárcel**, del propio Gramsci; en la interpretación que sostienen Mouffe y Laclau en **Hegemonía y estrategia socialista**, y Mouffe en el ensayo titulado *Structure, superstructure and civil society*, que aparecen en el texto **Gramsci and marxist theory**; en algunas propuestas que plantea Buci-Glucksmann en, **Gramsci y el Estado**, (hacia una teoría materialista de la filosofía); en el análisis que sostiene Bobbio en, 'Gramsci y la concepción de la sociedad civil', que forma parte de **Gramsci y las ciencias sociales**, y en **Estado, gobierno y sociedad**.

En el primer capítulo nos basamos en la interpretación que proponen Mouffe y Laclau sobre las propuestas gramscianas de que el ejercicio de la hegemonía se distribuye entre el Estado y quienes forman la sociedad civil, y de que el Estado activa una parte de los controles, las instituciones y los procedimientos políticos, intelectuales y morales mediante los cuales dirige a los individuos, los grupos y las clases sociales que constituyen la sociedad civil.

Destacamos que el Estado comparte la hegemonía con los sujetos que forman parte de la sociedad civil, y dispone de procedimientos e instituciones que le son exclusivos y que le confieren una autonomía relativa frente a ésta, dicho de otra forma, que ejerce la hegemonía de dos maneras, dirigiendo política, intelectual y moralmente mediante los procedimientos e instituciones propias de la sociedad civil, y mediante aquéllos que le son exclusivos y que giran en torno de la conciencia nacional.

Examinamos cómo, según Gramsci, en el capitalismo el Estado organiza políticamente a los grupos y las clases sociales que constituyen la sociedad civil mediante la democracia representativa, los derechos individuales (la libertad y la igualdad), el sistema de partidos y la división de poderes, el individualismo y el utilitarismo, (que son los ejes del proyecto social liberal), y mediante la conciencia nacional, activándolos como modos de producción y reproducción social.

En el segundo capítulo interpretamos lo que sostiene Gramsci sobre la construcción de la hegemonía en la sociedad civil, basándonos en las propuestas de Mouffe, Laclau y Bobbio.

Nuestro objetivo es entender por qué y cómo también en la sociedad civil la dirección política depende de la dirección intelectual y moral, entender por qué y cómo la burguesía y los grupos sociales cercanos a ella se constituyen como sujetos hegemónicos mediante el consenso activo, que consiste en que la mayoría de las clases y los grupos sociales subalternos aceptan abiertamente su hegemonía. Esto implica que se adhieren a su proyecto político, a la democracia representativa, a los derechos individuales, al sistema de partidos, a la división de poderes y al sistema jurídico-penal porque se adhieren a su proyecto intelectual y moral, al individualismo y al utilitarismo, y a los procesos e instituciones educativas, culturales y morales que se requieren para desplegarlos.

Bobbio sostiene que, según la concepción gramsciana de hegemonía, la dirección política depende de la dirección intelectual y moral, que los sujetos hegemónicos construyen la presencia, la autoridad y la legitimidad políticas en la sociedad civil en la medida en que filtran sus concepciones del mundo, sus formas de vida, sus reglas y sus valores a los grupos y las clases subalternas: para dirigirlos políticamente requiere dirigirlos intelectual y moralmente.

Esto significa que las clases y los grupos sociales aceptan ser subalternos, en buena medida, porque vertebran sus concepciones del mundo y sus modos de vida mediante el individualismo y el utilitarismo y legitiman los procesos e instituciones educativas, culturales y morales que se requieren para desplegarlos; aceptan roles sociales subalternos, porque asumen como propios los gustos, las costumbres, las preferencias, los valores y los valores intelectuales y morales de los sujetos hegemónicos, aún cuando le son ajenos. Al hacerlo vertebran también sus concepciones y sus prácticas políticas mediante la democracia representativa, la división de poderes, el sistema de partidos y el sistema jurídico-penal, produciendo y reproduciendo el capitalismo.

Por otro lado, apoyándonos en Bobbio, Mouffe y Laclau, sostenemos que para Gramsci estos sujetos subalternos, algunos de los cuales son de izquierda, deben aprovechar las ventajas que la democracia representativa les ofrece en el capitalismo. Deben aprovechar los procedimientos e instituciones democráticas

para construir y expandir cadenas de equivalencias entre las distintas luchas contra la opresión, a las que pueden articularse otras fuerzas políticas, cadenas que fomentan antagonismos que, aunados a otras variables, pueden convertirse en relaciones y prácticas hegemónicas nuevas.

A mi juicio Gramsci propone que si los grupos y las clases subalternas pretenden ser hegemónicos deben aprovechar que la democracia es subversiva, que al activarla subvierte las relaciones y estructuras de poder tradicionales que descienden de arriba hacia abajo, abriendo espacios de organización y acción políticas alternativas en la sociedad civil, ensanchando las bases del poder. Sin que esto signifique que la democracia es la panacea para resolver los problemas generados por la organización global de sociedades cada vez más complejas.

Si las clases y los grupos subordinados aspiran a ser hegemónicos, requieren impulsar paulatinamente los principales elementos políticos, intelectuales, morales y económicos de su proyecto social mediante la democracia y los derechos individuales. El objetivo es lograr que los demás grupos y clases que constituyen la sociedad civil los incorporen paulatinamente a sus concepciones del mundo, sus formas de vida, y a sus concepciones y prácticas políticas, de tal suerte que empiecen a reconocerlos e identificarlos.

Por su parte, en el tercer capítulo analizamos lo que plantea Bobbio sobre dos dicotomías que Gramsci articula y superpone continuamente en su planteamiento. Son la dicotomía entre estructura y superestructura, en la que subraya el peso de la superestructura en la constitución de la hegemonía y de la sociedad civil, y la dicotomía en la superestructura, entre la dirección política y la ético-cultural, en la que enfatiza la complejidad en la constitución y el ejercicio de la hegemonía.

Consideramos también algunas coincidencias y diferencias entre la interpretación hegeliano-marxista de Bobbio y la althousseriana de Buci-Glucksmann que, a nuestro juicio enriquecen el planteamiento gramsciano. Y señalamos una diferencia importante entre ambas que para nosotros supone una limitación en la interpretación de Bobbio.

Indagamos por qué Bobbio plantea que, según Gramsci, la sociedad civil está formada por distintas clases y grupos que actúan conciente y libremente, definiendo cómo organizar las relaciones e instancias de poder al elegir el tipo de gobierno, la conformación del parlamento, la autonomía de los poderes, el perfil ideológico de las principales fuerzas políticas. Deciden también cómo estructurar las relaciones e instancias económicas al elegir cómo organizar las relaciones de producción, la división del trabajo, los procesos de intercambio, los tipos de propiedad privada y las características del mercado: clases y grupos que forjan libremente la sociedad en que viven, transformándola continuamente para alcanzar las metas que se han propuesto.

Por otro lado, mostramos que según Buci-Glucksmann y Bobbio la idea gramsciana de que la hegemonía consiste en dirigir política y culturalmente, y la dependencia de aquélla respecto de la segunda, juegan un papel medular en la construcción gradual de las condiciones requeridas para balancear las relaciones de poder en el capitalismo.

Coinciden en destacar el peso que asigna Gramsci a la dimensión cultural de la hegemonía, por las alternativas que ofrece para forjar un ser humano nuevo, y porque la dimensión intelectual y moral abre alternativas para que los sujetos de izquierda desarticulen los elementos ideológicos liberales enajenantes y articulen elementos ideológicos nuevos. Específicamente el colectivismo, el humanismo y la igualdad, de modo que vertebren concepciones del mundo y formas de vida alternativas, abriendo las posibilidades de que construyan y desplieguen también concepciones y prácticas políticas alternativas y nuevas.

En este sentido, Bobbio y Glucksmann coinciden en que relegar estas propuestas gramscianas a segundo plano es y ha sido un grave error del determinismo economicista marxista de nuestro siglo, que identifica y confunde materialismo con economicismo, como si la única opción para proponer reflexiones materialistas la ofreciera el economicismo.

Destacamos que la interpretación de Glucksmann propone que la hegemonía económica tienen un peso central en el planteamiento gramsciano, propone que el aparato de hegemonía no pertenece solamente al campo de la reproducción ideológica sino también al campo de la reproducción económica. Esto implica que si los sujetos de izquierda en nuestros días aspiran a convertirse en hegemónicos requieren dirigir económicamente, esto es, requieren generar las condiciones bajo las cuales además de luchar por mejorar el nivel económico de los trabajadores sean capaces de organizar la economía de una nación.

Y subrayamos también que esta interpretación propone que el Estado comparte la hegemonía con los sujetos que forman parte de la sociedad civil y dispone de procedimientos e instituciones que le son exclusivos y que le confieren una autonomía relativa frente a ésta. Esto implica que si los sujetos de izquierda en nuestros días aspiran a convertirse en hegemónicos, están obligados a aprovechar las distintas alternativas que les ofrece el Estado. Dicho en otras palabras, están obligados a integrarse a los espacios e instituciones de poder que el Estado comparte con la sociedad civil y a los que giran en torno de la conciencia nacional y la nación.

Finalmente, nos apoyamos en estos argumentos planteados por Glucksmann para fundamentar nuestra postura de que hay una limitación en la interpretación de Bobbio sobre Gramsci.

Ahora bien, en el cuarto capítulo nuestro objetivo es analizar lo que plantea Mouffe sobre la concepción gramsciana de la hegemonía, la ideología y la sociedad civil, su crítica a la interpretación de Bobbio sobre Gramsci, y analizar también qué sostienen Mouffe y Laclau respecto de algunos de los alcances y las limitaciones de esta concepción.

Por un lado, Mouffe sostiene que el planteamiento gramsciano contiene propuestas que ponen el acento en el papel que desempeñan las ideologías en la constitución de articulaciones y prácticas hegemónicas en la sociedad civil. Tomando en cuenta que, según Mouffe, la ideología la articulan elementos discursivos y no discursivos caracterizados por su practicidad, mediante los cuales los grupos y las clases se constituyen como sujetos; y que si la dirección política depende de la dirección intelectual y moral y lo intelectual y moral son parte de la ideología, la dirección política depende de ésta.

Los sujetos políticos que son hegemónicos o aspiran a serlo, requieren articular y rearticular continuamente los elementos ideológicos de los grupos y las clases a quienes dirigen, ajustándose a la movilidad del contexto social e histórico. Requieren articular y desarticular continuamente las concepciones del mundo y las formas de vida, los valores, las costumbres, las reglas y los ideales intelectuales y morales de los grupos y las clases, bajo un discurso que los unifique y con el cual se reconozcan y identifiquen: los sujetos hegemónicos dirigen políticamente en tanto que dirigen ideológicamente a la sociedad civil.

Indagamos por qué Mouffe plantea que la hegemonía gramsciana supone la constitución de una síntesis de elementos que produce voluntades colectivas, y que es mediante la ideología que éstas se forman porque dependen de la unidad ideológica que funciona como elemento cohesionador : a partir de la ideología, se generan cadenas de equivalencias que unifican las distintas posiciones de los grupos y las clases, y que se extienden por todo el ensamblaje social.

Por otro lado, analizamos la postura de Mouffe respecto de la interpretación de Bobbio sobre Gramsci. Partimos de que a su juicio Bobbio es un pensador que intenta demostrar que la riqueza de la concepción gramsciana de la hegemonía, la ideología y la sociedad civil aparece en parte al relacionarla con el pensamiento democrático liberal y no sólo con el planteamiento de Marx y de Lenin.

Mouffe cuestiona de la interpretación de Bobbio, que requiere inscribir el planteamiento gramsciano en la tradición de la filosofía política occidental, relacionándolo con los principales temas y problemas de la filosofía idealista y reduciéndolo a un capítulo de la filosofía política moderna. Relega las partes de su planteamiento que rompen con esta tradición, esto es, relega la práctica política de Gramsci y el contexto teórico y político en que formula sus propuestas.

Consideramos si Mouffe tiene razón en cuestionar este aspecto de la interpretación de Bobbio sobre Gramsci, esto es, que su interpretación gira en torno de las diferencias teóricas que hay entre las concepciones de Hegel, Marx y Gramsci sobre la sociedad civil y el Estado. En cuestionar también que otorga tanto peso al elemento ético de la dimensión ético-cultural de la hegemonía, especialmente a la libertad y la voluntad de los grupos y las clases sociales, que le confiere una función subordinante y una autonomía casi total respecto de la dimensión política y económica de la hegemonía. Y consideramos también si ambos cuestionamientos suponen una limitación en la interpretación de Bobbio sobre Gramsci.

Por último, en el quinto capítulo elaboramos nuestras conclusiones. Nuestro objetivo es reconsiderar la argumentación de los autores en que nos hemos apoyado en el curso de nuestra investigación, para mostrar cuál es su rendimiento teórico respecto de nuestra hipótesis inicial sobre los alcances de la concepción gramsciana para reflexionar sobre las sociedades actuales.

Sostenemos que las interpretaciones de Mouffe, Laclau, Glucksmann y Bobbio coinciden en que una parte de las propuestas gramscianas sobre la hegemonía, la sociedad civil, la ideología y los sujetos sociales, es vigente porque es útil para analizar las sociedades actuales.

Coinciden en que los elementos liberales con que los sujetos políticos puede forjar nuevas articulaciones y prácticas hegemónicas en la sociedad civil,

son la democracia y los derechos individuales; en que si estos sujetos son hegemónicos o aspiran a serlo requieren dirigir política, intelectual y moralmente a los grupos y las clases sociales, dependiendo la dirección política de la dirección intelectual y moral; y en que constituir nuevas izquierdas que forjen nuevas articulaciones hegemónicas, supone que construyan un discurso ideológico y radicalicen la democracia, ajustándolos a un momento histórico en que convergen la politización de lo social, la descomposición del socialismo, la consolidación del capitalismo y el surgimiento de nuevas derechas en el mundo.

Las interpretaciones de estos cuatro autores coinciden en que una propuesta gramsciana rescatable actualmente es que, si los sujetos de izquierda aspiran a ser hegemónicos, deben aprovechar las ventajas que la democracia representativa les ofrece en el capitalismo. Aprovechar la proliferación de formas de organización y de acción políticas alternativas y el pluralismo de sujetos políticos que caracteriza a las sociedades en la segunda mitad de nuestro siglo.

Mediante los procedimientos e instituciones democráticas, los sujetos de izquierda pueden construir y expandir sistemas de equivalencias entre las distintas luchas contra la opresión, a partir de los cuales pueden formarse otros sujetos políticos. Sistemas de equivalencias constituidos por campos que generen antagonismos que, aunados a otras variables, produzcan prácticas que los constituyan como sujetos hegemónicos, abriendo la posibilidad de estructurar la división social sobre bases distintas.

Por otro lado, con matices que señalamos en los capítulos anteriores, a nuestro juicio Mouffe, Laclau, Glucksmann y Bobbio están de acuerdo en que según la concepción gramsciana de hegemonía, la dirección política depende de la dirección intelectual y moral. Esto significa que los sujetos hegemónicos construyen la presencia, la autoridad y la legitimidad políticas en la sociedad civil en la medida en que filtran sus concepciones del mundo, sus formas de vida, sus reglas y sus valores a los grupos y las clases: para dirigirlos políticamente requieren dirigirlos intelectual y moralmente.

En el tercero y cuarto capítulos de nuestra investigación, estos autores argumentan que según Gramsci la dirección política depende de la dirección intelectual y moral; los grupos y las clases aceptan abiertamente su rol como sujetos subalternos en la sociedad civil, aceptan ser dirigidas en buena medida porque aceptan los principales elementos intelectuales y morales del proyecto social hegemónico como propios.

En el capitalismo esto significa que los grupos y las clases juegan sus roles sociales en buena medida porque vertebran sus concepciones del mundo y sus modos de vida mediante el individualismo y el utilitarismo, y legitiman los procesos e instituciones educativas, culturales y morales que se requieren para desplegarlos. Asumen como propios los gustos, las costumbres, las preferencias, los valores y los principios intelectuales y morales hegemónicos aún cuando le son ajenos, y con ello vertebran también sus concepciones y sus prácticas políticas mediante la democracia, la división de poderes, el sistema de partidos y el aparato jurídico-penal hegemónicos: los procesos y normas intelectuales y morales son mecanismos de producción y reproducción social.

Por otro lado, también en las conclusiones, fundamentamos nuestra crítica a un aspecto de la interpretación de Bobbio sobre Gramsci.

Para fundamentar nuestra postura, conjugamos una parte de la argumentación de Mouffe y de Glucksmann que analizamos en los capítulos anteriores de nuestra investigación, con el objetivo de mostrar que un error de Bobbio es relegar la mayoría de las propuestas gramscianas sobre el Estado, limitándolo, dificultando que las utilicemos para explicar algunos aspectos de la producción y reproducción social en nuestros días.

A nuestro juicio, Bobbio no tiene por qué relegar la cuestión del Estado que tiene un peso teórico significativo en la concepción gramsciana de la hegemonía, a saber, que el Estado comparte los procedimientos e instituciones de dirección con los sujetos hegemónicos que forman parte de la sociedad civil, y despliega otros que le son exclusivos y que le confieren una autonomía relativa frente a ésta.

A este argumento de Glucksmann, añadimos lo que sostiene Mouffe de que actualmente el Estado sigue jugando un papel de primer orden, constituyendo y reconstituyendo procesos políticos, intelectuales y morales a los que no tiene acceso la sociedad civil. Sigue ofreciendo alternativas y espacios a los grupos y las clases que son hegemónicas o aspiran a serlo, entre quienes se encuentran las nuevas izquierdas, alternativas mediante las cuales pueden construir contrapesos que balanceen las articulaciones y prácticas hegemónicas en las sociedades de nuestros días: el Estado sigue jugando un papel relevante en los procesos de producción y reproducción social.

Básicamente, estos son los argumentos de Glucksmann y Mouffe en que nos apoyamos, para sostener que no es válido en la interpretación de Bobbio relegar la problemática gramsciana del Estado.

Por último, nos apoyamos en las interpretaciones de Bobbio, Mouffe y Laclau sobre la problemática gramsciana de la hegemonía, la ideología y la sociedad civil y en sus propuestas sobre la izquierda, la derecha, la democracia y la politización de lo civil. Nuestro objetivo es señalar algunas cuestiones teóricas que consideramos relevantes en un momento histórico caracterizado por cambios y crisis que se extienden cada vez con mayor rapidez y a un número cada vez mayor de naciones en el mundo.

Sostengo que uno de los aspectos relevantes de esta problemática es que la hegemonía se refiere a las formas y procedimientos mediante los cuales se articulan los proyectos e intereses de los grupos y las clases dirigidas con los de los dirigentes en la sociedad civil y que no se limitan al liderazgo político.

Replanteo las propuestas de Mouffe, Laclau y Bobbio sobre la politización de lo social, es decir, sobre los procesos e instituciones democráticas mediante las cuales los individuos, los grupos y las clases sociales han constituido sujetos políticos participativos y autónomos. Procesos e instituciones a partir de los cuales han construido opciones nuevas para organizarse y actuar políticamente, dinamizando y expandiendo más la sociedad civil y distribuyendo el poder entre un número cada vez mayor de sujetos políticos.

Esta expansión de los sujetos y las formas de organización y acción políticas y la diversidad ideológica que las acompaña, caracterizan las sociedades

actuales, y se relaciona con la distinción entre derecha e izquierda y la radicalización de la democracia.

Aclarando que para nosotros, acercarse teóricamente a las sociedades de nuestros días mediante los conceptos de derecha, izquierda y democracia no implica dividirlos en dos ámbitos claramente delimitados simplificando su complejidad. Son conceptos opuestos y comunes en el lenguaje político, que no se caracteriza por ser riguroso, que dan cuenta del carácter complejo y conflictivo del pensamiento y la acción políticas, dan cuenta de los antagonismos existentes entre los sujetos políticos y de la diversidad y movilidad de las luchas e ideologías que despliegan en las sociedades.

Apoyándonos en lo que planteamos en nuestra investigación, sostenemos que para Mouffe, Laclau y Bobbio el objetivo de las nuevas izquierdas al radicalizar la democracia es construir sistemas de equivalencias entre los grupos y las clases, que pueden constituir con aquéllas nuevos sujetos políticos, basados en parte en el igualitarismo, en la democracia social, en el humanismo y en las libertades. Y extender estos sistemas de modo que puedan convertirse en espacios ideológico-políticos alternativos, que formen nuevas zonas y sujetos (donde la izquierda puede o no estar incluida), que generen paulatinamente las condiciones para construir nuevas articulaciones hegemónicas.

1) EL ESTADO

1.1 El Estado y la hegemonía

Este es el primer capítulo de nuestra investigación y su objetivo es analizar las propuestas gramscianas sobre el papel del Estado en la construcción de la hegemonía en la sociedad.

Las ideas principales son que el ejercicio de la hegemonía se distribuye entre el Estado y quienes forman la sociedad civil, lo cual implica que dirige política, intelectual y moralmente mediante los mecanismos y las instituciones propias de la sociedad civil, y mediante aquellos que le son exclusivos y que giran en torno de la conciencia nacional; y que al dirigir política, intelectual y moralmente a las clases y los grupos sociales mediante la democracia representativa, la división de poderes, los derechos individuales, permeados a juicio de Gramsci por el individualismo, el utilitarismo y la deshumanización (que son los ejes del proyecto social liberal) y la conciencia nacional, los constituye como controles, instituciones y procedimientos de producción y reproducción social.

Otro objetivo de este capítulo (y de nuestra investigación) es interpretar las propuestas gramscianas desde una perspectiva crítica mediante el enfoque posestructuralista y deconstructivista de Mouffe y Laclau, que son dos pensadores de nuestro siglo, con el fin de definir qué posibilidades teóricas ofrecen para entender las sociedades actuales. Consideramos lo que sostienen ambos autores de que el planteamiento gramsciano ha sido criticado por distintas escuelas en el siglo XX, que han mostrado que su vigencia hoy es limitada, y que es insostenible afirmar que la mayoría de los problemas de la teoría política marxista pueden ser resueltos por él.

Mouffe y Laclau, sostienen que forzando las propuestas gramscianas, lo más que podemos sugerir como parte de nuestra hipótesis es que su vigencia reside en señalar problemáticas sobre la construcción de la hegemonía y la ideología por el Estado y por los grupos y las clases que forman la sociedad civil. En torno a éstas sigue discutiéndose desde diferentes perspectivas actualmente, lo cual implica que su vigencia está limitada y que algunas de las herramientas teóricas que contiene han sido completamente superadas en nuestros días.

Ahora bien, esta parte del planteamiento gramsciano la interpretaremos basándonos en Mouffe y Laclau, buscando la especificidad de la hegemonía que reside en la existencia de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras que las separan. Buscando si la burguesía, sus aliados y los grupos cercanos a ella aparecen como sujetos antagónicos a las clases y los grupos subalternos, analizando las distintas facetas políticas, intelectuales y morales de los antagonismos. E indagando también en qué consiste la inestabilidad de los límites que caracteriza este entramado de antagonismos, entendiendo por inestabilidad,

su movilidad y su carácter indeterminado y precario que nos impide determinarlos 'a priori'.

La interpretación de Mouffe y Laclau nos permite rescatar aquellas propuestas gramscianas con las que podemos analizar el carácter precario e indeterminado de lo político que caracteriza a las sociedades actuales, que consiste en el pluralismo de sujetos y de formas de organización políticas e ideológicas nuevas y diferentes a las tradicionales: nos permite pensar lo político como sistemas abiertos relativamente estables de diferencias.

Radicalizando el planteamiento gramsciano, esto es, desconstruyendo aquellos aspectos que pese a su postura crítica de la ortodoxia marxista éste reproduce, manteniendo una perspectiva determinista, es posible proponer que las relaciones entre los sujetos políticos ofrecen múltiples posibilidades que incluyen desde relaciones muy cercanas y estrechas hasta alejamientos y rupturas importantes. Estos sujetos pueden asumir la iniciativa para modificarlas constituyendo entonces relaciones y prácticas hegemónicas que distribuyen entre ellos y que abren la posibilidad de que surjan distintos proyectos hegemónicos, generando alternativas de que surjan cambios en la correlación de fuerzas: es la inestabilidad, la indeterminación y la precariedad de la hegemonía.

Empecemos ahora con el primer inciso, en el cual analizaremos qué plantea Gramsci sobre cómo el Estado ejerce la hegemonía sobre las clases y los grupos subalternos, qué mecanismos y procedimientos despliega para mantener sus posiciones en la sociedad civil y cómo los modifica, ajustándose continuamente al contexto histórico-social.

Por un lado, analizaremos cómo el Estado ejerce la hegemonía sobre los grupos y las clases que constituyen la sociedad civil; cuáles son las relaciones entre el Estado y la burguesía como clase dirigente; qué papel juegan la democracia representativa, los derechos individuales, el sistema de partidos y la división de poderes como procesos e instituciones de dirección política; cómo producen y reproducen la subordinación de las clases y los grupos sociales, de la clase media y del proletariado; y cómo logra el Estado que lo legitimen, es decir, cómo y por qué es reconocido como dirigente.

El objetivo es entender cómo se construye la hegemonía en el capitalismo, para derivar cuáles son las mejores formas de que dispone el proletariado para generar presencia y aceptación en este tipo de sociedad y empezar a forjar el socialismo en ella.

Por otro lado, indagaremos lo que se refiere a la hegemonía socialista, a la forma en que el proletariado puede ejercer la hegemonía mediante el partido político comunista lo cual implica que las masas aprendan a ser dirigentes, que aprendan cómo legitimarse y obtener autoridad ante el Estado y ante la sociedad civil para ir preparando la revolución e ir construyendo el socialismo paulatinamente desde el capitalismo.

El Estado dirige política, intelectual y moralmente en el capitalismo, desempeña una función medular en la organización y reproducción de las relaciones políticas capitalistas; nos centraremos en cómo ejerce la hegemonía política, es decir, cuáles son sus principales funciones políticas y cuáles son las instituciones y los mecanismos con que las realiza.

Las funciones de dirección política del Estado aluden a una de sus características señaladas por Gramsci, que es su expansión: es el Estado amplio o pleno.

Gramsci sostiene que entre el siglo XIX y el siglo XX, en las sociedades capitalistas, el Estado cambia significativamente y se amplía, lo cual contradice la tesis liberal clásica que aparece lo mismo en Locke y en Smith que en Montesquieu, de que el Estado debe ser pequeño, hábil y muy eficiente. Su principal labor es cuidar y propiciar que las condiciones de acumulación del capital y de expansión del mercado sean las mejores, cuidar que el sistema jurídico penal opere correcta y eficientemente, e intervenir lo menos posible en otros ámbitos, sobre todo en el económico, dejando que la sociedad civil se consolide, se expanda y se diversifique.

En este sentido, planteamos que la ampliación del Estado consiste en ejercer funciones de hegemonía que antes le correspondía ejercer de forma exclusiva a la burguesía. Por un lado, ésta acepta y reconoce que el Estado lo lleve a cabo, pero por otro lado, el Estado le arrebató el derecho y la posibilidad de hacerlo porque no es ya el Estado guardián, pequeño y hábil, que cuida sus intereses y proyectos sin dirigir, sin hegemonizar, que sólo gobierna: es un cambio político y social de dimensiones y consecuencias enormes para el capitalismo.

Al respecto, Gramsci señala que:

“Pero qué significa esto sino que por Estado debemos entender no sólo el aparato gubernamental, sino también el aparato privado de hegemonía o sociedad civil. Estamos siempre en el terreno de la identificación de Estado y gobierno, identificación que precisamente representa la forma corporativo-económica, o sea, la confusión entre sociedad civil y sociedad política, ya que es preciso hacer constar que en la noción general de Estado entran elementos que deben ser referidos a la sociedad civil (se podría señalar al respecto que Estado = sociedad política + sociedad civil, vale decir, hegemonía revestida de coerción).”¹

Como indica la cita, el Estado dirige políticamente, esto es, fomenta la democracia y los derechos individuales, que son la igualdad y la libertad, como procesos e instituciones de organización política para obtener autoridad y legitimidad. Propicia entonces la división y la rotación de poderes, el pluripartidismo y el parlamentarismo, la libertad y la igualdad de la mayoría de los individuos, grupos y clases, y también dirige intelectual y moralmente, es decir, educa a las clases y los grupos sociales filtrándoles formas de pensar y de vivir determinadas. Dicho en otras palabras, les filtra los ideales, los valores, las normas, las costumbres y los comportamientos dominantes, cuyos ejes son el individualismo, el utilitarismo y la deshumanización: las acciones individuales y colectivas orientadas a los intereses materiales y privados.

En **Estado, gobierno y sociedad**, Bobbio afirma que esta ampliación del Estado obedece, en parte, a la politización de lo social llevada a cabo en el capitalismo en las primeras décadas del siglo XX.

En estas décadas, lo político se expande cubriendo zonas y actividades propias de la economía, repolitizándolas, y generando espacios y mecanismos

¹ Gramsci, A., Op. cit., pp. 164 y 165; el subrayado es nuestro.

políticos nuevos; por ejemplo, movimientos y luchas de sectores como las mujeres, los intelectuales o los estudiantes, que en poco tiempo muestran gran capacidad y disposición para organizarse, formando movimientos no coyunturales y alternativos a las opciones tradicionales como los partidos, lo cual estimula a otros sectores a hacer lo mismo y dinamiza la sociedad civil.

Según Bobbio, esta politización de lo social provoca graves problemas de legitimidad y de autoridad para el Estado, tiende a generar crisis de hegemonía porque tiende a reducir la estabilidad, a presionarla, y con ello desestabiliza la sociedad, pues representa un aumento considerable de elementos y factores que elevan el potencial de conflictos y antagonismos políticos. Fomenta el surgimiento de propuestas e intereses que pueden articularse a proyectos hegemónicos alternativos, distintos a los dominantes, acentuando los procesos democráticos y proyectándolos a niveles peligrosos para la estabilidad política, y con ello, para la estabilidad del capitalismo como sistema social.

Esta politización provoca también problemas de legitimidad para los sujetos hegemónicos civiles, que ven amenazado su proyecto social por el aumento en la inestabilidad política que está relacionado con el aumento de -conflictos y antagonismos, y con la posibilidad de que surjan hegemonías distintas y alternativas a la hegemonía establecida. La amenaza y el riesgo es que surjan alternativas de poder con las cuales ésta tiene que competir, con las cuales tiene que medirse, compararse, y a las cuales tiene que vencer para mantenerse.

Resumiendo, Bobbio sostiene que la politización de lo social es uno de los cambios y las características más significativas de las sociedades en el siglo XX, que involucra al Estado y a las clases dirigentes porque supone un aumento importante de fuerzas que parecen despertar y que participan activamente en los procesos políticos, creando organizaciones y mecanismos civiles nuevos, y consolidando una sociedad civil plural y bien articulada.

En este punto cabe valorar el aporte de la concepción gramsciana del Estado.

Gramsci toma distancia de una propuesta del marxismo ortodoxo en su época, que sostiene que el Estado es un instrumento en poder de la clase dirigente, una herramienta más de que dispone la burguesía para dominar y someter a las masas. Un instrumento cuyas funciones son las mismas de dos siglos antes, gobernar y reprimir mediante la fuerza, y que puede serle arrebatado por otra clase social, que lo utilizaría de la misma forma, como una herramienta que puede poseerse y de la que puede disponerse mientras se le posea.

Gramsci cuestiona esta concepción del Estado porque sostiene que al haberse ampliado adquiere una autonomía relativa que impide que las clases sociales lo utilicen en sentido instrumental. En la medida en que tiene su propia lógica de desarrollo, las clases o las fuerzas políticas pueden relacionarse con él de diversos modos, pueden incluso incorporársele pero no por ello adueñarse de él; no es una estructura fija, cerrada sobre sí sino algo abierto.

Critica también una de las tesis principales de lo que en su época se denominaba el reformismo dentro del marxismo, según la cual el Estado es un mediador entre las clases sociales, esto es, su función es regular y ordenar la lucha de clases, los conflictos y las pugnas que hay entre los grupos y las clases

sociales. Ayudar a resolverlos de la mejor manera para todos, usar los recursos, la experiencia, las instituciones eficazmente de modo que la lucha de clases, protagonizada por la burguesía y el proletariado, no produzca una crisis tan severa, de tal magnitud que ponga en peligro la reproducción del capitalismo (cabe señalar que una parte del marxismo, el reformismo mencionado, y una parte del liberalismo en el siglo XX mantienen la idea del Estado 'guardián' o 'arbitro')².

Como hemos señalado Gramsci sostiene que el Estado se ha ampliado, que ejerce la hegemonía y que tiene una autonomía relativa respecto de la sociedad civil, lo cual le otorga el poder suficiente para impulsar sus propuestas e intereses mediante el consenso, logrando que sean aceptadas por ésta.

Para Gramsci, en la medida en que el Estado dirige, en tanto autoridad legítima aceptada por las diversas fuerzas y actores sociales, se convierte en un actor político con el poder suficiente para modificar la correlación de fuerzas de modo que las propuestas e intereses de la mayoría avancen y se consoliden en la sociedad. En este sentido, su crítica al reformismo es que el Estado despliega un poder y una legitimidad que lo convierten en hegemónico, no en un espectador y por lo mismo no necesita, ni tiene por qué ser sólo un mediador entre los grupos y las clases sociales, como si estuviese al margen del juego político, relegado del juego político.

Por otra parte, un factor que destaca la función que tradicionalmente ha desempeñado el Estado como defensor de la nación es la situación tensa y difícil prevaleciente en Europa entre las dos guerras mundiales, una situación de continua militarización y constantes presiones en las zonas fronterizas, amenazas veladas y abiertas de las naciones que, como Alemania no ocultaban sus intenciones colonialistas, siendo el Estado como baluarte de la nación el responsable de salvaguardar su soberanía, su integridad ante naciones y Estados hostiles.

Finalmente, cabe apuntar que para Gramsci el Estado además de dirigir también gobierna, es decir, domina (dirigir y dominar son diferentes), utiliza la fuerza porque posee y despliega los medios de violencia legítima, es decir, el ejército, la policía, los cuerpos de inteligencia para reprimir a aquellos sectores, clases sociales, partidos, sindicatos y organizaciones civiles cuyas actividades representen una amenaza seria a la estabilidad y el orden sociales.

En este sentido, dominar significa utilizar la fuerza, la represión, el miedo y el estado de sitio; y gobierna también al generar recursos económicos para accionar el aparato administrativa requerido; así como al ocuparse del sistema jurídico-penal, esto es, tanto de las leyes y de los códigos civiles y penales como

² En efecto, una parte del marxismo y una parte del liberalismo en el siglo XX coinciden en lo siguiente: mantienen la idea del Estado 'guardián' o 'arbitro', es decir, la idea de que la función del Estado en el capitalismo es, económicamente, cuidar los intereses del mercado y del capital, y políticamente, mediar entre las clases sociales de manera que las diversas pugnas o conflictos entre éstas se resuelvan satisfactoriamente, es decir, se resuelvan de tal manera que no se conviertan en una amenaza seria, en una crisis que pongan en peligro la reproducción del sistema social. El problema al mantener esta idea es que el Estado sufre cambios muy significativos entre el siglo XIX y el siglo XX, y uno de éstos es que crece o se amplía, en otras palabras, deja de ser el Estado 'guardián' o 'arbitro', limitado, reducido, que propone Locke.

de las instituciones y mecanismos para que operen, todo esto buscando el bienestar general, el bienestar nacional.

1.2 Estado, consenso y nación

En el capitalismo, ¿cuáles son los medios a disposición del Estado para que ejerza la dimensión política de la hegemonía?

Para que ejerza la dimensión política de la hegemonía uno de los elementos principales es lo que llama Gramsci consenso entendido como la adhesión que le otorgan los distintos grupos y clases sociales a las formas y medios que utiliza para dirigirlos. El consenso consiste en convencerlos de que tiene las capacidades, las habilidades y la experiencia suficientes para dirigirlos adecuadamente, convencerlos de que reúne los recursos suficientes para dirigir a las mayorías y concertar acuerdos con ellos, negociar las condiciones bajo las cuales su liderazgo y autoridad es legítima.

“La doctrina de Hegel sobre los partidos y las asociaciones como trama privada del Estado, derivó históricamente de las experiencias políticas de la Revolución francesa y debía servir para dar una mayor concreción al constitucionalismo. *Gobierno con el consenso de los gobernados, pero con un consenso organizado, no genérico y vago como se afirma en el instante de las elecciones. El Estado tiene y pide el consenso, pero también lo educa por medio de las asociaciones políticas y sindicales, que son sin embargo organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente.*”³

Consideremos esta cita como punto de referencia.

El Estado genera el consenso y lo educa mediante procedimientos, instituciones y mecanismos políticos, intelectuales y morales. Necesita el consenso si realmente es hegemónico porque para serlo requiere la aceptación de la sociedad civil, requiere que las clases sociales, los partidos políticos, la iglesia, las organizaciones civiles y los movimientos sociales acepten abiertamente su autoridad como legítima, que reconozcan que la ha obtenido de forma justa y correcta, a través de elecciones e instituciones instauradas legalmente.

Y una vez logrado esto viene lo más difícil, que es mantener y aumentar esta aceptación general, esta ‘atracción’ que ejerce sobre la sociedad civil y que es imprescindible para ejercer la hegemonía con el consenso de los gobernados, de modo que su autoridad y su legitimidad procedan de él y no de los mecanismos de coacción e imposición ideológica (refiriéndose a la formación del estado nacional italiano, Gramsci señala que es una etapa en la cual el Estado no era hegemónico porque se imponía mediante estos mecanismos de dominación, es decir, carecía del consenso activo de los gobernados).

La función del Estado es mantener un consenso activo, un nivel elevado de confianza, garantizando a la sociedad civil el orden social, asegurando que las

³ Gramsci, A., Op. cit. p. 23.

leyes y el derecho sean cercanas a la política, que se vigilen y se cumplan, fomentando la democracia representativa, los derechos individuales, la igualdad y la libertad políticas, la propiedad privada y una economía de mercado, de forma que este orden interno permita el desarrollo normal y fluido de los procesos de producción y reproducción social.

En efecto, el Estado obtiene el consenso mediante la democracia representativa, la aprovecha para ejercer la hegemonía política, y al hacerlo, contribuye a organizar el sistema político mediante los procedimientos y las instituciones que forman parte del proyecto político e ideológico burgués; mediante la democracia representativa y los derechos individuales apuntala la hegemonía política burguesa y, con ello, legitima y reproduce el capitalismo.

Ahora bien, aclaremos qué entendemos por democracia representativa, cuáles son los derechos individuales, la igualdad y la libertad políticas y cómo se relacionan con el consenso y la hegemonía ejercidos por el Estado.

A nuestro juicio Gramsci aceptaría, con reservas la concepción de democracia representativa de un teórico francés del siglo XIX, Tocqueville, según la cual es un conjunto de instituciones, mecanismos y relaciones entre diversos actores y fuerzas sociales cuyos objetivos son la distribución y circulación del poder. La idea es que la mayoría de los grupos y las clases sociales estén representados ante las autoridades y puedan impulsar sus proyectos e intereses económicos, políticos, intelectuales y morales ante ellas, y que se asegure para los ciudadanos el máximo de libertad e igualdad.

Se trata de que el pueblo elija el tipo de gobierno, lo que supone que debe delegar en él su autoridad, confiriéndole legitimidad a quienes lo forman, de modo que sea difícil abusar de él, lo mismo monopolizándolo e instaurando una dictadura que utilizándolo para el beneficio particular.

Bajo el supuesto, de que un gobierno democrático implica la división de poderes, es decir, la división entre el ejecutivo, el legislativo o parlamento y el judicial, y la existencia de pesos y contrapesos entre ambos. Para elegir a sus gobernantes, los ciudadanos delegan una parte de su autoridad en el parlamento, eligen a un grupo de ciudadanos como sus representantes en él, y delegan una parte de su autoridad en el ejecutivo, esto es, eligen a un presidente o a un primer ministro, que nombra a sus asesores para ocupar puestos públicos y desempeñarse como funcionarios en el Estado, de modo que el poder político se distribuya y circule entre ambos.

Esto supone también un sistema de representación proporcional, que garantiza una representación equitativa de las mayorías así como de las minorías, cada una en proporción a los votos recibidos en un colegio tan amplio que permita la elección de muchos representantes. Evitando así el riesgo reiterado por Tocqueville en su **Democracia en América**, de la tiranía de la mayoría, es decir, el riesgo de que sólo los proyectos y demandas de la mayoría sean atendidos por las autoridades, relegando los intereses de las minorías a segundo plano.

Entonces, los ciudadanos requieren designar a sus representantes en el parlamento y en el ejecutivo mediante los partidos, las organizaciones o las coaliciones políticas, para que acuerden y diriman las diferencias y los conflictos propios de la política, esto es, para que concilien y resuelvan los problemas que

surgen entre los proyectos e intereses individuales y grupales, que forman el ámbito privado, y los proyectos e intereses colectivos, que forman el ámbito público, tomando complejas las relaciones políticas en cualquier sociedad.

Por ejemplo, se trata de que las reformas a los códigos vigentes o a la constitución, los programas económicos y los proyectos políticos, respeten los principales derechos individuales, que son la igualdad, la libertad y la propiedad privada, de manera que aquéllos no atenten contra éstos, limitándolos injustificadamente; en este sentido, la labor de los representantes es que vigilen y garanticen que los intereses colectivos no limiten o perjudiquen el bienestar privado.

Por un lado, los individuos eligen libremente a sus representantes en el parlamento, confiriéndoles atribuciones extraordinarias para que gobiernen, junto con los representantes de los otros grupos sociales, de modo que puedan convocar y reunir a sus representados para que les brinden su apoyo, de presionar o replegarse si las circunstancias lo exigen, de formar un frente amplio. Se trata de que tengan poder ante los representantes de otros grupos sociales y ante el ejecutivo, para que los proyectos e intereses de sus representados se realicen en un plazo determinado.

Por otro lado, los ciudadanos deciden libremente otorgar atribuciones extraordinarias al ejecutivo, delegando en él algunas funciones que comparte con el parlamento y otras que despliega directamente, para que construya el bienestar general, esto es, para que formule las leyes y los códigos e instaure las instituciones y los mecanismos civiles y penales, organice la administración y las finanzas públicas, fomente los derechos políticos individuales y la economía de mercado, promueva la paz social y garantice la soberanía nacional.

En este sentido, los ciudadanos delegan parte de su autoridad en el parlamento y en el ejecutivo, con el objetivo de que los gobiernen, dicho en otras palabras, para que realicen los proyectos y acuerdos alcanzados en el parlamento, formulen las leyes y los códigos civiles y penales y establezcan las instituciones y mecanismos con que operen eficazmente. Para que organicen la estructura burocrática, mantenga a los organismos encargados del orden interno o social y de la seguridad nacional, administre las empresas y finanzas públicas y concesione algunos servicios públicos a la iniciativa privada generando utilidades, y mantenga los empleos y la parte pública de la inflación en un nivel óptimo, de forma que obtenga los recursos suficientes para contribuir a consolidar el bienestar general.

Por otra parte, la democracia representativa como forma de gobierno implica la división de poderes entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial y la existencia de pesos y contrapesos entre éstos. Y esta división de poderes se vincula con la autonomía relativa de cada uno, lo cual limita la tendencia a abusar del poder de quienes lo ejercen, que es un peligro latente en cualquier sociedad.

Estas divisiones y autonomías aparecen en el gobierno y en el Estado, lo atraviesan y constituyen y tienden a dificultar en la medida de lo posible la centralización del poder. Dificultar que el Estado se convierta en lo que llamaba Hobbes el Leviatán, un monstruo burocrático gigantesco que coopta a la sociedad civil poniéndola a su servicio, subordinándola a él, que se adscribe funciones y

tareas que no le corresponden, que interviene excesivamente en la política obstaculizando la consolidación de la democracia en vez de fomentarla.

El legislativo o parlamento debe tener más autoridad que el ejecutivo porque es el espacio donde confluyen las distintas fuerzas y actores políticos, donde se debate en torno a las cuestiones más importantes para la sociedad y para la nación, donde se fraguan las alianzas, las rupturas y los acuerdos, que se traducen en hegemonía, pues definen cuál de los proyectos sociales es el hegemónico. En este sentido, el legislativo expresa claramente la pluralidad y la complejidad de la política y la presencia de la sociedad civil.⁴

Así, en el parlamento se define, en parte cuáles son los partidos y los actores políticos protagónicos, con mayor presencia y fuerza en la sociedad, los que cuentan con mayor apoyo y simpatía entre la sociedad civil, ya sea de los empresarios o los banqueros o bien de los obreros o las mujeres, por ejemplo. Se perfilan cuáles son los partidos más hábiles y más eficaces políticamente, los que aprovechan al máximo el curso de los acontecimientos para aumentar su legitimidad, su apoyo entre la población o bien para aliarse a otras fuerzas políticas y formar puntos y zonas de confluencia con ellas a largo plazo. De igual modo, aparecen los partidos y las fuerzas políticas cuya presencia es coyuntural, pues depende de su cercanía con las autoridades o con las fuerzas políticas principales, su poder depende de éstas y no de ellas mismas.

En este sentido, en un gobierno representativo el parlamento es, parafraseando a Foucault, un conjunto de espacios 'privilegiados' del poder porque en él están en juego las prácticas y proyectos hegemónicos de los diferentes grupos y clases sociales, de la burguesía y sus diversos sectores, del proletariado y sus diversos sectores, de la clase media y del lumpenproletariado: es un conjunto de espacios donde se define en buena medida cuál es el proyecto hegemónico que dirige a los demás.

Básicamente, según Tocqueville son tres los argumentos para sostener cuáles son las atribuciones establecidas de un gobierno en el cual el parlamento debe tener más autoridad que el ejecutivo: porque es el espacio idóneo para atender más directamente que el ejecutivo los proyectos e intereses de la mayoría de los grupos sociales; porque garantiza la distribución del poder entre las diferentes fuerzas políticas que los representan; y porque fomenta la libertad, la igualdad y la participación políticas de los ciudadanos, lo cual garantiza que se gobierne para la sociedad civil, que es uno de los principales objetivos políticos del liberalismo.

Ahora bien, esta división y distribución del poder político entre el ejecutivo y el parlamento nos remite a lo que Laclau y Mouffe señalan sobre la hegemonía, que es su inestabilidad, entendida como la movilidad de los límites y de las fronteras políticas: los espacios, los eventos políticos así como los puntos en que

⁴ Cabe aclarar que también puede darse un gobierno democrático, cuyo poder esté dividido entre el ejecutivo, el parlamento o legislativo y el judicial, pero en el que el ejecutivo tenga más peso que el parlamento, caso en el cual se trataría de un gobierno presidencialista, que, sin ser una dictadura, tiende a centralizar el poder político y, al mismo tiempo, coexiste con un parlamento plural. Un gobierno así tiende a surgir en los periodos de crisis, cuando el parlamento se ha disuelto, y la autoridad debe asumirla el ejecutivo, lo cual se repitió en Europa Occidental en la primera mitad de este siglo.

convergen las clases y los grupos sociales, sus representantes y el Estado, constituyen redes complejas en las que el poder se disemina y se concentra en una zona determinada durante cierto tiempo, convirtiéndose en una posición estratégica para éstos.

Frecuentemente, convergen diferentes espacios en el mismo periodo de tiempo, formando campos y zonas de posibles antagonismos que las clases y los grupos pueden aprovechar para construir hegemonía. Y esta confluencia de eventos y espacios después de un cierto periodo cambia significativamente, cuando las fuerzas sociales, sus representantes y el Estado modifican sus coincidencias y sus discrepancias.

En efecto, esta movilidad de los límites, de las fronteras políticas aparece en que las fuerzas que componen el parlamento así como sus relaciones con el ejecutivo, sus proyectos e intereses y sus alianzas son cambiantes, y cada una despliega sus recursos y experiencias para moverse hábil y eficazmente en esta intrincada red, para obtener el mayor provecho e impulsar así su proyecto hegemónico; por ejemplo, en el parlamento pueden enfrentarse o aliarse los partidos de derecha ante la coalición gobernante durante un tiempo determinado, durante los periodos electorales y después ese espacio y tiempo políticos pierden su relevancia, y la coalición gobernante puede priorizar las alianzas con la iglesia y con los partidos minoritarios.

Por esto, Mouffe y Laclau afirman que el Estado, el parlamento, las clases y los grupos sociales así como los partidos y las organizaciones civiles que los representan, confluyen, encuentran y forjan puntos de convergencia, disienten, mantienen sus desacuerdos, en ocasiones frágiles y estrechos y en ocasiones duraderos y amplios, que cambian continuamente, constituyendo lo político como un sistema abierto relativamente estable de diferencias.

Por otro lado, habiendo expuesto cuáles son los derechos individuales y en qué consiste la democracia representativa, hay que relacionarlos con el ejecutivo y el consenso, ¿cómo el ejecutivo obtiene el consenso al garantizar los derechos individuales que son la igualdad y la libertad políticas?

El ejecutivo genera consenso y ejerce una parte de la hegemonía política, asegurando y fomentando los derechos políticos individuales que son la libertad, la igualdad y la participación de los ciudadanos, garantizando que éstos y sus representantes accedan en igualdad de condiciones y con libertad a los espacios de poder, a través de los diversos mecanismos que existen para ello, de tal suerte que tengan los mismos derechos y obligaciones políticas y legales ante el Estado y entre sí, y que estén en condiciones de ejercer su capacidad de elegir tanto al ejecutivo como al parlamento.

Esto implica que el ejecutivo debe considerar a los individuos como ciudadanos que tienen el mismo derecho a la participación, que pueden convertirse en dirigentes de un partido o de un movimiento social, formar parte del parlamento, del poder judicial o bien incorporarse al equipo de asesores del ejecutivo.

La igualdad se refiere a que cualquiera de ellos es un líder en potencia y tiene derecho a involucrarse directamente en la política independientemente del grupo social al que pertenezca. Asimismo, presupone que cada ciudadano tiene el

mismo peso político, muestra que para gobernar se requiere el apoyo de la mayoría de los ciudadanos, muestra que si son tomados en cuenta políticamente lo cual alienta que lo apoyen, lo cual implica no ser excluidos por razones étnicas, religiosas, culturales, morales o económicas, es decir, no ser elitistas.

De igual modo, el ejecutivo obtiene consenso al garantizar y fomentar la libertad política de los ciudadanos entendida como la facultad que tienen de elegir lo mismo el tipo de gobierno, si es pluripartidista, presidencialista, si es de centro, de izquierda o de derecha, o si es un frente integrado por la mayoría de las fuerzas políticas, que de elegir qué tanto les interesa participar en él, presionándolo, analizando y cuestionando cómo desempeña su gestión y sugiriéndole propuestas que la mejoren.

Otra opción es participando sólo cuando hay elecciones generales, cambios en la presidencia y en los parlamentos nacionales, y en las elecciones locales, en las que se sustituye a los representantes regionales, y qué tanto ejercen la libertad de asociarse y de manifestarse públicamente a través de los mecanismos legalmente establecidos para ello, y, finalmente, pueden decidir ser apáticos e involucrarse en la política lo menos que sea posible.

El ejecutivo se legitima ante la mayoría de los ciudadanos, constituidos como sociedad civil, porque es un gobierno electo libremente de entre diferentes alternativas políticas que compiten entre sí bajo condiciones iguales, con una estructura electoral y jurídica que funciona adecuadamente, teniendo los ciudadanos un nivel educativo y cultural homogéneo, de tal suerte que gobierna con la seguridad de haber triunfado justa y legítimamente en las elecciones, sin coacción ni manipulación alguna.

Por otra parte, dado que el gobierno está dividido y que el parlamento debe tener más autoridad que el ejecutivo, lo cual le da ventajas para obtener consenso, éste enfrenta un problema, ¿cómo equilibrar esto?

Si el ejecutivo es hábil, al establecer alianzas a largo plazo con las fuerzas políticas, que representan a la mayoría de los grupos sociales, el provecho que extrae es doble, por un lado, puede impulsar los proyectos prioritarios con su aceptación abierta, negociando, por ejemplo, explotando sus atribuciones exclusivas, una de las cuales es influir directamente en la conformación del poder judicial, y, por otro lado, apoyar a estas fuerzas para concretar una parte de sus demandas, logrando así la adhesión de el grupo o los grupos a quienes representa.

De esta manera, el ejecutivo logra que el parlamento y la sociedad civil reconozcan que es un gobernante hábil y conciliador, que tiene determinación, seguridad y también capacidad para relacionarse con ambos respetando el mandato según el cual le es otorgada su autoridad: que gobierne para la sociedad civil.

Por tanto, en la medida en que el ejecutivo como gobernante garantiza y fomenta los derechos individuales, que son la igualdad y la libertad políticas obtiene consenso político, acciona y consolida la democracia representativa: fomenta un parlamento autónomo, asegura que la mayoría de las clases y los grupos sociales estén representados en el parlamento, que es donde se proponen las demandas y los proyectos económicos, políticos, culturales y morales, y donde

los partidos políticos y las organizaciones civiles los impulsan y concretan, contribuye a que el poder se distribuya y circule entre éstos, y propicia una sociedad civil plural y dinámica.

Hasta aquí hemos analizado cómo el Estado obtiene consenso mediante el ejecutivo, al garantizar los derechos individuales y la democracia representativa, y por qué al hacerlo ejerce la hegemonía política.

Gramsci sostiene que dirigir significa ejercer la hegemonía si se hace mediante el consenso, y que en momentos de crisis la hegemonía puede mantenerse mediante la dominación; el Estado domina porque ejerce funciones coercitivas y porque administra, que son las funciones que ha ejercido tradicionalmente en la sociedad.

Según el autor, "...la expresión de 'Estado-veilleur de nuit' corresponde a la italiana de 'Stato-carabiniere' y quiere significar un Estado cuyas funciones están limitadas a la tutela del orden público y del respeto de las leyes. Naturalmente, los liberales ('economicistas') están por el 'Estado-veilleur de nuit' y desearían que la iniciativa histórica fuese dejada a la sociedad civil y a las diferentes fuerzas que allí pululan, siendo el 'Estado' el guardián de la 'lealtad' del juego y de sus leyes."⁵

Según la cita, en la expresión de Estado-guardián, gobernar se refiere a las funciones administrativas que consisten en la organización del sistema jurídico-penal, la impartición de justicia, que incluye tanto las instituciones y los magistrados como las constituciones y los códigos civiles y penales que rijen en la sociedad, cuya función es ordenar y regular las relaciones sociales.

La labor del Estado es construir las constituciones y los códigos civiles y penales, esto es, los postulados y las normas jurídicas, su jerarquización y división, así como modificarlas cuando se requiera, y establecer las instituciones y los mecanismos más adecuados para su aplicación.

Otro aspecto del gobierno, se refiere a la administración, que consiste en las formas mediante las cuales genera recursos materiales para mantener la burocracia que se requiere para que tanto el sistema jurídico-penal como el ejército y la policía operen eficazmente, formas que básicamente son la estructura tributaria y los servicios y empresas públicas. De aquí obtiene los recursos económicos necesarios para poder realizar las demás funciones adecuadamente.

Otro aspecto del gobierno es dominar, el Estado domina a las clases y los grupos sociales más que dirigirlos, más que ejercer la hegemonía impone el orden social mediante la fuerza, impone el estado de sitio entre la población una vez agotadas las alternativas pacíficas, la negociación y el diálogo entre sus representantes, siendo superado el parlamento como el espacio para conciliar los conflictos políticos y sociales.

El Estado despliega los principales medios de violencia legítima, utiliza la fuerza en los momentos que los conflictos propios de la política amenazan la estabilidad social; esta función coercitiva la llevan a cabo el ejército y la policía, siendo su objetivo obligar a los grupos y las clases sociales que provoquen conflictos más allá de los límites legalmente establecidos a que dejen de producirlos, amedrentándolos y fomentando la obediencia entre la población,

⁵ Ibid.p.164.

mientras desaparecen paulatinamente las causas del conflicto que amenazan la estabilidad social.

Dominar implica disponer de y usar la fuerza, es decir, usar el ejército, la policía y el espionaje así como los mecanismos de imposición ideológica, que son los medios de violencia legítima para imponer el orden social, contando con la aceptación tácita de la sociedad para utilizarlos, bajo el supuesto de que lo hace persiguiendo el bienestar general, el bienestar de las mayorías, siendo el orden social un aspecto prioritario de éste.

La función coercitiva del Estado, el derecho y la obligación de dominar, de usar la fuerza descansa precisamente en este supuesto: que fomenta, vigila y persigue el bienestar general, entendido como el conjunto de los proyectos, las demandas y los intereses culturales, morales, educativos, económicos, étnicos y políticos de las mayorías, asegurando que se desplieguen y que se concreten y el salvaguardar la soberanía e integridad nacionales, la seguridad y el prestigio ante otras naciones y ante otros Estados que puedan atentar contra ellas. Esto implica que no persigue intereses y proyectos particulares que beneficien sólo a una minoría, sólo a una parte de la sociedad.

Así, si este supuesto no se cumple, es decir, si el Estado no domina en aras del bienestar general sino en aras del bienestar particular, si impulsa y protege los intereses y proyectos de una minoría, ese derecho se anula y la sociedad civil puede y debe entonces tomar la iniciativa y obligarlo a cambiar esta tendencia, o bien, debe utilizar el derecho que le corresponde que es destituir y sustituir a sus gobernantes,

Expuestas brevemente, estas son las funciones de gobierno que ejerce el Estado-guardián y que tradicionalmente ha ejercido en la sociedad: el sistema jurídico-penal, el sistema de violencia legítima y la administración, y que deben desplegarse bajo las condiciones que hemos descrito.

Ahora bien, además de estos mecanismos e instituciones políticas, el Estado tiene otros procedimientos y formas de generar consenso.

Gramsci señala que para generar consenso, el Estado genera y mantiene la conciencia nacional o idea de nación, algo que sólo él puede desplegar porque incluye mecanismos y órganos de legitimación que son exclusivos del Estado (ninguna clase social, ni siquiera la burguesía a pesar de ser la clase dirigente, puede obtener consenso mediante la conciencia nacional, porque una clase no es la nación).

En efecto, al Estado corresponde mantener la conciencia nacional, es decir, fomentar entre las clases y grupos sociales la conciencia de que hay elementos históricos, culturales, morales, raciales, políticos, educativos y económicos, comunes a todos ellos, elementos que los constituyen como un conglomerado amplio que posee una identidad común, una identidad colectiva que tiende a unirlos, a homogeneizarlos, a subrayar todo aquello que los une, relegando a segundo plano todo aquello que los separa, que los diferencia, los elementos particulares, que cada uno tiene como clase o grupo social: la conciencia nacional es un importante factor de integración social, de cohesión social.

Los principales factores que separan, que diferencian a las clases y los grupos sociales, del tipo que sean, son relegadas por el Estado, son señaladas

bajo determinadas circunstancias como aquello que divide a la nación, como aquello que está en contra del bienestar nacional porque está en contra del bienestar general; factores que pueden ser proyectos e intereses que representan el bienestar de un grupo social, étnico o de una clase determinada, el bienestar particular de alguno de éstos, que por supuesto no puede ni debe ubicarse por encima del bienestar nacional que es el de todos, el de las mayorías.

En este sentido, el Estado fomenta y busca el bienestar general, el bienestar nacional, esto es, persigue los proyectos, las demandas y los intereses culturales, morales, científicos, históricos, económicos, raciales y políticos de la nación, vigilando que se concreten y se respeten, y además salvaguarda la soberanía e integridad, la seguridad y el prestigio ante otras naciones y ante otros Estados que puedan atentar contra ellas, lo cual implica que no persigue intereses ni proyectos particulares que beneficien sólo a una minoría, sólo a una parte de la sociedad.

Bien, y ¿por qué el Estado obtiene consenso mediante la conciencia nacional?

Porque si realmente persigue y obtiene el bienestar general, la nación entera lo reconoce, si realmente mantiene la soberanía de la nación y su independencia, los grupos y las clases sociales aceptan al Estado como garante de los principios y la integridad de la patria, lo reconocen como un sujeto político para la sociedad, le otorgan la legitimidad que requiere para ejercer la hegemonía, y obtiene así la adhesión que precisa para seguir ejerciéndola legítimamente, para forjar una nación poderosa, orgullosa y fuerte: esto representa una fuente de donde genera el consenso que requiere el Estado.

Otro elemento importante que genera aceptación y legitimidad hacia el Estado es que produce cohesión social, que contribuye a cohesionar a los grupos y clases sociales mediante la conciencia nacional.

Esta juega un papel central en la formación de su identidad colectiva porque aglutina aquellos factores que tienen en común los grupos y clases, factores históricos, culturales y políticos, por ejemplo, en torno a los cuales se saben, sienten y actúan como un conglomerado relativamente compacto y homogéneo.

La relevancia que tiene la conciencia colectiva, la identidad colectiva como productora de legitimidad y de consenso para el Estado se nota especialmente, según Gramsci, en los periodos en que una sociedad atraviesa por una crisis grave, una crisis orgánica, porque son momentos en que los estados de ánimo, las actitudes, las conductas colectivas son negativas, desalentadoras, y si el Estado acentúa el nacionalismo, anima y alienta este estado de ánimo general inyectándole energía y dinamismo, moviendo a la población en una dirección determinada, imprimiendo un giro bien definido al comportamiento colectivo.

Basta mencionar cómo el nazismo alemán y el fascismo italiano dieron un giro radical a la profunda crisis económica y política en que estaban sumergidos sus pueblos antes de la segunda guerra mundial, y el Estado utilizó esta identidad colectiva, el nacionalismo, para dar un sentido muy diferente a la crisis y obtener la adhesión de sus pueblos para su proyecto de conquista.

De hecho, el Estado mezcló la religión, el partido, el racismo y el nacionalismo como los ingredientes para convencer a sus naciones de la misión histórica a la que estaban predestinadas. Y revisando la historia europea, latinoamericana y árabe contemporáneas, por ejemplo encontramos muchos casos parecidos al citado donde en periodos de crisis graves el Estado contribuye a resolverlas recurriendo a estos elementos.

Ahora bien, para concluir este apartado retomemos lo que Laclau y Mouffe denominan la lógica de las equivalencias, relacionándolo con lo que plantea Gramsci sobre el Estado y la nación.

La lógica de las equivalencias vertebró el planteamiento de Laclau y Mouffe y su interpretación de Gramsci, es una herramienta teórica que forma parte de lo que denominan una nueva lógica de lo social, con la cual ambos autores reflexionan sobre la especificidad de lo político y de la hegemonía en las sociedades actuales.

Como señalamos en la introducción y al iniciar este capítulo, ambos autores sostienen que la especificidad de lo político es su carácter precario e indeterminado, que se refiere a que la inestabilidad caracteriza el pluralismo de sujetos y de formas de organización políticas e ideológicas nuevas y diferentes a las tradicionales, propias de las sociedades actuales, esto es, la movilidad caracteriza los campos, las articulaciones y las prácticas de estos sujetos, y nos permite pensar lo político como conjuntos de sistemas abiertos, relativamente estables de diferencias.

Sostienen también que la especificidad de la hegemonía, reside en la existencia de fuerzas antagónicas y en la inestabilidad de las fronteras que las separan, esto es, si los grupos y las clases constituidos como sujetos políticos se convierten en fuerzas antagónicas y si las fronteras que articulan los antagonismos son inestables, pueden convertirse en sujetos hegemónicos en un momento histórico y un contexto social determinados.

La lógica de las equivalencias es útil para pensar en la especificidad de lo político y de la hegemonía, porque nos permite encontrar los elementos comunes a partir de los cuales los grupos y las clases, que constituyen la sociedad civil, se relacionan entre sí y con el Estado, nos permite entender cuáles son las cadenas de equivalencias a partir de las cuales pueden construir vínculos y proyectos compatibles y frentes comunes de organización y lucha, acordes con las formas en que se constituyen los antagonismos entre los diferentes sujetos y fuerzas sociales manteniendo, al mismo tiempo, la movilidad de los límites que las articulan.

Relacionando esta lógica de las equivalencias con las propuestas gramscianas sobre el Estado y la nación, planteamos que en las diversas dimensiones de lo político, y las relaciones entre el Estado, la nación y las clases sociales forman parte de éstas, existen elementos y espacios comunes entre las distintas clases y fuerzas sociales que tienden a homogeneizarse, y que pueden ser la base para unirlos conforme a proyectos políticos, intelectuales, morales y económicos, que forman parte de las cadenas de equivalencias que se establecen entre el Estado, la nación y las clases sociales.

Hay que subrayar esto: para la interpretación laclau-mouffiana, que sugiere una lógica contingente para interpretar lo político, es muy importante detectar en las propuestas gramscianas sobre el Estado, estos elementos políticos, culturales, económicos y raciales comunes a los sujetos sociales que al ensamblarse como cadenas de equivalencias nos permiten teóricamente explicar los procesos políticos como construcción de articulaciones formular generalizaciones a partir de los puntos particulares, de las particularidades, de los diversos sujetos y fuerzas políticas, que son construidos mediante la lógica de las diferencias, y que también juegan un papel destacado en esta interpretación.

Pensando en los sujetos políticos mediante la lógica de las diferencias, si concebimos sus identidades sólo como posiciones abiertas en cadenas de diferencias, el riesgo es que se diluyen, si apuntamos sólo sus características particulares se pierden y dejan de ser cognoscibles: es a partir de los elementos comunes que las desarticulamos y rearticulamos para construir sistemas de equivalencias (por ejemplo, las coincidencias ideológicas de las nuevas izquierdas respecto de la igualdad y la democracia, tienden a unificar sus posiciones como sujetos políticos, lo cual nos permite conocer un aspecto de la estructuración social en la actualidad).

Por otra parte, en la interpretación laclau-mouffiana, en la parte que se refiere a la lógica contingente para interpretar lo político, esta tesis de la identidad colectiva como mecanismos de integración social que se relacionan con la constitución de los sujetos sociales, con la constitución de la nación como sujeto social, es importante también por otra razón: los elementos comunes, los proyectos, los espacios y las fuerzas políticas comunes juegan un papel relevante en la constitución de los sujetos sociales y sus cadenas de equivalencias, destacando que no son realidades indeterminadas ni definitivas.

En este caso, en el planteamiento gramsciano, el Estado forja la conciencia nacional, que en tanto identidad colectiva constituye a las clases y grupos sociales como un sujeto social que es la nación mediante estos elementos políticos, económicos, culturales, morales, raciales e históricos, articula las coincidencias que conforman la identidad colectiva de los grupos y clases sociales constituyéndolos como sujeto, es decir, como nación: son lo que identifica a éstos como un sujeto-nación, como un sujeto nacional.

En la medida en que el Estado forja la conciencia nacional, contribuye a integrar a las diversas clases y grupos sociales constituyéndolos como sujeto porque constituye su identidad; el nacionalismo los identifica como un bloque homogéneo, lo cual es utilizado para mantener los conflictos y las crisis dentro de los límites tolerados por la estabilidad social.

Al destacar la identidad colectiva como conjunto de mecanismos de integración social, rescatamos esta parte de la problemática gramsciana porque pensamos lo político en los términos de la lógica de las equivalencias, pensamos en los elementos comunes y las identidades colectivas de los diferentes grupos y las clases sociales como sujeto social, esto es, como nación. Para la interpretación mencionada, es importante entender y destacar de qué formas se constituyen los sujetos sociales, los diversos sujetos sociales que actúan en el

capitalismo, y para ello es crucial encontrar estas cadenas de equivalencias que hemos señalado.

Por otro lado, Mouffe y Laclau sostienen que para rescatar la complejidad y precariedad de lo político en el planteamiento gramsciano, hay que relacionar esta lógica de las equivalencias con la lógica de las diferencias.

El hecho de plantear las equivalencias, la identidad colectiva y la conciencia nacional como mecanismos que constituyen a las clases y a los grupos sociales como un sujeto nacional supone que hay en lo social, lo mismo en el capitalismo que en el socialismo, otros sujetos sociales y políticos que poseen elementos políticos, económicos, culturales, ideológicos y morales que los diferencian entre sí.

Estos sujetos, poseen identidades y autonomías particulares que no son diluidas por las cadenas de equivalencias formadas por la identidad colectiva que los constituye como sujeto nacional: la identidad colectiva que produce a un sujeto nacional se genera mediante elementos ideológicos comunes que articulan a diferentes sujetos políticos y sociales, y que no diluyen los elementos ideológicos que producen su identidad y su autonomía particulares: los elementos ideológicos comunes, las cadenas de equivalencias se combinan con los elementos ideológicos particulares, las cadenas de diferencias.

Como hemos señalado, esta identidad colectiva tiende a integrarlos, destacando todo aquello que tienen en común y dejando en segundo plano todo aquello que tiende a separarlos, que son sus particularidades, pero no al grado de diluirlas porque no puede hacerlo: al generarse puntos de confluencia, de convergencia hay límites claramente demarcados por estas particularidades y uno de estos límites es que no pueden disolverlas, no pueden anularlas.

De esta forma, pensando lo político también mediante la lógica de las diferencias, lo interpretamos y lo concebimos como un sistema abierto y precario y rescatamos su complejidad, evitando formular generalizaciones 'a priori' que lo determinen, que lo cierren.

En esta última parte, hemos señalado cómo la interpretación laclau-mouffiana nos permite rescatar esta parte del planteamiento gramsciano, que se refiere a la forma en que el Estado constituye a las diferentes clases como sujeto social, a partir de la identidad colectiva producida por la conciencia nacional.

1.3 El Estado y el partido político comunista

Examinemos ahora qué plantea el autor sobre el partido político comunista y sobre el Estado, aclarando que en primer lugar, señalamos algunas propuestas generales sobre los partidos políticos, y en segundo lugar, analizamos la concepción gramsciana del partido político del proletariado, el partido comunista.

Según Gramsci, en la época moderna y hasta nuestros días, el 'Moderno Príncipe' es el partido político cuyo fin es fundar un nuevo tipo de Estado.

En general, un partido político es un organismo o asociación que representa a un grupo social determinado, que busca defender sus intereses,

proyectos y propuestas ante el Estado y ante otros partidos y organizaciones sociales, utilizando los medios y las instituciones que pone a su disposición el sistema político, por ejemplo, el parlamento, el juego electoral y la formación de frentes amplios.

Gramsci distingue dos tipos de partido en el siglo XX.

El partido de élite, dirigido por intelectuales, es decir, por individuos con una buena formación cultural y científica que dirigen a sectores sociales con necesidades e intereses afines bajo un proyecto ideológico y político común, bajo el supuesto de que aquéllos por tener mejor preparación son los más capaces para organizar a los demás, (hay que recordar la importancia que tienen en este planteamiento los intelectuales).

Y el partido de masas, cuyo objetivo es prepararlas y formarlas para participar y organizarse políticamente en diferentes niveles, en el sindicato, en el consejo, en el partido y en el frente civil, de modo que su nivel de cultura y de práctica políticas se eleven, logrando que el movimiento proletario tenga más sentido, esté más definido y mejor articulado.

Asimismo, cualquier partido político requiere que coexistan tres elementos básicos en él.

Uno, la base formada por grupos cuyo rasgo principal es su disciplina y fidelidad, son un elemento necesario porque aportan su disposición y su fuerza al partido pero que no tienen aún la capacidad organizativa ni la audacia o iniciativa suficientes para ser dirigentes.

El segundo elemento, constituido por un núcleo de dirigentes cuya función es cohesionar y articular a la base, convertirla en una fuerza potente y eficiente que tenga un sentido y una dirección bien definidas, fuerza que la transforme en un actor político con el suficiente poder para pesar y balancear las relaciones de poder en la sociedad:

“Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohesión, que centraliza y disciplina y sin duda a causa de esto está dotado igualmente de inventiva (si se entiende <inventiva> en una cierta dirección, según ciertas líneas de fuerzas, ciertas perspectivas y también ciertas premisas). Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual sin embargo tiene más importancia que el primero para su constitución.”⁶

Y el tercer elemento, formado por un núcleo de personas cuyo papel principal es articular los dos elementos anteriores no sólo política sino moral y culturalmente, un núcleo que opera como mando medio que permite al grupo dirigente y a las masas mantenerse en contacto, no perderse cada uno en su propia dinámica, con el riesgo de distanciarse perdiendo fuerza y eficacia.

Estos tres elementos se mezclan y evolucionan dependiendo del grado de desarrollo de cada partido político; cuando un partido alcanza la madurez estos elementos están equilibrados, todos tienen el mismo peso y lo importante es que mantengan el equilibrio y la unidad pues de ese modo es más difícil que desaparezcan cuando aparecen las crisis, sean internas o bien las del sistema político.

⁶ Ibid. p.48.

De modo que un partido de élite, de masas o de otro tipo, requiere que estos tres elementos coexistan porque son sus piezas clave; si alguno de ellos falla o tiene problemas serios se proyecta en toda la estructura.

Por otro lado, es importante distinguir cuando un partido político, tanto si representa al grupo dominante como si representa a los grupos subordinados, es coyuntural o no, es decir, si es una organización política que pueda permanecer en la sociedad y que pueda convertirse en un protagonista, en un actor relevante en la sociedad o, por el contrario, es una organización ocasional que tiende a ser efímera, a desaparecer en poco tiempo.

Un partido coyuntural tiende a moverse en la órbita de los partidos o movimientos orgánicos y depende de ellos, es como un satélite de quienes tienen poder, es decir, legitimidad, reconocimiento y presencia en la sociedad, lo mismo si son parte del gobierno que si no lo son, y surgen de manera ocasional, con frecuencia en momentos de crisis políticas y sociales aprovechando que los grupos están más sensibles y más dispuestos a organizarse y luchar por sus intereses, y no representan una alternativa distinta a las ya existentes, además de que normalmente actúan sólo en aras del beneficio personal o de una minoría, desechando cualquier compromiso a largo plazo con aquellos a quienes supuestamente representa.

Un partido con estas características tiende a mantenerse como una organización política pequeña, que no trasciende, que no juega un papel importante como agente de cambio, que juega un papel de comparsa solamente, o bien tiende a desaparecer en poco tiempo una vez que se diluyen las circunstancias bajo las cuales surgió.

Por su parte, un partido orgánico forja y obtiene legitimidad y presencia en la sociedad por sí mismo, posee un proyecto político, económico, cultural y moral bien definido que representa los intereses e ideales de uno o varios grupos sociales, despliega un trabajo directo y eficaz con éstos que le da presencia y fuerza, necesarias para enfrentarse, negociar o aliarse con quienes ejercen el poder desde el Estado y la sociedad civil, y es capaz de articular sus intereses particulares con las demandas colectivas lo cual le da la autonomía suficiente para ser una alternativa diferente a las demás.

Un partido así tiene más posibilidades de permanecer en el escenario social, y ser una pieza importante del sistema político e incluso puede jugar un papel histórico en una sociedad determinada, es decir, tiene más posibilidades de dejar huella en la sociedad, que un partido coyuntural.

Ahora bien, otro aspecto importante a considerar respecto de los partidos es cuando están en crisis.

Un rasgo claro de que un partido está en crisis es que la clase social o un sector importante de ella ya no lo reconoce como la organización política que lucha por impulsar sus proyectos y defender sus intereses ante otras clases o ante el Estado. Dejan de confiar en él, le retiran paulatinamente su apoyo, dudan de lo que hace, de que se interese por ellos y, en muchos casos, se les presentan dos opciones: alejarse de la política en este sentido, asumir una actitud de apatía, de indiferencia ante la política que implica no participar, no confiar en ella, con el riesgo de dejar que los partidos o el gobierno ejerzan el poder como quieran, o

bien buscar otra alternativa política que les devuelva la confianza y el interés perdidos.

Gramsci indica que cuando se trata de una crisis de hegemonía, es decir, de una crisis de poder de la clase dirigente que implica pérdida de legitimidad, de reconocimiento y de autoridad ante las clases y los grupos dirigidos, la crisis se extiende a toda la sociedad e incluye a los demás partidos políticos sacudiéndolos, creando situaciones en las que cada partido muestra si es capaz de dirigir o no a la sociedad, de aprovechar la crisis para crecer incrementando su presencia entre la población o si tiende a debilitarse paulatinamente hasta desaparecer.

Una crisis de hegemonía afecta también a las clases sociales porque los acontecimientos se desarrollan con tal rapidez que las clases no pueden actuar o reaccionar con la misma rapidez, de tal forma que con frecuencia se ven arrastradas por los acontecimientos sin saber cómo se resolverán, en que desembocarán y si ello les beneficiará o les perjudicará; suele suceder que cuando las clases y grupos sociales se dan cuenta de lo que está aconteciendo su capacidad para incidir directamente en la crisis se ha reducido considerablemente.

Pensemos, por ejemplo en la experiencia chilena en 1973. Tanto los partidos políticos de izquierda como el pueblo, se vieron envueltos en acontecimientos que dieron un giro importante al panorama político y social en general, acontecimientos dirigidos por un grupo minoritario que decidió que acercarse al socialismo era lo peor para los chilenos; unos cuantos decidieron por la mayoría usando la fuerza militar.

Este tipo de crisis, puede resolverse también de forma muy diferente relegando a los partidos políticos a segundo plano, que es el caso cuando un personaje carismático y popular surge en el escenario político aglutinando a las clases sociales y a los principales actores en torno a él, involucrándolos en una empresa a gran escala ante la cual los problemas y pugnas internos por el poder sean irrelevantes. En este siglo así sucedió con Hitler y Mussolini, que aprovecharon agudas crisis de hegemonía en Alemania e Italia para iniciar la segunda guerra mundial, comprometiendo a sus pueblos en proyectos de conquista que rebasaron por mucho a los partidos políticos de aquella época.

Estas características de los partidos políticos están conectadas entre sí, por un lado la forma como las crisis de hegemonía, que están ligadas a las crisis sociales, los afectan, y por otro lado, el carácter orgánico o coyuntural de los partidos políticos.

De hecho, es en los periodos de crisis cuando los partidos políticos muestran, en buena medida, si son orgánicos o coyunturales; porque la historia nos deja ver que un partido político orgánico si bien puede ser afectado mucho por una crisis de hegemonía que puede obligarlo a cambiar a fondo, a fin de cuentas sobrevive a ella, finalmente es orgánico justo porque tiene la capacidad y la experiencia para afrontar y salir bien librado de la misma, es más usualmente un partido con estas características aprovecha una crisis para crecer, para convertirse en un actor político con mayor peso e influencia en la sociedad en vez de dejar que la crisis lo debilite.

En este sentido, digamos que las crisis ponen a prueba a los partidos políticos, prueban si son capaces de salir bien librados de ellas, si pueden adaptarse o ajustarse a sus ritmos y dinámicas e incluso aprovecharlas para fortalecerse, para crecer, para acrecentar su poder o no.

Pensemos concretamente, en lo que sucedió con los partidos socialistas y comunistas en la segunda guerra mundial en los países donde el fascismo tuvo más fuerza, en Italia o España, y considerémoslos como partidos orgánicos.

En buena parte, es contra las fuerzas socialistas que se dirige la derecha fascista o nazi en estos países, contra el avance del socialismo por cualquiera de las vías, democrática o armada, en Europa occidental; se trataba, en efecto, de limitar al máximo el crecimiento del socialismo como un proyecto político, económico, ideológico y cultural viable, sólido, algo que sí estaba ocurriendo por lo menos en estos dos países, donde la fuerza de los obreros y los campesinos era ya palpable y notoria entre 1920 y 1939, siendo los partidos de izquierda quienes jugaban un papel importante en este proceso.

Precisamente cuando estos partidos parecían preparados para dar un salto cualitativo importante, aprovechando el juego democrático, dando un giro significativo a la izquierda en Europa, el sector más conservador de la burguesía aprovecha la fuerza y la energía del proletariado para impulsar un proyecto de conquista muy alejado de los intereses de esta clase social. En este proceso, la burguesía usó todos los medios a su alcance para desarticular y desaparecer a los partidos socialistas y comunistas, ya que se oponían abiertamente a su proyecto de conquista.

Así, estos partidos demostraron que eran orgánicos, pues a pesar de tener todo en su contra, de estar inmersos en una profunda crisis social, lograron mantenerse con vida en esos años y hasta el fin de la segunda guerra mundial, a partir del cual retomaron una dinámica que les permitió poco a poco rehacerse, reorganizarse e irse legitimando, ir ganando terreno en la escena política entre 1945 y 1960 hasta que obtuvieron triunfos muy importantes en las elecciones en Italia, primero, y en España después, una vez concluida la dictadura franquista.

Estos mismos partidos, a partir de la década de los ochentas, con otros nombres, otras propuestas, proyectos y estrategias y en otros países han enfrentado existosamente la debacle del socialismo oriental y la embestida frontal del capitalismo que desde aquellos años auguraba el final de cualquier forma o expresión, democrática o violenta, de socialismo y el triunfo definitivo del capitalismo, el llamado fin de la historia como diría Fukujama.

Exitosamente porque no sólo han mantenido el poder, la legitimidad obtenida a partir de la segunda guerra mundial, sino que están en condiciones de aumentarla, de crecer aún más, ayudados en mucho por la gran pobreza ideológica, cultural, política y económica de la nueva derecha y del capitalismo de fines de milenio.

Estas son ideas generales sobre el partido político. Analicemos ahora cómo concibe Gramsci el partido político comunista.

El partido político comunista tiene algunas de las características señaladas antes.

Es un partido de masas, con los tres elementos centrales que son, la base, que es la masa obrera, el núcleo medio, que son los cuadros encargados de enlazar a la base con el sector dirigente, y éste, cuya función es definir los proyectos, estrategias y objetivos principales del partido e irlos ajustando conforme las circunstancias en la sociedad evolucionen. Y es también un partido orgánico, es decir, un organismo lo suficientemente bien estructurado y hábil para tener una vida larga, ya que los objetivos que persigue son bastante complicados y requieren mucho tiempo para alcanzarse.

Retomemos lo que señalamos en páginas anteriores sobre la relación que hay entre hegemonía política y democracia representativa. Señalamos que la importancia de la democracia en el planteamiento gramsciano reside en su conexión con la hegemonía, es decir, que la democracia es importante en la medida en que es un vehículo para construir y ejercer la hegemonía, y en que ofrece un amplio espectro de posibilidades para ejercerla.

El partido político comunista, tiene como objetivo ir generando las condiciones bajo las cuales las clases y grupos subalternos se conviertan en hegemónicos, contribuir a que se conviertan paulatinamente en dirigentes, con poder tanto en la sociedad civil como en el Estado, convertirlos en actores políticos con presencia y autoridad en la sociedad desde el capitalismo, y algo que reitera, que le permita a los obreros trascender la fase económico-corporativa o sindicalista de la lucha.

Transformar a las masas trabajadoras en dirigentes que ejerzan el poder paulatinamente, como una forma de ir preparando la revolución y para la etapa posterior a ésta, como una estrategia revolucionaria. Tener hegemonía, dirigir, en este sentido: generar consenso, llegar a ser aceptadas y reconocidas por las demás clases, grupos sociales y por el Estado como gobernantes, ser aceptados como una fuerza política gobernante, a quién hay que escuchar, atender y tomar en cuenta, y demostrando así que tienen la capacidad para dirigir.

Esta idea de empezar a dirigir en el capitalismo, de aprender a organizarse y a mantener un movimiento organizado permanentemente, no sólo en los momentos críticos, de pensar en el proletariado como un movimiento político organizado que conozca las instituciones, las normas y los mecanismos políticos y legales, nos deja ver que para Gramsci el socialismo y la revolución no obedecen las leyes económicas que rigen la historia, y que el partido y las masas deben estar a la expectativa, confiados y seguros de que la revolución llegará cuando estas leyes lo determinen.

Su idea es que las masas deben forjar su propio destino, forjar las condiciones bajo las cuales pueden modificar el capitalismo, y el hacerlo es parte de un proceso complejo y largo, es una etapa tan importante como las demás, siendo la política el campo propio para llevarlo a cabo; porque de no hacerlo es muy probable que los obreros y los campesinos dependan tanto de sus dirigentes y que estén subordinados a ellos, que sigan siendo grupos subalternos en el socialismo.

Otro aspecto a considerar es qué tipo de partido es.

En primer lugar, aclaremos que según las propuestas gramscianas el partido político comunista es tanto una organización de vanguardia como una de masas, contiene ambos elementos porque los conjuga.

Analicemos a qué se refiere al plantear que se trata de un partido político de vanguardia. Significa que es la principal herramienta con que cuentan los trabajadores para organizarse. El partido se encarga de dirigir al proletariado, es quién tiene la capacidad, la experiencia y los conocimientos para definir cuáles son los proyectos, los intereses y las prioridades de los trabajadores, así como la habilidad para delinear cuáles son las estrategias y tácticas óptimas para alcanzarlos y concretarlos, en un tiempo determinado.

Gramsci reitera que esta función de vanguardia del partido está limitada a una etapa específica del proceso revolucionario.

En la época de Gramsci, donde los trabajadores tienen limitadas las posibilidades de acceso a la educación y la cultura, donde su visión del mundo y su participación política son controladas por la clase hegemónica es crucial la labor del partido como dirigente; sería difícil pensar que bajo estas condiciones los trabajadores pudiesen prescindir del partido. Pero sólo es válido en este momento y en los inicios del socialismo, porque a fin de cuentas se trata de que ellos mismos tengan un nivel de participación elevado y que se involucren en las cuestiones políticas, no de que sigan dejándolas en manos del partido.

A nuestro juicio, el hecho de que el socialismo soviético, chino y en Europa oriental no haya tomado en cuenta o no haya querido considerar la temporalidad del partido-vanguardia fue un grave error, pero un error que las circunstancias en los últimos quince años han obligado a corregir (pensemos en el caso de la CEI en las elecciones de noviembre de 1996, en que los excomunistas obtuvieron una votación del 34-37 por ciento).

Un partido de vanguardia implica la formación de cuadros, es decir, la formación de militantes con capacidades y cualidades específicas que desarrollan funciones y tareas en las áreas estratégicas del partido, como organización, sindicatos, finanzas y educación, y que tienen a su cargo, a uno o varios grupos de trabajadores.

Aquí subyace el supuesto, de que estos cuadros dirigentes juegan un papel fundamental porque saben qué es el socialismo como proyecto social, qué es el partido del proletariado, cómo y por qué el partido juega un papel central en la construcción del socialismo, por qué hay que construir la hegemonía en la esfera política, en suma, estos cuadros dirigentes poseen la teoría, los conocimientos para organizar a los trabajadores, para conducirlos a las metas, los objetivos inmediatos y mediatos y para ajustar las estrategias y tácticas conforme los momentos históricos y sociales lo vayan exigiendo.

Esta idea va ligada a otra. El proletariado no tienen aún ese nivel teórico, no tienen los conocimientos necesarios para conducirse políticamente por cuenta propia, sin los cuadros dirigentes, hacia esas metas y objetivos lo cual le dificulta organizarse políticamente por sí mismo, auto-organizarse.

Gramsci enfatiza este punto sobretodo en el tercer cuaderno, donde plantea que la filosofía espontánea o común, que caracteriza la concepción del mundo proletaria, se caracteriza por tener un nivel pobre de conocimientos y contiene elementos culturales, religiosos, morales, políticos y económicos

disímiles, contradictorios, lo cual se manifiesta en una concepción y una práctica políticas también pobres y contradictorias.

Esta pobreza y contradictoriedad de la concepción del mundo proletaria, esta conciencia enajenada, es uno de los elementos en que descansa la hegemonía y el consenso obtenidos por la burguesía en el capitalismo, razón por la cual el autor insiste tanto en lo importante que es para la izquierda y para el socialismo transformar esta filosofía espontánea en una concepción del mundo mejor articulada y más coherente, que contenga una concepción y una práctica políticas mejor articuladas y más coherentes.

Por estas razones, los cuadros dirigentes son tan importantes para los grupos y las clases subordinadas en las primeras etapas de construcción socialista, y éstas tiene que confiar en ellos, poner algunos aspectos del proyecto socialista bajo su responsabilidad mientras forjen su concepción del mundo de manera más congruente y en tanto que algunos de sus líderes se convierten en dirigentes políticos.

Vanguardia y cuadros, bajo el supuesto de que el partido debe trabajar directamente con las bases, ser una organización cuya vida y sentido dependen del trabajo por transformar la sociedad y sus hombres desde sus cimientos, siendo la ideología, la propaganda, la agitación y la lucha momentos relevantes de este proceso.

Por otra parte, Gramsci sostiene que el partido comunista es un partido de masas, no sólo de vanguardia.

Un partido de masas es una organización que se caracteriza por abarcar a un conglomerado amplio de grupos sociales, no sólo a los obreros, tanto en el campo como en la ciudad, que se caracteriza por proponer una plataforma política, ideológica, económica, cultural y moral, que sea atractiva a grupos que tienen intereses y actividades muy diferentes. Se abandona el supuesto de que el partido es obrero, que la revolución y el socialismo son en primer lugar para los obreros y que no hay razón para integrar o incluir a otros sectores en la lucha.

Cabe aclarar que la acepción gramsciana de proletariado, de masas es amplia.

El proletariado, es una clase social formada por diversos grupos que se caracterizan por desempeñar distintas funciones en la producción y por tener distintos intereses y proyectos económicos, políticos, diferentes características y proyectos intelectuales y morales, es decir, es una clase heterogénea y plural, y se requiere una plataforma lo suficientemente amplia y heterogénea para poder incorporar esta diversidad de intereses y proyectos de los obreros, de los campesinos y de los sectores marginales (lo que denominaba Marx lumpenproletarios) en ésta.

Gramsci sostiene que el socialismo, la revolución y el partido, sus proyectos y actividades, son de los obreros, de los campesinos, de los sectores marginales, de los estudiantes y de otros sectores que también son proletarios, y que no son ni tienen porque ser patrimonio exclusivo de un sector, de los obreros, como lo pregonaba en su época una parte del marxismo: la diversidad constituye al proletariado como clase social; por tanto, no hay ninguna razón para excluir ni poner en segundo plano a los otros sectores proletarios.

Con ello, cuestiona la idea de que el proletariado es un conglomerado compacto y unido que piensa y actúa al unísono, una clase cuyos proyectos y demandas generales deben ser, (y entonces son) los mismos, que debe pensar y actuar de la misma forma, debido a las necesidades revolucionarias. Critica la idea de que no hay razón para incluir a los campesinos u otros sectores en el proletariado, como si proletariado y obreros fuesen idénticos, como si pudiese reducirse el proletariado a los obreros.

Se cuestiona, entonces, la idea de que el proletariado debe ser, y es, esencialmente obrero (porque la revolución y el socialismo deben ser esencialmente obreros) y que, por ello, los demás grupos también proletarios, como los campesinos o sectores marginados (lumpenproletarios) tienen que subordinarse a los obreros, tienen que aceptar ser dirigidos por ellos, tienen que aceptar y entender que la revolución, el partido y el socialismo en ese momento y en el futuro es y sería para los obreros, que éstos son, en suma, el sector principal y privilegiado del proletariado, y de no aceptarlo así tendrían que hacer su revolución campesina con su partido campesino para su socialismo campesino.

Hay que puntualizar cómo concibe Gramsci al proletariado para plantear lo siguiente: para el partido político de los trabajadores es muy importante tomar en cuenta que la diversidad, la heterogeneidad constituyen al proletariado como clase social; lo mismo los obreros y los sectores marginados que los campesinos y los estudiantes tienen necesidades, intereses y proyectos económicos, políticos, intelectuales y morales particulares. De aquí que uno de sus objetivos principales es articular un proyecto social común que integre lo más importante y significativo de cada sector.

De modo que, articular esta diversidad propia del proletariado en un proyecto social común es una labor prioritaria del partido comunista, lograr conjuntar intereses, necesidades y proyectos particulares bajo un proyecto socialista general es un objetivo prioritario del partido y es muy difícil lograrlo.

Y hacerlo es construir hegemonía. En la medida en que el partido coadyuve a aglutinar a los sectores proletarios bajo un proyecto socialista general, en la medida en que logre conjugar su heterogeneidad bajo un proyecto general, sin diluir aquellos elementos particulares que hacen a cada sector diferente, en esa medida el partido propone un proyecto hegemónico para el proletariado, es decir, la posibilidad de que se convierta en una clase hegemónica.

Construir hegemonía significa aprovechar la política para ir ejerciendo poder e ir ganando presencia y legitimidad ante la sociedad civil y los diversos actores que la forman, así como ante el Estado y los diversos actores y fuerzas que lo conforman.

Significa ser capaz de proponer y desplegar las estrategias, tácticas y proyectos que logren convencer a los distintos sectores proletarios de que hacer a un lado algunas de sus diferencias y enfatizar algunas de sus semejanzas, con tal de convertirse en una fuerza política poderosa y potente tiene sentido porque es una forma de tener más poder, tener más legitimidad y competir con más elementos de consenso y de fuerza con otras clases y grupos sociales por dirigir a la sociedad, o bien con más elementos para compartirla.

Por otro lado, el partido comunista es un partido de masas porque otro de sus objetivos centrales es que este conglomerado que constituye el proletariado, los diferentes sectores que lo forman, participe y se incorpore directamente a las diversas tareas que la lucha impone, politizando el ambiente en que actúe, lo mismo en su trabajo en la empresa y el sindicato, que en labores de propaganda, ideología y agitación fuera del trabajo, en el partido, en los consejos y en los frentes, con los grupos aliados.

La idea es que los trabajadores participen activamente en la política, que gradualmente adquieran conocimientos acerca de cuestiones políticas relevantes, que conozcan los temas y problemas marxistas principales, y que acumulen experiencia política.

El objetivo es que los propios trabajadores se hagan dirigentes, teórica y prácticamente, a partir de la actividad que desplieguen en los sindicatos y en los consejos obreros así como en las agrupaciones campesinas y estudiantiles, y en el partido como militantes. Sea cual fuere el trabajo que desarrollen, tanto los obreros como los campesinos pueden convertirse en dirigentes, aprender a organizar y a conducir a su propio sector y a grupos más amplios, convertirse en dirigentes hábiles, inteligentes, honestos y comprometidos.

Por otra parte, además de forjar dirigentes a partir de las masas, se busca que éstas se politicen, que participen dinámicamente en la lucha tanto en el ámbito de la producción mediante el sindicato como fuera de él, en la sociedad civil, en la estructura interna del partido y en los lugares donde viven, que sepan organizarse independientemente de sus dirigentes, que conozcan las prioridades, las necesidades y los medios que se precisan en la construcción del socialismo, y que puedan exigir, demandar a sus dirigentes en todos los niveles explicaciones acerca de las acciones que se llevan a cabo, y poder incidir en ellos de modo que puedan cancelarse y modificarse si es necesario.

Una de las razones para proponer esto, es que los sectores proletarios no dependan tanto ni siempre de sus dirigentes, que no dependan tanto del partido-vanguardia, que esa dependencia que indicamos en páginas anteriores sea sólo temporal, es decir, transitoria, que se mantenga sólo en tanto sea necesaria y que sea siempre dependencia, no subordinación, de modo que no sean dominados o controlados por sus dirigentes y por su partido.

Porque Gramsci, siendo dirigente del movimiento de los consejos en Turín, entiende que esta dependencia puede producir efectos negativos:

"...los obreros italianos que ocupan las fábricas demuestran estar a la altura de sus tareas y de sus funciones. Y sin embargo las ocupaciones terminaron en un fracaso. Pero la responsabilidad de ese hecho pesa sobre el partido socialista, que no tomó la dirección de las luchas, que siguió a las masas en lugar de ser su vanguardia. El partido socialista italiano es revolucionario únicamente por las afirmaciones generales de su programa. Es un conglomerado de partidos...Ello explica la paradoja histórica por la cual, en Italia, son las masas las que empujan y educan al partido de la clase obrera, y no el partido el que guía y educa a las masas."⁷

⁷ Gramsci, A., *Escritos Políticos*, ed. Nueva Visión, Argentina, 1980, p.82.

Esta cita nos permite plantear dos cuestiones importantes.

Por un lado, la idea de que las masas tuvieron en aquella época la energía y el coraje necesarios para tomar en sus manos su destino, la determinación para ser dirigentes en el caso concreto de la ocupación de las fábricas y la experiencia de los consejos, ya que fueron dirigentes de ese movimiento y lo llevaron a sus últimas consecuencias; no se quedaron con las manos cruzadas, a la expectativa, esperando pasivamente que el partido político y sus cuadros dirigentes les plantearan qué hacer con el movimiento, qué podían esperar de él y cuáles fueran las mejores estrategias para impulsarlo.

Estaban concientes de que era a los trabajadores unidos y decididos, a quienes correspondía organizarse y mantener la lucha hasta que sus demandas fueran parcialmente satisfechas, concientes de que si abandonaban la lucha el movimiento se diluiría, que nadie más que ellos los sustituiría para mantenerlo vivo hasta el final; estaban muy involucrados y comprometidos tanto porque estaban sus intereses y demandas económicas de por medio, como porque sabían lo que la lucha representaba políticamente en ese momento.

Sin embargo, como lo indica la cita el movimiento, la ocupación de las fábricas fracasó, porque prácticamente ninguna de las demandas relevantes de los trabajadores fueron satisfechas; el Estado y la burguesía quisieron dar una lección ejemplar al proletariado en su conjunto, siendo el mensaje: cualquier sector del proletariado que intente un movimiento de lucha económico-política, encontrará de parte del Estado y de la burguesía la misma actitud decidida y fracasará.

En cierta medida, el fracaso se debió a que la concepción política de las masas tenía carencias y contradicciones importantes, faltaba claridad no en cuanto al movimiento mismo sino en cuanto a los factores y circunstancias externas y decisivas en torno a él, por ejemplo, falló el cálculo político de cuánta dureza adoptarían las autoridades ante el conflicto, dieron por hecho erróneamente que el partido socialista y otras organizaciones obreras los apoyarían y que el Estado cedería, factores cuya conjunción finalmente jugó un papel definitivo en la forma como concluyó el movimiento.

Este es un punto central, porque según Gramsci la concepción política de las masas se caracteriza por tener carencias e incoherencias, es decir, por tener limitaciones teóricas significativas que se traducen en la actividad política obstaculizándola también, truncándola y proyectando esas carencias, siendo entonces un factor de peso en el fracaso del movimiento de los consejos.

El autor sostiene que esta concepción política pobre y mal articulada del proletariado, es parte de una concepción del mundo que caracteriza como contradictoria y espontánea, que contiene lagunas y elementos disímiles, encontrados, razón por la cual propone transformarla en una concepción del mundo mejor articulada lo cual implica forjar una visión política más completa y mejor estructurada, que se traduzca en una práctica política más definida y coherente.

De esta forma, a su juicio el proletariado debe entender en qué consiste el proyecto socialista que pretenden construir, cuáles son sus elementos centrales, sus objetivos principales a corto y mediano plazo, y cuáles son los medios para

construirlo, lo cual precisa un nivel medio de conocimientos y educación, así como eliminar los elementos más contradictorios, es decir, debe ser capaz de contrastar y comparar de forma general el socialismo como modelo teórico y como proyecto social con el capitalismo como un proyecto social de la burguesía, que es diferente y ajeno al suyo.

Aclarando que se trata de un nivel medio de conocimientos, cultura y educación, y no de que el proletariado obtenga el nivel teórico de los intelectuales, pues no es eso lo que plantea Gramsci. Plantea que elevar su nivel teórico es parte de un proceso largo y complejo y que de todos los cambios que implica el socialismo las transformaciones en el ámbito cultural, educativo, científico y moral son las más lentas y las más complejas, porque no es fácil cambiar formas de pensar y de vivir que tiene varios siglos de existencia, por otras nuevas y diferentes.

De modo que, si la concepción del mundo se mantiene igual, las masas difícilmente se interesarán en participar activamente en política en otros niveles, ni entenderán el rumbo, las prioridades y los problemas que surgen en la construcción del socialismo, ni cuál es el papel y los alcances del partido en ésta ni el papel y la importancia que como proletarios tienen en la misma, en síntesis, se involucrarán cada vez menos en la lucha.

Aclaremos dos cuestiones antes de continuar.

En primer lugar, hacemos referencia a la cita en la que se mencionan las ideas comentadas. No pretendemos extraer una propuesta general, que la visión política obrera tiene un peso significativo en su actividad política, partiendo de un caso particular referido a una experiencia de lucha obrera en Italia en 1926.

Hay que distinguir entre apoyar empíricamente una argumentación, entendiendo por empírico los hechos constatables, y en este caso, para sustentar la argumentación tendríamos que reunir lo acontecido con las luchas obreras similares a la descrita en toda Italia y en los demás países de Europa Occidental, por lo menos, para poder extraer de ahí que la pobreza, la contradictoriedad de la visión política y de la concepción del mundo proletaria es un factor que pesa, que afecta negativamente su práctica política. Y no pretendemos sustentar esta idea empíricamente.

Respecto de la parte lógica de la argumentación, esta idea de la concepción proletaria del mundo o filosofía espontánea y la concepción crítica del mundo, así como la forma en que inciden en la política y su relación con la hegemonía, son aspectos importantes en el planteamiento gramsciano, tanto que la mayor parte del tercer cuaderno lo dedica a explicarlos. En éste nos basamos, para plantear estas ideas haciendo referencia a la cita.

La otra aclaración es que, si bien es cierto que para Gramsci mejorar la concepción proletaria del mundo implica forjar una visión política mejor articulada tienen un impacto directo en la actividad política, abriendo el horizonte y las posibilidades de avance del movimiento y su consolidación en la sociedad civil, también es cierto que hacerlo es una parte de la lucha que por sí misma no basta para construir el socialismo.

En otras palabras, la transformación intelectual y moral de las masas no es la panacea ni el factor principal en la construcción del socialismo, esto es, en la

edificación del partido comunista, de un movimiento de masas amplio ni en la formación de frentes civiles amplios con otros grupos y con las clases aliadas porque no es el único factor para forjar la hegemonía. Para que funcione lo más eficazmente posible requiere conjugarse con otros elementos histórico-sociales que poseen su propia dinámica (Sería interesante examinar esto pensando en la forma como han logrado tener legitimidad y presencia los partidos y los frentes socialistas en Europa Occidental en la segunda mitad del siglo XX).

Aclarado esto, corresponde analizar el último punto en relación al partido político comunista, que se refiere a su estructura interna, a la democracia como un factor central en el funcionamiento interno del partido.

Nos referimos a una de las cuestiones debatidas entre los bolcheviques y los mencheviques, en las primeras décadas del siglo veinte, que es el centralismo democrático en el partido comunista, aclarando que Gramsci apoya esta postura.

Centralismo se refiere a que un sector o una parte del partido dirige, es decir, propone proyectos y objetivos tomando en cuenta los intereses y propuestas de las masas, definiendo cuáles son las prioridades y por qué, y tiene la habilidad de ajustarlos a las circunstancias sociales y políticas en que se encuentran, y sugiriendo las estrategias y los medios idóneos para concretarlos, lo cual define, da el perfil y el sentido del partido tanto hacia dentro, los sectores que forman parte de él, como hacia fuera, otros partidos, sindicatos, movimientos y el gobierno, proyectando las líneas ideológicas y políticas a seguir en una etapa determinada.

Se trata de que el partido comunista obtenga legitimidad y presencia en la sociedad civil y ante el Estado como un sujeto político serio, comprometido y fuerte, a quién es preciso tomar en cuenta en decisiones y proyectos que influyen en la nación, un actor que tiene la fuerza y la capacidad para obligar a las autoridades a tomarlo en cuenta si llega a ser necesario.

Asimismo, la dirección del partido enfrenta la tarea nada fácil de cohesionar a todos los militantes, tanto en lo individual como en lo colectivo, es decir, arraigar y construir los elementos económicos, morales, culturales, ideológicos y políticos comunes a quienes forman parte de él, consolidando la identidad de los diferentes grupos sociales que forman parte de él.

Por otra parte, enfrenta la tarea de demostrar a estos grupos que pueden cosechar éxitos palpables que se traduzcan en beneficios directos para ellos, mostrarles que efectivamente se está ganando presencia ante las demás fuerzas políticas, y que ello les permite tener más capacidad de negociación y de lucha, y señalar también cuáles son sus alcances y sus limitaciones, de modo que entiendan qué tanto pueden esperar, hasta donde pueden presionar a las autoridades para alcanzar sus objetivos, cuando es el momento de ceder e incluso de replegarse, o bien si el momento es propicio para llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias.

Y dado que este sector del partido tiene estas capacidades y tareas, adquiere mayores responsabilidades y obligaciones que el resto de los militantes, ya que en cierta medida la dirección del partido es su responsabilidad y, con ello el que decrezca, se consolide o crezca como sujeto político (podríamos enfocar desde esta óptica lo sucedido con los partidos socialistas y comunistas europeos

durante el surgimiento y consolidación del nazismo y el fascismo, es decir, cómo respondieron a las expectativas que de ellos tenía el proletariado y otros grupos sociales).

Es el dilema que algunos autores como Magri señalan claramente: en los inicios de la construcción socialista este papel del partido vanguardia es medular porque el partido tiene la capacidad, los conocimientos y la experiencia para sembrar las semillas de la revolución, ya que los distintos sectores que forman al proletariado carecen de la visión y la práctica políticas y de la experiencia que se requieren para forjarla.

Pero esto conlleva el riesgo de que ese papel del partido y sus dirigentes se prolonge indefinidamente, en otras palabras, que la centralización del poder aunada a las dificultades que enfrenta la lucha, propicien que olviden otra de sus tareas y responsabilidades que es educar políticamente a las masas, mejorar su concepción y su práctica políticas y socializar los conocimientos y las experiencias que como dirigentes han acumulado en los años de lucha, de modo que se transformen radicalmente las formas, los medios y las estructuras de dirección. Magri señala que:

“Un partido llegado al poder sobre la base de un movimiento en el cual la conciencia socialista era harto restringida, obligado a edificar una sociedad nueva en condiciones de enorme atraso y con una organización formada casi sólo por cuadros, no podía postergar durante mucho tiempo la necesidad de pedir a la masa de sus propios afiliados una delegación de fe, una adhesión en muchos casos casi acrítica e incondicional...una parte del partido no estaba preparada para participar activamente en la dirección política, y además un debate crítico abierto y organizado podía poner en crisis la fe de las bases, aparecer a los ojos de ésta más como un escándalo que como una manifestación de vida y desarrollo.”⁸

De forma que si el partido permanece sólo como una organización de vanguardia, manteniendo una centralización excesiva, olvida que ésta debe ser transitoria y que una de sus obligaciones principales es educar políticamente a las masas fomentando su participación y haciendo innecesaria la centralización del poder.

El problema es que si el partido político comunista falla, la viabilidad de estos proyectos se deteriora significativamente, aunque hay otras opciones para impulsarlos y concretarlos (como las organizaciones civiles).

Por otro lado, respecto de la democracia interna del partido, la idea es que los diversos grupos sociales que participan en él tengan los mismos derechos y las mismas obligaciones así como la misma presencia en él, de modo que lo mismo los proyectos y la línea ideológica y política que las estrategias y objetivos políticos sean construidos colectivamente, construidos mediante el debate libre y crítico donde todas las posturas y enfoques sean escuchados y discutidos, de forma que el resultado final proceda de la aprobación y aceptación generalizadas,

⁸ Magri, L., et al., *Teoría marxista del partido político*, México, ed. S. XXI, 1987, Pasado y Presente no. 7, p. 64.

y que de esa línea y esos objetivos se asuman las tesis que mayor consenso obtengan.

De igual forma, las decisiones y los cambios importantes que requieran hacerse para ajustar el partido a las circunstancias sociales que cambian continuamente, que están definiéndose y redefiniéndose constantemente, también requieren tomarse democráticamente, es decir, mediante el debate abierto y libre y la participación de manera que sean el resultado del consenso mayoritario.

Al respecto Magri plantea que:

“Toda contraposición entre estos dos momentos es errónea y perniciosa. El centralismo en la dirección no resulta posible sin una línea democráticamente adoptada; en caso contrario, en efecto, cuando no se quiera llegar a la adopción de las decisiones unívocas de un sólo hombre (el culto de la personalidad en sus diversas formas y matices), la línea será fruto de un compromiso...Por otro lado, la democracia, sin un esfuerzo unitario constante y sin la disciplina de todos en el trabajo, fatalmente determinará la formación de grupos organizados, con vínculos de solidaridad interna, y así la paralización de la polémica y de la indagación.”⁹

Teniendo especial atención en ésto último, que la democracia interna no devenga anarquía, es decir, la pretensión de que los grupos principales piensen que tienen la razón y que sus propuestas son más representativas que las de otros sectores, y que de no ser escuchados y atendidas sus demandas tienen la fuerza para imponer sus decisiones, o bien, la pretensión de las minorías que al sentirse relegadas pueden boicotear y desatender en la práctica las determinaciones adoptadas por consenso, pues estas y otras posibles desventajas de la democracia tendrían consecuencias negativas para el partido.

La cita menciona también, que hay evitar que se formen grupúsculos con poder que luchen y actúen persiguiendo sólo sus intereses sectarios, particulares, olvidando los objetivos comunes que cohesionan e integran a todos, pues de no evitarlo existe el riesgo de que esa práctica se generalice y arraige convirtiendo al partido más en un conjunto de pequeñas y grandes sectas que se dedican a pelear por sus cotos de poder y que están en pugna constante, lo cual en cualquier momento puede destruirlo, que en una organización de masas compacta y poderosa que dirija paulatinamente a otros grupos y clases.

Por último, la democracia ofrece otra ventaja al partido comunista que reduce considerablemente la posibilidad de que se burocratice, convirtiéndose en un órgano donde las jerarquías y el funcionamiento se asemeje cada vez más a un organismo militarizado, dificultando el monopolio del poder, es decir, dificultando que el sector dirigente del partido acumule tanto poder que sólo él elabore propuestas, que sólo él trace los linamientos a seguir y que sólo él diseñe las tácticas para concretarlos y alcanzarlos: la democracia fomenta la división del poder tanto como su rotación periódica, y promueve que las masas estén involucradas y participen en su estructura interna.

Sintetizando, la idea principal de Magri es conjugar el aspecto del centralismo con el aspecto democrático, la necesidad de una dirección unitaria del partido asumida por los dirigentes, que aparece en cualquier organización política,

⁹ Magri, L., et al., Op. cit., p. 63.

especialmente importante en una organización socialista o comunista ya que enfrenta mayores dificultades en un sistema capitalista que los otros partidos, conjugarla con la necesidad de la democracia porque garantiza y fomenta la participación y la politización del proletariado.

A nuestro juicio ambos aspectos se enriquecen, actúan uno en otro nutriendo y fortaleciendo al partido en una sociedad especialmente hostil, que continuamente le pone obstáculos buscando limitar su expansión al mínimo.¹⁰

De lo expuesto hasta aquí, se desprende que para Gramsci el partido político comunista debe construir un movimiento organizado basado permanentemente en las masas, un movimiento revolucionario basado en las masas ya que son éstas quienes hacen la revolución, son quienes dan fuerza y potencia al partido, ellas le dan vida, razón por la cual se establecen nexos estrechos entre el partido y las masas.

Se aleja la posibilidad de que entre el partido y el proletariado se genere una brecha, que el contacto entre ambos se debilite o se diluya de forma que pueda suceder que las iniciativas y estrategias del partido se opongan a las necesidades de las masas, es decir, que estén desarticuladas, que éstas se adelanten en las acciones y el partido se quede rezagado en vez de tener la iniciativa, o bien que sean manipulados por el partido para obtener beneficios particulares, para obtener legitimidad y autoridad y una vez obtenidos éstos, rompan la relación con ellos.

Por otro lado, revisemos brevemente qué plantean los mencheviques o socialdemócratas respecto del centralismo democrático en la estructura interna del partido del proletariado.

La crítica de los mencheviques a los bolcheviques gira en torno a esta cuestión.

Los mencheviques sostienen que si un reducido grupo formado por los cuadros dirigentes es quien elabora los proyectos prioritarios y decide cuáles son los medios para alcanzarlos, si la responsabilidad en la dirección del partido recae en unos cuantos, esta centralización del poder tiende a consolidarse obstaculizando la democratización, obstaculizando que estos proyectos y estrategias políticas e ideológicas sean construidas colectivamente mediante el debate libre y crítico, con el objetivo de que sean el fruto de la aprobación y aceptación generalizadas, y de que la mayoría se involucre en las tareas requeridas para concretarlos.

Considerando la primera cita de Magri, si los miembros del partido, la base formada por los obreros tiene un nivel cultural y educativo pobre, está limitada su participación en los debates, en las decisiones y en la dirección, ello obliga a los líderes a pedirles una adhesión casi acrítica e incondicional, exigiéndoles que depositen su confianza en sus conocimientos y habilidades para dirigir y para

¹⁰ Ahora bien, el centralismo democrático teóricamente está bien articulado, suena bien es atractivo, pero lo que sucedió al intentar ponerlo en práctica difiere bastante de la teoría. En la experiencia socialista soviética de inicios de siglo y hasta la muerte de Lenin, el partido y la democracia parecían no contradecirse, pero al iniciar el stalinismo y hasta la perestroika y la glasnost, la democracia se diluyó por completo y sólo quedó el centralismo que así convirtió al partido en una estructura burocrática y anquilosada.

construir el socialismo mientras esta situación no cambie, fomentando entonces la centralización del poder y no su democratización.

Otro elemento que según los mencheviques propicia la centralización del poder, es que la concepción bolchevique de la revolución implica arribar al poder violentamente, provocando una crisis generalizada de las instituciones y los mecanismos políticos, económicos y legales, que ordenan la sociedad, obligando a los dirigentes del partido a posponer algunas tareas consideradas como no prioritarias, siendo una de éstas la politización del proletariado mediante la socialización de las culturas y de los conocimientos científicos, postergando entonces la participación de las bases en la dirección del partido y en la construcción del socialismo, esto es, su democratización.

Los mencheviques, no confían en que esta politización realmente se lleve a cabo una vez que el partido comunista controle la crisis y ordene la sociedad, no confían en que se modifique la centralización porque si las bases siguen conservando una concepción política acrítica y limitada, difícilmente pueden presionar a sus dirigentes para que lo democraticen. Suponen que la división, la rotación periódica del poder y la participación implican que quienes pretenden ejercerlo dispongan de recursos similares, no desiguales.

Retomando la última cita de Magri, según la cual hay que conjugar en el partido comunista el aspecto centralista con el aspecto democrático, los mencheviques plantean que se oponen, que no pueden conciliarse, que la centralización impide la democratización y viceversa; y que los bolcheviques tienden a convertir el partido comunista en un organismo monolítico y burocrático, en el cual las propuestas y las decisiones se toman de arriba hacia abajo, en el que las bases son pasivas y dependen de sus dirigentes, siendo más un partido-vanguardia, de cuadros, que de masas.

2) LA SOCIEDAD CIVIL

2.1 La sociedad civil como sistema político

El segundo capítulo se divide en tres partes.

En este segundo capítulo planteamos que según Gramsci en la sociedad civil a las clases y a los grupos sociales les corresponde construir la dimensión política de la hegemonía; les corresponde desplegar las estrategias y aprovechar las instituciones y los mecanismos establecidos y generar otros nuevos para constituirse en sujetos políticos con autoridad, legitimidad y presencia, capaz de dirigir a los demás.

Al ejercer la hegemonía la burguesía produce y reproduce el capitalismo, es la clase social ligada a este tipo de sociedad y la ha mantenido hasta nuestros días. Dicho en otras palabras es un sujeto hegemónico en la medida en que sus proyectos e intereses políticos y económicos, su concepción del ser humano, su moral y su cultura, su ideología, su religión y su historia organizan las relaciones humanas, socializan a los seres humanos, produciendo las condiciones bajo las cuales se reproduce el capitalismo.

En este capítulo analizaremos las propuestas y argumentos de Bobbio, Tocqueville y Stuart Mill sobre por qué la democracia representativa es una de las mejores alternativas para organizar las relaciones y estructuras políticas en las sociedades. El argumento principal es que garantiza la distribución y circulación del poder, fomenta la igualdad, la libertad y la participación políticas, reduciendo la conflictividad característica de las relaciones de poder y la tendencia a abusar de él de quienes lo ejercen, produciendo beneficios tangibles para la mayoría de los miembros de la sociedad civil.

En la segunda y la tercera partes, conjugamos los argumentos de estos tres autores con las propuestas gramscianas sobre la construcción de las articulaciones y prácticas hegemónicas en la sociedad civil, basándonos en la metodología deconstructivista y posestructuralista de Mouffe y Laclau. Analizamos cómo los diferentes sujetos políticos forjan articulaciones y prácticas hegemónicas en la sociedad civil mediante la democracia, es decir, mediante los derechos individuales, el sistema de partidos, la división de poderes y las organizaciones e instituciones requeridas para desplegarlos.

Empecemos con la primera parte.

Nuestro objetivo en el capítulo es analizar cómo se organiza políticamente el capitalismo para Gramsci, es decir, cuáles son las instituciones y los procedimientos políticos establecidos para organizarlo y cómo la burguesía y sus aliados ejercen la hegemonía política. Esto implica revisar cómo dirige políticamente a la sociedad civil, y de qué maneras pueden aprovechar el proletariado y sus aliados estas formas de organización y acción políticas para

convertirse en sujetos hegemónicos capaces de construir paulatinamente el socialismo desde el capitalismo.

Por otro lado, interpretaremos las propuestas gramscianas como en el capítulo anterior, basándonos en la metodología de Mouffe y Laclau, que conciben lo político como un tejido complejo formado por instituciones, sujetos y procedimientos que tienen diferentes pesos y están interrelacionados; que actúan unos en otros formando sistemas relativamente estables de diferencias en los que el poder está distribuido en distintas zonas y puntos que cambian continuamente, cuya inestabilidad y diversidad los hace precarios y contingentes.

Ambos autores sostienen que algunas de las propuestas gramscianas sobre la hegemonía política en la sociedad civil muestran este carácter precario y contingente de lo político, algo que caracteriza a las sociedades actuales, por lo cual podemos apoyarnos en estas propuestas para analizarlas, y apuntan que:

“el campo general de emergencia de la hegemonía es el de las prácticas articuladoras, es decir, un sistema abierto de identidades relacionales en el que el sentido de cada momento es abierto, en el que co-existen una multiplicidad de significantes flotantes: la hegemonía supone el carácter incompleto y abierto de lo social, pues sólo así puede constituirse en un campo dominado por prácticas articuladoras.”¹¹

Otro objetivo en este capítulo es mostrar que la forma cómo concibe Gramsci la hegemonía en la sociedad civil nos permite plantearla como una serie de prácticas articuladoras en las que el sentido de cada momento es abierto.

Por ello afirma que si bien es cierto que el capitalismo está organizado de tal forma que la burguesía ejerza la hegemonía, de tal forma que sea la clase dirigente, existe la posibilidad de que las demás clases y grupos sociales dejen de ser subalternos y se conviertan en dirigentes, que obtengan paulatinamente legitimidad y consenso y que puedan construir un proyecto hegemónico alternativo al que impulsa la burguesía.

Por un lado, según Gramsci la burguesía posee un proyecto económico, político, ideológico, cultural y moral, es decir, una propuesta social que se constituye como proyecto hegemónico si es capaz de incorporar las demandas e intereses de otros grupos y clases sociales en él, si es capaz de establecer elementos que los articulan en él. Aclarando que el constituirse como proyecto hegemónico no está determinado ‘a priori’, no está dado de antemano sino que es abierto; la burguesía debe mantenerlo siendo capaz y hábil para incluir a otras clases y grupos sociales en él, lograr que sea atractivo para éstos, de forma que se convierta en una propuesta social conforme a la cual se organizan las relaciones sociales en el capitalismo.

Por otro lado, tanto el proletariado como la clase media pueden elaborar e impulsar un proyecto social alternativo al de la burguesía y constituirlo como hegemónico incorporando a otros grupos sociales a él. Incorporando sus principales intereses y demandas en él y obteniendo el consenso, la aceptación

¹¹ Laclau, E. y Mouffe, Ch., Op.cit., p.155; el subrayado es nuestro.

de ser dirigidos por alguno de ellos, y al hacerlo desplazar paulatinamente al proyecto y las prácticas hegemónicas burguesas.

Como indica la cita, en este campo general el sentido de las prácticas hegemónicas es abierto, pertenece al campo de la lógica contingente porque tanto la clase media como el proletariado pueden ejercer la dimensión política de la hegemonía, pueden dirigir políticamente a otros. Por lo mismo la burguesía no tiene asegurada la hegemonía, no tiene garantizado ser la clase dirigente: el sentido de las prácticas hegemónicas no es cerrado, no está determinado porque no es estático, no posee un carácter necesario.

Destacamos esta parte de la propuesta interpretativa de Mouffe y Laclau, que en Gramsci lo político, la hegemonía política en la sociedad civil, el ejercicio de la hegemonía por parte de la burguesía así como la posibilidad de ejercerla por parte de la clase media y el proletariado pertenecen al campo de lo contingente, es decir, de lo indeterminado, de lo abierto, no pertenecen al campo de lo necesario, lo determinado y lo cerrado.

Lo político en la sociedad civil aparece así como un tejido complejo formado por las clases y los grupos sociales, dirigentes y dirigidos, en el que la hegemonía política, los sujetos, los procedimientos y las instituciones políticas (los partidos políticos, las organizaciones civiles, los frentes amplios y los movimientos sociales) se mueven en campos y forman cadenas que son abiertas y que coexisten e interactúan entre sí. Constituyen así sistemas de equilibrios inestables y precarios que cambian continuamente: sistemas que se articulan y rearticulan continuamente.

2.2 La sociedad civil y la hegemonía

Según Gramsci, en el capitalismo la dimensión política de la hegemonía, la legitimidad, el consenso y la democracia también se construyen en la sociedad civil, la aceptación y el reconocimiento que las clases y los grupos sociales, los partidos políticos y los movimientos sociales otorgan u obtienen se genera aquí también. La burguesía dispone de un variado abanico de posibilidades, de mecanismos ideológicos, culturales, económicos, morales y políticos para lograr que las demás clases sociales acepten ser dirigidas por ella.

Gramsci plantea que la sociedad civil está formada por diversos partidos políticos, movimientos y organizaciones sociales mediante los cuales los grupos y las clases sociales construyen la dimensión política de la hegemonía, obtienen la legitimidad que requieren para dirigir y otorgan legitimidad a quienes los dirigen: es la sociedad civil como sistema político.

La idea es que así como el Estado se ocupa de la política, también la sociedad civil lo hace, es decir, las clases y los grupos sociales ejercen la dimensión política de la hegemonía, tienen poder y lo delegan en los partidos y en

las organizaciones civiles, les dan el apoyo que requieren para tener representación en el parlamento y ante al Estado.

La burguesía, los sectores medios y el proletariado eligen el partido, la organización civil o ambos que los representen y les dan la autoridad que requiere para que luche por sus intereses y proyectos económicos, culturales y políticos, si garantiza que un porcentaje significativo sea atendido y se concrete. Esto implica que los partidos y las organizaciones civiles por sí mismas no tienen poder alguno y que necesitan que los grupos o una clase social les otorge el poder y la representatividad que requieren para tener presencia en el parlamento y ante las distintas instancias del Estado.

Por otro lado, en este capítulo también nos interesa analizar cómo el capitalismo organiza políticamente a la sociedad, cómo organiza políticamente las instituciones y mecanismos que conforman la sociedad civil. Esto es imprescindible para que el proletariado y su partido puedan ejercer la dimensión política de la hegemonía con la mayor eficacia posible, pues si pretende ejercerla en un terreno donde la clase dirigente es la burguesía requiere conocerlo y moverse en él con la mayor eficacia posible, si su objetivo es dejar de ser una clase subalterna y convertirse en hegemónica, es decir, competir con las otras clases sociales en igualdad de condiciones y de posibilidades.

Se trata entonces de analizar cómo la burguesía ejerce la dimensión política de la hegemonía sobre el proletariado, qué hace para mantenerlo como clase subalterna, cuáles son los ejes en que descansa el carácter subalterno del proletariado. Analizar cuáles son los principales mecanismos e instituciones políticos con que ejerce el poder, cómo produce y reproduce la subordinación de las clases sociales, de la clase media y del proletariado y cómo obtiene la legitimación de las mismas, es decir, cómo y por qué es reconocida como dirigente.

Aclarando que en el capitalismo la burguesía es la clase dirigente, es la clase que tiene más ventajas para ejercer la dimensión política de la hegemonía porque dispone de más recursos ideológicos, económicos, culturales y educativos para hacerlo, tiene más recursos para legitimarse que las demás clases sociales. En este sentido, el capitalismo está organizado para que la burguesía ejerza la hegemonía, está organizado para que tenga ventajas al dirigir, para que las demás clases sociales la acepten como dirigente lo cual implica que acepten sus proyectos e intereses como propios.

Sin embargo, según Gramsci es cierto que el capitalismo está diseñado para que la burguesía disponga de los mecanismos, las instituciones y las estrategias óptimas para ejercer la dimensión política de la hegemonía, para generar y mantener la hegemonía. Pero también es cierto que la burguesía no la tiene asegurada porque las otras clases sociales también pueden ser hegemónicas, es decir, pueden dejar de ser subalternas y empezar a dirigir; irse legitimando al impulsar paulatinamente sus proyectos e intereses políticos, económicos, morales, culturales e históricos de modo que las demás clases los acepten como parte de la sociedad civil.

En este sentido analizamos cómo las clases subalternas también pueden ejercer la dimensión política de la hegemonía porque son parte de la sociedad civil, utilizando algunos de estos mecanismos e instituciones usados por la burguesía y otros que tanto la clase media como el proletariado pueden construir (por ejemplo, un partido político, aquélla, o un movimiento social, éste).

Es lo que proponen Mouffe y Laclau, que lo político en Gramsci lo constituyen sistemas abiertos de equilibrios inestables. Para la burguesía no basta con tener hegemonía sino que es necesario mantenerla, renovarla y modificar continuamente las tácticas, los discursos y las propuestas adecuándolas a los cambios que lo social y lo político van teniendo. Aceptando que las otras clases y grupos sociales también pueden dirigir y que pueden aprovechar sus errores y sus debilidades para legitimarse ganando presencia y autoridad tanto en lo civil como ante el Estado.

De igual manera, una vez que el proletariado, la clase media y los grupos ejerzan la hegemonía deben hacer lo necesario para mantenerla y acrecentarla, acoplándose a los cambios político-sociales y aprovechándolos al máximo porque, al igual que la burguesía, si no lo hacen lo más probable es que la pierdan, lo más probable es que sean relegadas a segundo plano.

Por su parte Buci-Glucksmann plantea que en la propuesta gramsciana para que una clase social ejerza la hegemonía política requiere el consenso de las otras clases; en el capitalismo, la burguesía requiere el consenso de la clase media y el proletariado:

"el concepto de hegemonía, como puesta en funcionamiento de mecanismos que aseguran el consenso de las masas a una política de clase se refiere a que *una clase hace avanzar al conjunto de la sociedad. La 'atracción' que ejerce sobre las clases aliadas (e incluso enemigas) no es pasiva sino activa.* No depende solamente de los simples mecanismos administrativos de coerción, pero tampoco se agota en los 'mecanismos de imposición ideológica, de sujeción ideológica' (Althusser), ni en los de legitimación por una violencia simbólica (Bourdieu)."¹²

Como lo indica la cita, para que la burguesía ejerza la dimensión política de la hegemonía requiere el consenso activo de las demás clases y grupos sociales, el consenso entendido como la adhesión que le otorgan los distintos grupos y clases sociales a las formas y medios que utiliza para dirigirlos. El convencimiento de que tiene los conocimientos, las habilidades y la experiencia suficientes para organizarlos adecuadamente, el reconocimiento de que dispone de los recursos para alcanzar el bienestar colectivo.

El consenso activo implica que estos grupos y clases sociales aceptan abiertamente que la burguesía es la clase social más preparada, capacitada y experimentada para dirigirlos porque posee los conocimientos, las habilidades y las cualidades que se requieren para que se alcance el bienestar general. Necesita que le otorguen la confianza, que acepten y reconozcan abiertamente su

¹² Buci-Glucksmann, C., *Gramsci y el Estado* (Hacia una teoría materialista de la filosofía), México, 1979, p.76; el subrayado es nuestro.

autoridad como legítima y óptima, como la mejor entre otras alternativas, de manera que disponga del poder necesario para organizar las relaciones políticas y sociales.

Cabe subrayar esto. Buci-Glucksmann sostiene que para Gramsci si la burguesía es la clase hegemónica es porque logra que la acepten y reconozcan abiertamente y sin reservas. Esto implica que no tiene que dominar, es decir, imponer su hegemonía; no tiene que imponer los principales mecanismos e instituciones políticos con que ejerce el poder como tampoco impone la subordinación del proletariado y de la clase media.

Ambas clases aceptan la subordinación, esto es, se aceptan como clases subalternas porque reconocen que sus habilidades y sus experiencias no son suficientes para ejercer la hegemonía; y que si bien pueden mejorar cualitativa y cuantitativamente es difícil que modifiquen radicalmente la correlación de fuerzas, y por tanto, tienden a seguir aceptando a la burguesía como hegemónica.

Como lo señala Gramsci en el **primer Cuaderno**:

*"La revolución producida por la clase burguesa en la concepción del derecho y por ende, en la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (y por consiguiente, ética del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran en esencia conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un acceso orgánico de las otras clases a la suya, vale decir, no tendían, técnica e ideológicamente, a ampliar su esfera de clase: concepción de casta cerrada. La nueva clase burguesa se considera a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico. Toda la función del Estado es transformada; el Estado se convierte en 'educador'."*¹³

Esta cita sostiene lo que plantea Buci-Glucksmann. Si la burguesía logra que su proyecto hegemónico sea reconocido como legítimo por la clase media y el proletariado e integrado como propio a su proyecto social, hace avanzar al conjunto de la sociedad. Tiende a elaborar un acceso orgánico de las otras clases a la suya ampliando su esfera de clase: si realmente es la clase dirigente debe ser capaz de incorporar a las otras clases sociales a su proyecto hegemónico, permitiendo que se relacionen orgánicamente con ella, con una perspectiva universalista creando así la unidad compacta y la base del Estado y la sociedad capitalista.

En este sentido, la hegemonía burguesa implica que el proletariado y la clase media se incorporan al proyecto político, ideológico, cultural, moral, económico e histórico burgués, y con ello se incorporan orgánicamente a la burguesía de modo que reproducen el capitalismo, que es el tipo de sociedad en que ésta es dirigente.

Ambos están de acuerdo en ser subalternos y aceptan jugar en la sociedad el papel que la burguesía les asigna, aceptan y reconocen sus estrategias y mecanismos tanto políticos como ideológicos y culturales, que incluyen lo mismo

¹³ Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos ed., 1975, p.163.

la democracia, esto es, un régimen representativo, el pluripartidismo, el parlamentarismo y la división de poderes, que los movimientos y organizaciones civiles, así como una forma de pensar y de vivir determinadas, esto es, ideales, valores, normas, costumbres y conductas tanto culturales como morales.

En este sentido, la hegemonía de una clase reside en múltiples mecanismos, estrategias y alternativas con las cuales obtiene un nivel de aceptación y reconocimiento de parte de las clases subalternas que eleva enormemente la estabilidad de la sociedad, garantizando con ello su reproducción.

Por esto, Buci-Glucksmann señala que la hegemonía no se agota en la coerción ni en la dominación ideológica, es decir, no se agota en el uso de la fuerza (el ejército o la policía) ni en la imposición ideológica. Porque si estos recursos se utilizan frecuentemente por la burguesía ello implica que está perdiendo la hegemonía, que está dominando en vez de dirigir, que está perdiendo el consenso, esto es, que está perdiendo la aceptación de las clases subalternas lo cual refleja una crisis de hegemonía.

Es cierto que hay circunstancias en las que tiene que utilizar los medios de violencia legítima para evitar que los conflictos políticos desestabilicen a tal grado a la sociedad que provoquen un caos generalizado; por ejemplo, la posible disolución del parlamento ante la amenaza de un golpe de Estado. Pero si esto no es temporal, es decir, que se aplique sólo en tanto las circunstancias lo requieran, si la hegemonía se sostiene permanentemente mediante la fuerza ello implica que se está perdiendo, que hay problemas de legitimidad y autoridad en la clase hegemónica.

Analicemos ahora qué plantea Gramsci sobre la hegemonía, la democracia representativa, los derechos individuales, la legitimación y el consenso en la sociedad civil. En qué sentido la sociedad civil es un sistema político en el que interactúan las clases y grupos sociales, la burguesía, la clase media y el proletariado mediante los distintos partidos políticos, organizaciones y movimientos sociales buscando el consenso activo para ejercer legítimamente la autoridad en el capitalismo.

2.3 La democracia representativa y los derechos individuales

Corresponde ahora analizar qué plantea el liberalismo sobre la democracia representativa, el gobierno, la igualdad, la libertad, la participación y la autonomía políticas para estar en condiciones de examinar qué papel les asigna Gramsci en su propuesta política.

Nos basaremos en un autor liberal del siglo XIX que es Tocqueville, y en un autor marxista del siglo XX que escribe sobre el liberalismo que es Norberto Bobbio.

Las preguntas que responderemos en este inciso son, ¿en qué consiste la democracia representativa y el gobierno?, y ¿cómo la democracia representativa limita el poder y genera las condiciones bajo las cuales el ejercerlo es benéfico y no perjudicial para la sociedad civil?

Respecto de la primera pregunta Tocqueville señala que:

“ A veces es el mismo pueblo quien hace las leyes, como en Atenas; otras veces son los diputados elegidos por sufragio universal, que lo representan y actúan en su nombre, bajo su vigilancia casi directa. El es la causa y el fin de todo: todo deriva de él y todo regresa a él.”¹⁴

Se trata de que el pueblo elija el tipo de gobierno y si es democrático ello implica la división de poderes y la existencia de frenos y contrapesos entre éstos, la distribución del poder entre el ejecutivo y el legislativo o parlamento de modo que: 1) los individuos delegan una parte de su autoridad en el parlamento, esto es, eligen a un reducido número de ciudadanos como sus representantes en él; 2) y delegan una parte de su autoridad en el ejecutivo, esto es, eligen a un individuo o personaje, que puede ser un presidente o un primer ministro, que, a su vez, forma un equipo de asesores que lo apoyan en su gestión, ocupando puestos públicos y desempeñándose como funcionarios.

Para que las sociedades sean gobernadas democráticamente, los ciudadanos, que forman la sociedad civil eligen quiénes integran el parlamento siendo su principal función representarlos ante los otros actores políticos, y ante el ejecutivo y eligen al ejecutivo, cuya función es, en buena medida realizar los proyectos y concretar los acuerdos elaborados por aquél.

El gobierno reside tanto en el parlamento o legislativo en el que confluyen los representantes de los diferentes grupos sociales, como en el ejecutivo, que son los funcionarios públicos, el presidente o el primer ministro y sus asesores, y pueden constituirlo los partidos políticos o las coaliciones políticas, con el objetivo de forjar los acuerdos y dirimir las diferencias y los conflictos propios de la política, esto es, para conciliar y resolver los problemas que surgen entre los proyectos e intereses individuales, que forman el ámbito privado, y los proyectos e intereses colectivos, que forman el ámbito público, (tomando complejas las relaciones políticas en cualquier sociedad.)

Así, los individuos tienen que designar a un reducido grupo de ciudadanos como sus representantes en el parlamento, para que articulen y concilien los proyectos e intereses privados con las propuestas y demandas públicas, por ejemplo, para que las reformas constitucionales y a los códigos vigentes, los programas económicos y los proyectos políticos, respeten los principales derechos individuales, que son la igualdad, la libertad y la propiedad privada, de manera que aquéllos no atenten contra éstos, limitándolos injustificadamente; la labor de sus representantes es que vigilen y garanticen que los intereses colectivos no limiten o perjudiquen el bienestar privado.

¹⁴ Tocqueville, A. *La democracia en América*, España, Alianza ed., t. 1, 1989, 162.

Entonces, respecto de sus representantes en el parlamento los ciudadanos delegan el poder político en ellos y les otorgan atribuciones extraordinarias, bajo la condición de que las ejerzan como lo consideren conveniente para impulsar y concretar sus proyectos e intereses privados.

Los representados o ciudadanos deciden libremente otorgar a sus representantes el derecho y la facultad de mantener o modificar las alianzas con otros actores políticos, de utilizar los medios de comunicación y las leyes vigentes, de convocar y reunir a sus representados para que les brinden su apoyo si las circunstancias lo exigen, para negociar, presionando y cediendo ante las autoridades y los representantes de otros sectores sociales, de modo que los proyectos e intereses de sus representados sean atendidos y se concreten en un plazo determinado.

Ahora bien, como el gobierno se divide entre el parlamento y el ejecutivo, el segundo punto se refiere a que además del parlamento, los ciudadanos delegan autoridad en el ejecutivo.

Eligen a un presidente o un primer ministro que designa a sus asesores para desempeñar las diversas funciones que le corresponden, que son, en general, en la administración, en la procuración de la justicia, en los principales ministerios y en la presidencia, y que ejecute los acuerdos y proyectos que emanen del parlamento.

Los ciudadanos deciden libremente otorgar atribuciones extraordinarias al ejecutivo, que también los representa, de modo que realice algunas funciones que comparte con el parlamento, entre las cuales destacan que formule las leyes y los códigos e instaure las instituciones y los mecanismos legales, organice la administración y las finanzas públicas, fomente los derechos políticos individuales y la economía de mercado, que en conjunto constituyen el bienestar general.

En este sentido, los ciudadanos delegan su autoridad tanto en el parlamento como en el ejecutivo, con el objetivo de que realicen los proyectos y acuerdos alcanzados en el parlamento, formulen las leyes y los códigos civiles y penales y establezcan las instituciones y mecanismos para que operen eficazmente, organicen la estructura burocrática, mantengan a los organismos encargados del orden interno o social y de la seguridad nacional, administren las empresas y finanzas públicas y concesionen algunos servicios públicos a la iniciativa privada generando utilidades, y mantengan los empleos y la parte pública de la inflación en un nivel óptimo, de forma que obtengan la autoridad y la legitimidad que requieren como gobernantes.

Por último, Tocqueville sostiene que para gobernar, el parlamento debe tener más autoridad que el ejecutivo porque en él están representados los individuos pertenecientes a la mayoría de los sectores sociales mediante los diversos partidos, organizaciones y coaliciones políticas, y porque en el parlamento participan más directamente estos sectores que en el ejecutivo, lo cual garantiza que se fomenta y respeta la pluralidad social, la distribución y la circulación del poder, y además la libertad y la participación políticas de la sociedad civil, en quién finalmente reside la autoridad.

Dicho de otra forma, son tres los argumentos en los que se apoya Tocqueville para sostener que en el gobierno el parlamento debe tener más autoridad que el ejecutivo: porque es el espacio idóneo para atender más directamente que el ejecutivo los proyectos e intereses de la mayoría de los sectores sociales; porque garantiza la distribución del poder entre las diferentes fuerzas políticas que los representan; y porque fomenta la libertad y la participación políticas entre éstos garantizando que se gobierna para y por la sociedad civil, que es uno de los principales objetivos del liberalismo.

Si se pretende organizar democráticamente a la sociedad, es preferible que el parlamento tenga mayor autoridad para gobernar que el ejecutivo porque la mayoría de los sectores sociales influyen y participan más directamente en los asuntos públicos y tienen mayor injerencia política en el primero que en el segundo: es el espacio del que disponen los ciudadanos para ejercer su libertad y su participación políticas mediante las organizaciones y los partidos, y lograr así que sus proyectos e intereses políticos, económicos, culturales, morales, y religiosos, se concreten.

De esta forma, la mayoría de los ciudadanos obtiene los beneficios que la democracia representativa les ofrece, tanto quienes son parte de la sociedad civil, esto es, los trabajadores, las empresarias, los religiosos, las campesinas o los estudiantes, como quienes son parte del Estado, esto es, aquellos que ocupan algún puesto público, desde los rangos más altos hasta lo más bajos, desde el presidente hasta el burócrata pasando por todos los niveles.

Así, resulta que en el parlamento se forjan los proyectos, los acuerdos y se resuelven las diferencias que surgen entre los distintos sectores de la sociedad civil, siendo el ejecutivo el encargado de ejecutarlos; es en el parlamento donde las diferentes fuerzas políticas, que representan a la sociedad civil, negocian, presionando y cediendo entre sí y ante el ejecutivo para lograr que los proyectos e intereses privados de sus representados se concreten, y donde éstos se articulan con los proyectos e intereses públicos.

En algunos países de Europa Occidental, es en el seno del parlamento donde se realizan negociaciones que implican, por ejemplo, presionar y ceder, para alcanzar un acuerdo que implica realizar modificaciones significativas a la parte de la constitución que se refiere a los derechos individuales o al papel del plebiscito como herramienta política; negociaciones que se dan tanto al interior de los partidos políticos, de las organizaciones civiles y de las coaliciones, como entre éstos.

Y bajo el supuesto de que logren algún acuerdo corresponde al poder ejecutivo y al poder judicial en este caso desplegar los mecanismos y ordenamientos requeridos para que dicho acuerdo se concrete: el parlamento tiene la autoridad para ordenar a ambos que ejecute lo que decida y acuerde.

Por último, revisemos la segunda pregunta, ¿cómo limitar el poder del gobierno y generar las condiciones bajo las cuales su ejercicio sea benéfico y no perjudicial para el mayor número?, ¿cómo limitar el abuso del poder, el autoritarismo y la corrupción que cometen frecuentemente quienes lo ejercen?

Bobbio señala que el supuesto implícito aquí es que quienes ejercen el poder tienden a abusar de él, lo cual resulta la mayoría de las veces perjudicial para los ciudadanos porque afecta negativamente el bienestar privado y público, lo mismo su nivel de vida, su libertad y su seguridad individuales, que la integridad y la paz de su sociedad, supuesto en torno al cual se ha polemizado ampliamente desde distintas perspectivas teóricas tanto en Occidente como en Oriente desde la antigüedad:

“El argumento político se basa en una de las máximas de la experiencia más compartidas en el pensamiento político de todos los tiempos, de que quien detenta el poder tiende a abusar de él. Toda la historia del pensamiento político puede ser considerada como una larga, ininterrumpida y apasionada discusión en torno a las diversas maneras de limitar el poder.”¹⁵

Una de las propuestas del liberalismo para lograr esto, y que responde a las preguntas, es que al dar más peso en el gobierno al parlamento que al ejecutivo se garantiza la distribución del poder entre los representantes de los ciudadanos y se fomenta la libertad y la participación política de éstos, beneficiándose la mayoría con ello porque se limita así el abuso del poder.

Al hacer esto, se garantiza la distribución del poder en el seno del parlamento propiciando el pluripartidismo y la formación de coaliciones y de frentes mediante los partidos y las organizaciones que representan a los ciudadanos y que están establecidos legalmente, fomentando así que el poder se divida entre las diferentes fuerzas políticas, reduciéndose la posibilidad de que una sola fuerza política o el Estado ejerza el poder inadecuadamente, perjudicando a la sociedad civil.

Y el distribuirlo así, propicia el interés y la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos porque saben que sus proyectos y demandas sí son atendidos y pueden concretarse, y que pueden obligar a sus representantes en el parlamento y al ejecutivo a gobernar eficaz y honestamente, porque de no hacerlo pueden ser destituidos y enjuiciados por aquéllos, lo cual desalienta que abusen del poder.

Otra manera de lograr esto, de limitar el poder del gobierno es distribuirlo entre el parlamento y el ejecutivo porque con ello se dificulta que los representantes utilicen incorrectamente las atribuciones extraordinarias que les son otorgadas por los ciudadanos para ejercerlo, esto es, se dificulta que las utilicen para obtener ventajas, ganancias y riquezas excesivas, por ejemplo, que sólo los benefician a ellos y a una minoría social, relegando con ello el bienestar colectivo a segundo plano, anulando el compromiso adquirido con los ciudadanos de buscarlo como uno de sus principales objetivos y deslegitimándose ante éstos.

Dicho de otra forma, al distribuirlo entre el parlamento y el ejecutivo la consecuencia es que ambos están obligados a extremar las precauciones si deciden utilizar el poder para su beneficio particular o el de alguna minoría ligada a ellos, porque están concientes de que al incurrir en ilícitos existe el riesgo de

¹⁵ Bobbio, N., *Estado, gobierno y sociedad*, México, FCE, 1981, p. 59.

que los descubran y los enjuicien por ello; por un lado, el parlamento puede darse cuenta de que en el ejecutivo hay algún tipo de corrupción ya que una de sus funciones es vigilar que realice y administre adecuadamente, y dispone de los recursos para enjuiciar y destituir si es necesario; por otro lado, también el ejecutivo tiene las atribuciones para investigar, si detecta irregularidades o ilícitos cometidos por el parlamento en su conjunto o por algunos de los representantes que lo forman, y para actuar conforme a la ley y el derecho.

Aquí aparece la principal ventaja que se obtiene al distribuir el poder en el seno del parlamento, y entre el parlamento y el ejecutivo.

Si es cierto el supuesto que aparece en la cita sobre la tendencia a abusar del poder de quienes lo ejercen, es un gran beneficio reducir al máximo este riesgo dificultando que abusen de él, ya sea utilizándolo para su beneficio particular, monopolizándolo o ejerciéndolo autoritariamente; de esta manera se fomenta entonces que el ejercerlo produzca beneficios tangibles para la mayoría de los ciudadanos, es decir, para la mayoría de la sociedad civil, en vez de perjuicios, propiciando y garantizado con ello que el bienestar colectivo se concrete y prevalezca sobre el bienestar privado, entendido éste como el bienestar de una minoría cualquiera que esta sea.

Aclarando que hay propuestas teóricas tanto en el liberalismo como en otras corrientes de pensamiento a las que no les interesa limitar el poder y que, más bien, sostienen abiertamente que abusar de él es una consecuencia natural de que los líderes superdotados o iluminados dirijan los destinos de las naciones, y que los perjuicios que ocasionan a los individuos tienen poca relevancia comparados con los enormes beneficios que producen. Según estas propuestas, es la distribución del poder lo que genera perjuicios a las naciones porque propicia la anarquía y el caos al permitir que cualquier ciudadano pueda ejercerlo.

Así ha sucedido con una gran parte de las propuestas teóricas que sustentan la validez del racismo en el siglo XX; por mencionar sólo algunas, con el nazismo y el fascismo y con algunos de los movimientos neonazis que están expandiéndose actualmente en distintas partes del mundo, especialmente en Europa y en Norteamérica.

En suma, si como Bobbio sugiere una de las principales discusiones en el seno del liberalismo gira en torno a los alcances y las perspectivas de la democracia representativa como una forma de gobernar y de organizar las relaciones políticas en las sociedades del siglo XXI, los argumentos expuestos apoyan la propuesta de que sigue siendo una buena alternativa, porque garantiza la distribución y circulación del poder, fomenta la igualdad, la libertad y la participación políticas, porque mediante ella confluyen los diversos sectores que conforman la sociedad civil y el Estado mediante sus representantes, partidos y organizaciones, para forjar los acuerdos, y dirimir las diferencias y los conflictos propios de la política, esto es, para conciliar y resolver los problemas que surgen entre los proyectos e intereses individuales, que forman el ámbito privado y los proyectos e intereses colectivos, que forman el ámbito público.

Ahora bien, relacionado con el tema anterior, en la parte que sigue responderemos estas preguntas: ¿cuáles son los derechos políticos que retoma el liberalismo en el siglo XX del liberalismo clásico?, ¿en qué sentido estos derechos políticos individuales se relacionan con la democracia representativa?, y ¿cómo los despliega la burguesía para ejercer la dimensión política de la hegemonía?

Como señalamos en el apartado anterior, Gramsci concibe la democracia representativa en el sentido del liberalismo clásico, es decir, como un conjunto de instituciones, mecanismos y relaciones entre los diversos actores y fuerzas sociales cuyo objetivo es que se alternen el poder, que puedan ejercer la hegemonía, de modo que la mayoría de los grupos y las clases sociales estén representadas de alguna forma ante las autoridades como sociedad civil, para que puedan impulsar sus proyectos e intereses económicos, políticos, culturales, ideológicos y religiosos ante ellas.

Con la ventaja de que la democracia posibilita, que los diferentes actores y fuerzas políticas ejerzan su libertad y accedan en condiciones de igualdad a los diversos espacios de poder a través de los mecanismos que existen para ello, en otras palabras, asegura la distribución y circulación del poder fomentando la autonomía y la participación de las fuerzas y actores políticos que las representan, lo cual no sólo le conviene a la burguesía sino también a la clase media y al proletariado porque así se construye y consolida una sociedad civil plural y sólida.

Empecemos aclarando que el liberalismo parte del supuesto según el cual, el poder político reside en los individuos considerados como pueblo y éstos pueden delegarlo en un grupo de individuos elegido libremente por la mayoría para que los gobiernen, mediante procedimientos e instituciones aceptadas por todos y con el objetivo de alcanzar el bienestar general.

La facultad y el derecho que tienen los individuos como pueblo de gobernarse a sí mismos, lo ceden parcial y temporalmente a quienes eligen como sus gobernantes, otorgándoles la suficiente autoridad para que los representen legítimamente y actúen en su nombre, bajo condiciones claramente establecidas por la mayoría, buscando el bienestar general.

Bajo el entendido de que el pueblo sólo delega temporalmente su autoridad, y de que conserva el suficiente poder para mantener a sus gobernantes si así lo decide, si son eficientes, responsables y honestos, o bien para destituirlos si las circunstancias lo exigen, esto es, si son incapaces, dictatoriales y corruptos; no renuncian a la autoridad por el hecho de delegarla, obligándolo a permanecer atentos y vigilantes de la gestión pública: lo obliga a participar en política.

Aclarado esto, señalemos cuáles son los principales derechos y en qué consisten. Básicamente son dos: la igualdad y la libertad individuales.

En esta parte el objetivo es analizar en qué sentido la igualdad y la libertad son los derechos políticos que convierten a los individuos en ciudadanos, y cómo se relacionan con la participación y la autonomía características de la democracia representativa, garantizando que sus procedimientos, mecanismos e instituciones regulen eficazmente el poder.

El liberalismo en el siglo XX, retoma una de las ideas principales del liberalismo clásico que es la igualdad y que se refiere a que todos los seres humanos considerados como individuos tienen los mismos atributos y cualidades, por el hecho de vivir y organizarse en sociedades.

Atributos y cualidades psicológicos, físicos, morales y racionales, la inteligencia o el temperamento, por ejemplo, combinados de tal manera que los hace semejantes entre sí, y que les permite tener las mismas posibilidades de obtener su bienestar individual.

Stuart Mill y Tocqueville entienden igualdad como que todos los individuos tienen el derecho y la posibilidad de alcanzar el bienestar, esto es, el éxito y el prestigio relacionados directamente con la acumulación de los bienes, las riquezas y los servicios que les ofrece el mercado, tanto en cantidad como en calidad y tienen el derecho de luchar por mantenerlo y elevarlo.

En este sentido, los seres humanos tienen el mismo derecho de desarrollarse como individuos, esto es, de orientar sus acciones conforme a este principio: mientras más bienes y riquezas posean mayores son los logros y los alcances en la vida, mayor es el éxito que tienen ante los demás: la acumulación es uno de los aspectos centrales para el bienestar individual y familiar, y todos tienen las mismas posibilidades de lograr esto, y así, alcanzar la felicidad.

Resumiendo: todos los individuos son iguales en tanto que son seres humanos que viven y se organizan socialmente, tienen las mismas posibilidades para desarrollar sus atributos y cualidades individuales al máximo sin que la sociedad los limite; y, finalmente cada persona elige cómo desarrollarlas y utilizarlas, esto es, elige cuáles de sus atributos y sus cualidades son los prioritarios y cuáles no, y por qué, buscando su bienestar individual y familiar como el objetivo principal.

Ahora bien, la igualdad política consiste en que todos los individuos como integrantes de la sociedad tienen los mismos derechos y las mismas obligaciones ante el Estado, ante la ley y entre sí, lo cual genera derechos y obligaciones tanto entre los representantes de los individuos como entre los individuos mismos.

Por un lado, los representantes en el Estado y en el parlamento, mediante los partidos y organizaciones políticas, están obligados a garantizar la igualdad política, esto es, a considerar a los individuos como ciudadanos que tienen el derecho de ser tratados del mismo modo, independientemente del sector social al que pertenezcan; a garantizar el sufragio universal, que se refiere a que todos los individuos, hombres y mujeres tienen derecho al voto; y a impulsar y concretar los principales proyectos y demandas de sus representados.

Y estos representantes, mediante los partidos y las organizaciones políticas requieren el apoyo de la mayoría de los individuos; la democracia representativa consiste, en cierta medida en ir sumando el reconocimiento y el apoyo de cada individuo para que la legitimidad de los representantes se mantenga y avance, aumentando las probabilidades de triunfar en las elecciones y de mantener o aumentar su presencia y su poder en el Estado y en el parlamento.

Por otro lado, los representantes tienen derecho a que sus representados les confieran atribuciones y facultades extraordinarias para realizar eficazmente su labor, y a utilizarlas como lo consideren conveniente para alcanzar los objetivos propuestos; por ejemplo, tienen derecho a mantener o modificar las alianzas con otros actores políticos, a utilizar los medios de comunicación y las leyes, a convocar y reunir a sus representados para que les brinden su apoyo si las circunstancias lo exigen, para negociar y presionar a las autoridades y, con ello, alcanzar los objetivos ofrecidos a sus representados.

Por otra parte, la igualdad política entre los ciudadanos les confiere el derecho de exigir a sus representantes en el Estado y en el parlamento que impulsen y concreten sus principales proyectos y demandas políticas, económicas, culturales, morales, religiosas y educativas, así como que fomenten y garanticen además de la igualdad los otros derechos mencionados, la libertad y la participación políticas, esto es, la posibilidad de asociación, de expresión y de manifestación políticas.

Y los obliga a participar directa e indirectamente en la política, esto es, a informarse, interesarse e involucrarse en los principales asuntos que conforman el bienestar general, atendiendo cómo es el desempeño de sus representantes y aprovechando además la posibilidad de que un ciudadano común pueda convertirse en una figura pública, en un dirigente político si es electo a través de los mecanismos y procedimientos legalmente establecidos para hacerlo.

De modo que, si todos los individuos son considerados como ciudadanos porque son iguales en derechos y obligaciones políticas, ningún individuo, sin importar el sector social al que pertenezca, está excluido políticamente; ningún individuo, sea rico o pobre, mujer u hombre, empresaria o empleado, mientras sus acciones respeten el marco jurídico-legal y el orden social, puede ser relegado en alguna forma por sus representantes en el Estado o en el parlamento ni pueden restringírsele o anulársele alguno de sus derechos políticos sin una causa que lo justifique.

Hasta aquí respecto de la igualdad política.

Por otro lado, Stuart Mill y Tocqueville coinciden en que la libertad es otro de los principales atributos del ser humano.

Recordemos que también es válido para la libertad política, que analizaremos ahora, el supuesto recién señalado de que el poder político reside en los ciudadanos que, constituidos como sociedad civil pueden delegarlo en un grupo de individuos elegido libremente por la mayoría para que los gobiernan mediante procedimientos e instituciones aceptadas por todos, con el objetivo de alcanzar el bienestar general: los ciudadanos escogen libremente cómo organizarse políticamente mediante la democracia.

Para Stuart Mill, la libertad, en general consiste en la capacidad de elección que tienen los seres humanos de cómo forjar su individualidad y qué tipo de vida prefieren, lo cual implica pensar y elegir cuáles son sus ideales y sus prioridades económicas, culturales, morales, políticas, educativas, y religiosas, combinándolas de manera óptima y ajustándolas a y transformando su ambiente social.

Así, en principio la mayoría de los individuos tiene la libertad como una de sus cualidades y características principales, y tiene la posibilidad de ejercerla de diferentes modos adecuándose a los límites que el propio ser humano y la sociedad le marcan.

Examinemos qué plantean estos autores respecto de la libertad política.

La libertad política constituye a los seres humanos como ciudadanos, esto es, como individuos que ejercen su capacidad de elección al delegar parte de su poder, de su autoridad en sus representantes en el Estado y en sus representantes en el parlamento, concientes de que en una nación con un territorio extenso y una población numerosa es muy difícil que puedan auto-gobernarse y que lo más conveniente para la mayoría es delegarlo en otros.

La libertad política consiste en que los ciudadanos eligen: cómo organizarse políticamente mediante la democracia, el tipo de régimen político bajo el cual prefieren organizarse, que puede ser pluripartidista, bipartidista o algún tipo de coalición; el tipo de gobernantes, de autoridades y de representantes que prefieren, tanto en el Estado como en el parlamento, de entre las diversas propuestas políticas que los partidos y otras organizaciones políticas les ofrecen; si el legislativo tiene más peso que el ejecutivo o a la inversa.

Eligen también el tipo de gobierno que prefieren, esto es, de derecha, de centro o de izquierda, es decir, qué tipos de coaliciones de partidos con determinados movimientos u organizaciones civiles prefieren, cuyas propuestas económicas influyan directa o indirecta, y positiva o negativamente en su nivel de vida, esto es, en sus propiedades, sus comodidades y la seguridad de disfrutarlas sin riesgos.

Bobbio comenta al respecto que, "El desarrollo de la democracia desde comienzos del siglo pasado coincide con la extensión progresiva de los derechos políticos, es decir, del derecho de participar, aunque sea por medio de la elección de representantes, en la formación de la voluntad colectiva. El progreso de la democracia corre paralelo al fortalecimiento de la convicción de que el hombre después del iluminismo, como dice Kant, salió de la minoría de edad, y como un mayor de edad desprendido de la tutela debe decidir libremente su vida individual y colectiva. Cada vez que un número mayor de individuos conquista el derecho de participar en la vida política, la autocracia retrocede y la democracia avanza. Es el argumento ético en favor de la democracia, entendida precisamente como la realización en el terreno específicamente político del valor supremo de la libertad."

Como aparece en la cita, la libertad se consolida porque los ciudadanos deciden mantener en el poder o bien sustituir a sus representantes tanto en el Estado como en el parlamento, esto es, mantener o sustituir al presidente y a las mayorías en las cámaras si se trata de elecciones generales, o bien a los congresos y autoridades locales cuando hay elecciones regionales, es decir, eligen si continúan legitimando y reconociendo a sus representantes y autoridades

¹⁶ Bobbio, N., Op. cit. p. 82.

como las mejores, las más capaces, hábiles y experimentadas para dirigirlos, o si los sustituyen parcial o totalmente por otros, consolidando la democracia.

Y la consolidación de la libertad y la participación políticas coincide con el avance de la democracia representativa. Los individuos cobran conciencia de que ejercerlas es uno de los mecanismos más eficaces para lograr que sus proyectos, demandas e intereses políticos, económicos, culturales, morales, religiosos, educativos e históricos se concreten, lo cual implica que sean incorporados por las autoridades y sus representantes al proyecto social dominante en un periodo determinado: al ejercerlas activan la democracia representativa (como podemos comprobarlo en las últimas décadas del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, en las sociedades capitalistas avanzadas de Europa Occidental y en Norteamérica).

Esto implica que se informen y analicen cómo los dirigen y gobiernan sus representantes en el Estado y sus representantes en el parlamento y quiénes son, cuáles son sus propuestas para impulsar sus proyectos e intereses políticos, económicos, culturales, morales, educativos y cómo pretenden realizarlos; y también deciden libremente cuáles son los mecanismos idóneos para presionarlos a ambos de modo que actúen eficaz, responsable y honestamente, de forma que la mayoría obtenga beneficios individuales y colectivos: al consolidarse la participación y la libertad políticas individuales, la democracia representativa avanza como una forma abierta y eficaz que tiene la sociedad civil de ejercer el poder, y como uno de los principales mecanismos para organizar políticamente a las sociedades capitalistas.

De modo que los ciudadanos, mediante su libertad y su participación, pueden mantener el régimen político de la sociedad o bien modificarlo significativamente; esto es, en un período de 10 o 15 años pueden mantener en el poder a un régimen bipartidista, conservador y nacionalista en el cual el ejecutivo tiene más peso que el legislativo, intolerante con las minorías étnicas, y que tiene alianzas fuertes con la iglesia, o bien sustituirlo, en un lapso relativamente corto de tiempo, por uno también bipartidista, de centro, menos nacionalista, más tolerante con las minorías étnicas, en el cual el legislativo tenga más peso que el ejecutivo y con lazos menos estrechos con la iglesia.

Ejemplifiquemos esto con el caso reciente de Inglaterra que en abril de 1997 cambió a sus dirigentes políticos, integrantes del partido conservador que gobernó con la mayoría en el parlamento y con M. Thatcher y con Major como primeros ministros, durante 10 años, ambos gobiernos con las características señaladas en primer lugar, sustituyéndolas por otros dirigentes políticos integrantes del partido laborista, que proponen gobernar con las características señaladas en segundo lugar, que obtuvo una mayoría histórica en la presidencia y en el parlamento, como no acontecía en este país desde el siglo pasado, lo cual modifica significativamente la política tanto interna como externa de Inglaterra en la última década del siglo XX. (aclarando que este es sólo un ejemplo, y que pueden darse otras posibles combinaciones diferentes a la señalada).

Esto respecto de la igualdad y la libertad individuales.

Hay que analizar también, cuál es el papel que juegan la participación y la autonomía de los grupos y las clases sociales como sociedad civil en el ejercicio de la hegemonía.

En este sentido, Tocqueville y MacIver, un pensador liberal del siglo XX, coinciden en que la participación es un elemento clave de la democracia representativa.

Consiste en que los grupos y las clases sociales se interesen e involucren activamente en los asuntos y problemas políticos que los afectan directa o indirectamente, lo cual implica que se informen de cómo los dirigen y gobiernan quienes forman parte del Estado, cómo los dirigen sus representantes en el parlamento y quiénes son, cuáles son sus proyectos políticos principales y cómo pretenden realizarlos, e implica también que ejerzan su derecho a presionarlos para que actúen eficaz, responsable y honestamente, de forma que el bienestar general sea alcanzado: es la participación política como una forma abierta y eficaz que tiene la sociedad civil de ejercer el poder.

Respecto de la participación política, citemos a este teórico liberal de la primera mitad del siglo XX que es MacIver y que:

“definió los estados democráticos como aquellos en los que la voluntad general incluye a la comunidad como un todo, o al menos a la mayor parte de la comunidad, y es el apoyo conciente, directo y activo de la forma de gobierno. Distinguía específicamente entre estados democráticos y estados controlados por una clase, y concluía que en las civilizaciones modernas las clases tendían a confundirse unas con otras y no tenían ‘ninguna solidaridad definida de intereses’. Y consideraba que el sistema de partidos era la forma eficaz de reducir ‘las múltiples diferencias de opinión en torno a opciones relativamente sencillas’.”¹⁷

MacIver sostiene que si la mayor parte de la comunidad participa políticamente activa la voluntad general consolidando y garantizando la democracia.

Una de las propuestas centrales de este autor, es que la autoridad y la legitimidad, es decir, el poder político reside en la voluntad general entendida como la mayoría del pueblo involucrándose directamente en los principales asuntos políticos de una nación, discutiendo y decidiendo sobre las mejores alternativas políticas que le ofrecen y analizando y juzgando la gestión tanto del Estado como de aquellos a quienes eligieron como sus representantes en el parlamento: el poder político reside en la voluntad general que mediante la participación lo despliega y consolida delegándolo en sus representantes y en el Estado que, entonces pueden ejercerlo gracias a ésta.

A esto se refiere MacIver con estados democráticos, al capitalismo organizado políticamente de tal forma que la mayoría de las clases y los grupos sociales participen para tener y ejercer un porcentaje elevado de poder político, de manera que no sea centralizado por una sola clase sino que esté distribuido, que circule entre éstos, bajo el supuesto de que lo mejor para la sociedad es que el

¹⁷ Macpherson, C., *La democracia liberal y su época*, España, Alianza ed., 1977, 3a reimp., p.89.

poder político esté distribuido entre las mayorías porque se reduce así la posibilidad de que sea monopolizado.

A nuestro juicio, la concepción de Gramsci sobre la democracia coincide con lo que propone MacIver en esta cita, es decir, coincide en que la participación política es uno de los elementos más rescatables de la democracia, porque *supone que los grupos y las clases sociales se involucran activa y directamente en los principales asuntos políticos de una nación, discutiendo y decidiendo sobre las mejores alternativas políticas que les ofrecen, y analizando y juzgando la gestión tanto del Estado como de aquéllos a quienes eligieron como sus representantes en el parlamento, lo cual es una forma de ejercer la dimensión política de la hegemonía.*

En este sentido, a Gramsci le interesa la participación como un eje de la democracia porque fomenta y garantiza la distribución de la dimensión política de la hegemonía entre la mayoría de los grupos y las clases sociales en el capitalismo, ofrece diversas alternativas para que puedan compartir la hegemonía y garantiza que puedan legitimarse, esto es, obtener apoyo y reconocimiento como actores políticos con capacidad y autoridad para dirigirlos y representarlos en el parlamento y ante el Estado.

Cabe aclarar que esta distribución es 'relativamente equitativa', porque el capitalismo está organizado políticamente de tal forma que la burguesía sea la clase hegemónica, de tal forma que la burguesía esté en una posición ventajosa respecto de la hegemonía comparada con la clase media y el proletariado, porque dispone de más y mejores recursos políticos, económicos, ideológicos y culturales, de más conocimientos, experiencias y dinero para ejercerla. 'Relativamente equitativa' entonces ya que la clase media y el proletariado están en una posición desventajosa para ejercer la dimensión política de la hegemonía.

Finalmente, la autonomía es una consecuencia de todo lo anterior, y se refiere a que la mayoría de los grupos y las clases sociales se desarrollen políticamente de manera autónoma, esto es, que puedan aprovechar las instituciones y mecanismos democráticos para desarrollar sus propias estrategias y organizaciones políticas, con el objetivo de que se hagan hábiles y eficientes políticamente, construyendo un movimiento social, por ejemplo, de manera que estén concientes del poder que tienen y de que estando bien organizados pueden ejercerlo cuando las circunstancias lo requieran.

Se trata de que cada clase y grupo social, adquiera conciencia de que al organizarse mediante alguna organización o movimiento social ejerce la hegemonía, esto es, empieza a tener presencia y fuerza para impulsar sus proyectos e intereses políticos ante las autoridades, poder tanto para negociar acuerdos como para presionar de modo que sean atendidos, lo cual los hace suficientemente autónomos para que, usando sus propios recursos y capacidades, tengan el poder suficiente que les permita no depender totalmente de sus representantes ni de las autoridades para impulsarlos, y sirve también para

mostrarles que sin su apoyo carecen de poder, es decir, carecen de representatividad y de autoridad.

Entendiendo entonces por autonomía la capacidad que cada grupo y clase social tiene para organizarse por sí mismo, por cuenta propia, forjando organizaciones civiles, frentes y movimientos sociales con el objetivo de luchar por demandas económicas y políticas que mantengan o eleven su nivel de vida, de modo que no estén obligados a incorporarse a un partido político como la única alternativa para hacerlo, o que dependan de que las autoridades estén dispuestas a atenderlos.

Resulta así que son dos las principales ventajas de la autonomía: la primera, es que abre alternativas diferentes a las tradicionales, representadas por los partidos políticos, para que los grupos y las clases sociales se incorporen directamente en las cuestiones públicas que los afectan y para que establezcan alianzas entre sí; y la segunda, es que dificulta los excesos que frecuentemente cometen lo mismo sus representantes que las autoridades, excesos como la monopolización de la hegemonía o bien su utilización para obtener beneficios y privilegios individuales o minoritarios.

En este sentido, la autonomía es un elemento clave de la democracia porque fomenta y garantiza la distribución de la dimensión política de la hegemonía entre la mayoría de los grupos y las clases sociales en el capitalismo, ofrece diversas alternativas para que puedan compartir la hegemonía y garantiza que puedan legitimarse, esto es, obtener apoyo y reconocimiento como actores políticos con capacidad y autoridad para dirigirlos y representarlos en el parlamento y ante el Estado.

Ahora bien, retomando lo que hemos apuntado sobre la democracia representativa, la igualdad, la libertad, la autonomía y la participación políticas de los grupos y las clases sociales como ejes de la democracia y de la dimensión política de la hegemonía, podemos plantear que según Bobbio sus principales ventajas son:

1) que la mayoría de las clases y grupos sociales sean autónomos y participen activamente en política; 2) que adquieran conciencia de que también pueden ser hegemónicos, que pueden ejercer la dimensión política de la hegemonía y pueden acrecentarla paulatinamente, representando contrapesos significativos respecto de la hegemonía ejercida por la burguesía; 3) que adquieran conciencia y experimenten que la democracia ofrece posibilidades para hacerlo, 4) logrando, con esto, que la dimensión política de la hegemonía no sea monopolizada por una sola clase sino que se distribuya de manera 'relativamente equitativa' entre la mayoría de los grupos y las clases sociales; y, 5) construyendo y consolidando así una sociedad civil formada por diferentes fuerzas políticas autónomas y participativas, es decir, una sociedad civil plural y dinámica.

Finalmente, para destacar una idea implícita en estos puntos, citemos a Gramsci:

"El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una

formación y una superación de equilibrios inestables entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo."¹⁸

En la cita, encontramos que según Gramsci los diversos grupos y clases sociales actúan como fuerzas políticas autónomas y participativas, constituyen redes en las cuales las relaciones y mecanismos de poder aparecen y se articulan como una formación y una superación de equilibrios inestables entre la clase hegemónica, la burguesía, y las clases subordinadas, la clase media y el proletariado: constituyen así una sociedad civil plural en la cual las relaciones de hegemonía entre los grupos y las clases sociales están construyéndose continuamente.

Nosotros añadimos que la democracia coadyuva a que la hegemonía esté distribuida y dividida de manera 'relativamente equitativa' entre la mayoría de los grupos y las clases sociales, y en este sentido, el ejercicio de la dimensión política de la hegemonía en la sociedad civil sea una formación y superación de equilibrios inestables entre éstas.

Subrayando que el equilibrio y la inestabilidad de la hegemonía política se relaciona con la libertad, la autonomía y la participación políticas de los grupos y las clases sociales y con la forma en que activan la democracia.

Por un lado, las relaciones políticas hegemónicas son 'relativamente equilibradas' porque la hegemonía está distribuida entre la mayoría de los grupos y las clases sociales: el equilibrio se entiende como la distribución 'relativamente equitativa' de la hegemonía entre éstos, es decir, que si bien es cierto que en el capitalismo la burguesía es la clase hegemónica también los otros grupos y clases sociales pueden ejercer la hegemonía; la burguesía no tiene garantizada la hegemonía permanentemente, así como tampoco la clase media o el proletariado están sujetas a ser siempre las clases subalternas.

Ejemplifiquemos esto con lo sucedido en Francia, en 1996, en las elecciones presidenciales y parlamentarias, que representaron un cambio político significativo en este país.

En este país europeo el partido socialista francés y sus aliados dirigieron políticamente a la nación durante 16 años, y en las elecciones realizadas en 1996 perdieron tanto la presidencia como la mayoría en el parlamento ante una alianza de fuerzas políticas liderada por Chirac.

Esta alianza de fuerzas políticas de centro y de derecha lideradas por el actual presidente Chirac, triunfaron en las elecciones presidenciales y parlamentarias con una ventaja relativamente cómoda sobre su principal adversario político, representado por otra alianza de fuerzas políticas de centro y de izquierda lideradas por el partido socialista francés y F. Mitterrand, que ejerció la dimensión política de la hegemonía en la década de los 80's y parte de los 90's.

¹⁸ Gramsci, A., Op. cit., p.71; el subrayado es nuestro.

La idea señalada de que la hegemonía implica equilibrio aparece aquí. El ejercicio de la dimensión política de la hegemonía está equilibrado porque está dividido, sí está distribuido en este país europeo y es por ello que se da un cambio político importante, que consiste en que el partido socialista francés pierde en las elecciones de 1996 la hegemonía que ejerció durante 16 años, tanto la presidencia como la mayoría en el parlamento, cediéndola a la alianza de centro-derecha liderada por Chirac, que gana tanto aquélla como éste y que hoy gobierna en Francia.

Este equilibrio entendido como la distribución de la hegemonía entre la mayoría de los grupos y clases sociales, se proyecta a futuro.

Es bastante probable que durante los próximos 8 años (que es el tiempo que hay entre una elección y otra), esta alianza de centro-derecha intentará impulsar un proyecto hegemónico en Francia al que puedan incorporarse otros actores políticos, y desplegará las estrategias y proyectos políticos, legales, económicos y culturales que mantengan y aumenten las posibilidades de que se consolide durante más tiempo, ajustándose a los cambios que ocurrirán en el escenario político y social en ese lapso.

En este lapso de tiempo, el partido socialista francés y la alianza de centro-izquierda aprovechará que son oposición, lo cual tiene sus ventajas para desplegar también las tácticas y las propuestas jurídicas, económicas, culturales y políticas que aumenten la probabilidad de que ejerzan nuevamente la hegemonía en su país.

Por otro lado, considerando la cita, para Gramsci las relaciones hegemónicas también implican inestabilidad entendida como los desajustes, las coyunturas y las crisis que caracterizan a la política, lo cual implica que ninguna clase social la tiene asegurada permanentemente (sin que contradiga la idea recién expuesta de la hegemonía como equilibrio).

¿Cómo explicamos esto? Porque aún cuando la burguesía es la clase hegemónica tiene que usar los recursos que la democracia le ofrece y además usar sus experiencias, sus habilidades y sus conocimientos para acoplarse a las coyunturas, los desajustes y las crisis que caracterizan a la hegemonía política, y aún así, haciendo esto, puede dejar de ser la clase hegemónica porque esta inestabilidad procede, en buena medida, de que los demás grupos y clases sociales también pueden ejercer la hegemonía, también aprovechan los recursos que la democracia les ofrece, más sus habilidades y sus conocimientos, para obtenerla y acrecentarla, es decir, para ir ganando paulatinamente presencia y legitimidad en la sociedad.

La inestabilidad se debe a que la hegemonía de la burguesía reside en que la clase media y el proletariado se mantengan como subalternos, lo cual no está asegurado a priori ni permanentemente, porque organizar democráticamente las relaciones políticas implica la competencia por la distribución del poder de manera 'relativamente equitativa' entre los grupos y las clases sociales, lo cual implica abrir alternativas para que éstos puedan dejar de ser subalternos y se conviertan en hegemónicos, que significa compartir gradualmente la hegemonía con la

burguesía, y en cierto sentido, desplazarla de la posición en que está, por lo cual está obligada a competir continuamente con aquéllos para evitar ser desplazada.

Por esto, la hegemonía implica inestabilidad. Porque para que la burguesía se mantenga como la clase hegemónica requiere que la clase media y el proletariado se mantengan como subalternos, pero como la democracia supone la distribución del poder entre éstas, pueden dejar de ser subalternos al ir desplazando paulatinamente a la burguesía para convertirse en hegemónicas; y en la medida en que lo logren, también estarán sujetas a la inestabilidad, es decir, competirán continuamente entre sí para mantener y acrecentar su hegemonía, con la posibilidad y el riesgo siempre latente de perderla parcial o totalmente.

Así, para ejemplificar la inestabilidad entendida como los desajustes, coyunturas y crisis característicos de la hegemonía política, retomemos el mismo caso recién señalado.

La inestabilidad de la hegemonía también aparece en el cambio político que se dió cuando el partido socialista francés y sus aliados pierden en las elecciones de 1996 la hegemonía que ejercieron durante 16 años.

Aquí aparece la inestabilidad en el sentido señalado líneas arriba, es decir, el partido socialista francés y sus aliados, que gobernaron Francia durante 16 años, estaban concientes de que los desajustes, coyunturas y crisis, tales como la pérdida de credibilidad, de legitimidad y de apoyo políticos, eran parte de la dimensión política de la hegemonía que ejercían, y que aún ajustándose a éstos podían perderla en algunas elecciones, como sucedió en 1996, a pesar de los esfuerzos y las tácticas desplegadas para evitarlo, porque la hegemonía no está asegurada permanentemente.

En efecto, es en esta fecha cuando la alianza de centro-derecha liderada por Chirac ganó tanto la presidencia como la mayoría en el parlamento aprovechando precisamente la pérdida de legitimidad y de apoyo de su principal rival político, aprovechando inteligentemente esta coyuntura y abriendo así la posibilidad de forjar un proyecto hegemónico, al cual se han ido incorporando paulatinamente otros actores políticos a partir de ese momento, y podrán seguir haciéndolo en los próximos años en este país europeo.

Para esta alianza de centro-derecha, la inestabilidad también es parte de este proyecto a futuro.

Precisamente la posibilidad de forjar y consolidar un proyecto hegemónico se relaciona con los desajustes y coyunturas políticas que se presenten en las próximas décadas en Francia, es decir, con la posibilidad siempre latente de que pierda parte del apoyo y de la legitimidad obtenidas, obligada entonces a utilizar su inteligencia, su habilidad y los recursos que le otorga ejercer el poder para mantener y acrecentar el apoyo y la legitimidad de la mayoría de los grupos y las clases sociales en su país.

Finalmente, Bobbio plantea que uno de los aspectos más rescatables de la democracia representativa, por lo cual sigue siendo una alternativa para organizarse políticamente, es que el poder de la sociedad civil procede tanto de la autonomía como de la participación de la mayoría de las clases y los grupos

sociales, lo cual dificulta los excesos en que frecuentemente incurren tanto sus representantes en el parlamento como las autoridades.

De este modo, la expectativa que ofrece la democracia representativa al fomentar la participación y la autonomía es que dificulta el surgimiento del autoritarismo y las dictaduras, porque si los diversos actores y fuerzas políticas se involucran en la política ello implica que están bien organizados y concientes de su fuerza, de que pueden ejercer la dimensión política de la hegemonía para evitar que sus dirigentes cometan abusos, y concientes también de que pueden destituirlos, retirarles el apoyo y la representatividad que les concedieron, y sustituirlos por otros.

2.3 Los partidos políticos, la democracia y la hegemonía

Ahora corresponde relacionar el apartado anterior, sobre la democracia representativa y los derechos individuales, con las ideas políticas gramscianas.

A juicio de Gramsci, es inviable proponer que la revolución socialista en Occidente puede realizarse como se hizo en Rusia en 1917, mediante un ataque frontal y directo contra el Estado en una nación que carecía de una sociedad civil bien articulada y compleja, con un capitalismo naciente y una burguesía en gestación que no ejercía aún la hegemonía plena, y con una aristocracia zarista decadente que imponía la hegemonía mediante la fuerza, es decir, que estaba perdiendo la hegemonía.

Como señalamos en el primer capítulo, para Gramsci la construcción del socialismo en Occidente, en el capitalismo avanzado supone una lucha y una organización política, económica, ideológica, cultural y moral de larga duración, un proceso en el cual las clases y los grupos subordinados, los partidos políticos, los frentes amplios, los sindicatos y los consejos siembran gradualmente las semillas de la nueva sociedad, generando autoridad y legitimidad y ejerciendo el poder en la sociedad civil.

Interpretando el fascismo y el nazismo como una derechización de Europa, no sólo de Italia y Alemania, Gramsci plantea que la construcción del socialismo europeo debe ajustarse a las características del capitalismo avanzado, esto es, a una sociedad civil bien articulada, a un Estado complejo y a una economía de mercado consolidada, esto es, a un capitalismo dinámico y fuerte, ante el cual una lucha frontal como la soviética tendría grandes probabilidades de fracasar, como fracasó el movimiento de los consejos liderado por Gramsci y Togliatti al enfrentarse frontalmente con una burguesía que ejercía la hegemonía plenamente con el Estado.

Y ajustarse a estas condiciones implica que la hegemonía, en general, y la hegemonía política, en particular, esto es, la dirección, la legitimidad y la autoridad políticas socialistas deben forjarse explotando al máximo los mecanismos e instituciones políticos propios del capitalismo avanzado, haciendo política en y desde la sociedad civil; y si la democracia representativa es una de las formas dominantes mediante la cual se organizan políticamente las relaciones sociales en el capitalismo avanzado, el proletariado, el partido comunista y sus dirigentes deben explotarla al máximo para tener poder y acrecentarlo.

Por esto, Gramsci considera a la democracia representativa como una opción para construir el socialismo y no porque el liberalismo forme parte de su propuesta teórica; aclarando que es una alternativa entre otras, que no es la única y que no propone que sea la principal vía hacia el socialismo, pero por la manera en que caracteriza políticamente al capitalismo avanzado hay que aprovecharla al máximo.

En la parte que sigue analizaremos cómo funciona la democracia representativa en la sociedad civil, esto es, de qué manera las clases sociales, la burguesía y el proletariado, construyen y establecen las relaciones hegemónicas, cómo eligen a sus representantes en el parlamento y a las autoridades del Estado de entre los partidos y las organizaciones civiles, y qué papel juegan en este proceso los sindicatos, los partidos y los organismos empresariales.

En este sentido, analizaremos cuáles son los partidos políticos, los movimientos y las organizaciones civiles mediante los cuales los grupos y clases sociales construyen la dimensión política de la hegemonía, obtienen la legitimidad que requieren para dirigir y otorgan legitimidad a quienes los dirigen: es la sociedad civil como sistema político.

Empecemos con el proletariado, que dispone del partido político comunista, de los sindicatos, de las uniones y de los frentes amplios para ejercer la dimensión política de la hegemonía.

Por un lado, respecto de los sindicatos Gramsci plantea que son organismos u organizaciones formadas por los obreros que laboran en las distintas ramas de la industria y el comercio, siendo una de sus funciones, luchar y lograr mejorar su nivel de vida, esto es, mejorar los salarios, las prestaciones y las jornadas laborales, de manera que aumenten sus ingresos, que se reduzca sus horarios de trabajo y que tengan representantes legalmente constituidos y aceptados ante los órganos patronales.

El objetivo de los sindicatos es defender a los obreros de los patrones, proveer a los obreros de las capacidades y los mecanismos legales para lograr que la explotación característica de las relaciones entre capitalistas y asalariados se reduzca de forma que los trabajadores perciban una remuneración acorde a su labor, que no se conviertan en 'gorilas amaestrados' como proponía Taylor, uno de los principales ideólogos de la nueva mentalidad patronal, y que escojan las tareas para las cuales tienen habilidades y preferencias.

Se trata de que la explotación no implique para los trabajadores ser una especie de extensión de las máquinas utilizadas en la fábrica, que puede usarse

al máximo hasta sea preciso sustituirla por otra, de obligar a los patrones a reconocer a los trabajadores como personas con derechos y necesidades, que deben ser tratadas con respeto y dignidad, y como elementos vitales para el funcionamiento eficiente de una empresa, elementos vitales para la acumulación de capital.

Para esto, es preciso que los dirigentes sindicales sepan manejar los mecanismos e instituciones legales y políticas establecidas, y que los obreros estén organizados y los apoyen cuando las circunstancias lo exijan de modo que la lucha tenga éxito, y que los beneficios que se obtengan se extiendan al mayor número posible de obreros y a los demás sectores del proletariado. Los sindicatos se convierte así en actores aceptados como sus representantes dentro de la fábrica por los patrones, que los reconocen como la autoridad para los periodos en que se abren negociaciones en torno al contrato de los trabajadores, esto es, en torno a sus prestaciones, a los despidos, a las liquidaciones, al ingreso de más trabajadores o la quiebra de la empresa.

En este sentido, los sindicatos, como los consejos son una especie de laboratorio donde se enseña a los trabajadores que organizándose y luchando pueden mantener los beneficios, los derechos que vayan obteniendo y acrecentarlos, un laboratorio en el cual los obreros, además de defender sus conquistas adquieren conciencia de sí mismos como grupo o clase, esto es, identifican los elementos económicos e ideológicos comunes que los integran en la fábrica, identifican la lucha como el factor mediante el cual consolidan su movimiento y lo analizan, así como la situación económica y política del país.

Gramsci sostiene que los sindicatos deben extenderse por todo el país, multiplicándose y articulando un movimiento obrero amplio que cubra el mayor número posible de fábricas y comercios que aumenten paulatinamente el poder, la capacidad de convocatoria para presionar a los órganos patronales y a las autoridades laborales, de modo que la lucha tenga éxito, garantizando que los beneficios se concreten, se extiendan al mayor número posible de obreros, en primera instancia, y a los demás sectores del proletariado una vez que el movimiento se consolide.

Por otro lado, la función de los sindicatos y de las uniones no debe ser sólo defensiva sino también ofensiva, en sentido político; mediante la lucha sindical los obreros y los campesinos deben convertirse en dirigentes políticos de masas, es decir, desarrollar los conocimientos, las habilidades y la experiencia para articular frentes sindicales y uniones campesinas entre la mayoría de los trabajadores, construyendo un movimiento de masas permanente, acrecentando así el poder proletario, y dar un salto cualitativo que consiste en pasar del sindicato o la unión al partido comunista e incorporarse a la dirección como cuadros que alcancen los puestos principales, con una visión política más amplia, nacional, cuadros capaces de unir a los obreros, a los campesinos y otros aliados sobre la base de un proyecto político común y de alianzas a largo plazo.

Y este salto cualitativo exige que utilicen al máximo las posibilidades que ofrece la democracia representativa porque se convierten en dirigentes de un

partido que representa al proletariado ante el parlamento y ante el Estado, comprometidos a luchar por sus demandas y proyectos, a formar un bloque obrero-campesino homogéneo con presencia y autoridad, que pueda ampliarse atrayendo a otros representantes cercanos al proletariado y que aproveche las situaciones lo más eficientemente posible, a modificar las leyes y los códigos civiles y penales, en suma, comprometidos a transformar al proletariado en una fuerza hegemónica.

La democracia representativa fomenta la politización de los dirigentes del proletariado, porque los convierte en negociadores hábiles, que conocen cuáles son las prioridades de la clase a la que representan y en qué pueden ceder, capaces de anticipar los movimientos de los adversarios, de los partidos y los frentes que representan a la burguesía y sus aliados y al Estado, y de aprovechar las circunstancias sociales que pueden beneficiar al proletariado.

En otro sentido, la democracia representativa tiende a politizar a los obreros, a los campesinos y al lumpenproletariado porque fomenta la participación del proletariado, esto es, propicia que los obreros y los campesinos se involucren activamente en los proyectos y las decisiones partidarias que los afectan directamente, que analicen y decidan junto con sus dirigentes sobre sus proyectos de clase y cómo conjugarlos con las demandas de otras clases sociales, y que juzguen tanto la gestión del Estado como la de sus representantes.

Respecto de la función política de los sindicatos recordemos que entre 1914 y 1917, siendo Gramsci un dirigente político importante en la toma de las fábricas durante el movimiento de los consejos, Turín se convierte en la vanguardia del movimiento obrero italiano.

En esa época, se consolida en Turín un sindicalismo participativo, bien organizado y politizado que mostraba presencia y visión ante el militarismo que imperaba en la sociedad, que se enfrentó con éxito a los patrones, el caso de la Fiat, por ejemplo, que organizó manifestaciones populares y que recibe a los representantes de los soviets en la época de la III Internacional, y que se perfilaba como uno de los bastiones para extender exitosamente la lucha en el país, en un contexto donde las condiciones laborales y económicas estaban cambiando rápidamente una vez concluida la guerra, y que afectarían las condiciones laborales en poco tiempo.

Esta es la relación entre los sindicatos, el partido comunista y la democracia representativa, y Gramsci insiste en que su potencial político debe aprovecharse al máximo para construir la hegemonía del proletariado.

Ahora bien, como parte de esta temática hay otro punto que conviene señalar.

Gramsci critica a algunos pensadores y dirigentes políticos marxistas, en particular a Bordiga y a Turati, su concepción teórica acerca del papel de los sindicatos, del partido socialista y de la política en el movimiento obrero y en la construcción del socialismo en su época. En realidad, la de Gramsci y estos pensadores representan interpretaciones diferentes del marxismo:

Al respecto, Gruppi comenta que:

"Gramsci combate duramente las deformaciones mecanicistas del marxismo, que pasaron del Partido socialista al ala bordighiana del partido comunista. Observa que el materialismo vulgar es, en realidad, la expresión de una clase que, aún tratando de darse una ideología no subordinada, una ideología capaz de dirección revolucionaria, permanece en realidad como clase subordinada, precisamente porque piensa que su victoria se debe al curso objetivo de los acontecimientos y no a su función, a su iniciativa, a su capacidad de hegemonía. Se sitúa por ello pasivamente en el devenir necesario de la sociedad."¹⁹

En efecto, Gramsci critica a una parte del partido comunista italiano, a Bordiga y del sindicalismo de su época, a Turati que eran dirigentes importantes, su materialismo mecanicista y que en vez de aprovechar las circunstancias políticas para construir hegemonía actuaron pasivamente y fueron rebasados por el movimiento de masas que había logrado generar la experiencia de los consejos obreros.

A lo que denomina Gruppi en la cita el materialismo mecanicista o vulgar nosotros le llamaremos el economicismo mecanicista, según el cual el proletariado y sus dirigentes están sujetos al curso objetivo de los acontecimientos sociales y no a su capacidad de hegemonía, son actores pasivos que carecen de iniciativa, simples espectadores de las leyes que regulan el desarrollo histórico.

Señalaremos brevemente dos de las tesis que sostiene esta propuesta teórica (aclarando que no son enunciadas por Gramsci en los **Cuadernos de la Cárcel** como lo haremos ahora).

La primera tesis, sostiene que el desarrollo histórico de las sociedades, en general, y del capitalismo, en particular, obedece a leyes universales y necesarias que regulan los cambios económicos, políticos, ideológicos, morales, culturales y religiosos, leyes que regulan su ritmo y su dirección en un sentido determinado.

Estas leyes y su funcionamiento están fuera del alcance de los seres humanos, es decir, que éstos no pueden incidir en ellas, no pueden modificar o evitar sus consecuencias ya que operan siguiendo su propia lógica, su propia dinámica, independientemente de la racionalidad, de la libertad y de la capacidad transformadora de los seres humanos: regulan cuando y cómo será el derrumbe del capitalismo y cuando y cómo será el surgimiento del socialismo.

La segunda tesis, es que la economía es el principio de organización social y que las leyes universales y necesarias que regulan las transformaciones de las sociedades son económicas, de tal suerte que las demás dimensiones de lo social, la política, la cultura, la moral, la ideología y la religión, están determinadas por la economía, son un simple reflejo de lo que sucede en ésta.

En este sentido, la economía es el fundamento de lo social, es concebida como la esencia social, y el proletariado, la clase media y la burguesía son espectadores de los acontecimientos históricos, sólo pueden esperar que las leyes económicas del desarrollo histórico provoquen que la sociedad continúe

¹⁹ Gruppi, L., *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México, E.C.P., 1978, p.103.

reproduciéndose o estalle, esto es, que sea capaz de superar los conflictos que surjan o bien que se produzcan crisis de tal magnitud que causen el derrumbe definitivo del capitalismo y con ello el nacimiento del socialismo.

La consecuencia que se desprende de ambas tesis, es que las clases y los grupos sociales, los sectores que las forman, los individuos, los partidos, los sindicatos, que conforman el Estado y la sociedad civil, pueden hacer poco ante la locomotora histórica y sus leyes. Están limitados a entenderlas para saber de qué manera, en qué momento y cómo se realizarán los acontecimientos en la sociedad, un saber que de poco sirve pues no hay posibilidades de que los seres humanos modifiquen de alguna forma estas leyes.

Entonces, ¿para qué organizar a los obreros, concientizarlos y hacerlos dirigentes?, ¿para qué construir un partido socialista, comunista o unos sindicatos que politicen la lucha económica?, ¿tiene sentido construir procedimientos y organizaciones para ejercer la hegemonía política, para dar poder al proletariado?

Desde esta perspectiva teórica responderíamos que es inútil hacer esto, ya que las leyes económicas que regulan la historia no pueden ser modificadas por los seres humanos, ya sea que actúen individual o colectivamente, sólo pueden aspirar a que los cambios que produzcan los beneficien, que no los perjudiquen; sólo pueden abandonarse y conformarse, dejarse conducir por éstas. Entonces la política debe relegarse a segundo plano porque está determinada por la economía y porque actuar en ella implica intentar incidir en los acontecimientos históricos, algo que está condenado al fracaso desde el principio.

De hecho, como señala Gruppi ambas tesis están presentes en el planteamiento teórico de Bordiga aunque no tal cual las enunciamos sino con algunos matices.

De hecho en su planteamiento teórico la política sí aparece, es el ámbito en el cual las clases sociales, las organizaciones civiles, los partidos políticos y el Estado actúan para definir cómo se estructuran las relaciones e instituciones de poder en la sociedad, pero reduciendo estas acciones a funciones de propaganda y de agitación, en la economía o fuera de ella, relegando a segundo plano u olvidando las otras dimensiones de la política, por ejemplo, la construcción de frentes amplios, la utilización del parlamento y de las instituciones y los mecanismos legales, de modo que la construcción de hegemonía política como una forma de forjar el socialismo, que es la propuesta gramsciana, es considerada por Bordiga como una tentativa inútil, que está condenada al fracaso.

Este economicismo mecanicista produjo tres errores o consecuencias, que dejaron huella tanto en las diversas interpretaciones del marxismo como en el movimiento obrero de su época.

El primer error, es que redujo la labor de los sindicatos al campo estrictamente económico convirtiéndolo en una organización pasiva, cuyas funciones son sólo defensivas y limitadas a la dimensión económica, esto es, que tienden sólo a mantener y mejorar el nivel de vida material de los obreros como asalariados, cuya única herramienta para luchar son las huelgas y los paros y cuya preocupación por aumentar sus ingresos tiende a convertirlos en

consumidores activos y constantes de todo lo que ofrece el mercado, tiende a aburguesarlos, olvidándose de la dimensión política de la lucha y de que el objetivo es modificar las relaciones entre capital y trabajo asalariado, no reproducirlas.

El segundo error, del economicismo mecanicista es que los sindicatos no buscan junto con los consejos ser la célula del nuevo Estado, no pretenden que los obreros empiezen a dirigir económicamente, que sean capaces de organizar y administrar las relaciones de producción, en la fábrica para integrarse como productores, preparándose para el momento en que ellos sean los propietarios y los trabajadores y dirijan la economía del país.

Y el tercer error, es que tampoco busca que los obreros dirijan políticamente, no politizan la lucha económica generando las condiciones para la revolución, enseñándolos a ser dirigentes, a ejercer la dimensión política de la hegemonía, esto es, aprovechando la lucha económica para politizar a los obreros de modo que obtengan poder, conjuntando sus demandas con las de otros trabajadores, haciéndose hábiles para presionar o ceder ante los adversarios, para establecer alianzas estratégicas con otros grupos sociales, ejerciendo el poder más allá de la fábrica formando frentes y actuando con los partidos políticos.

Gramsci cuestiona de esta concepción que olvide que la construcción del socialismo en Europa occidental, a diferencia de lo acontecido en Rusia, es un proceso lento y complejo, y que uno de sus aspectos centrales es enseñar a los obreros a ser dirigentes, a ejercer la dimensión política de la hegemonía lo cual se logra, en parte utilizando la lucha económica para que los obreros obtengan poder y lo desplieguen hábilmente, por ejemplo, uniendo sus demandas con las de otros trabajadores, haciéndose hábiles para presionar o ceder ante los adversarios, estableciendo alianzas estratégicas con otros grupos sociales, o actuando junto con los partidos políticos, de modo que el poder forjado mediante el sindicato lo ejerzan más allá de la fábrica, en las otras dimensiones de la sociedad civil.

Corresponde ahora analizar, qué plantea Gramsci acerca del partido político comunista, cómo lo concibe y cuáles son sus principales tareas.

Retomemos la crítica que hace Gramsci a los sindicatos para empezar lo que se refiere al partido político.

A las propuestas de Turati y Bordiga, cuyas implicaciones prácticas se plasmaron en el partido socialista italiano, les cuestiona que den poca importancia a la política y que sostengan una concepción política limitada, pobre, que les impide utilizar la democracia representativa al máximo y que asuman que es la única alternativa política que tienen para luchar por las demandas y proyectos de la clase social a quién representan. Y el argumento por el cual la política debe relegarse a segundo plano es que está determinada por las leyes económicas que regulan el desarrollo histórico, y porque actuar políticamente es intentar incidir en los acontecimientos históricos, algo que está condenado al fracaso desde el principio.

A su juicio, resulta contradictorio que el economicismo mecanicista sostenga, por un lado que la política juega un papel secundario comparada con la economía y que defienda una concepción política limitada, y por otro lado que proponga una concepción del partido socialista, siendo que la política es el campo propio de los partidos, ¿qué puede plantear acerca de la hegemonía política?, ¿cómo generar las condiciones para que los obreros y los demás sectores del proletariado sean hegemónicos? y ¿cuáles son los mecanismos con los que la burguesía cuenta para evitar u obstaculizar esto?

Para esta propuesta teórica son preguntas cuya respuesta se limita a esto: el papel de la política en la construcción del socialismo no es prioritario sino secundario, para que fuera prioritario Bordiga tendría que replantear su papel en la construcción de la revolución y del socialismo:

Es lo que critica Gramsci:

“...los obreros italianos que ocupan las fábricas demuestran estar a la altura de sus tareas y de sus funciones. Y sin embargo las ocupaciones terminaron en un fracaso. Pero la responsabilidad de ese hecho pesa sobre el partido socialista, que no tomó la dirección de las luchas, que siguió a las masas en lugar de ser su vanguardia. El partido socialista italiano es revolucionario únicamente por las afirmaciones generales de su programa. Es un conglomerado de partidos...Ello explica la paradoja histórica por la cual, en Italia, son las masas las que empujan y educan al partido de la clase obrera, y no el partido el que guía y educa a las masas.”²⁰

Y lo grave es que esta contradicción teórica tuvo efectos prácticos decisivos. Citando otra vez lo sucedido con el movimiento de los consejos y la lucha sindical en Turín entre 1916 y 1921, Gramsci critica que el partido socialista no los dirigió porque fue rebasado por los obreros que tomaron la iniciativa e impulsaron la lucha, perdiendo fuerza y quedando aislados paulatinamente hasta que fueron derrotados.

Esta es la crítica de Gramsci a la concepción teórica que influyó en la actuación del partido socialista y del sindicalismo mencionados en la cita, crítica que es válida también para las otras interpretaciones y otros partidos socialistas de su época.

Es por esto que llega a la conclusión de que requiere construirse una propuesta teórica alternativa, que incluya un partido nuevo, el comunista, diferente a las que existían en su época.

Analícemos entonces su propuesta acerca del partido político nuevo, el partido comunista, cuyo principal objetivo es construir la hegemonía del proletariado, convertirlo en una fuerza dirigente y gobernante y en un movimiento político organizado, esto como un aspecto central en la construcción del socialismo.

El principal objetivo del partido comunista, es ir construyendo la dimensión política de la hegemonía proletaria y convertir a los obreros, a los campesinos, a

²⁰ Gramsci, A., Loq. cit. p. 24.

los estudiantes, a los desempleados, paulatinamente en una clase dirigente, con poder tanto en la sociedad civil como en el Estado, convertirlos en un actor político con presencia en la sociedad desde el capitalismo, lo cual implica que el socialismo y la revolución no se producirán por sí mismas, siguiendo las leyes económicas que rigen la historia, y que el partido y las masas sólo tengan la opción de esperar, confiados y seguros, de que la revolución llegará cuando estas leyes lo determinen.

Se trata de convertir a las masas trabajadoras en una clase dirigente que ejerza la dimensión política de la hegemonía paulatinamente, como principio y como estrategia para ir preparando la revolución socialista y para la etapa posterior a ésta. Ejercer la hegemonía, esto es, dirigir, tener autoridad, presencia y legitimidad: generar consenso, llegar a ser aceptadas y reconocidas por las demás clases sociales, fuerzas y organizaciones políticas, y por el Estado como gobernantes eficientes, inteligentes, honestos y capaces, a quiénes hay que escuchar, atender y tomar en cuenta, que tienen poder y que saben ejercerlo adecuadamente.

Esta idea de que las masas se hagan dirigentes en el capitalismo, que aprendan a organizarse y a mantener un movimiento organizado permanentemente, no sólo en los momentos críticos, el concebir un movimiento político organizado que conozca y utilice las instituciones, las normas y los mecanismos políticos y legales eficientemente como una forma de construir la hegemonía, nos deja ver cómo concibe Gramsci la construcción del socialismo.

Se trata de que las masas construyan su propio camino hacia el socialismo, esto es, que forjen las condiciones bajo las cuales puedan modificar el capitalismo, como parte de un proceso complejo y largo, como una etapa, tan importante como las demás, que no debe ser relegada, siendo la política una de las principales dimensiones de este proceso, y que no dependan totalmente de sus dirigentes para hacerlo; sabiendo que de no hacerlo es muy probable que el proletariado siga cosechando fracasos como los de Turín.

Otro aspecto a considerar es qué tipo de partido es.

En primer lugar, conviene aclarar que según la propuesta gramsciana el partido político del proletariado es un partido nuevo porque es tanto una organización de vanguardia como una de masas, contiene los elementos que corresponden a dos de las principales propuestas marxistas sobre el partido.

Analicemos a qué se refiere al plantear que se trata de un partido político de vanguardia.

El partido de vanguardia es una organización que se caracteriza por dirigir al proletariado, es quien tiene la capacidad, la experiencia y los conocimientos para definir cuáles son los proyectos, los intereses y las prioridades de los trabajadores, así como la habilidad para delinear cuáles son las estrategias y tácticas óptimas para alcanzarlos y concretarlos, en un tiempo determinado: es la principal herramienta con que cuentan las masas para organizarse políticamente.

En el capitalismo donde el proletariado tiene limitadas las posibilidades de acceso a la educación y la cultura, donde su visión del mundo y su participación

política son controladas por la clase hegemónica, es crucial la labor del partido como dirigente y sería difícil pensar que bajo estas condiciones el proletariado pudiese prescindir del partido. Pero esto es válido sólo en este momento y en los inicios del socialismo porque, a fin de cuentas se trata de que el proletariado se involucre activamente y participe en los distintos niveles políticos, de modo que la dirección también resida en ellos y no sólo en el partido.

Y para dirigir un partido de vanguardia requiere la formación de cuadros, es decir, la formación de militantes con capacidades y cualidades específicas que desarrollan funciones y tareas en las áreas estratégicas del partido, que básicamente son organización, sindicatos, finanzas y educación, militantes que son confiables y están comprometidos, que despliegan su actividad externa en la sociedad civil, logrando que el partido tenga autoridad y legitimidad ante otros partidos y fuerzas políticas.

Ahora bien, ¿por qué algunos militantes son cuadros dirigentes? Porque saben qué es el socialismo como proyecto social, qué es el partido del proletariado, cómo y por qué el partido juega un papel central en la construcción del socialismo y por qué hay que construir la hegemonía política, en suma, estos cuadros dirigentes poseen la teoría, los conocimientos para organizar a los trabajadores, para conducirlos a las metas, los objetivos inmediatos y mediatos, para ajustar las estrategias y tácticas conforme los momentos políticos lo vayan exigiendo.

Y son dirigentes también porque el proletariado no tiene aún ese nivel teórico, no tiene los conocimientos necesarios para conducirse políticamente él mismo, sin los cuadros dirigentes, hacia esas metas y objetivos, lo cual le dificulta mucho organizarse políticamente por sí mismo, autoorganizarse.

Esta pobreza y contradictoriedad de la concepción del mundo proletaria, esta conciencia enajenada, es uno de los elementos en que descansa la dirección, el consenso obtenido por la clase dominante, la burguesía en el capitalismo, razón por la cual el autor insiste tanto en lo importante que es para la izquierda y para el socialismo transformar esta filosofía espontánea en una concepción del mundo mejor articulada y más coherente, que contenga una concepción y una práctica políticas mejor articuladas y más coherentes.

Vanguardia y cuadros, bajo el supuesto de que es crucial para el partido trabajar directamente con las bases, ser una organización cuya vida y sentido dependen de la transformación de la sociedad y de los seres humanos desde sus cimientos, siendo la ideología, la cultura, la educación, la propaganda y la agitación aspectos relevantes de este proceso.

A nuestro juicio, una de las razones de la descomposición del socialismo soviético y europeo oriental es no haber tomado en cuenta o no haber querido considerar la temporalidad del partido-vanguardia y haber relegado la politización del proletariado a segundo plano; un grave error por la razón señalada por Bobbio de que quienes ejercen el poder, liberales, socialistas, cristianos, conservadores, tienden a abusar de él, lo cual fue demostrado por los partidos comunistas en

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

estos países, que lo monopolizaron, abusaron de él y no aceptaron compartirlo con otras fuerzas políticas hasta que las circunstancias los obligaron a hacerlo.

Y cuando se vieron obligados a corregir este error, en los últimos quince años tanto en la actual CEI, en Checoslovaquia y en Polonia como en Alemania, Rumania y Albania, el socialismo empezó a desmembrarse, y estas sociedades aún hoy están experimentando las consecuencias de esa descomposición (por cierto, también es el caso dramático de Yugoslavia, en donde el socialismo la integró como nación, y una vez que éste entró en crisis dejó de existir como nación, siendo hoy un territorio en guerra).

Y paradójicamente lo que relegaron durante varias décadas, la politización de la sociedad civil, les ofrece en 1997 la posibilidad de ejercer nuevamente el poder, como lo constatamos con el resurgimiento de los partidos de izquierda en la mayoría de estos países una vez que se reestructuraron, partidos que han recuperado terreno rápidamente, sobre todo en la CEI, ya que en las últimas elecciones de 1996 obtuvieron el 37 % de las preferencias electorales; o la posibilidad de mantener el socialismo basándose en una economía fuerte y versátil que genera la posibilidad de abrirse políticamente y democratizarse poco a poco, como en el caso de China, que se ha convertido en la tercera potencia económica a nivel mundial, que dirige con Japón la economía del sudeste asiático, y que recuperó hace dos meses el control de Hong Kong, en un mundo donde el capitalismo se ha consolidado como el sistema social hegemónico.

Por otra parte, Gramsci sostiene que el partido comunista es un partido de masas, no sólo de vanguardia.

Un partido de masas es una organización que se caracteriza por abarcar a un conglomerado amplio de grupos sociales, no sólo a los obreros, tanto en el campo como en la ciudad, que se caracteriza por proponer una plataforma política, ideológica, económica, cultural y moral, que sea atractiva a grupos que tienen intereses y actividades muy diferentes, con lo cual se abandona el supuesto de que el partido es obrero, que la revolución y el socialismo son en primer lugar para los obreros y que no hay razón para incluir a otros sectores en la lucha.

El proletariado es una clase social formada por diversos sectores, que se caracterizan por desempeñar distintas funciones en la producción y por tener diferentes intereses y proyectos económicos, políticos, culturales y morales, es decir, es una clase heterogénea y plural, y se requiere una plataforma lo suficientemente amplia y heterogénea para poder incorporar los diversos intereses, demandas y proyectos políticos, ideológicos, económicos, morales y culturales de los obreros, de los campesinos y de los sectores marginales en esta (lo que denominaba Marx lumpenproletarios).

En el punto anterior señalamos que, según Bobbio la consolidación de la democracia representativa en el capitalismo avanzado coincide con la consolidación de los principales derechos políticos, que son la libertad, la participación y la autonomía políticas.

¿Cómo se relaciona lo que Bobbio señala sobre la democracia representativa y la participación, con lo que Gramsci plantea sobre el partido comunista, los movimientos sociales y la hegemonía política del proletariado ?

Respecto de la hegemonía política, Gramsci destaca que si el partido comunista sabe utilizar la democracia representativa fomenta que sus dirigentes y el proletariado, los diferentes sectores que lo conforman, participen y se incorporen directamente a las diversas tareas que impone la lucha en el parlamento, y que al aprovecharlo como escuela política aprovechen los conocimientos y las habilidades que adquieran, lo mismo en su trabajo en la empresa y el sindicato que en labores de propaganda, ideología y agitación fuera del trabajo, en los consejos obreros y en los frentes sindicales y en los movimientos sociales establecidos con los sectores aliados.

La idea es que la participación de los dirigentes y de las masas en el parlamento y ante el Estado, mediante el partido comunista y la democracia representativa, se convierta y arraigue en una forma de ejercer la hegemonía política.

¿Qué consecuencias tiene que el partido comunista utilice al máximo los recursos que le ofrece la democracia representativa ?

Por un lado, mejora el nivel político de sus dirigentes porque los convierte en negociadores hábiles, que conocen cuáles son las prioridades de la clase a la que representan y en qué pueden ceder, capaces de anticipar los movimientos de los adversarios, de los partidos y de los frentes que representan a la burguesía y sus aliados y al Estado, y de aprovechar las circunstancias sociales que pueden beneficiar al proletariado, de manera que forjen el socialismo gradualmente.

Se trata de que los propios obreros y campesinos se hagan dirigentes, teórica y prácticamente, a partir de la actividad que desplieguen en los sindicatos y en los consejos obreros así como en las agrupaciones campesinas, preparándose para ser líderes del partido comunista. Independientemente del papel que jueguen en la producción como asalariados, tanto los obreros como los campesinos deben convertirse en dirigentes, aprender a organizar y conducir a su propio sector y a grupos más amplios e ir mejorando su concepción y su experiencia políticas.

Por otro lado, el partido comunista propicia que los sectores del proletariado, los obreros, los campesinos, los desempleados e indigentes, elijan, mediante los procedimientos aceptados por la mayoría, entre los líderes de sus sindicatos, uniones, frentes y del partido, a sus representantes en el parlamento, otorgándoles la suficiente autoridad y legitimidad para que luchen por concretar sus proyectos y demandas y para que generen hegemonía y la acrecienten, líderes cuya representatividad es por un período determinado después del cual es necesario sustituirlos nombrando a otros representantes.

Finalmente, la democracia representativa tiende a politizar a los obreros, a los campesinos y al lumpenproletariado porque fomenta la participación del proletariado, esto es, propicia que los obreros y los campesinos se involucren activamente en los proyectos y las decisiones partidarias que los afectan

directamente, que analicen y decidan junto con sus dirigentes sobre sus proyectos de clase, privados y cómo conjugarlos con las demandas de otras clases sociales, y que juzguen tanto la gestión del Estado como la de sus representantes.

Se busca que las masas también se politicen, que participen activamente en la lucha tanto en el ámbito de la producción mediante el sindicato y el consejo, como fuera de él en la sociedad civil, en la estructura interna del partido y en los lugares donde viven, que sepan organizarse independientemente de sus dirigentes, que conozcan las prioridades, las necesidades y los medios que se precisan en la construcción del socialismo y que puedan exigir, demandar a sus dirigentes en todos los niveles explicaciones acerca de las acciones que se llevan a cabo y poder incidir en ellos de modo que puedan cancelarse y modificarse.

De esta manera, para Gramsci si el partido comunista, sus dirigentes y las masas mejoran su concepción y su experiencia política de modo que al participar se interesan, influyen y saben actuar en el parlamento y ante el Estado, explotando al máximo los recursos que les ofrece la democracia representativa, transforman la participación en una forma de ejercer la hegemonía en un nivel político que representa un salto cualitativo en la construcción del socialismo, y que se extiende a las otras alternativas de organización y lucha proletaria en la sociedad civil.

Y la participación propicia la autonomía, entonces ¿cómo se relacionan con lo que plantea Gramsci sobre el partido comunista y la hegemonía política del proletariado ?

En la medida en que las clases sociales participan, utilizan las instituciones y mecanismos democráticos y desarrollan sus propias estrategias y organizaciones políticas, esto es, son autónomas, y con ello la hegemonía que obtienen depende de sí mismas y no depende totalmente de otros, lo cual los concientiza de que generan hegemonía, cómo lo hacen y de que pueden acrecentarla, si se mantienen organizadas y aprovechan las circunstancias.

Se trata de que el partido comunista, los sindicatos y las uniones aprovechen la democracia representativa para ser autónomos de modo que cada uno tenga el suficiente poder para impulsar sus proyectos e intereses políticos ante las autoridades, la fuerza tanto para negociar acuerdos como para presionarlas, usando sus propios recursos y capacidades, de manera que éstos se concreten; la autonomía dificulta que dependan tanto de una organización o un frente político más amplios que la lucha, y los éxitos o los fracasos, se deban a éstos; si el partido o los sindicatos son autónomos y se incorporan a un frente amplio articulado a partir de eventos coyunturales, se reduce al mínimo el riesgo de diluirse y desaparecer políticamente si éste fracasa (esta es la debilidad y el peligro de las organizaciones o los frentes amplios contruidos sobre eventos políticos coyunturales, es la debilidad de la guerra de movimiento).

Las ventajas de que el partido sea autónomo respecto de los frentes amplios y de que los sindicatos y las uniones sean autónomas respecto del partido, son, por un lado que el proletariado no dependa totalmente de sus

dirigentes y que el partido no dependa totalmente de los frentes amplios para ejercer la hegemonía, y por otro lado que siendo autónomos tengan más probabilidades de mantenerse y crecer, lo mismo en los momentos en que los acontecimientos políticos favorecen su despliegue o su crecimiento que en los momentos en que los obligan a replegarse.

En síntesis: la participación y la autonomía de los sindicatos, de las uniones y del partido comunista generadas mediante la democracia representativa propician que se mantengan y ejerzan la hegemonía política lo mismo en los periodos de estabilidad que durante las crisis, lo cual es una condición en un proceso gradual y largo como es la construcción del socialismo en el capitalismo avanzado.

Por otro lado, Gramsci sostiene que los consejos obreros constituyen una alternativa de lucha de la sociedad civil, diferente a las opciones abiertas por la democracia representativa, que unida a la lucha sindical y partidista ofrece a los obreros y a los demás sectores del proletariado más y mejores herramientas para mejorar su situación económica y política y para ejercer la hegemonía, ganando presencia y autoridad tanto en la fábrica como fuera de ella.

Los consejos son la célula del nuevo Estado, son organismos forjados por los propios obreros en el seno de las relaciones de producción, en la fábrica, para integrarse como productores en torno a objetivos comunes que propician disciplina y homogeneidad en la lucha y son una herramienta en la construcción de la hegemonía socialista; mediante los consejos se busca organizar a los obreros como un movimiento permanente en torno al cual se identifiquen como clase y que constituya una forma de lucha nueva y diferente a las ya establecidas, que son los sindicatos y los partidos, con la ventaja de que son organismos que proceden de la iniciativa y creatividad de los propios obreros.

Los consejos buscan, como los sindicatos, mejorar el nivel económico general de los trabajadores, los salarios, las prestaciones, la jornada laboral y además, enseñarlos a dirigir económicamente, esto es, a administrar y organizar la producción preparándolos para un futuro en el cual la economía en su conjunto estará en sus manos (es lo que aportan los consejos que no hacen los sindicatos).

La dirección de los consejos está formada por las comisiones internas, formadas por obreros que son electos en los talleres y en las secciones de las fábricas, que representan a los obreros, a los empleados y a los técnicos, y cuya función es, por un lado, concientizarlos de qué es la producción capitalista, el proceso productivo y la función de los trabajadores en ambos, y por otro lado, politizarlos, esto es, concientizarlos sobre la necesidad de unirse para tener fuerza y presencia como clase desde la fábrica, en el corto plazo, y sobre la necesidad de agruparse con obreros de otras ramas de la industria y el comercio, y con otros sectores proletarios, campesinos, artesanos, empleados, en frentes cada vez más amplios, en el mediano plazo.

Las comisiones internas son los órganos de dirección de los consejos, siendo uno de sus principales compromisos conducir adecuadamente su lucha y

al mismo tiempo formar dirigentes de los propios obreros e ir delegando en ellos algunas responsabilidades, para que con el tiempo los organicen y coordinen.

El objetivo de los consejos y de las comisiones internas es coordinar los distintos organismos y actividades que están dispersos y aislados, aglutinar los círculos socialistas y campesinos, desarrollarlos y enriquecerlos hasta transformarlos en los nuevos centros de dirección que sustituyan paulatinamente a los empresariales. Se trata de construir una nueva herramienta de unidad del proletariado a partir de un movimiento y una lucha ya existente, elevándolos a una dimensión en la que adquieren mediante la práctica una conciencia de clase dirigente, en la que se asuman como clase dirigente.

Por esto, para Gramsci los consejos constituyen una forma política de organización y de lucha basada en la producción, articulan lo económico y lo político desde la fábrica porque mediante ellos los obreros como clase empiezan a controlar la producción, desplazando a la burguesía del proceso y a dirigir políticamente, y continúan organizándose y adquiriendo más autoridad y más fuerza entre sí y ante otros sectores del proletariado.

Este es el carácter hegemónico de los consejos que articula la relación entre dirección política, clase obrera y masas dando poder al proletariado como parte de un proceso complejo que continúa contruyéndose hasta que rearticule el Estado, generando procedimientos y mecanismos de poder que ejercen los obreros, que son una forma de lucha de clase que parte de la producción, de la economía y se proyecta políticamente sentando las bases de un Estado nuevo.

Ahora bien, si los consejos son una forma nueva, una alternativa de lucha económica y política desde la producción, y si Gramsci no pretende que sustituyan o eliminen a los sindicatos y al partido, ¿de qué manera contribuyen a que las masas ejerzan la hegemonía, a que las masas tengan poder y sepan ejercerlo y acrecentarlo?

Los consejos no contradicen ni se oponen al sindicato o al partido sino que son una forma de lucha más, que unida a la lucha sindical y partidista ofrece a los obreros y a los demás sectores del proletariado más y mejores herramientas para mejorar su situación económica y política y para ejercer la hegemonía, permitiéndoles ganar presencia y autoridad tanto en la fábrica como fuera de ella.

Se trata de que los consejos, los sindicatos y el partido se relacionen con las masas de tal manera que construyan un movimiento apoyado en éstas y en su experiencia, bajo el supuesto de que la revolución debe construirse con las masas y no sólo mediante los sindicatos y las diversas secciones del partido socialista.

Como lo señalan Gruppi y Glucksmann, mediante la experiencia de los consejos en la toma de fábricas que incorporó a miles de obreros en 1920 en Turín, Italia, Gramsci se da cuenta de que es necesario elaborar una interpretación del marxismo que incluya alternativas de lucha nuevas, y diferente a las interpretaciones que prevalecían en su época, ya que ni los sindicatos ni el partido socialista de su época en Italia, basados en estas interpretaciones fueron capaces de dirigir a las masas como deberían haberlo hecho dirigiendo el

movimiento de los consejos y la lucha sindical: no asumieron las tareas que les correspondían, articulándolos y cohesionándolos e incorporando a otros sectores del proletariado en él, siendo espectadores más que actores y cuando intentaron reaccionar el movimiento ya había sido derrotado.

Sin ánimo de especular, a nuestro juicio esta parte de la concepción política gramsciana es influida decisivamente por sus experiencias políticas entre 1916 y 1931, como dirigente del partido comunista y de los consejos obreros, es influida por las polémicas y diferencias que sostuvo tanto con otras corrientes marxistas y grupos de izquierda, los socialistas, los maximalistas, los socialdemócratas como en la segunda y la tercera Internacional Socialista, así como la rapidez con que cambió el horizonte político y social en toda Europa, preparándose las condiciones en que surgirían el nazismo y el fascismo, y el stalinismo en la URSS.

Ahora bien, continuando en el mismo inciso demos un giro al análisis, respondiendo ¿cómo construye la burguesía la hegemonía política en la sociedad civil mediante la democracia representativa y los partidos políticos ?

Empecemos aclarando que son escasos los fragmentos en los **Cuadernos de la Cárcel**, en que Gramsci analiza cómo la burguesía ejerce la hegemonía política, siendo su objetivo conocer cómo funciona políticamente el capitalismo para saber cuáles son las mejores alternativas políticas para transformarlo en socialismo. Trata entonces de analizar cómo funciona el capitalismo en relación a la revolución socialista, esto es, en relación a la construcción del socialismo; es un filósofo marxista, no liberal, de modo que no busca aportar teóricamente propuestas para que el capitalismo se reproduzca durante el mayor tiempo posible. Por estas razones, la parte que sigue es más breve que la anterior.

En los análisis que hace Gramsci acerca de la revolución francesa apunta que:

“los jacobinos no sólo organizaron un gobierno burgués, es decir, hicieron de la burguesía la clase dominante (elemento de fuerza, función de mando), sino que además crearon el Estado burgués, *hicieron de la burguesía la clase nacional dirigente, hegemónica*, o sea, le dieron a este Estado nuevo una base permanente, crearon la unidad compacta de la nación francesa moderna. *Una clase en el poder es hegemónica porque hace avanzar al conjunto de la sociedad*. y su perspectiva es universalista y no arbitraria.”²¹

Esto implica lograr que el proletariado y la clase media acepten el proyecto hegemónico burgués como propio, que lo incorporen a sus proyectos y demandas políticas, esto es, que reconozcan como legítimos la democracia representativa y los derechos individuales, que acepten como legítimos tanto la división de poderes, el pluripartidismo, la rotación y circulación del poder y la participación como el individualismo, la apropiación, la igualdad y la libertad políticas de la mayoría de los ciudadanos.

En esta cita, aparece una de las tesis centrales del **primer Cuaderno**.

Gramsci sostiene que si la burguesía logra que su proyecto hegemónico

²¹ Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos ed., 1975, p. 101; el subrayado es nuestro.

sea reconocido como legítimo por la clase media y el proletariado e integrado como propio a su proyecto político, hace avanzar al conjunto de la sociedad, tiende a elaborar un acceso orgánico de las otras clases a la suya ampliando su esfera de clase: si realmente es la clase dirigente debe ser capaz de incorporar a las otras clases sociales a su proyecto hegemónico, permitiendo que se relacionen orgánicamente con ella, creando así la unidad compacta, la base permanente del Estado y la sociedad capitalista.

Se trata de analizar cómo la burguesía ejerce la dimensión política de la hegemonía sobre el proletariado, qué hace para dirigirlo y mantenerlo como clase subalterna, cuáles son los ejes en que descansa su autoridad y su legitimidad y que reproducen el carácter subalterno del proletariado; es decir, analizar cómo la burguesía ejerce la forma política de la hegemonía, cuáles son los principales mecanismos e instituciones políticos con que ejerce el poder, cómo produce y reproduce la subordinación de las otras clases sociales, de los sectores medios y del proletariado y cómo obtiene la legitimación de las mismas, es decir, cómo y por qué son reconocidas como dirigentes.

Según Gramsci, ejercer la hegemonía, esto es, tener autoridad, presencia y legitimidad implica generar un consenso activo que permita a la burguesía ser aceptada y reconocida por las demás clases sociales, fuerzas y organizaciones políticas, y por el Estado como una clase dirigente eficiente, inteligente, honesta y capaz, a quien hay que escuchar, atender y tomar en cuenta, que tiene poder y que sabe ejercerlo adecuadamente.

Y la burguesía lo logra mediante el consenso activo que logra que estos grupos y clases sociales aceptan abiertamente, sin reservas, que la burguesía es la clase social más preparada, capacitada y experimentada para dirigirlos porque posee los conocimientos, las habilidades y las experiencias que se requieren para dirigirlos de modo que se alcance el bienestar general; mediante el consenso activo logra que acepten y reconozcan abiertamente su autoridad como legítima y idónea, como la mejor entre otras alternativas, que le otorgen la confianza suficiente de manera que disponga del poder necesario para organizar las relaciones políticas y sociales de la mejor forma posible.

El objetivo de la burguesía es que ambas clases acepten la subordinación, esto es, que se acepten como clases subalternas, reconociendo que sus habilidades y sus experiencias no son suficientes para ejercer la hegemonía, y que si bien pueden mejorar cualitativa y cuantitativamente seguirán siendo insuficientes para ejercerla y, por tanto, seguirán aceptando a la burguesía como hegemónica.

Finalmente, para analizar esto partimos de un supuesto: que el capitalismo está organizado para que la burguesía sea la clase dirigente, está organizado entonces para que tenga ventajas al ejercer la hegemonía, para que las demás clases sociales la acepten como dirigente, lo cual implica que acepten sus proyectos e intereses como propios, por lo cual si bien es posible que la clase media y el proletariado forjen e impulsen un proyecto hegemónico que desplace al

de la burguesía, es más difícil que lo logren porque la tendencia es que ésta dirija, no que sea dirigida.

En la parte que sigue, nos centraremos en analizar cuáles son las principales partidos y mecanismos con los cuales la burguesía ejerce la hegemonía política en la sociedad civil sobre el proletariado y la clase media.

En las primeras décadas del siglo XX, la burguesía construye diferentes partidos políticos y la formación de frentes patronales o empresariales para ejercer la hegemonía política, siendo los más comunes en Europa Occidental los siguientes: los partidos liberales, demócratas, republicanos, conservadores, nacionalistas, católicos y protestantes, y los frentes entre los industriales, los banqueros, los comerciantes y los terratenientes.

En general, según Gramsci la principal función del partido político y de los frentes de la burguesía es generar autoridad, legitimidad y presencia entre la clase media y el proletariado de manera que la burguesía sea reconocida y aceptada por éstas como la clase dirigente, esto es, como la clase que tiene las capacidades y los recursos óptimos y la suficiente habilidad y experiencia para organizar política, económica, cultural, ideológica y moralmente a la sociedad, de manera que el bienestar colectivo, entendido como el bienestar individual y privado de las mayorías, sea alcanzado y con el objetivo de que la reproducción del capitalismo esté asegurada.

¿Qué deben hacer los partidos y frentes burgueses para lograr esto?

Por un lado, una tarea prioritaria y compleja es luchar y lograr que los proyectos e intereses de los distintos sectores de la burguesía se concreten, siendo los principales, que las condiciones y procedimientos para el adecuado funcionamiento de una economía de mercado estén garantizadas, esto es, que la reproducción y acumulación del capital, el sistema tributario, la empresa privada, estén garantizadas; que la esfera jurídico y penal, a cargo del Estado, es decir, la constitución, los códigos y los aparatos civiles y penales, la burocracia, el ejército y la policía, operen eficientemente; que el sistema político, esto es, la democracia representativa, la división y la autonomía de los poderes en ejecutivo, legislativo y judicial, y la consolidación de una sociedad civil participativa y dinámica, se consoliden.

Este último es el punto que nos interesa y nos obliga a responder esta pregunta, ¿cuál es la función de los partidos y los frentes empresariales respecto de la hegemonía política burguesa?

Gramsci sostiene que uno de los objetivos de los partidos burgueses es integrar a los diferentes sectores que conforman la burguesía, en un proyecto hegemónico común, lo cual genera algunos problemas que deben resolverse.

Una de las funciones de estos partidos, es ofrecer espacios para definir a los miembros de la dirección política de la burguesía. Esta elige a los individuos más hábiles, experimentados e inteligentes para ejercer la hegemonía política con eficiencia y honestidad, existiendo, entre otras, dos alternativas para hacerlo: la primera, que un sector de la burguesía, formado por empresarios y por profesionales, sea quién ejerce la hegemonía política con el consenso de los otros

sectores, o bien, que cada sector designe a un grupo de individuos, también empresarios y profesionales, cuya labor es representarlos en un órgano de dirección colectivo, en ambos casos bajo condiciones especificadas y aceptadas por todos.

Una vez hecho esto, la burguesía designa a los empresarios y a los políticos profesionales como las élites encargadas de dirigir a los partidos políticos, y de representar los intereses y proyectos de sus distintos sectores en el parlamento y ante el Estado, depositando en ellas la confianza y la responsabilidad de mantener la hegemonía política, que es una labor compleja, para que la burguesía se ocupe de que la economía opere correctamente.

Esto genera conflictos entre los principales sectores que forman a la burguesía, que son los industriales, los comerciantes, los banqueros y los terratenientes, constituyéndola como una clase social heterogénea y dinámica porque cada sector tiene proyectos e intereses políticos diferentes y aspira a influir en los dirigentes, a tener peso y autoridad en ellos para lograr que algunos de éstos se concreten y para tener poder, para no ser relegado a un segundo plano por los demás; el problema reside en lograr que todos tengan autoridad, poder en los órganos y procedimientos de dirección, de manera que las principales propuestas y decisiones políticas de los distintos sectores de la burguesía sean impulsadas y se concreten.

Esto implica que la burguesía no es una clase homogénea que actúa en bloque mecánica y automáticamente, no es una clase que actúa políticamente en un sólo sentido y de una sólo forma como si sus proyectos e intereses políticos fueran idénticos, como si las diferencias entre sus sectores, los industriales, los comerciantes, los banqueros y los comerciantes, se diluyeran, de manera que la hegemonía política estuviese resuelta y definida de antemano y permanentemente.

Ahora bien, ¿qué tipo de partidos construye la burguesía?

Los partidos políticos de la burguesía son partidos de élite, son organizaciones con una estructura jerárquica bien definida en las que los individuos más capaces, más cultos e inteligentes y más experimentados son quienes ocupan los cargos de dirección en los distintos niveles, constituyen la columna vertebral de la organización porque son los mejores para organizar, proponer, resolver y asumir los proyectos, las acciones y las responsabilidades propias de la política y los demás individuos son la burocracia, esto es, desempeñan tareas administrativas y de propaganda para que el partido opere adecuadamente, sin que participen directa o indirectamente de alguna forma en los órganos de dirección.

De esta manera, los miembros de la dirección política de la burguesía, que son empresarios o políticos profesionales forman parte de la élite de los partidos políticos, la élite que se encarga de formular los proyectos políticos, de articular las alianzas, de forjar los acuerdos, dirimir las diferencias, y de trazar los procedimientos y los mecanismos para desplegarlos; son ellos quienes se ocupan de las cuestiones políticas, quienes responden de los éxitos y los fracasos de su

gestión ante la burguesía; y pueden ser parte de la élite de uno o de distintos partidos.

En este sentido, Gramsci señala que los hacendados, que son el sector más atrasado de la burguesía europea, comúnmente tienen en el partido agrario, bastante conservador una alternativa que los representa adecuadamente, mientras que los banqueros que son el sector más avanzado de la burguesía, tienen comúnmente en el partido liberal o demócrata a su mejor alternativa política, o bien ambos pueden impulsar la formación de un partido que los represente.

Y es la élite quien ejerce una parte de la hegemonía política burguesa, son el grupo de individuos, empresarios y profesionales, cuya función es dirigir a los partidos, son autorizados por esta clase social para que representen sus intereses y proyectos ante las autoridades en el Estado y ante el parlamento, esto es, ante los representantes de las otras clases sociales, la clase media y el proletariado, que son parte de la sociedad civil.

Esta élite que dirige a los partidos políticos burgueses, se encarga de forjar alianzas estratégicas mediante las cuales actúan homogéneamente tanto en el parlamento, ante los representantes de las otras clases sociales como en el Estado, ante los funcionarios, de construir los acuerdos y dirimir las diferencias así como resolver los problemas que surgen entre los proyectos e intereses de la clase a la que representan, la burguesía, y los proyectos e intereses de la clase media y del proletariado, conciliándolos con las demandas del país, la seguridad y la soberanía nacionales; y de fomentar los principales derechos del ser humano, que son el individualismo, la igualdad y la libertad de la mayoría de las clases sociales, mediante los procedimientos e instituciones legalmente establecidas para hacerlo; para mantener la hegemonía política burguesa en la sociedad, lo mismo en los periodos normales que en los periodos de crisis.

Para la burguesía, hay que atender la política y hacer que funcione adecuadamente, y las élites son el medio ideal para lograrlo, porque permiten que no haga falta invertir más tiempo y esfuerzo del necesario en ésta, para ocuparse de la cuestión principal, que es organizar e impulsar la economía de manera que funcione adecuadamente, esto es, que los diferentes ámbitos de la producción crezcan, que el mercado sea estable y tienda a expandirse, que el capital industrial y el capital financiero empujen al sector agrario y comercial, ya que de una economía fuerte y dinámica depende que el capitalismo se reproduzca y avance, y que la mayoría de las clases sociales obtengan beneficios tangibles.

Esta idea de los partidos políticos burgueses como organizaciones políticas elitistas, supone una concepción del poder que se inscribe en la tradición liberal que sostiene que sólo algunos deben ejercer el poder político, que si los individuos más capaces e inteligentes lo ejercen la mayoría de los ciudadanos obtienen beneficios, lo cual contrasta con la concepción del poder que sostiene Gramsci, que propone que los partidos socialistas y comunistas deben ser organizaciones de masas, no elitistas, que buscan socializar la política, distribuir el poder entre los obreros, los campesinos y los desempleados, de modo que la

hegemonía política se distribuya entre las masas y los dirigentes, tratando de evitar así la excesiva centralización del poder.

Por otra parte, los sectores de la burguesía construyen distintos partidos porque con ello distribuyen a sus dirigentes entre distintas organizaciones, lo cual aumenta su capacidad para ajustar sus propuestas y estrategias eficientemente ante la rapidez con que cambian las circunstancias y eventos políticos, aumentando la capacidad de maniobra, con el objetivo de mantener y aumentar la hegemonía (aunque con la desventaja de que, en periodos de crisis graves, estos partidos, si son frágiles, pueden desaparecer más fácilmente que un partido fuerte y bien estructurado).

Una ventaja de tener varios partidos políticos, es que representan distintos frentes y alternativas para moverse ante otras fuerzas políticas, pueden presionar mediante uno o dos partidos al Estado, y, al mismo tiempo, aliarse con algunas fuerzas políticas, si ello les permite, por ejemplo, impulsar un proyecto de reformas jurídicas del cual obtengan beneficios en el mediano plazo, acrecentando las condiciones para ejercer la hegemonía en el largo plazo; porque ser un espectador de los eventos políticos para quién pretende tener poder o dirigir, implica arriesgarse a que los otros sectores de la burguesía u otros actores políticos tengan la iniciativa y los releguen a segundo plano.

Otra ventaja de utilizar varios partidos políticos es que aparentemente fomenta uno de los ejes de la democracia que es la división del poder porque al hacerlo tiende a equilibrar la correlación de fuerzas políticas evitando en la medida de lo posible que un sólo partido o una sola fuerza concentre tanta autoridad y legitimidad que esté en condiciones de monopolizar la hegemonía, aunque sea temporalmente.

Esto es arriesgado aún cuando sea un sector de la propia burguesía quién concentre el poder; aparentemente se propicia la división del poder, aunque de hecho, la burguesía tiende a monopolizarlo al utilizar a varios partidos políticos, ya que si todos logran tener representantes en el parlamento pueden obtener la mayoría, alcanzar un porcentaje determinado de los escaños, que es otro de los objetivos, lo cual les facilita impulsar sus propuestas e intereses y fomenta que las otras fuerzas políticas busquen aliarse a ella para impulsar sus demandas.

El problema aquí es el riesgo que conlleva monopolizar el poder, riesgo que pagaron caro algunos sectores de la burguesía alemana que en un principio apoyaron abiertamente al partido nacionalsocialista y el proyecto imperialista de Hitler, suponiendo que era un alternativa viable para que despegara el capitalismo convirtiendo a Alemania en uno de los países dirigentes en Europa, para lo cual Hitler concentró todo el poder económico, ideológico, político, cultural, moral y militar de la nación y cuando estos sectores pretendieron retirarle una parte de su apoyo, el Leviatán en que se convirtió el Estado alemán tenía tanto poder que llegaron al extremo de tener que esperar a que la estructura bélica aliada los derrotara para equilibrar las relaciones de poder y reconstruir su nación.

Gramsci apunta, refiriéndose al sector industrial de la burguesía europea que representa al capitalismo avanzado de su época, que los industriales carecen

de un partido político propio, que más bien, cuando hay estabilidad conjugan a los distintos partidos establecidos, porque así tienden a equilibrar la correlación de fuerzas, apoyando económicamente o eligiendo como su representante a determinada organización política para compensar la excesiva acumulación de poder de otro partido, para crear un contrapeso al poder estatal si éste ha crecido demasiado, y para distribuir el poder entre varios partidos en vez de concentrarlo sólo en uno.

Sin embargo, cuando hay crisis sociales, cuando las circunstancias amenazan la hegemonía de clase, este sector se ve obligado a elegir un sólo partido, comúnmente el agrario para que lo represente y en general también los otros sectores de la burguesía cierran filas en torno a un proyecto común y establecen alianzas estratégicas entre ellos (ya que las crisis, caracterizadas por su inestabilidad abren la posibilidad de que las otras clases sociales las aprovechen para impulsar su proyecto hegemónico).

Y señala que el caso de Inglaterra, Italia, Alemania, Portugal, Francia y España, entre 1920 y 1930 ejemplifica esto claramente.

Los industriales y los hacendados tuvieron intereses políticos comunes y, por un lado se aliaron, utilizando al partido agrario como un recurso que les ofrecía seguridad y confianza en el período de crisis económica y política que caracterizó a Europa entre la primera y la segunda guerra mundial, ya que era una organización política bien estructurada y eficiente, y, por otro lado cerraron filas para defender su proyecto hegemónico que se veía amenazado por el avance de la izquierda en estos países, impulsado por la consolidación de la revolución socialista soviética lo cual también coincidió con la desaparición de algunos partidos liberales y el surgimiento de los partidos dirigidos por la extrema derecha.

Otra función que desempeñan los partidos respecto de la hegemonía burguesa, es lograr que la propuesta política de los industriales, de los comerciantes, de los banqueros y de los terratenientes sea legitimada por el proletariado y por la clase media e incorporada a su proyecto político, esto es, que la democracia representativa y los derechos individuales, que son los ejes que articulan el proyecto político burgués sean reconocidos por las otras clases sociales como legítimos, como los procedimientos y mecanismos idóneos para organizarse políticamente.

Bien, ¿ y cómo logran esto los partidos burgueses ?

Mostrando cuáles son las ventajas de la democracia representativa y de los derechos individuales.

Como señalamos en el inciso anterior, definimos la igualdad como que la mayoría de los individuos tienen los mismos derechos y obligaciones políticas entre sí, la libertad como que la mayoría de los individuos puede elegir a sus dirigentes y la democracia representativa como que la mayoría de los individuos eligen a un reducido número de ciudadanos como sus representantes en el parlamento y en el Estado, esto es, eligen a un grupo de ciudadanos para que los proyectos y demandas del sector y de la clase social a los que pertenecen, sean

impulsados y se concreten en el parlamento y eligen también a otro grupo de ciudadanos para desempeñarse como funcionarios en el Estado.

Su principal ventaja es que al distribuir el poder entre el parlamento y el Estado y dar mayor peso al parlamento que al Estado, dificulta que quienes ejercen el poder en los diversos niveles abusen de él, lo cual es un gran beneficio para la mayoría de la sociedad civil.

Y la democracia representativa se relaciona con los principales derechos políticos que son la igualdad y la libertad; en efecto, la mayoría de los individuos son políticamente iguales, esto es, son ciudadanos y la mayoría de los individuos son libres, esto es, eligen a sus representantes entre las posibilidades que ofrecen los distintos partidos políticos burgueses y proletarios, accionando entonces los procedimientos y las instituciones democráticas al ejercer su igualdad y su libertad.

Se logra así que los ciudadanos, concebidos como la sociedad civil definan la composición del parlamento y del Estado, definan la correlación y el tipo de fuerzas políticas, la pluralidad del parlamento, si las principales fuerzas están representadas o no, cómo se distribuyen el poder, si alguna tiene la mayoría o bien si requieren aliarse estratégicamente para tenerla, si son de derecha, de centro o de izquierda, nacionalistas, ligados a la iglesia o no, si otorgan mayor peso al parlamento que al ejecutivo o no y definen qué partidos tienen a su cargo las carteras prioritarias, por cuánto tiempo y bajo qué condiciones se mantiene determinada composición.

La función de los partidos políticos burgueses, es luchar para que la mayoría de los seres humanos se desarrollen como individuos iguales y libres, esto es, para que la mayoría elija y se involucre en las cuestiones públicas, mostrando que en el capitalismo los seres humanos se desarrollan más plenamente que en las sociedades que lo antecedieron, que eran selectivas y elitistas; y convencer a los ciudadanos de que siendo iguales y libres, la principal ventaja es que pueden participar para que sus proyectos y demandas se concreten, y para exigir a sus representantes que actúen eficaz y honestamente.

Estos partidos deben convencer a la clase media y al proletariado, de que una de las ventajas de la democracia representativa es contribuir a que el poder se distribuya entre los distintos actores políticos, entre el parlamento y el Estado, entre ambos y las clases y los grupos sociales.

Dificultan que quienes ejercen el poder abusen de él, convenciéndolos de que es preferible para la sociedad civil distribuir y rotar el poder porque se dificulta que abusen de él, ya sea monopolizándolo o corrompiéndose, y fomentando entonces que el ejercerlo produzca beneficios tangibles para la mayoría de los ciudadanos, para la sociedad civil.

De esta forma, logran que la clase media, el proletariado y los grupos sociales confíen y acepten que la igualdad y la libertad políticas son cualidades útiles en el ser humano, y que son derechos individuales cuyo ejercicio activa y

consolida la democracia representativa, reconociéndolos como legítimos e idóneos para organizarse políticamente y consolidar el bienestar general.²²

Concluimos así los tres incisos de este capítulo.

Hasta aquí hemos analizado qué plantean Bobbio, Tocqueville y Stuart Mill sobre la interrelación que hay entre los derechos políticos, que son la igualdad y la libertad, y la participación y la autonomía políticas como características de la democracia representativa.

Hemos relacionado esta problemática con las propuestas gramscianas sobre la construcción de la hegemonía en la sociedad civil, analizando cómo las clases y los grupos sociales que son hegemónicos en el capitalismo o que aspiran a serlo, en el socialismo, forjan articulaciones hegemónicas en la sociedad civil mediante la democracia, los derechos individuales, el sistema de partidos, la división de poderes y mediante los partidos políticos, las organizaciones y los frentes sociales.

Hemos destacado cómo construyen la hegemonía diferentes sujetos sociales mediante algunos de los principales procesos e instituciones que organizan políticamente las relaciones sociales en el mundo.

Y ya que la concepción gramsciana de hegemonía, como lo destacan Mouffe y Laclau, incluye también cómo se constituye la hegemonía intelectual y moral, en los próximos capítulos corresponde analizar cómo y porqué estos sujetos requieren dirigir intelectual, moral y económicamente a la sociedad civil para dirigirla políticamente, lo cual implica que ningún sujeto es hegemónico si sólo dirige políticamente.

²² Aclaremos que, por otro lado, una de las funciones de las organizaciones y los frentes empresariales es cohesionar económicamente a los sectores de la burguesía. La dificultad de cohesionarlos reside en que cada sector juega un papel diferente en la economía y tiene proyectos e intereses económicos distintos que bajo ciertas circunstancias pueden chocar entre sí, no coincidir; por ejemplo, los proyectos de los industriales, cuyo capital opera directamente en la producción, elaborando diversos bienes y servicios, y de los comerciantes, cuya actividad consiste en distribuir mercancías, pueden oponerse con los intereses de los banqueros, cuyo capital procede de la utilización y el manejo del capital de los otros sectores y a los intereses de los terratenientes, cuya actividad gira en torno a la explotación del campo, siendo normalmente los sectores más avanzados y dinámicos los banqueros y los industriales, y el más atrasado el de los terratenientes. Asimismo, estas organizaciones y frentes empresariales también los cohesionan políticamente, esto es, concilian y articulan los proyectos e intereses políticos de los sectores bajo un proyecto hegemónico común.

3) DISCUSIÓN Y POLÉMICA

3.1 Bobbio y la teoría política gramsciana

Aclaremos que uno de los ejes teóricos que vertebra este capítulo y el que sigue es analizar qué plantea Gramsci sobre la construcción de la hegemonía entendida como dirección ética, moral y económica en la sociedad civil basándonos en las interpretaciones de Bobbio, Glucksmann, Mouffe y Laclau.

El objetivo es mostrar que el planteamiento gramsciano contiene una concepción compleja de la hegemonía y de la sociedad civil consideradas en sus diferentes articulaciones; y de ser así demostrar que nuestra hipótesis se sostiene, esto es, que algunas propuestas del planteamiento gramsciano son rescatables en nuestros días porque aluden a temas y problemas teóricos que pueden servirnos para analizar críticamente las sociedades.

Ahora bien, este tercer capítulo se divide en tres partes. En la primera analizaremos las principales ideas en la interpretación de Bobbio sobre el planteamiento gramsciano; en la segunda y en la tercera contrastaremos las interpretaciones de Bobbio y de Glucksmann sobre la hegemonía, la sociedad civil y el Estado como superestructuras en Gramsci, tomando en cuenta los capítulos anteriores de nuestra investigación.

Empecemos con N. Bobbio, con el texto titulado 'Gramsci y la concepción de la sociedad civil'²³ y con **El futuro de la democracia**. Aclarando que las comparaciones que establece entre Gramsci, Hegel y Marx, así como el lenguaje hegeliano que utiliza no los tomaremos en cuenta ya que están fuera de los objetivos del presente capítulo (de hecho, dos incisos del primer texto los dedica a analizar el concepto de sociedad civil en Hegel y en Marx).

Para iniciar el análisis Bobbio utiliza un esquema clásico del marxismo que aparece en Gramsci y que divide lo social en estructura y superestructura, (denominado la metáfora topológica) y del cual señalaremos brevemente las dos tesis que propone.

La primera tesis plantea que el desarrollo histórico de las sociedades obedece a leyes universales y necesarias que ordenan los cambios económicos, políticos, ideológicos, morales, culturales y religiosos, leyes que ordenan tanto su ritmo como su dirección en un sentido definido. Y los seres humanos, individual y colectivamente concebidos, no pueden controlarlas ni influir de alguna manera en ellas, no pueden modificar o evitar sus consecuencias porque operan siguiendo su propia lógica, que es independiente de la racionalidad y la libertad humanas; así, lo mismo el curso del capitalismo que el del socialismo depende de estas leyes.

²³ Este texto aparece en *Gramsci y las ciencias sociales*, México, s. XXI, PyP no 19, 1985.

La segunda tesis sostiene que la estructura, que es lo económico, formada por las relaciones y los agentes de la producción, por las condiciones materiales de vida y donde se generan las leyes que regulan el desarrollo histórico-social, determina la superestructura, formada por la política, la ideología, la cultura, la educación y la ética: la estructura, lo económico, es el principio de organización social, representa la dimensión objetiva de lo social, y determina las características y el sentido de la superestructura. Ejemplificándolo, en el caso del capitalismo, la economía de mercado, cuyos ejes son el capital, el trabajo asalariado, la propiedad privada y el intercambio, determinan que la cultura, la ética y la política sean utilitaristas e individualistas.

Bobbio aclara que Gramsci critica este determinismo económico propuesto en la segunda Internacional Socialista, y que es defendido por algunos autores marxistas de su época, como Labriola y Bordiga; y sostiene que las relaciones entre la estructura y la superestructura son complejas y que se determinan recíprocamente, esto es, que interactúan entre sí. Argumenta que las sociedades son cambiantes y que si bien es cierto que hay momentos históricos en que lo económico determina las demás dimensiones sociales, también hay momentos en que es determinado por éstas, lo político, lo ideológico y lo cultural. De modo que es insostenible plantear como una ley universal válida siempre y bajo cualquier circunstancia, que la estructura, lo económico, determina siempre la superestructura.²⁴

Lo critica porque produce dos consecuencias teóricas relevantes. La primera, que los individuos y las clases sociales son simples espectadores de la historia, pueden conocer sus leyes para saber en qué momento y con qué características se realizarán los acontecimientos, pero un saber que finalmente es inútil porque no pueden incidir en éstas; y la segunda, que lo superestructural está subordinado y es un simple reflejo de estas leyes económicas, lo cual implica que lo político debe relegarse, que la construcción de la hegemonía en la sociedad civil por las clases carece de sentido ya que la estructura funciona por sí misma.

Y ambas consecuencias generan un efecto práctico en la construcción del socialismo. Si carece de sentido la organización política de los trabajadores, la consolidación de los partidos, las organizaciones y los frentes obreros y campesinos, y la guerra de posición a largo plazo, entonces se subestima la capacidad del capitalismo como sistema social para enfrentar y eliminar la amenaza que el socialismo representa. Y se pierden décadas esperando que la revolución se produzca por sí sola (lo sucedido en la segunda mitad del siglo veinte da la razón a Gramsci, ya que el capitalismo ha sido capaz de contener y reducir al mínimo el crecimiento del socialismo)

Ahora bien según Bobbio, Gramsci sostiene que la estructura, lo económico, representa la dimensión objetiva, el ámbito de la necesidad en lo social, en contraste con la superestructura, lo político y lo ético-cultural, que representa la dimensión de la libertad, la subjetividad de lo social.

²⁴ Aclarando que si bien Gramsci critica el determinismo económico, hay pasajes en los *Cuadernos* donde él mismo plantea que en última instancia lo económico es determinante, es decir, que no supera por completo la dicotomía entre estructura y superestructura, como lo señalamos en la última parte del primer capítulo.

Por un lado, la estructura representa el espacio en el cual las condiciones materiales de vida, las relaciones de producción, la división del trabajo, los procesos de intercambio, la circulación y distribución de mercancías, los tipos de propiedad privada y el capital constituyen la base real sobre la cual se construye la superestructura jurídica y política, caracterizando a la sociedad en un momento histórico específico. El papel que juegan los empresarios y los trabajadores, los capitalistas y los asalariados, la división del trabajo, el intercambio y la propiedad privada son condiciones objetivas, necesarias, porque obedecen a las leyes que regulan la economía e influyen en que éstos formen parte de la clase dirigente o bien de la clase subordinada, influyen entonces en la posición que ocupan y el papel que desempeñan en lo social.

Por otro lado, la superestructura representa el espacio en que los individuos y las clases se convierten en un sujeto social que forja su destino histórico porque es libre, un sujeto activo que transforma las condiciones materiales de vida adecuándolas a sus proyectos e intereses, esto es, utilizándolas como un medio para alcanzar los intereses y los fines propuestos, que tiene la capacidad de elegir libremente cómo transformar la sociedad y en qué dirección.²⁵

En este sentido, la superestructura es la dimensión subjetiva de lo social porque es el espacio donde los individuos y las clases actúan libremente lo mismo en la esfera política que en la ético-cultural; eligen tanto el tipo de régimen político, de gobierno y las instituciones que lo forman, y si es parlamentario, pluri, bipartidista, o integrado por un frente amplio, y con un poder judicial autónomo, como los conocimientos, los ideales y las normas educativas, morales y culturales que forman el 'mundo de vida'.

Por esta razón, Bobbio sostiene que el concepto de sociedad civil y de hegemonía en Gramsci pertenecen a la dimensión de la superestructura, y representan el momento activo y positivo del desarrollo histórico.

En este sentido, Bobbio plantea que además de la dicotomía entre estructura y superestructura, que se da en el seno de la superestructura, hay un desdoblamiento entre la dimensión política y la dimensión ético-cultural de la hegemonía y de la sociedad civil, y que ambas, respecto de la estructura, juegan el papel de agente subordinante, no subordinado, en lo social:

“ En lo que se refiere a la extensión la hegemonía gramsciana, al incluir, además del momento de la dirección política también el de la dirección cultural, abarca, como entes portadores, no sólo al partido, sino a todas las otras instituciones de la sociedad civil que tienen algún nexo con la elaboración y la difusión de la cultura. Respecto de la función, la hegemonía no tiende solamente a la formación de una voluntad colectiva capaz de crear un nuevo aparato estatal y

²⁵ Aclarando que Bobbio utiliza el concepto de sujeto social, referido al individuo y a los grupos sociales, como abierto y plural, es decir, que ambos tienen intereses y proyectos diferentes, y que son variables, de tal suerte que pueden integrarse en sectores reducidos o bien formar conglomerados amplios. Bobbio tiene cuidado de no plantear el concepto de sujeto como el fundamento del individuo o de un grupo.

de transformar la sociedad, sino también a la elaboración y por ende a la difusión y a la realización de una nueva concepción del mundo.²⁶

En este pasaje, Bobbio señala una cuestión medular del planteamiento gramsciano en torno a la construcción del socialismo: forjar la hegemonía de las clases subordinadas en el capitalismo consiste en formar una voluntad colectiva capaz de crear un nuevo Estado y en elaborar y difundir una nueva concepción del mundo.

En este sentido, en la primera parte de la cita uniendo extensión y función, para las clases subordinadas ejercer la hegemonía significa dirigir políticamente, desplegar los procedimientos y utilizar las instituciones políticas, que incluyen lo mismo la democracia, esto es, el régimen representativo, el pluripartidismo y la división de poderes, que los movimientos y las organizaciones civiles; y aprovechar los derechos individuales, la igualdad y la libertad, para obtener legitimidad y autoridad ante las demás clases y grupos sociales. Y ejercer la hegemonía significa también dirigir culturalmente, es decir, elaborar nuevas formas de pensar y de vivir, que incluye los ideales, los valores, las normas y las costumbres morales, culturales y educativas socialistas, que regulan la conducta tanto individual como colectiva.

Si las clases subordinadas pretenden ser hegemónicas en el socialismo, lo cual implica empezar a serlo desde el capitalismo, y dirigir política y culturalmente, requieren filtrar su proyecto social poco a poco en la sociedad civil de manera que sea reconocido y aceptado gradualmente por las demás clases e integrado al proyecto de nación en el capitalismo. Requieren filtrarlo en las dimensiones de lo social aprovechando al máximo los recursos que la clase dirigente, si realmente es hegemónica, debe ofrecer y fomentar: una sociedad civil plural que permite el acceso tanto a las instituciones como a los procedimientos políticos, económicos, educativos, morales y culturales a las clases y grupos sociales.

Ahora bien, respecto de la dirección cultural en el ejercicio de la hegemonía Bobbio plantea que su importancia reside en su complejidad, esto es, en que tiene su propia lógica de desarrollo desplegada en distintos niveles, que genera una autonomía relativa respecto de lo político.

Esta complejidad aparece en el tercer **Cuaderno de la Cárcel**, en un fragmento donde Gramsci señala la relevancia que tiene teorizar sobre la hegemonía entendida como dirección cultural; y donde subraya que un aspecto de esta tarea es construir y difundir una nueva concepción del mundo, lo cual implica transformar las concepciones del mundo de las clases subordinadas:

“La comprensión crítica de sí mismo se logra a través de una lucha de ‘hegemonías’ políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego en el de la política, para arribar finalmente a una elaboración superior de la propia concepción de la realidad. He aquí por qué es necesario poner de relieve que el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico, además de un progreso político práctico, porque necesariamente implica y supone una unidad intelectual y una ética conforme a

²⁶ Bobbio, N., et. al., *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*, en *Gramsci y las ciencias sociales*, México, s. XXI, PyP no 19, 1985, p. 89.

una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y se ha tomado crítica.ⁿ²⁷

Como señala la cita construir una concepción compleja de la hegemonía consiste en contrastar en distintas direcciones el proyecto social capitalista y el socialista, tanto en el campo de lo ético-cultural como en el de lo político, lo cual representa un progreso filosófico significativo. Contrastar en distintas direcciones supone analizar cómo se ejerce la hegemonía en diferentes niveles en el capitalismo, esto es, cuáles son las zonas y los procedimientos con que lo ejerce la clase dirigente en la sociedad civil y en el Estado; y cuáles son los espacios que hay para que la clase subordinada obtenga presencia y autoridad en ambos campos, de tal suerte que filtre y consolide su proyecto social en el marco de una lucha que debe reajustar continuamente sus objetivos y los medios para alcanzarlos.

Esta construcción teórica abre posibilidades y consecuencias prácticas, culturales, morales y políticas, que se inscriben en un proceso largo y complejo que debe iniciarse desde el capitalismo y continuar en el socialismo durante un largo periodo de tiempo, enfrentando y resolviendo los problemas que implica transformar el capitalismo avanzado en socialismo.

Por otro lado, en el texto Gramsci señala que una concepción de la realidad basada en el sentido común puede hacerse crítica. A la primera la denomina filosofía común, caracterizándola como contradictoria porque contiene elementos políticos, económicos, ideológicos, morales, culturales y educativos disímiles, que proceden de la filosofía de la clase dirigente, de la filosofía popular y de la historia; y como espontánea porque estos elementos están articulados sólo mediante el sentido común, de forma desordenada, sin analizar cómo conjugarlos, cómo decantar aquello que es compatible entre sí y con su forma de vida de aquello que es incompatible.

En este sentido, la filosofía común es una mezcla incoherente de elementos que pertenecen al pasado, localistas, de ideales y prejuicios del presente y de conocimientos avanzados que chocan entre sí; por ejemplo, un trabajador que se guíe sólo mediante el sentido común y que posea un nivel educativo bajo, es incapaz de conjugar coherentemente la tendencia al consumismo individual excesivo, con su nivel salarial y con el tipo de familia que tiene, y de cuestionar los medios de comunicación con que dicha tendencia es inducida, y los ideales y valores que subyacen.

Teóricamente es imperativo entonces transformar esta filosofía común en una concepción del mundo coherente y crítica, que elimine paulatinamente los elementos más contradictorios sustituyéndolos por otros que sean compatibles.

Se trata de que las clases subordinadas sean capaces de entender en qué consiste el proyecto socialista, cuáles son sus ejes, sus objetivos y etapas en el corto y en el mediano plazo, cuáles son las principales dificultades que enfrentará y cómo resolverlas. Y entender en qué consiste el proyecto capitalista y por qué al hacer esto están construyendo hegemonía, lo cual implica que las clases subordinadas se concientizan y empiezan a transformarse en un ser humano

²⁷ Gramsci, A. *El materialismo histórico y la filosofía* de B. Croce, México, Juan Pablos ed., 1975.

nuevo, un ser humano más libre y colectivista, menos enajenado, que es una de las condiciones para que se conviertan en hegemónicas.

Ahora bien, ¿por qué transformar esta filosofía común en crítica?

Porque la contradictoriedad y espontaneidad de la filosofía común, propia de las clases subordinadas influye en que las acciones políticas y morales sean incoherentes y ambiguas en lo individual y en lo colectivo, y genera obstáculos para que ejerzan la hegemonía y construya una nueva sociedad.

Esta contradictoriedad y espontaneidad tiene consecuencias político-prácticas que se manifiestan como acciones y movimientos políticos limitados, cuya eficacia se limita al corto plazo y que están aislados; que no generan estrategias y tácticas a mediano y a largo plazo, que no forman alianzas duraderas con otros grupos y clases sociales, que carecen de una visión que les indique cómo generar mecanismos para concentrar su fuerza en el momento preciso o bien para replegarse; en suma, que difícilmente pueden explotar las posibilidades que una sociedad civil plural y dinámica les ofrece para construir la hegemonía.

Estas características de la filosofía común dificultan considerablemente el accionar de las clases subordinadas en el capitalismo avanzado porque la construcción del socialismo se enmarca en lo que el autor llama la guerra de posición.

Gramsci esboza una analogía entre la guerra y la política según la cual existen tres modos de desplegarlas: de posición, de movimiento y subterránea.

La hegemonía puede ejercerse como guerra de posición cuando se enmarca en un proceso largo y complejo en el cual las clases subordinadas deben aprender a obtenerla y conservarla, deben aprender a dirigir ganando gradualmente espacios, legitimidad y autoridad a la clase dirigente, convirtiéndose en un sujeto político activo en la sociedad civil, capaz de incorporar a otros grupos sociales como aliados en un proyecto social amplio y plural.

En el capitalismo, la hegemonía entendida como guerra de movimiento no ofrece perspectivas ya que supone el enfrentamiento abierto y frontal con la clase dirigente y con el Estado, el enfrentamiento sólo mediante huelgas y paros, lo cual es estéril porque sólo obtiene triunfos parciales y efímeros, que no representan un avance político relevante y duradero, y sí abren la posibilidad de enfrentar una represión sistemática que elimine las posibilidades de triunfo en poco tiempo.

Recordemos que el propio Gramsci experimentó el fracaso de esta estrategia durante la época en que fue dirigente del movimiento de los consejos en Turín, en el cual se enfrentaron abiertamente al empresariado y al Estado italianos, y después de acumular una fuerza política considerable fueron derrotados en pocos meses.

Por otra parte, la hegemonía entendida como guerra subterránea es dominación basada sólo en la fuerza militar, y consiste en construir una estructura clandestina, acumulando elementos de combate para boicotear el orden en la sociedad, sabotando la economía y los procesos políticos mediante una guerra de guerrillas urbana o rural, con grupos de militantes bien adiestrados y disciplinados, que no tiene posibilidades de éxito a largo plazo en un ambiente donde los niveles de vida elevados, ligados a una distribución eficaz de la riqueza,

al individualismo y al utilitarismo, tienden a generar rechazo a la violencia, en vez de aceptación, incluso entre los obreros y los campesinos, un ambiente que facilita a la clase dirigente y al Estado utilizar los medios a su disposición para eliminar a la guerrilla en poco tiempo.²⁸

Entonces, bajo el supuesto de que la guerra de posición es la mejor alternativa para que las clases subordinadas construyan el socialismo, efectivamente la filosofía contradictoria y espontánea bloquea la posibilidad de que ejerzan la hegemonía gradualmente en el capitalismo, de irle restando poder a la clase dirigente e irse legitimando y ganando presencia mediante procedimientos y organizaciones que consoliden la sociedad civil. Esta filosofía de las clases subordinadas es un obstáculo para ejercer la hegemonía porque tiene efectos político-prácticos negativos, y por ello Gramsci insiste en transformarla en una concepción crítica del mundo.

Aclarando que transformarla es uno de los elementos que influye en la construcción del socialismo y que no es determinante, es decir, no es el único ni el más importante porque su efectividad depende, en parte, de otros elementos ligados al momento histórico y al contexto social, del buen o mal funcionamiento de la economía, de que los partidos políticos, los movimientos sociales y los dirigentes de izquierda desplieguen eficazmente su labor, y de que la democracia representativa y los derechos individuales estén consolidados.

Lo anterior demuestra que Bobbio tiene razón en que el planteamiento gramsciano contiene una concepción compleja de la sociedad civil y de la hegemonía, caracterizada por la diversidad de articulaciones y de redes entre sus partes, que son lo político y lo ético-cultural, cada una de las cuales tiene su propia autonomía, su propia lógica de acción que les confiere una autonomía relativa entre sí y respecto de lo económico.

Un ejemplo de lo que puede lograrse si algunos de estos elementos confluyen, es lo acontecido en Francia entre 1950 y nuestros días. Una vez concluida la segunda guerra mundial, los obreros, los campesinos y los estudiantes siguieron elevando significativamente su nivel cultural, educativo y político, convirtiéndose en sujetos activos cuyas decisiones y proyectos han tenido peso en la conformación política francesa desde la década de los 50's hasta hoy. Transformaron cualitativamente su concepción del mundo y, con ello, su conciencia y su práctica políticas, lo cual sigue mejorando su participación e influyendo en el rumbo que ha tomado su sociedad.

Así, en 1980 llevaron al poder al partido socialista, liderado por F. Mitterrand, y a sus aliados y lo mantuvieron durante dieciséis años en él, hasta 1996, convirtiendo a las fuerzas de centro-izquierda en protagonistas de la historia francesa reciente.

De igual modo, aún cuando en esta fecha, esta coalición perdió la presidencia y la mayoría parlamentaria ante un gobierno derechista liderado por

²⁸ Estrictamente hablando, para Gramsci la hegemonía basada sólo en la dominación es muy frágil, es un síntoma de que la clase dirigente está dejando de ser hegemónica, de que está inmersa en una profunda crisis social, lo cual abre alternativas para que otras clases sociales aprovechen esta situación y den un giro a las relaciones de poder. Además, la dominación difícilmente puede mantenerse a largo plazo porque provoca que los individuos y las clases se rebelen en su contra con elevadas probabilidades de éxito.

J. Chirac, han consolidado una conciencia y una práctica políticas que mantienen a la izquierda como un actor en el parlamento, que ocupa puestos en los ministerios de Estado y que es un agente activo en la sociedad civil, lo cual se reflejó nuevamente en que en las últimas elecciones de 1997 convirtieron a Jospin en un primer ministro que cohabita con un ejecutivo derechista, y recuperaron parcialmente los escaños que habían perdido en el parlamento, equilibrando nuevamente el ejercicio de la hegemonía.

El peso que la sociedad civil y la hegemonía tienen en el planteamiento gramsciano en los **Cuadernos de la cárcel**, contrasta con la idea de la dominación de una clase mediante los distintos tipos de imposición que la acompañan, psicológica, ideológica y física, esto es, dominando abiertamente al utilizar los mecanismos y las instituciones como el ejército, la policía y los organismos secretos, o bien, veladamente, utilizando mecanismos e instituciones como los medios de comunicación, las escuelas, las universidades y la iglesia.

Contrasta según Bobbio con las posturas de autores marxistas que en la época de Gramsci sostienen que el socialismo debe imponerse mediante el Estado, el partido comunista y los soviets, mezclándolos hábilmente, -debido a las difíciles circunstancias por las que atravesaba la revolución soviética, y ante el repliegue de los socialistas y los comunistas europeos después de la derrota que experimentaron con la derechización efectuada antes y durante la segunda guerra mundial.

Para Gramsci el poder que descansa sólo en la dominación es frágil, descansa en relaciones de fuerza que pueden invertirse o cambiar fácilmente, ante el surgimiento de una crisis, y no representa una alternativa viable para la consolidación del socialismo.

Bobbio y Glucksmann coinciden en diferenciar el sentido que da Gramsci al término hegemonía, y lo que denomina dominación.

Para mostrar la especificidad de la hegemonía y diferenciarla de la dominación, Glucksmann recurre a la distinción gramsciana entre revolución activa y pasiva.

Una revolución activa, supone que una clase social se convierte en hegemónica porque modifica radicalmente el Estado y la sociedad civil en el plano superestructural, en el curso de un proceso de larga duración.

Una clase es hegemónica cuando hace avanzar a la sociedad, cuando amplía su esfera de clase, esto es, si permite que las demás clases sociales se integren a la suya, para lo cual despliega una atracción dinámica sobre éstas y las constituye como nación. En el capitalismo la burguesía es hegemónica porque logra que su proyecto social sea reconocido como legítimo por la clase media y por el proletariado y asimilado como propio, logrando que lo acepten abiertamente sin imponerlo, que se adhieran y se reconozcan en él sentando así las bases de un nuevo Estado y constituyendo a la sociedad como nación.

En un texto multicitado en nuestra investigación, Glucksmann señala que históricamente es lo que lograron los jacobinos en Francia en el siglo XIX convirtiendo a la burguesía en la clase hegemónica, esto es, en la clase que revolucionó la sociedad civil abriendo su proyecto social para que las otras clases y grupos sociales lo asimilaran ideológicamente y se reconocieran en él,

reproduciéndolo entonces socialmente, y que transformó el Estado introduciendo la división y la rotación de poderes, sentando así las bases de la nación francesa moderna.

Por otro lado, Glucksmann sostiene que para Gramsci una revolución pasiva es aquella en la cual una clase social combina la dominación ideológica con la fuerza, modificando sólo parcialmente el Estado y la sociedad civil en el plano superestructural, lo cual implica que no es hegemónica, esto es, que no dirige política ni culturalmente a las otras clases sociales.

Este tipo de revolución en la cual una clase social domina mezclando los mecanismos de imposición ideológica y de coacción física e instaurando un régimen autoritario sobre la sociedad civil, se llevó a cabo en el *Risorgimento* italiano porque la burguesía no fue capaz de construir una red de alianzas entre los campesinos y los obreros, entre el norte y el sur, no llevó a cabo una revolución económica de carácter nacional y tampoco realizó una revolución política que lograra articular a los actores sociales en torno a un proyecto social común, lo cual produjo que su función dominante prevaleciera sobre su papel dirigente (lo cual significa que la burguesía italiana en ese período histórico no logró convertir su dominación en dirección, en hegemonía).

3.2 Buci-Glucksmann y Bobbio: dos propuestas interpretativas

Los ejes que vertebran el punto anterior de este capítulo con la parte que iniciamos, en que analizaremos la interpretación de Buci-Glucksmann sobre Gramsci, son: el esquema que divide lo social en estructura y superestructura; la idea de que la sociedad civil y la hegemonía son parte de la superestructura; la hegemonía entendida como dirección política y como dirección ético-cultural ejercidas en la sociedad civil; y la dirección política y la dirección ético-cultural teniendo cada una su propia lógica de desarrollo.

Buci-Glucksmann, en **Gramsci y el Estado** (hacia una teoría materialista de la filosofía) coincide con Bobbio en que el planteamiento gramsciano en los **Cuadernos de la Cárcel** contiene una teoría compleja de la hegemonía y de la sociedad civil, y en que utilizando la división de lo social en estructura y superestructura puede mostrarse esta complejidad.

Glucksmann sostiene que en el planteamiento gramsciano la estructura la constituyen las relaciones y los factores económicos, que son las condiciones materiales de vida, donde el papel que juegan las clases en la economía, esto es, la burguesía como la clase propietaria, la clase que posee el capital, y el proletariado como la clase asalariada y que posee su fuerza de trabajo, define, en parte, la posición subordinante o subordinada que juegan en la sociedad.

Estas condiciones materiales de vida forman el ámbito objetivo de la sociedad, que se distingue de la superestructura entendida como el ámbito subjetivo en el cual las clases sociales construyen la conciencia política, cultural y moral, las concepciones políticas, culturales y morales que articulan sus acciones individuales y colectivas.

A lo largo de nuestra investigación hemos constatado que el análisis económico no ocupa un lugar relevante en el planteamiento gramsciano.

Si bien esto es cierto, Glucksmann señala que lo económico posee un peso teórico significativo porque influye en el ejercicio de la hegemonía. Aclarando que subraya esto porque propone una interpretación materialista de Gramsci, que contrasta con las interpretaciones de Gramsci que relegan a segundo plano el papel que juega lo económico en su planteamiento)²⁹, esto es, subraya que lo económico influye en que la clase poseedora de los medios de producción disponga de mayores y mejores recursos para convertirse en la clase dirigente y en que mediante la fábrica filtre a la clase asalariada sus concepciones del mundo, dificultando que se convierta en dirigente.

En el primer cuaderno, Gramsci menciona que la taylorización caracteriza las relaciones entre capital y trabajo asalariado en el capitalismo avanzado, y consiste en desarrollar en el obrero el automatismo y la mecanización para asegurar un alto nivel de productividad en la empresa y de rentabilidad a los capitales. Para condicionar al obrero de este modo además de imponerle condiciones de trabajo determinadas es preciso lograr que acepte su condición de subordinación, lograr que esté de acuerdo con el tipo de trabajo que desempeña, con las condiciones del mismo y con los códigos de la empresa.

La autora señala al respecto que: "...el aparato de hegemonía no pertenece solamente al campo de la *reproducción* ideológica, porque la aparición de nuevas capas de intelectuales remite a la emergencia de una nueva función en la producción, y que la fábrica funciona como *aparato económico* y como relación social. Desde el cuaderno 1, la reflexión de Gramsci se confronta con la problemática *del desarrollo capitalista* que hallará en el análisis del fordismo y del taylorismo, su punto estratégico."³⁰

De modo que, los obreros se integran paulatinamente al aparato económico de hegemonía asimilando los ideales, las normas y los valores culturales y morales de la clase dirigente, que giran en torno del individualismo y la apropiación, de tal suerte que en la fábrica se les condiciona para que los reproduzcan socialmente; así, en el trabajo los obreros compiten entre sí para destacar y ascender laboralmente, para mejorar su salario y sus prestaciones y elevar su nivel de vida, lo cual tiende a dividirlos entre sí en vez de unirlos.

Elevar su nivel de vida con el objetivo de asemejarse a sus jefes y a los empresarios, que representan un modelo de ser humano para el cual un nivel de vida elevado constituye la base del bienestar privado.

Un modelo cuyos ejes son el individualismo, que consiste en que un ser humano se ocupa más de sí mismo que de los demás, piensa y vive considerando que sus proyectos e intereses personales y familiares, que forman el ámbito privado son siempre los más importantes, valorando como benéfico o perjudicial

²⁹ Cabe aclarar que para Glucksmann una interpretación errónea de Gramsci es la que defiende Lukács en *Historia y conciencia de clase*, donde plantea que las superestructuras, y específicamente la ideología confiere tanta autonomía a las clases sociales que las separa de la estructura, errónea porque relega ésta a segundo plano otorgando un papel determinante a las superestructuras, como si sólo mediante la conciencia política y cultural de las clases subordinadas pudiese construirse el socialismo en el capitalismo avanzado.

³⁰ Buci-Glucksmann, C., *Gramsci y el Estado*, México, 1979, 4a ed., pp. 100-101.

en su relación con los demás, del tipo que sea, lo que influye positiva o negativamente en éstos, y la apropiación, que consiste en que un ser humano piensa que acumular la mayor cantidad y calidad de riquezas que ofrece el mercado, la mayor cantidad y calidad de servicios y artículos suntuarios que pueden consumirse es lo principal.

En este sentido, un obrero tiende a actuar como burgués, esto es, busca tener más dinero para adquirir una cantidad de mercancías que aumenta rápida y continuamente, por ejemplo, ropa, comida, joyas, viajes, para sí mismo y su familia, con el fin de que su nivel de vida se eleve rápidamente, relegando a segundo plano a los obreros con quienes trabaja, sin considerar si éstos también están mejorando económicamente, si su capacidad de consumo aumenta al mismo ritmo (ya que finalmente cada quién decide mediante su trabajo productivo y constante cuánto quiere mejorar, aprovechando las oportunidades de ascenso en puestos de cierto nivel que la empresa ofrece).

Los individuos al consumir los bienes y los servicios que ofrece el mercado satisfacen tanto necesidades básicas como suntuarias, (en el sentido usado por Marcuse)³¹ que se multiplican al ritmo que imponen el mercado y el capital y tienden a expandirse continuamente.

En síntesis, los obreros *se convencen* de que eligen conciente y libremente que el individualismo y la apropiación de riquezas materiales los constituye como seres humanos, de que son los medios para alcanzar uno de los principales objetivos del ser humano que es mostrar a los demás el prestigio que se tiene, el éxito que se ha logrado en la vida y al hacerlo mostrar que se ha alcanzado la felicidad.

Esta integración al aparato económico de hegemonía dificulta que se conviertan en la clase dirigente, influye negativamente en la concientización de los obreros porque tiende a dividirlos entre sí en vez de unirlos, tiende a separarlos al hacerlos competir entre sí, dificultando que los sindicatos, los consejos y el partido comunista conviertan la fábrica en un centro de lucha por las reivindicaciones laborales y para la politización de los obreros, lo cual para Gramsci forma parte de la guerra de posición en el capitalismo.

En efecto, si éstos compiten entre sí para ascender laboralmente y asimilan la concepción del mundo y la vida de la clase dirigente, si sólo piensan en sí mismos y en consumir, si se han incorporado a la sociedad burguesa, si pretenden ser como los burgueses, ¿tiene sentido plantearles que mediante la fábrica pueden convertirse en dirigentes políticos capaces de organizar a sus

³¹ En *El hombre unidimensional*, en el primer capítulo que es 'las nuevas formas de control', H. Marcuse sostiene que en las sociedades industriales se han conservado las necesidades básicas en los individuos y los grupos sociales, que son aquellas de cuya satisfacción depende la vida, como lo son la alimentación, la salud, el sueño, y han generado las necesidades suntuarias, que son los lujos que se han vuelto imprescindibles, los deseos convertidos en necesidad de consumir lo que el mercado ofrece, por ejemplo, los automóviles caros, las casas sofisticadas en zonas costosas o los artículos y las clínicas de belleza para hombres y mujeres, que son objetos de consumo que podrían ser prescindibles y se han vuelto necesarios. Marcuse explica que esto se debe, en buena medida, a que una de las particularidades de las sociedades industriales es que hacen creer a los seres humanos que son libres cuando en realidad sus decisiones, valores e ideales han sido previamente elegidos por los psicólogos, los comunicólogos y los mercadólogos.

compañeros de trabajo? ¿cómo convencerlos de que al hacerlo empiezan a ejercer la hegemonía política y ético-cultural, y a abrir espacios para consolidarla y ampliarla? ¿pueden interesarse en construir el socialismo?

De hecho, para nosotros lo acontecido en la segunda mitad del siglo XX demuestra que la respuesta a las dos primeras preguntas es positiva porque un porcentaje de los trabajadores, los estudiantes, los profesionistas, los burócratas y los intelectuales de la Unión Europea sí se han interesado y han sido capaces de ejercer la hegemonía en sus sociedades, política y culturalmente, al grado de que actualmente han logrado, por un lado, que las coaliciones de centro-izquierda, formadas por un amplio abanico de fuerzas políticas, tengan un peso considerable en el parlamento y en el ejecutivo, y por otro lado, estos mismos sectores como sociedad civil han formado organizaciones y frentes para actuar políticamente con autonomía respecto de sus representantes, y para actuar cultural, moral y económicamente con autonomía.

Lo expuesto hasta aquí nos muestra algunas coincidencias en las interpretaciones de Bobbio y Glucksmann sobre la concepción gramsciana de la hegemonía. Si bien esto es cierto para nosotros hay matices significativos en ambas interpretaciones.

Respecto del papel que juega, la estructura, lo económico en la concepción gramsciana, Bobbio sólo señala que juega un papel importante tanto en el capitalismo como en el socialismo porque para el proletariado construir el socialismo implica saber cómo organizar la economía, esto es, tanto saber luchar por reivindicaciones económicas que eleven su nivel de vida como conocer el funcionamiento de una empresa y adquirir experiencia para dirigirla, bajo el supuesto de que la economía es uno de los pilares en que descansa la nueva sociedad.

Bobbio señala esto pero no le interesa ampliarlo.

Le interesa analizar por qué Gramsci concibe la hegemonía como dirección política y ético-cultural ejercidas en la sociedad civil, y analizar cómo se construye la dirección ético-cultural porque uno de sus objetivos es destacar la dimensión subjetiva de lo social.

Destacar que la superestructura es el conjunto de espacios donde se forja la libertad, esto es, el conjunto de espacios donde los individuos, los grupos y las clases sociales se convierten en sujetos sociales que deciden cómo construir el capitalismo o el socialismo, cuáles son los medios idóneos para hacerlo y que conoce sus limitaciones, y subrayar que como sujetos libres transforman las condiciones materiales de vida adecuándolas a sus proyectos e intereses, esto es, ajustándolas como medios para alcanzar los intereses y los fines que se han propuesto: sujetos que tienen la capacidad de elegir libremente cómo transformar la sociedad y en qué dirección.

Bobbio pone el acento en que la libertad de los seres humanos les permite modificar las relaciones, las instituciones y los procesos económicos adecuándolos a los intereses y los fines que se han propuesto.

En buena medida, los individuos deciden libremente qué, cuándo y cómo consumen, eligen el tipo de trabajo para el cual están capacitados de acuerdo con los ingresos que pretenden percibir, el tipo de empresa en que prefieren laborar y

durante cuánto tiempo lo hacen, lo cual influye directamente e indirectamente en el crecimiento y el decrecimiento del mercado, de la producción, del empleo y del capital, en síntesis, transforman sus condiciones materiales de vida y con ello influyen en el sentido y el cariz de la sociedad en que viven.

Para nosotros, Bobbio y Gramsci defienden una concepción de libertad relativa, no absoluta (como la que sostiene Sartre en sus textos), lo cual significa que según ambos los individuos y las clases son libres porque deciden hasta cierto punto en qué tipo de sociedad viven, planean cómo construirla y mantenerla y eligen las mejores alternativas para resolver las crisis que surgen en ella, es decir, la transforman aunque no totalmente porque hay factores que inciden en lo social que son independientes de la libertad, de la capacidad de transformación de los seres humanos, factores relacionados con la situación geográfica en que se ubican las sociedades y que inciden en lo político, lo ideológico y lo económico.

Un buen ejemplo de cómo influye la ubicación geográfica en lo social es la sociedad tibetana actual.

Por su ubicación geográfica el Tibet es un territorio que colinda con la India y que según China es parte de su nación y esta ubicación ha sido un obstáculo para que se convierta en una nación autónoma, porque la India es de los pocos países que ha apoyado política e ideológicamente dando asilo a algunos dirigentes religiosos tibetanos que son al mismo tiempo dirigentes políticos, incluido el Dalai Lama.

Y también porque los países occidentales y orientales poderosos, que podrían presionar a China para que le concediera su independencia no están interesados en tener problemas con una esta nación que es hoy la tercera potencia económica en el mundo, e influye decisivamente en la mitad de los mercados asiáticos actuales (muy probablemente la actitud de estos países cambiaría si el Tibet estuviese en la zona petrolera árabe, donde hace siete años, en 1991 las potencias occidentales obligaron militarmente a Irak a olvidar temporalmente sus intenciones expansionistas).

Bajo el argumento de que Gramsci afirma que los seres humanos son libres tanto individual como colectivamente, Bobbio sostiene que en su planteamiento la estructura, lo económico no determina mecánica y unilateralmente a la superestructura, que entonces no es un reflejo simple de lo que acontece en aquélla.

La constitución de la sociedad civil y de la hegemonía como superestructura supone procesos y relaciones articulados por sujetos sociales cuya libertad los toma complejos y confiriéndoles con ello una autonomía relativa respecto de la estructura: los sujetos sociales libres activan lógicas de desarrollo y de acción relativamente autónomas que no son determinadas mecánicamente por las lógicas de desarrollo y de acción que operan en la estructura.

Por ello, Bobbio sostiene que para Gramsci la superestructura influye de diferentes maneras en la estructura tomando complejas las relaciones entre ambas.

Por su parte, Glucksmann propone una interpretación según la cual la hegemonía se construye en el campo de las superestructuras y también en la estructura, que es el ámbito de la reproducción económica.

Sostiene que la burguesía integra paulatinamente al aparato económico de hegemonía al proletariado logrando que asimile sus ideales, sus normas y sus valores culturales y morales, que giran en torno al individualismo y la apropiación, de tal suerte que en la fábrica se les condiciona para que los reproduzcan socialmente.

Esto significa que la construcción del socialismo inicia en el capitalismo con la lucha por la hegemonía en el ámbito de la producción donde el proletariado enfrenta esta penetración cultural y moral, esta enajenación y puede invertirla paulatinamente concientizándose de que desde la fábrica la tendencia de la burguesía es integrarlo al capitalismo, convirtiéndolo en una clase y un grupo humano cuyas acciones se orientan al individualismo y la apropiación de mercancías, y concientizándose de que puede empezar a liberarse de esta enajenación forjando su proyecto político y cultural, incluida su concepción del mundo y su forma de vida, y filtrándolo en el centro de trabajo, tanto en la ciudad como en el campo.

Por esta razón, Glucksmann sostiene que para Gramsci los sindicatos y los consejos deben luchar por la hegemonía económica, esto es, por mejorar al máximo el nivel económico de los trabajadores y, al mismo tiempo deben luchar por desenajenarlos, politizándolos en tres planos: forjando dirigentes, organizando las células obreras y socializando la cultura.

A nuestro juicio, Glucksmann insiste en que según Gramsci la hegemonía se construye en la estructura, insiste en el carácter económico de la hegemonía porque defiende una interpretación materialista de Gramsci, propone que en el capitalismo la lucha del proletariado por la hegemonía mediante los partidos socialistas y comunistas, los sindicatos, los consejos, los movimientos sociales y los frentes amplios debe darse en el campo económico, además de forjarse en el campo de las superestructuras: el proletariado requiere dirigir económicamente para dirigir política y culturalmente.

É insiste en sostener una interpretación materialista, argumentando que algunas interpretaciones de Gramsci planteadas por teóricos marxistas de nuestro siglo, específicamente las de Lukács y Korsh, subrayan a tal grado que la hegemonía se construye en la superestructura que relegan la estructura, acentúan tanto que la hegemonía se ejerce en la sociedad civil y en el Estado como superestructura que relegan a segundo plano la estructura, como si una clase social pudiese dirigir política y culturalmente sin dirigir económicamente, sea la burguesía en el capitalismo o el proletariado en el socialismo.

Coincidimos con Glucksmann en que son interpretaciones cuyo principal error es eliminar la importancia que tiene lo económico en el concepción gramsciana, lo cual es un error grave.

Apoyándonos en lo que hemos planteado, a nuestro juicio el contraste entre las interpretaciones de Bobbio y de Glucksmann sobre Gramsci reside en que Bobbio pone el acento en la hegemonía, en la libertad y en la sociedad civil como superestructura, esto es, en la dimensión subjetiva de lo social, mientras que Glucksmann pone el acento en la hegemonía como estructura, esto es, en la dimensión objetiva de lo social.

3.3 La superestructura en la propuesta gramsciana según Bobbio y Glucksmann

Empecemos otra parte de nuestro análisis crítico mostrando en qué difieren las interpretaciones de Bobbio y Glucksmann sobre la concepción gramsciana de la hegemonía, del Estado y de la sociedad civil como superestructuras.

Para ello sintetizamos la interpretación de Buci-Glucksman que aparece en los primeros capítulos de nuestra investigación.

Glucksmann plantea que en la propuesta gramsciana tanto el Estado como la sociedad civil ejercen la hegemonía, esto es, ambos influyen en la construcción de la conciencia política, cultural, moral y económica, en las concepciones del mundo, instauran los procedimientos y las instituciones políticas y culturales para realizarla e inciden en el comportamiento de los individuos y de las clases sociales orientando sus acciones en una dirección determinada.³²

El Estado, formado por los grupos e instituciones administrativas, jurídico-penales y de gobierno y la sociedad civil, considerando sólo a la burguesía, ejercen la hegemonía, entendida como dirección política y cultural, mediante el consenso activo que consiste en que la mayoría de las clases sociales aceptan abiertamente su autoridad y sus capacidades, reconocen sus habilidades y sus conocimientos y se adhieren a su proyecto político, es decir, a la democracia representativa, a los derechos individuales, a la división de poderes y al sistema de partidos y a su proyecto cultural, esto es, al individualismo, al utilitarismo y al sistema de instituciones educativas privadas y públicas, lo cual fomenta que se organicen y se constituyan como sujetos políticos autónomos capaces de construir una sociedad civil plural y dinámica.

Se trata de obtener un consenso sobre el conjunto de la sociedad que fluye por normas y controles sociales activados mediante estos procedimientos políticos y culturales, que constituyen entonces modos de integración social del Estado y de la burguesía que operan en el plano superestructural.

En este sentido, el Estado y la burguesía abren su proyecto político y cultural a la mayoría de las clases y los grupos sociales mediante los partidos, las organizaciones políticas y los movimientos sociales buscando y organizando el consenso, esto es, que los acepten y asimilen paulatinamente la clase media, el proletariado y otros sectores y que los reconozcan como legítimos y propios, esto es, que reconozcan el individualismo, el utilitarismo, la libertad y la igualdad, el sistema de partidos, la división de poderes y la democracia representativa tanto en el ámbito privado como en el público como modos de integración social en el

³² Aclaremos que Glucksmann denomina cultural a lo que Bobbio llama ético-cultural, que no recurre a las categorías hegeliano-marxistas para analizar a Gramsci y que utiliza el término superestructuras, en plural, mientras que Bobbio lo usa en singular, superestructura. La razón de usarlo en plural es que son dos las dimensiones que conforman las superestructuras, lo político y lo cultural, y cada una posee su propia complejidad, tiene distintos procedimientos y reglas de funcionamiento, a diferencia de la estructura que es lo económico solamente, que también es complejo.

capitalismo: que los incorporen tanto en el ámbito individual, como ciudadanos, como en el ámbito colectivo, como nación.

Con esta síntesis podemos debatir, bajo el supuesto de que ambos autores disienten en cuestiones que enriquecen el análisis porque cada uno señala y analiza un problema o un tema particular, y al conjuntarlos nos ofrecen una visión más completa del planteamiento gramsciano.

Nuestro objetivo es mostrar una diferencia entre ambos autores y una limitación en la propuesta de Bobbio.

Por un lado, a nuestro juicio Glucksmann señala una tesis central del planteamiento gramsciano que lo enriquece y que sólo aparece marginalmente en la interpretación de Bobbio, limitándolo. Esta tesis señala la importancia que tiene el papel que juega el Estado como un sujeto social que por un lado comparte la hegemonía con la burguesía, desempeñando labores en la sociedad civil que giran en torno a los controles y procesos políticos-culturales y, por otro lado realiza tareas que le son exclusivas y que le dan una autonomía relativa frente a aquélla.

En efecto, como mostramos en el primer capítulo de nuestra investigación, la posibilidad de que el proletariado ejerza la hegemonía en el capitalismo avanzado descansa en buena medida en considerar que el Estado la comparte con la burguesía, que entre ambos hay alianzas estratégicas y que los obreros, los campesinos, los profesionistas, los burócratas, los estudiantes y los sectores marginados forman parte de su base histórica, por lo cual los partidos socialistas, comunistas, los sindicatos, los consejos, los movimientos y organizaciones sociales proletarias deben convertirse en sujetos políticos capaces y hábiles no sólo ante la burguesía sino también ante el Estado, de tal suerte que establezcan alianzas con éste, que se incorporen a las instituciones y a las labores estatales actuando en el ámbito público y que forjen e impulsen un proyecto de nación propio; en suma, el proletariado debe dejar de ser la base histórica del Estado burgués y dislocarla construyendo una nueva base histórica, la del Estado socialista en el curso de un proceso de largo aliento.

En la medida en que los sectores que forman el proletariado establecen alianzas con los sectores estatales, se incorporan a aquéllos que son estratégicos, tienen presencia en el parlamento e impulsan un proyecto de nación propio controlan parcialmente el Estado, ejercen una parte de la hegemonía y están en condiciones de empujar su proyecto social frente a la burguesía, dicho con otras palabras, disponen de la hegemonía suficiente ya sea para negociar con la burguesía y concretar acuerdos que representen la consolidación de su proyecto social, o bien para imponerlo paulatinamente, obligarla a aceptarlo e ir construyendo una nueva base histórica, esto es, para atraer a otros sectores y grupos sociales que son aliados activos y también a aquéllos que son aliados pasivos o potenciales en torno a dicho proyecto.

Por otro lado, el Estado dispone de los mecanismos y los recursos suficientes con los que atrae y controla a los individuos, los grupos, las clases sociales y a los partidos y organizaciones políticas que los representan y puede desplegarlos en contra del proletariado, esto es, puede convertirse en un enemigo poderoso dificultando que ejerzan la hegemonía.

Ahora bien, a nuestro juicio Bobbio no confiere al Estado la importancia que tiene en la propuesta gramsciana y le otorga todo el peso a la construcción de la hegemonía política y ético-cultural en la sociedad civil por los sujetos sociales libres y autónomos que la constituyen, como si la hegemonía se agotara en la sociedad civil, relegando el Estado a segundo plano y con ello las alternativas que abre en la construcción de un nuevo Estado, de una nueva base histórica, elementos clave en el socialismo, y cerrando opciones para la consolidación de la izquierda como un actor político en el escenario europeo y mundial.

Fundamentemos estas afirmaciones.

En el texto **Gramsci y la concepción de la sociedad civil**, Bobbio señala que en el **primer Cuaderno Gramsci** sostiene que el Estado es el momento de la fuerza opuesta al momento del consenso, de la sociedad política opuesta a la sociedad civil.

El problema es que parece quedarse con esta noción en la que prevalecen la dominación y la fuerza como sus características, según la cual su labor es vigilar el orden público, hacer que se respeten las leyes y castigar a quienes las infrinjan, que es la noción clásica del Estado 'guardián' o 'árbitro' que no debe intervenir en la sociedad civil sino dejar que los grupos y las clases sociales que la forman actúen libre y autónomamente.

Lo mismo en la parte donde analiza la concepción de la sociedad civil en Hegel y en Marx que en la parte dedicada a Gramsci, Bobbio señala que los dos últimos ponen el acento no ya sobre el Estado, como había hecho Hegel culminando la tradición de los filósofos del derecho natural sino sobre la sociedad civil, algo en lo cual coincidimos con el autor pero que no implica que el Estado juegue un papel secundario en la propuesta gramsciana.

En suma, aún cuando Bobbio plantea que su objetivo es subrayar las diferencias de Gramsci tanto con Hegel como con Marx en torno a la concepción de la sociedad civil y mostrar en qué sentidos enriquece el marxismo, analizando problemáticas que falta desarrollar y añadiendo algunas temáticas, y aclara que no busca poner el acento sobre el Estado, consideramos que relegarlo limita su interpretación en torno a Gramsci.

Finalmente en el último punto del texto donde se ocupa de la sociedad regulada, sostiene que para Gramsci la extinción del Estado en el socialismo se concibe como la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil, esto es, como la expansión de la sociedad civil y el despliegue de la hegemonía por los sujetos sociales que la constituyen, a un nivel en que los espacios ocupados por el Estado desaparecen una vez que el proletariado logre que su proyecto social se consolide como para lograr que el momento del dominio sea prescindible.

Aclarando que de los libros que hemos revisado de Bobbio, que son **Estado, gobierno y sociedad**, **Derecha e izquierda** y **El futuro de la democracia**, en ninguno dedica un capítulo al análisis de Gramsci como lo hace en el texto que utilizamos, sólo hay comentarios aislados. En estos libros encontramos propuestas en torno al papel político que juega el Estado en el capitalismo avanzado, capítulos centrados en el caso italiano y europeo, pero no un análisis sobre el papel del Estado respecto de la hegemonía en el planteamiento gramsciano.

3.4 La hegemonía cultural y la sociedad civil

Corresponde ahora analizar críticamente otra propuesta en la que coinciden las interpretaciones de Bobbio y Glucksmann sobre Gramsci: que maneja en su planteamiento dos dicotomías que se superponen continuamente: la dicotomía entre estructura y superestructura, en la que se acentúa la importancia de la superestructura en la construcción de la hegemonía y de la sociedad civil, que ya analizamos, y la dicotomía en el plano superestructural entre la dirección política y la ético-cultural, en la que se acentúa la complejidad en el ejercicio de la hegemonía.

Nuestro objetivo entonces es demostrar que ambos autores coinciden en que la propuesta gramsciana contiene esta segunda dicotomía, y en que ello supone una concepción compleja de la hegemonía y de la sociedad civil.

Bobbio sostiene que para Gramsci en el capitalismo la superestructura la constituyen espacios en que los individuos, los grupos y las clases se convierten en sujetos sociales que construyen la hegemonía política y ético-cultural en la sociedad civil. Es en ésta donde forjan su destino histórico porque son libres, son sujetos activos capaces de organizarse y luchar por sus proyectos e intereses, de forjar los medios para alcanzarlos y que tienen entonces la capacidad de elegir libremente cómo transformar la sociedad y en qué dirección.

La hegemonía entrelaza procesos y relaciones sociales que ponen en juego la libertad y la dirección política y cultural.

En el capitalismo la burguesía y los distintos sectores que la forman eligen de qué manera constituyen su proyecto social como hegemónico, deciden cómo incorporar a otros grupos y clases sociales en él, eligen y proponen los elementos que permiten articularlos en él, esto es, los procesos y las instituciones políticas, culturales y morales mediante las cuales incorporarlos, lo cual está inmerso en una sociedad civil que abre posibilidades de que otros proyectos sociales también se conviertan en hegemónicos, debido a que el proletariado y los sectores que lo forman también son libres y pueden impulsar paulatinamente el socialismo como proyecto hegemónico, integrando a otros grupos y clases sociales en él, filtrándolo política, cultural y moralmente mediante los procesos y las instituciones instauradas por la burguesía en el capitalismo, y generando otras nuevas en el curso de un proceso de larga duración.

De tal suerte que si la burguesía dirige a ciudadanos que constantemente eligen el tipo de gobierno que prefieren adecuándolo a sus intereses privados, decide cómo configurar un mercado político que los satisfaga parcialmente, lo cual supone que elige previamente por los ciudadanos, decide qué alternativas políticas le convienen más a quienes dirige y no a quienes son dirigidos, eliminando aquéllas que representen una amenaza que pueda poner en peligro su hegemonía.

Y para elegir previamente por los ciudadanos es preciso dirigirlos culturalmente, esto es, saber cuál es el nivel educativo de los sectores cuyo

consenso se requiere, cuáles son sus proyectos e intereses prioritarios y cómo satisfacerlos, y filtrarles el individualismo y la apropiación como ejes de su concepción del mundo y de su vida.

Aclarando que para Bobbio las posibilidades de que los individuos y los grupos sociales actúen como sujetos hegemónicos política, jurídica, cultural y moralmente incluyen y rebasan su pertenencia de clase, dicho de otro modo, los individuos y los grupos sociales pueden ejercer la hegemonía como burguesía, clase media y proletariado y también como un frente o un movimiento civil amplio e independiente que no necesariamente tiene carácter de clase: a su juicio en general en las sociedades actuales tanto capitalistas como socialistas las relaciones sociales incluyen y rebasan las relaciones de clase.

Por su parte Glucksmann plantea que para Gramsci en el capitalismo avanzado las superestructuras representan el espacio donde la sociedad civil, formada por distintos sujetos sociales, ejerce la hegemonía entendida como dirección política y cultural.

Por un lado, es en las superestructuras donde la burguesía se constituye como un sujeto hegemónico en la sociedad civil mediante el consenso activo, que consiste en que la mayoría de las clases sociales acepten abiertamente su autoridad y sus capacidades como dirigente y se adhieran a su proyecto político, es decir, a la democracia representativa, a los derechos individuales, al pluripartidismo, a la división de poderes, al sistema de partidos, al aparato jurídico-penal y a su proyecto cultural, esto es, al individualismo, al utilitarismo y al sistema de instituciones educativas, culturales y morales privadas y públicas que se requieren para instaurarlos.

Por otro lado, es en las superestructuras donde las clases subalternas pueden organizarse y constituirse como sujetos sociales hegemónicos en la sociedad civil, donde el proyecto político-cultural burgués les ofrece alternativas para impulsar su proyecto social, que para el proletariado es el socialismo, lo cual implica empujar su proyecto político, es decir, forjar dirigentes e ir obteniendo legitimidad y autoridad, politizar a las masas, articular los partidos socialistas y comunistas con los movimientos y las organizaciones de masas, generando entre éstos y otros grupos sociales alianzas estratégicas para formar frentes y coaliciones amplias y duraderas, así como consolidar su proyecto cultural, que incluye filtrar la concepción del mundo y la forma de vida mediante los procesos, los valores y las instituciones educativas, culturales y morales establecidas.

Ahora bien, respecto de la hegemonía como dirección cultural en la propuesta gramsciana Bobbio y Glucksmann coinciden en subrayar la importancia que tiene en la construcción de la nueva sociedad, pero cada uno con diferentes matices.

Uno de estos matices es que Glucksmann utiliza el término cultural para referirse a lo que Bobbio denomina ético-cultural. Plantea que Gramsci concibe la cultura en el sentido antropológico del término como las formas de pensar y de vivir, esto es, los sentimientos, los deseos, los ideales, las costumbres y los valores que articulan las acciones individuales y colectivas en la sociedad y que les asigna un papel relevante en la construcción de la hegemonía de las clases subalternas.

Aclarando que el término cultura es considerado en un sentido amplio ya que integra diversos modos de pensamiento entre los cuales se incluye la filosofía, entendida como una construcción racional del mundo propia tanto de algunos sectores de la clase hegemónica como de algunos sectores de las clases subalternas, y distinguiendo entre la filosofía crítica y la filosofía común; en este sentido la transformación de la filosofía común, propia del proletariado en filosofía crítica es uno de los principales aspectos en la educación de las masas y en la revolución cultural socialista.

“La cultura, en tanto no tiene nada de marginal, porque engloba tanto las `obras` como los modos de pensamiento (entre los cuales se encuentra la filosofía, como modo de adquisición de una visión coherente del mundo), y también los modos de vida, de sentir, configura para Gramsci la primera forma de emancipación del proletariado.”³³

Una condición para que el proletariado dirija culturalmente es que se emancipe, que se convierta en un sujeto social autónomo lo cual implica que forje una visión del mundo autónoma que integre las principales dimensiones del ser humano, que revolucione su visión del mundo y la de otras clases sociales lo cual inicia concientizándose de que la hegemonía burguesa descansa en buena medida en lograr que el proletariado acepte su cultura, se reconozca en ella y la reproduzca socialmente, y cuestionando las formas de pensar y de vivir burguesas así como los mecanismos e instituciones mediante los cuales son desplegadas, y concientizándose también de que el socialismo supone una concepción global y nueva del ser humano, de la sociedad y del mundo.

Se trata de que el proletariado se dé cuenta de que al aceptar las formas de pensar y de vivir burguesas, los valores, los ideales y las costumbres cuyos ejes son el individualismo, la apropiación y el utilitarismo los reproduce en sus actividades económicas, políticas y morales, acepta ser una clase subalterna, una clase que no busca ejercer la hegemonía y que está de acuerdo en ser dirigida, que asume el proyecto social burgués como legítimo y lo asimila como propio reconociéndose en él. A partir de esta crítica se abre la posibilidad de que construya el proyecto socialista, de que lo impulse en la sociedad civil mediante las instituciones y los procedimientos establecidos y otros nuevos que proponga.

En este sentido, que el proletariado dirija culturalmente significa que los ideales, las normas y los valores socialistas sean aceptados e incorporados por las demás clases y grupos sociales como propios y que se reconozcan en ellos, implica difundir sus concepciones del mundo y sus formas de vida entre ellos fomentando que la elijan libremente, proponiéndola como una alternativa para analizar y debatir, sin recurrir a los mecanismos de imposición ideológica o de violencia simbólica.

Glucksmann pone el acento en que al mismo tiempo que se realiza la revolución económica y política debe empezarse a forjar un ser humano nuevo, que desarrolle sus atributos y cualidades integralmente, que sea, parafraseando a Marcuse multidimensional y no unidimensional, lo cual supone que deje de estar

³³ Buci-Glucksmann, C. Gramsci y el estado (Hacia una teoría materialista de la filosofía), México, 1979, 4a ed., p. 107.

enajenado y se convierta en un ser humano conciente y libre, porque de no ser así se relega a segundo plano un aspecto central del socialismo.

Por su parte, como señalamos al iniciar este capítulo Bobbio plantea que según Gramsci para las clases subordinadas ejercer la hegemonía significa también dirigir culturalmente, es decir, elaborar nuevas formas de pensar y de vivir, que incluye los ideales, los valores, las normas y las costumbres morales, ideológicas y educativas socialistas, que regulan su conducta tanto individual como colectivamente, para lo cual requieren emanciparse.

Esto implica recobrar su libertad en el curso de un proceso largo que inicia en el capitalismo e implica que adquieran conciencia de que están enajenadas, de que la enajenación incluye múltiples mecanismos y procedimientos educativos, morales y culturales en los que reside la hegemonía de la burguesía, e implica también que transformen la filosofía espontánea, la concepción del mundo contradictoria e incoherente que las caracteriza por una concepción crítica y coherente, lo cual debe continuar y consolidarse en el socialismo.

Según Bobbio, Gramsci subraya la importancia que tiene forjar la hegemonía en el plano filosófico que implica contrastar el proyecto social capitalista y el socialista en el campo de lo ético-cultural lo cual representa un progreso filosófico significativo. Entendiendo por contrastar analizar cómo se ejerce la hegemonía en diferentes niveles en el capitalismo, esto es, cuáles son las zonas y los procedimientos con que la clase dirigente la ejerce en la sociedad civil y en el Estado, y cuáles son los espacios ético-culturales mediante los cuales las clases subordinadas pueden convertirse en hegemónicas.

Aquí aparece otro matiz entre la interpretación de Bobbio y de Glucksmann.

Por un lado, Bobbio pone el acento en que en la dimensión ético-cultural de la superestructura las clases sociales actúan como sujetos libres capaces de emanciparse, de concientizarse de la enajenación y liberarse de ella; destaca el peso que tiene lo ético en la nueva sociedad como la esfera en la que debe forjarse un ser humano nuevo libre de las necesidades artificiales impuestas por el mercado, que desarrolle su individualidad en el sentido propuesto por el humanismo como el desarrollo armónico de las cualidades y las aptitudes físicas, psicológicas y culturales cuyo resultado es un ser humano creativo y original que concibe a los demás no como objetos sino como personas.

Bobbio sostiene que la insistencia de Gramsci en transformar la filosofía espontánea en crítica obedece, en cierta medida, a que implica una revolución de las conciencias, una liberación colectiva a partir de la cual se construye un individuo con concepciones del mundo y formas de vida colectivistas y humanistas, que continúe transformando la sociedad una vez realizada la revolución y que no sea arrastrado por los acontecimientos y las inercias que ésta desencadena.

Ahora bien, lo que hemos analizado críticamente de la interpretación de Bobbio y de Glucksmann nos permite afirmar que la novedad y la riqueza de la propuesta gramsciana sobre la hegemonía, reside en que la concibe como dirección ético-cultural y política y en que acentúa que se interrelacionan:

“Sintéticamente y con mayor precisión: la teoría de la hegemonía se vincula en Gramsci no sólo a una teoría del partido y del Estado, no consiste sólo

en una obra de educación política, sino que engloba la nueva y más amplia concepción de la sociedad civil considerada en sus distintas articulaciones³⁴

Por último, Bobbio y Glucksmann sostienen que la teoría gramsciana de la hegemonía contrasta en su momento con la teoría de la hegemonía predominante en la tradición del marxismo soviético.

Coinciden en que el marxismo soviético, específicamente la teoría leninista de la hegemonía defiende un significado restringido de la hegemonía según el cual es la dirección política que le corresponde desempeñar al partido comunista, a sus líderes y a las masas, a las células obreras, los soviets y al Estado en la primera etapa de la revolución socialista en la cual Lenin insiste en que la dirección descansa en la dominación que debe ejercer el proletariado mediante el partido una vez que controle el Estado, lo que denomina la dictadura del proletariado, argumentando que ello se debe a las difíciles circunstancias histórico-sociales en que se realiza la revolución soviética.³⁵

Bobbio y Glucksmann sostienen que para Gramsci la conquista del poder dando preeminencia al momento negativo del plano superestructural sobre el momento positivo, esto es, dando preeminencia a la dominación-dirección política (establecida y mantenida mediante la fuerza) sobre la dirección (instaurada y conservada mediante el consenso), sólo conduce a un ejercicio del poder efímero y frágil que no es resolutivo porque el dominio sin consenso descansa en la fuerza.

Ya que descansa en un control autoritario ejercido desde el Estado y desde la sociedad civil aumenta las probabilidades de que una crisis económica o política, por ejemplo se generalice convirtiéndose en una crisis social que puede modificar significativamente las relaciones de fuerza abriendo espacios que pueden modificar las relaciones hegemónicas. Gramsci amplía el sentido del término hegemonía concibiéndola como dirección política y cultural y enfatiza que se interrelacionan, esto es, que su eficacia teórica y práctica reside en conjugarlas.³⁶

Finalmente en los capítulos que dedica a la hegemonía política y cultural, Glucksmann aclara que si bien la dirección cultural es uno de los ejes que vertebra el planteamiento gramsciano debe tenerse cuidado en no proponer una interpretación idealista de Gramsci. Una interpretación que proponga que lo cultural es el principio de organización social, en la cual se acentúe a tal grado la dirección cultural que se relegue a segundo plano la dirección política y económica, y en la que éstas queden subordinadas a aquélla, en suma que reduzca lo social a lo cultural (reduciendo el socialismo a la revolución cultural,

³⁴ Bobbio, N. et. al., Op. cit. p. 90.

³⁵ Aclaremos que Glucksmann y Bobbio dedican parte de su reflexión a analizar algunas diferencias entre la teoría de la hegemonía leninista y la gramsciana, y que en el texto citado Glucksmann polemiza con otros autores sobre éstas mientras que Bobbio no lo hace. Nosotros sólo señalamos esta coincidencia entre ambos y no pretendemos analizar a fondo esas diferencias porque rebasa los objetivos de nuestra investigación.

³⁶ Ya hemos insistido en la distinción gramsciana entre hegemonía y dominio en otras partes de nuestra investigación tanto en este tercer capítulo como en el primero, por lo cual no consideramos necesario exponerla aquí nuevamente.

como si fuese suficiente con cambiar radicalmente lo cultural para revolucionar lo social).

A nuestro juicio Glucksmann tiene razón en que Gramsci no concede tanto peso a lo cultural como para sostener que el socialismo puede reducirse a la revolución cultural, porque ello contradiría su concepción de la hegemonía como dirección política, cultural y económica y su propuesta de que el socialismo debe forjarse articulando estas tres dimensiones.

Si en alguna idea insiste Gramsci en los **Cuadernos de la cárcel** es en rechazar toda separación de lo político, lo cultural y lo económico ya que el sentido de la hegemonía implica que están interrelacionados. Dicho con otras palabras, una clase o un grupo social es hegemónico si dirige política, cultural y económicamente, lo cual en el capitalismo implica que la burguesía es hegemónica si activa los procedimientos e instituciones políticas, la democracia representativa y los derechos individuales, que son la libertad y la igualdad, si organiza la cultura de las clases subordinadas, incluidas sus concepciones del mundo y sus formas de vidas y si ordena la economía de mercado.

En lo que discrepamos con Glucksmann es en recurrir a la distinción entre interpretaciones idealistas y materialistas de autores marxistas, en este caso de Gramsci.

Consideramos que es una distinción que alude a polémicas que actualmente no contribuyen a analizar las temáticas y las problemáticas en torno a los cuales se teoriza desde el posmarxismo y el posliberalismo lo mismo desde la sociología, la politología y la economía que desde la filosofía, la psicología y la antropología sociales, polémicas que no enriquecen el análisis de la hegemonía en las sociedades globalizadas ya sean capitalistas avanzadas y en vías de desarrollo que socialistas en transición.

4) EL ENFOQUE DE MOUFFE Y LACLAU

4.1 La interpretación de Mouffe sobre Gramsci

En este capítulo de nuestra investigación nos basaremos en la introducción al texto *Gramsci and marxist theory*, en el ensayo titulado *Structure, superstructure and civil society* que forma parte de aquél, ambos de Chantal Mouffe, y en el texto **Hegemonía y estrategia socialista** de Mouffe y Laclau.

Aclarando que en el primer inciso analizaremos las propuestas centrales de la interpretación de Mouffe sobre la concepción gramsciana de la hegemonía, la ideología y la sociedad civil; en el segundo inciso analizaremos sus comentarios críticos en torno a la interpretación de Bobbio sobre el planteamiento gramsciano; y en el último revisaremos los alcances y las limitaciones de este planteamiento desde la perspectiva de Mouffe y Laclau.

Nuestro objetivo es mostrar que el planteamiento gramsciano contiene una concepción que destaca el papel que juegan las ideologías en la constitución de las articulaciones y prácticas hegemónicas, y según la cual los diferentes sujetos hegemónicos para dirigir políticamente requieren dirigir intelectual y moralmente a los demás grupos y clases sociales: una concepción compleja de la hegemonía y de la sociedad civil que demuestra que nuestra hipótesis es correcta. Muestra que estas propuestas del planteamiento gramsciano son rescatables en nuestros días ya que aluden a temas y problemas teóricos que pueden servirnos para analizar críticamente las sociedades actuales.

Empecemos con el primer inciso.

Mouffe sostiene que en el curso del siglo XX han surgido interpretaciones distintas y contradictorias de Gramsci lo mismo desde el marxismo soviético que desde el marxismo europeo, que pueden ubicarse en dos periodos: el temprano y el tardío, y señala como punto de arranque del periodo tardío la conferencia de Cagliari de 1967.

Plantea que en el segundo periodo algunos de los temas y problemas de la teoría marxista han girado, entre la década de los sesentas y los setentas en torno a la propuesta althuseriana y el planteamiento gramsciano y que la influencia del segundo es notoria aún:

"If the history of marxist theory during the 1960s can be characterised by the reign of 'althusserianism', then we have now, without a doubt, entered a new phase: that of 'gramscism'. For some years now we have been witnessing an unprecedented development of interest in the work of Antonio Gramsci and the influence of his thought is already very extensive in several areas of marxist enquiry."³⁷

Una de las propuestas en la interpretación de Mouffe es que la importancia de la concepción teórica gramsciana reside en que la problemática sobre la

³⁷ Mouffe, Ch., et. al., *Gramsci and marxist theory*, Routledge and Kegan, USA, 1983, p.1.

hegemonía, el Estado, la sociedad civil y la ideología ha sido abordada por distintas escuelas marxistas y su vigencia aparece en que abre vetas de investigación para entender las sociedades actuales, tanto si se abordan desde una perspectiva marxista como desde una perspectiva liberal.

La interpretación de Mouffe considera como punto de partida las conclusiones a que han llegado algunas de estas escuelas respecto del planteamiento gramsciano. Aclarando que si algunas de las propuestas que forman parte de él ya han sido superadas en nuestra época es en buena medida porque actualmente para reflexionar en torno a lo social contamos con el psicoanálisis y la lingüística, que han abierto perspectivas teóricas para enriquecer el análisis de las sociedades actuales; y también porque éstas poseen hoy características que no tenían en la época de Gramsci: sostiene entonces que su vigencia reside en áreas problemáticas cuyas posibilidades teóricas no han sido agotadas.

Una de estas áreas gira en torno a la concepción teórica de Gramsci cuyos ejes son la hegemonía, la ideología y la sociedad civil.

La autora está de acuerdo en que Gramsci construye una teoría compleja de la hegemonía que supone su desdoblamiento metodológico en dirección política y cultural ejercidas en la sociedad civil, y distingue dos modos mediante los cuales una clase deviene hegemónica que son el transformismo o gradualismo y la hegemonía expansionista.

El transformismo se refiere a que una clase social obtiene y mantiene la hegemonía incorporando gradual y continuamente a los sujetos activos de los grupos aliados e incluso a quienes forman parte de los grupos antagónicos, que pueden ser individuos y organizaciones civiles. Se convierte en hegemónica mediante una revolución pasiva en la cual obtiene el consenso pasivo, implícito de las clases subalternas que la aceptan porque coopta a sus líderes y a sus movimientos, partidos, sindicatos y organizaciones sociales: integra a las masas mediante un sistema que absorbe y neutraliza sus intereses y proyectos previniendo que se opongan a los suyos.

Por su parte, la hegemonía expansiva se refiere a que una clase social dirige política y culturalmente a las clases subalternas mediante el consenso activo que resulta al adoptar genuinamente los intereses y proyectos de las masas generando una voluntad nacional-popular; expansiva porque tiene la habilidad para articular los intereses de otros grupos sociales a los suyos de tal manera que fomenta su desarrollo completo hasta el punto de resolver las contradicciones que contienen.

Mouffe plantea que los dos aspectos más importantes del planteamiento gramsciano que están aún por estudiarse son cómo la dimensión política, intelectual y moral de la hegemonía se articula con esta voluntad nacional-popular mediante la ideología, y cuáles son los medios a través de los cuales se articulan.

Sostiene que la hegemonía implica la creación de una síntesis elevada de elementos que se fusionan en una voluntad colectiva que se convierte en un sujeto político en tanto se mantenga la hegemonía. Y es mediante la ideología que esta voluntad colectiva se constituye ya que para formarse depende de la creación de la unidad ideológica que opera como factor cohesionador: la

formación de la voluntad colectiva y el ejercicio de la dirección política dependen de la dirección intelectual y moral:

"To account for these two aspects and the way in which they are articulated undoubtedly constitutes the major difficulty to be faced in any study of the conception of hegemony in Gramsci's thought. It is this, moreover, which explains why a comprehensive definition of hegemony has not been established so far despite the abundant literature existing on this subject. In fact, most interpretations unilaterally stress one or the other aspect which gives rise to widely differing and often opposing interpretations according to whether political direction or moral and intellectual direction is stressed."³⁸

Como se señala en la cita, entender que la formación de la voluntad colectiva y la dirección política dependen de la dirección intelectual y moral y del papel de la ideología como elemento cohesionador entre éstas, es una de las mayores dificultades al investigar la concepción de hegemonía en Gramsci y supone analizar su concepción de la ideología.

Mouffe plantea que, según Gramsci la ideología se construye en la superestructura y que la constituyen elementos discursivos y no discursivos mediante los cuales los individuos, los grupos y las clases sociales adquieren conciencia de que dos principios hegemónicos se confrontan y luchan entre sí: los diferentes tipos de sujetos se construyen siempre mediante la ideología a través de campos sociales ideológicamente enmarcados, lo cual significa que la subjetividad se constituye siempre a partir de prácticas ideológico-sociales:

*"La realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimientos, es un hecho de conciencia, un hecho filosófico. En lenguaje crociano cuando se logra introducir una nueva moral conforme a una nueva concepción del mundo, se concluye por introducir también tal concepción, es decir, se determina una completa reforma filosófica."*³⁹

De ambas citas destacamos una propuesta relevante en la interpretación de Mouffe: que en la concepción gramsciana la moral y la concepción del mundo articulan la hegemonía y la ideología *lo cual introduce la practicidad como una de sus características*, ya que la moral por definición organiza prácticamente las relaciones sociales (es un conjunto de normas y hábitos que regulan las acciones de los seres humanos en una sociedad determinada): mediante prácticas morales -no discursivas se introducen concepciones del mundo, elementos ideológicos que influyen en la constitución de los sujetos políticos: el carácter práctico de las ideologías influye en la articulación y rearticulación de los grupos y las clases que se constituyen como sujetos políticos.

Respecto de la relación entre ideología y prácticas sociales, en los dos primeros capítulos de nuestra investigación hemos señalado que en **El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce**, Gramsci analiza la distinción entre filosofía crítica y espontánea. Define filosofía como la concepción del mundo

³⁸ Mouffe, Ch. Op. cit. p. 184.

³⁹ Gramsci, A. **El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce**, México, Juan Pablos ed., 1975, p. 48; el subrayado es nuestro.

conforme a la cual se actúa e insiste en el carácter práctico de la moral, la educación y la cultura y en cómo influye en distintos niveles en la vida de los seres humanos y en sus proyectos, intereses y acciones políticas, en lo que denominamos actualmente el mercado político.

De las notas de este texto en que Gramsci habla de ideología, Mouffe propone que si estamos de acuerdo en que las concepciones del mundo son parte de la ideología, que las concepciones del mundo son la expresión de la vida comunitaria de los diferentes bloques sociales y que están por tanto orgánicamente ligados a éstos; que la ideología organiza a las masas y articula las acciones tanto individuales como colectivas y que es mediante éstas que los seres humanos adquieren las formas de conciencia, podemos inferir que todas las formas de conciencia son políticas porque se relacionan de una u otra forma con los grupos y las clases sociales mediante la ideología.

Basándose en este texto Mouffe sostiene que según Gramsci los grupos y las clases sociales poseen elementos ideológicos, morales, culturales, educativos y religiosos que ordenan y organizan sus acciones. Algunos de éstos son comunes y pueden constituir cadenas de equivalencias para formar sujetos políticos sin que diluyan los elementos ideológicos particulares que los diferencian, sin que diluyan su identidad y su autonomía: los ensamblajes y las prácticas ideológicas abren distintas posibilidades de constitución de sujetos políticos en las sociedades civiles actuales.

Respecto de la relación entre ideología y subjetividad, Mouffe sostiene que la ideología se materializa en prácticas que producen sujetos.

Señalamos al iniciar este capítulo que según Mouffe la hegemonía gramsciana implica la creación de una síntesis elevada de elementos que se fusionan en una voluntad colectiva que puede convertirse en un sujeto político en tanto se mantenga la hegemonía. Y es mediante la ideología que esta voluntad colectiva se constituye ya que para formarse depende de la creación de la unidad ideológica que opera como factor cohesionador.

Esta voluntad colectiva puede convertirse en un sujeto hegemónico si una clase dirige ideológicamente a las demás clases y grupos sociales, lo cual implica que los dirija intelectual y moralmente; que adopte genuinamente sus intereses y sus proyectos sociales de tal manera que fomenta su desarrollo completo hasta el punto de resolver las contradicciones que contienen y que logre que asuman su proyecto social conciente y libremente, lo cual implica que al adoptarlos no los rechace:

"It is through ideology that this collective will is formed since its very existence depends on the creation of ideological unity which serve as 'cement'. This is the key to the indissoluble unity of the two aspects of gramscian hegemony, since the formation of the collective will and the exercise of political leadership depends on the very existence of intellectual and moral leadership."⁴⁰

Mouffe plantea que la hegemonía gramsciana se desdobra en dirección política e intelectual y moral, que están interrelacionadas y destaca que la

⁴⁰ Ibid. p. 184.

dirección política depende de la dirección intelectual y moral, lo cual coincide con la interpretación de Bobbio y Glucksmann.

En la cita Mouffe plantea que el liderazgo político se construye a partir del liderazgo intelectual y moral, esto es, que la dimensión política de la hegemonía se construye a partir de la dimensión intelectual y moral de la ideología. A partir de la cultura, la educación, la moral y las concepciones del mundo, de la sociedad y del ser humano de la clase social que es un sujeto hegemónico o pretende serlo en una sociedad y en un momento histórico determinados: una clase social es un sujeto hegemónico que dirige políticamente si dirige ideológicamente, esto es, intelectual y moralmente a los demás grupos y clases sociales.⁴¹

Un sujeto hegemónico capaz de mantener esta voluntad colectiva ajustándola a la diversidad y la constancia de la movilidad social, capaz de cambiar sus relaciones y sus proyectos con los demás sujetos conforme las combinaciones de eventos y circunstancias que dependen de éstos lo exijan. Que sabe que esta diversidad y movilidad sociales dependen en buena medida de la conciencia y la libertad como elementos organizadores de lo social; dependen de la disposición que tienen los demás sujetos para seguir aceptando la hegemonía de una clase social y de su capacidad para modificar las relaciones de poder al grado de ejercer ellos mismos la hegemonía: la conciencia y la libertad desarticulan y rearticulan permanentemente lo social abriéndolo continuamente e impidiendo que se cierre.

Otra noción que juega un papel importante en la interpretación mouffiana es el carácter material e institucional de la ideología que aparece en Gramsci.

Por un lado, se refiere al papel que juegan los intelectuales como agentes que formulan y difunden las ideologías orgánicas, que pueden ser orgánicas, si se relacionan con alguna de las clases fundamentales o bien tradicionales, si se relacionan con las clases que pertenecen a sociedades anteriores. Su función es elaborar y realizar los cambios intelectuales y morales que contribuyen a que lo social se reproduzca porque coadyuvan a que resuelvan los conflictos que surgen continuamente; pueden ser orgánicas si se relacionan con alguna de las clases fundamentales o bien tradicionales si se relacionan con las clases que pertenecen a sociedades anteriores.

Por otro lado, alude a los mecanismos mediante los cuales se construye y difunde la dimensión intelectual y moral de la ideología que son la literatura, la filosofía, la música, la religión, la pintura, la danza, el cine, la escultura; masificadas mediante las instituciones educativas y los centros culturales y artísticos públicos y privados, básicamente las escuelas, las universidades, los

⁴¹ Mouffe pone el acento en la dirección intelectual y moral de la ideología porque a su juicio hay interpretaciones erróneas de Gramsci, específicamente las de Poulantzas y Luckács que proponen que el ejercicio de la hegemonía en Gramsci depende de la ideología pero sostienen una concepción reduccionista de la ideología según la cual la clase dirigente impone su ideología sobre los grupos sociales aliados, lo cual implica que ejerce la hegemonía mediante el consenso, la aceptación de estos grupos pero basada sólo en la ideología de la clase dirigente, un consenso que no incluye elementos ideológicos de estos grupos e impide que se identifiquen abiertamente con la clase dirigente: el error de ambas interpretaciones es entonces reducir la problemática de la ideología a procedimientos y mecanismos de imposición ideológica, empobreciendo el planteamiento gramsciano.

periódicos, las revistas y los centros de esparcimiento, que en conjunto forman las instituciones, los procedimientos y las normas mediante las cuales una clase social ejerce la dimensión intelectual y moral de la hegemonía.

Ahora bien, Mouffe sostiene que además de lo planteado hasta aquí, la contribución de Gramsci a la teoría marxista de la ideología reside también en cuestionar el reduccionismo de algunos teóricos de su época que sostienen las dos siguientes tesis: 1) que todos los sujetos sociales son sujetos de clase, lo cual supone que sólo las clases son sujetos hegemónicos; y 2) que todos los elementos ideológicos tienen necesariamente carácter de clase, esto es, que son producidos necesariamente por una clase.

La autora aclara que las respuestas de Gramsci a estas preguntas son sólo señalamientos un tanto imprecisos que no desarrolla en ninguno de sus textos, que aluden a problemas en torno a los cuales podemos reflexionar actualmente desde una perspectiva teórica diferente, posestructuralista y deconstructivista en nuestro caso.

Según Mouffe, la crítica de Gramsci a estas concepciones reduccionistas reside en que identifican a los sujetos políticos con las clases sociales, es decir, sostienen que los sujetos políticos son necesariamente una clase, que sólo éstas son sujetos políticos, ya sea la burguesía, la clase media y el proletariado. Esto significa reducir aquéllos a éstas eliminando a los grupos que forman parte de la sociedad civil y que no pertenecen necesariamente a una clase, eliminando entonces las posibilidades de que forjen su autonomía ideológica y política (anulando a los movimientos obreros como el de los consejos que surgió en Turín en la época del autor).

Es necesario matizar esta crítica. Gramsci sostiene que los sujetos políticos son voluntades colectivas formadas por grupos sociales articulados a una clase fundamental, esto es, acepta que estos grupos forman parte de la sociedad civil; pero finalmente sostiene que si aspiran a convertirse en sujetos políticos, que es una condición para ejercer la hegemonía, requieren unirse a una clase: la lucha entre las clases antagónicas constituye el campo en el cual la lucha política se despliega por lo cual los grupos que aspiren a convertirse en hegemónicos deben articularse a ésta.

Ahora bien, según Mouffe sostener esto supone cuestionar también la segunda tesis reduccionista: que la ideología es producida necesariamente por una clase social.

Gramsci propone que los grupos sociales poseen algunos elementos ideológicos propios, es decir, poseen intereses, tradiciones y valores políticos, morales, educativos y culturales particulares que no proceden de una clase fundamental, que les pertenecen a los propios grupos las posiciones que ocupan en la sociedad civil, elementos que para convertirse en hegemónicos necesitan combinarse con la ideología de las clases fundamentales.

En la construcción del socialismo desde el capitalismo corresponde al proletariado elaborar un proyecto ideológico propio definiendo sus ejes y características particulares, contrastarlo con la ideología de la clase dirigente, incorporar genuinamente algunos elementos ideológicos de los grupos al proyecto social hegemónico y rearticular en su discurso algunas propuestas políticas

liberales cercanas al marxismo, específicamente la igualdad, la libertad y la democracia representativa.

Ambas críticas de Gramsci al reduccionismo hay que matizarlas.

A nuestro juicio, lo que cuestiona Gramsci del reduccionismo se aplica a sus propias propuestas porque aún cuando plantea el pluralismo de la sociedad civil y la diversidad ideológica de los grupos sociales que la forman, sostiene que para convertirse en sujetos políticos que aspiren a la hegemonía deben relacionarse con las clases fundamentales, restándoles autonomía y limitando con ello el carácter abierto y precario de lo político y de lo social, determinándolo, de modo que sus propuestas representan un avance en su momento pero no alcanzan a trascender supuestos teóricos que hoy son insostenibles.

De lo que hemos analizado hasta aquí, destacamos el papel que juega la ideología en la interpretación de Mouffe sobre Gramsci como un elemento del que depende la posibilidad de que las clases y los grupos sociales ejerzan la hegemonía y se conviertan en sujetos que pueden dirigir política, intelectual y moralmente a los demás.

Indaguemos ahora cómo pueden cohesionarse ideológicamente grupos y clases sociales diferentes.

Según Mouffe, la respuesta está en la propuesta gramsciana para construir una nueva hegemonía a partir de una reforma intelectual y moral, que consiste en que para forjar un nuevo principio hegemónico una clase social fundamental requiere construir voluntades colectivas que integren a los demás grupos y clases mediante la construcción de concepciones del mundo que operen como elementos unificadores que transformen a la clase y a sus aliados en un nuevo ser humano.

Esta hegemonía basada en voluntades colectivas forjadas mediante reformas intelectuales y morales, empieza por transformar las ideologías dominantes rearticulando los elementos ideológicos ya existentes en el capitalismo con el objetivo de generar nuevas ideologías.

Poniendo el acento en que para Gramsci, esta transformación no consiste en rechazar por principio el sistema ideológico establecido y sus elementos, sino en reconstituirlo, filtrándolo de modo que se preserven sus elementos básicos y contrastándolo con las concepciones del mundo pasadas para analizar cuáles, cambiándoles algunos de sus contenidos, son capaces de explicar la situación nueva. No se trata entonces de que el proletariado intente eliminar totalmente la ideología burguesa sino de que encuentre en ésta y las anteriores lo que es rescatable para incorporarlo a la ideología socialista, por ejemplo la democracia liberal y los ideales humanistas que contiene.

La selección de estos elementos que pueden ser rearticulados en un nuevo sistema ideológico transcurre en el curso de un proceso de largo aliento en el que participan los intelectuales ligados al proletariado y las masas socializando la educación, la moral y la cultura.

Para entender mejor estas propuestas es preciso responder dos preguntas: ¿cuál es el principio unificador de un sistema ideológico?, y ¿cómo puede determinarse el carácter de clase de los elementos ideológicos?

Aclarando que según Mouffe las respuestas de Gramsci sólo son señalamientos un tanto imprecisos que no desarrolla en ninguno de sus textos por lo que las conclusiones que derivemos de éstas son tentativas.

Respecto de la primera pregunta la respuesta de Gramsci es que un principio hegemónico es aquél que unifica los elementos ideológicos que provienen de distintas fuentes, de las diferentes clases y grupos sociales en una voluntad colectiva que procede siempre de la clase hegemónica y que es la concepción del mundo común construida por ésta.

Este principio hegemónico está constituido por un sistema de valores cuyos ejes son la cultura, la moral y la educación, esto es, las costumbres, los valores, las normas y los ideales que forman el 'mundo de vida' en el que se reconocen e identifican los sujetos. La dirección intelectual y moral ejercida por la clase fundamental en un sistema hegemónico consiste en proveer la concepción del mundo común, que es el sistema de valores y que opera como el principio articulador al cual se incorporan los elementos ideológicos de otros grupos y clases formando un sistema ideológico homogéneo:

"Thus the intellectual and moral direction exercised by a a-fundamental class in a hegemonic system consists in providing the articulating principle of the common world-view, the value system to which the ideological elements coming from the other groups will be articulated in order to form a unified ideological system, that is to say an organic ideology."⁴²

De aquí, Mouffe infiere que en Gramsci la transformación ideológica es un proceso de desarticulación y rearticulación de elementos ideológicos entre dos principios hegemónicos que luchan por apropiárselos y en el cual las relaciones de fuerza que cambian permanentemente juegan un papel central. Por esto la lucha ideológica entre ambos principios es entre concepciones del mundo que luchan por apropiarse de los elementos culturales, educativos y morales de los sujetos que constituyen la sociedad civil: el principio unificador de un sistema ideológico es el principio hegemónico que proviene de una clase fundamental y articula los elementos ideológicos que proceden de los diferentes grupos y clases sociales.

Respecto de la segunda pregunta, la respuesta es que los elementos ideológicos que no tienen carácter de clase por sí mismos lo adquieren articulándose a uno de los principios hegemónicos, y por ello pueden ser transformados al enlazarse a un principio hegemónico diferente: el carácter de clase de una ideología o de los elementos ideológicos que provienen de los grupos sociales se deriva del principio hegemónico que los articula.

En este sentido, la ideología se materializa en prácticas que pueden transformar el carácter de clase de los elementos ideológicos, al articularlos a un principio hegemónico diferente de aquél al cual están ligados, en un contexto social y un momento histórico determinados, lo cual supone que estos elementos no expresan intereses de clase por sí mismos, no tienen carácter de clase por sí mismos sino que les es conferido por el discurso al cual se enlazan y por el tipo de sujeto producido.

⁴² Ibid. p. 193.

Finalmente en el marco de la propuesta gramsciana para forjar una nueva hegemonía e ir construyendo paulatinamente el socialismo, y relacionada con la desarticulación y rearticulación de elementos ideológicos que obedece a la lucha entre los principios hegemónicos por apropiárselos, Mouffe destaca otra idea que ya hemos analizado en nuestra investigación que es lo que denomina Gramsci la guerra de posición.

La guerra de posición consiste en que el proletariado debe desintegrar la base histórica en que descansa la hegemonía burguesa desarticulando el sistema ideológico que integra a los grupos que la forman, rearticulándolos en un nuevo sistema ideológico a partir del cual construye una hegemonía basada en una nueva base histórica, basada en la reconstrucción de la sociedad civil.

Considerando que para rearticularlos requiere proveer la concepción del mundo común que es el sistema de valores, que opera como el principio articulador al cual se incorporan los elementos ideológicos de otros grupos y clases, formando un sistema ideológico homogéneo que genera una nueva voluntad colectiva.

La guerra de posición es, entonces el proceso de lucha ideológica mediante el cual las clases fundamentales intentan apropiarse de los elementos ideológicos que provienen de los grupos sociales, y que no tienen procedencia de clase, para integrarlos en un sistema ideológico que los articula en torno a sus respectivos principios hegemónicos.

Ahora bien, Mouffe destaca que una de las limitaciones del planteamiento gramsciano es sostener que hay principios hegemónicos ligados a las clases sociales fundamentales, a los que deben articularse los elementos ideológicos de los distintos grupos que constituyen la sociedad civil.

Debemos aclarar esta afirmación de Mouffe. Una limitación de la concepción gramsciana es sostener que los grupos, como miembros de la sociedad civil pueden actuar políticamente de diferentes formas, y que si aspiran a convertirse en hegemónicos deben articularse a alguna de las clases fundamentales, deben unirse a las luchas políticas e ideológicas que despliegan las clases antagónicas porque la lucha entre éstas constituye el nivel determinante de las luchas por la hegemonía.

Esto es cuestionable porque si los distintos grupos sociales que se cohesionan mediante la ideología deben unirse necesariamente en torno a una clase fundamental, entonces su autonomía y su identidad se limitan, cerrando la sociedad civil, esto es, limitando su diversidad: si estos grupos requieren de las clases para formar parte de los sujetos hegemónicos (porque éstas proveen el principio hegemónico), entonces se reducen las posibilidades de que construyan su autonomía y su identidad política, cultural, educativa y moral independientemente de las clases sociales, limitando la pluralidad de la sociedad civil, cerrándola.

Lo que hemos analizado hasta aquí muestra que para Mouffe la ideología es una parte medular en la construcción de la hegemonía y del socialismo en el planteamiento gramsciano, destacando que su eficacia depende tanto de la conjunción de elementos históricos y sociales como del tipo de crisis y el

desarrollo económico que caracterizan a las sociedades donde pretende construirse, algo que en el ensayo sólo señala sin desarrollarlo.

4.2 La crítica de Mouffe a Bobbio

En este inciso del capítulo nuestro objetivo es analizar qué cuestiona Mouffe de la interpretación que hace Bobbio sobre el planteamiento gramsciano, basándonos en lo que analizamos de Mouffe en el punto anterior de este capítulo y de Bobbio en el capítulo anterior.

Ahora bien, para nosotros en la segunda mitad de nuestro siglo se han extendido las posturas teóricas que reconocen la influencia del marxismo en su discurso, que interpretan desde perspectivas distintas el planteamiento gramsciano y que coinciden en algunos puntos medulares como en el caso de Bobbio y Mouffe.

Iniciando el cuarto capítulo señalamos que Mouffe divide el marxismo en el siglo XX en dos periodos, el temprano y el tardío, y señala como punto de arranque del segundo y como otra etapa en la influencia de Gramsci en la teoría política marxista la conferencia de Cagliari de 1967, específicamente la intervención de Norberto Bobbio, 'Gramsci y la concepción de la sociedad civil'.

Ubica a Bobbio como un autor que relaciona el pensamiento democrático liberal con el planteamiento gramsciano y se ocupa de él por dos razones: la influencia que tiene aún hoy su interpretación de Gramsci y porque coincide y disiente de ésta en puntos medulares.

Esto indica la importancia que Mouffe confiere a Bobbio como un autor a partir del cual se abre el camino a las lecturas superestructuralistas de Gramsci, que coinciden en que es un teórico marxista cuya aportación principal es romper con el determinismo económico de Marx y con el autoritarismo de Lenin, y en insistir en el papel que juegan la voluntad, la libertad, la cultura y la moral en la construcción de la hegemonía y de la sociedad civil.

Mouffe coincide, con algunos matices en que una aportación importante de Gramsci reside en la segunda idea y sostiene, apoyándose en B. de Giovanni que:

*"a fundamental element of Bobbio's approach required the presentation of Gramsci's thought as profoundly inscribed within the tradition of Western political philosophy and the establishment of a determinant relation with the highest points of idealist culture from Hegel to Croce. Gramsci was thereby reduced to a chapter in modern political philosophy and all the elements of his thought which represented a break with this tradition were ignored."*⁴³

Como aparece en la cita Mouffe, sostiene que una característica central en la interpretación que hace Bobbio del planteamiento gramsciano es que requiere inscribirlo profundamente en la tradición de la filosofía política occidental, y

⁴³ Mouffe, Ch., et.al., *Introducción a Gramsci and marxist theory*, Routledge and Kegan, USA, 1983, p. 3; el subrayado es nuestro.

relacionarlo con los temas y los problemas principales de la filosofía idealista que va de Hegel a Croce, relegando los elementos de su planteamiento que representan una ruptura con esta tradición.

El problema con la interpretación de Bobbio es que, al ignorar algunos de estos elementos que juegan un papel relevante en el planteamiento gramsciano, lo limita porque lo enmarca solamente bajo los parámetros teóricos propios de la filosofía idealista.

A su juicio, es imposible entender la importancia que tienen para la teoría política marxista los temas y los problemas analizados por Gramsci si no se relacionan con su práctica política y si no se ubican en el contexto teórico y político de los movimientos y las luchas de los trabajadores realizadas en las primeras décadas de nuestro siglo (sin que ello implique plantear que se limitan al contexto histórico y social italiano).

Analicemos si esta crítica de Mouffe está fundamentada, considerando lo que planteamos sobre Bobbio en el tercer capítulo de nuestra investigación.

En el texto que analizamos, Bobbio plantea que las principales aportaciones de Gramsci a la teoría marxista son la doble dicotomía que propone entre estructura y superestructura, en la que se acentúa la importancia de la superestructura en la construcción de la hegemonía y de la sociedad civil, y en el plano superestructural, la dicotomía entre la dirección política y la ético-cultural, el plantear que la dirección política depende de la dirección ético-cultural, y el conjugar ambas dicotomías constantemente en su planteamiento elaborando una teoría compleja que enriquece dicha teoría.

Para sustentar que estas son las aportaciones de Gramsci, Bobbio las contrasta con las propuestas que elaboran Hegel y Marx sobre los mismos temas y problemas.

Mouffe tiene razón en que, en este texto de Bobbio no se encuentra alguna parte en que afirme que la práctica política de Gramsci y el contexto teórico y político en el que formula su planteamiento tienen un peso significativo en su interpretación, sólo señala sin abundar al respecto que fue un dirigente político cuyo peso tuvo alguna relevancia en los años previos al surgimiento del fascismo.

En este sentido, tiene razón en que Bobbio los relega no porque los desconozca, sino porque su objetivo es mostrar las diferencias de Gramsci tanto con Hegel como con Marx que a su juicio representan su contribución a la teoría marxista.

En efecto, la mayor parte del texto de Bobbio busca demostrar que, por un lado el analizar la dicotomía entre estructura y superestructura y poner el acento en que los procesos, las normas y las instituciones superestructurales modifican los mecanismos e instituciones económicas, representa en Gramsci una aportación que enriquece al marxismo, y por otro lado el destacar el momento ético-cultural de la hegemonía como un elemento que caracteriza la concepción

gramsciana de la sociedad civil, enriquece lo que proponen Marx y Hegel al respecto.⁴⁴

Es cierto lo que sostiene Mouffe en la cita, de que la interpretación de Bobbio requiere inscribir la propuesta gramsciana en la temática y la problemática propias de la filosofía idealista ubicada entre Hegel y Croce, aclarando que el planteamiento de Marx no lo podemos considerar como parte de esta filosofía.

Otro aspecto de la crítica de Mouffe a la interpretación de Bobbio, es que insiste a tal grado en la preeminencia que tiene la superestructura sobre la estructura y en la dimensión ética del momento ético-cultural de la hegemonía, donde la voluntad y la libertad de los individuos, los grupos y las clases sociales ocupan el papel central, que le confiere a la superestructura una autonomía casi total respecto de la estructura, lo económico como si fuera el factor determinante y subordinante en lo social, lo cual implicaría que para Gramsci la construcción del socialismo gira en torno a la superestructura e implicaría que la revolución ético-cultural es su eje principal.

Por esto, si bien es cierto que Mouffe coincide con Bobbio en que la dimensión intelectual y moral de la hegemonía ocupa un lugar medular en el planteamiento gramsciano, lo cual implica que no puede reducirse la hegemonía a la dirección política, disiente de él en asignarle una función subordinante y una autonomía casi total respecto de lo político y lo económico, razón por la cual Mouffe afirma que Bobbio propone una interpretación un tanto idealista de Gramsci.

Si bien consideramos que este aspecto de la crítica de Mouffe a Bobbio está fundamentado, hay que hacer dos aclaraciones al respecto defendiendo la interpretación de este último.

La primera es que las interpretaciones de Mouffe y Bobbio sobre Gramsci forman parte del marxismo crítico y que, aún cuando representan enfoques muy diferentes, uno deconstructivista y posestructuralista y el otro hegeliano-marxista, están de acuerdo en que un grave error de la teoría marxista en nuestro siglo es confundir materialismo con determinismo economicista.

En los textos de Bobbio y Mouffe que hemos trabajado en nuestra investigación, notamos que sus interpretaciones sobre el marxismo en general y sobre Gramsci en particular parten de supuestos teóricos que rescatan la dimensión superestructural del socialismo y de la revolución, insisten en que son interpretaciones alternativas que, en la segunda mitad de nuestro siglo intentan alejarse de aquellas interpretaciones marxistas, comunes en nuestro siglo, que confunden el materialismo con el determinismo economicista y etiquetan como reformismo al marxismo crítico del cual forman parte, pero que más bien son economicistas y deterministas, esto es, sostienen que la estructura, la economía es el principio de organización en cualquier sociedad y que en la primera etapa del socialismo lo principal es revolucionar la economía mediante el Estado y el

⁴⁴ Aclaremos que no abundamos sobre éstas diferencias porque, como señalamos al iniciar el tercer capítulo, las comparaciones que establece Bobbio entre Gramsci, Hegel y Marx y la problemática que elabora en torno a éstas, no las analizamos porque rebasan los objetivos de nuestra investigación.

partido comunista, ampliar lo público y reducir lo privado, limitando la sociedad civil y relegar la dimensión política, ética y cultural del socialismo.

La segunda aclaración es que, para nosotros la interpretación de Bobbio sobre Gramsci no es economicista ni determinista, y tiene razón en proponer una interpretación superestructural del planteamiento gramsciano porque señala problemáticas que ni Gramsci ni otros autores marxistas desarrollan teóricamente lo suficiente, y que son útiles para analizar cómo se constituyen actualmente las hegemonías en una sociedad civil en la que han se han multiplicado los sujetos que pueden convertirse en dirigentes, y las formas de organización y de acción políticas, éticas y culturales alternativas, y en un momento histórico en que coinciden la descomposición del socialismo y la consolidación del capitalismo en el mundo.

Por otra parte, para nosotros un matiz importante entre Bobbio y Mouffe es que él no propone una interpretación idealista de Gramsci mientras que ella sí defiende una interpretación materialista de Gramsci, esto es, propone que para el materialismo la construcción de la hegemonía en la sociedad civil *supone que los sujetos hegemónicos dirigen intelectual y moralmente y que además dirigen política y económicamente en la sociedad civil*, un supuesto según el cual lo político, lo intelectual, lo ético y lo económico se interrelacionan, son elementos incluyentes y que tienen el mismo peso en lo social de tal suerte que ninguno determina mecánica y unidimensionalmente a los demás, como lo sostiene el determinismo economicista.

Mouffe sostiene que los sistemas ideológicos son influidos por la estructura de distintas maneras, y que ésta es un sistema abierto y autónomo cuya complejidad proviene de la diversidad de los procesos y las normas que lo constituyen y de que cambian continuamente. Si esta concepción de la estructura, de lo económico, tiene un peso teórico medular en el marxismo, si el planteamiento gramsciano forma parte del marxismo y si en los **Cuadernos de la Cárcel** el propio Gramsci reconoce que la estructura es una pieza teórica importante, ¿por qué Bobbio la relega, por qué no le da la importancia que tiene?

Lo que hace Mouffe es precisar que en el planteamiento gramsciano la ideología forma parte de la superestructura, que se materializa en prácticas que producen sujetos políticos y voluntades colectivas, que es un elemento medular de la hegemonía *y que posee una autonomía relativa respecto de la estructura pero no casi total como se desprende de la interpretación de Bobbio*, una autonomía cuya complejidad también procede de la diversidad de los procesos y las normas que la constituyen y de su movilidad permanente, por lo cual influye de distintas maneras en la estructura, lo económico y en las demás dimensiones de lo social y también es influida por éstas.

Si unimos este aspecto de la crítica que hace Mouffe con el que señalamos en páginas anteriores, preguntaríamos ¿cuáles son los argumentos de Bobbio para no dar a lo económico, al contexto teórico y político y al liderazgo político de Gramsci la importancia que tienen en su planteamiento?, ¿por qué estos elementos no tienen el mismo peso teórico en la interpretación de Bobbio que las

diferencias entre Hegel, Marx y Gramsci?, ¿por qué no forman parte de la aportación teórica de Gramsci al marxismo? ⁴⁵

Finalmente, para nuestra investigación es importante que estas coincidencias y estos matices que hay entre las interpretaciones de Bobbio y de Mouffe sobre Gramsci enriquecen su planteamiento, y sustentan nuestra idea de que contiene una teoría política compleja, lo enriquecen porque como hemos visto en nuestra investigación lo analizan críticamente, seleccionando cuáles de sus propuestas son rescatables para reflexionar sobre las sociedades actuales, ya sean capitalistas o socialistas en descomposición, independientemente de si sus interpretaciones son idealistas o materialistas.

4.3 La propuesta de Mouffe y Laclau: los alcances y las limitaciones del planteamiento gramsciano

Corresponde ahora indagar desde la perspectiva de Mouffe y Laclau, cuáles son los alcances del planteamiento gramsciano para analizar las sociedades actuales, cuáles de las tesis gramscianas que hemos desarrollado en nuestra investigación son útiles para analizar las sociedades actuales, ya sean capitalistas avanzadas, en vías de desarrollo o socialistas en transición en una época que se considera ya el inicio de un nuevo milenio.

Para hacerlo retomaremos las principales tesis de Mouffe analizadas en el primer inciso de este capítulo, y de Mouffe y Laclau analizadas en los dos primeros capítulos de la investigación.

Empecemos con una propuesta de Mouffe y Laclau, con la cual caracterizan en general a las sociedades en las últimas décadas del siglo XX, que es la politización de la sociedad civil.

En estas décadas, el poder se ha expandido del ámbito de las relaciones políticas tradicionales, donde el individuo es considerado en su papel de ciudadano, a la esfera de las relaciones donde el individuo es considerado en la pluralidad de sus funciones específicas, como empresario y trabajador, como maestro y estudiante, como productor y consumidor, por mencionar algunas.

Esto obedece, en cierta medida a que se ha mezclado la democracia representativa, que consiste en organizar las relaciones políticas de tal manera que las deliberaciones y decisiones que involucran a la colectividad no son tomadas directamente por los interesados, sino por individuos elegidos para hacerlo, distribuyéndose la representatividad entre el ejecutivo, el parlamento y los congresos locales, con la democracia directa, que consiste en que las deliberaciones que afectan a la colectividad recaen en los propios individuos, que reunidos constituyen voluntades colectivas en quienes reside el poder para

⁴⁵ Aclarando que Bobbio sí tiene presente el papel que juega la estructura, lo económico en el marxismo, como lo señalamos al iniciar el tercer capítulo de nuestra investigación que inicia con la dicotomía entre exestructura y superestructura.

proponer y decidir sobre las cuestiones públicas y privadas que afectan a todos, siendo la asamblea y el referéndum sus mecanismos principales.

Se trata de la transición de la democracia política que, según Mouffe y Laclau ocupó hasta principios de siglo las 'grandes y pequeñas sociedades políticas' representadas por las formas de organización y acción políticas tradicionales, a la democracia social, que implica la extensión de los poderes tradicionales al campo de la sociedad civil en sus distintas articulaciones, generando la expansión de sujetos, ideologías y de movimientos y frentes alternativos, cuya legitimidad y presencia representa un contrapeso al poder de estas sociedades políticas.

En este sentido, la politización de la sociedad civil consiste en que han aumentado y se han consolidado paulatinamente las posibilidades de que los grupos sociales se constituyan como sujetos políticos que ofrecen distintas alternativas ideológicas, que pueden generar las condiciones para ejercer la hegemonía y cuya característica común es que han producido formas de organización y de acción políticas autónomas y alternativas a las tradicionales.

Estos sujetos politizan la sociedad civil porque son capaces de aprovechar al máximo las ventajas y los beneficios que la política tradicional les ofrece, para concretar algunos de los proyectos y demandas de los grupos y las clases que los forman, y al mismo tiempo consolidar los lazos políticos que los unen y forjar espacios ideológicos comunes que preserven su identidad y con ello su legitimidad y su autoridad, durante un periodo determinado de tiempo.

Politizan la sociedad civil porque activan procesos, normas y movimientos autónomos y nuevos mediante los cuales conjugan los proyectos, las demandas y los intereses de los grupos y las clases, mediante acuerdos y coincidencias ideológicas que logran mantener su identidad y su autonomía y que al mismo tiempo los cohesionan.

De esta manera, obtienen una doble ventaja: mientras se mantengan los factores que los cohesionan, estos sujetos aumentan su legitimidad y su autoridad políticas y consolidan los elementos ideológicos que los unen, y como estos factores pueden alterarse, conservan las posibilidades de rearticularse y constituir otros sujetos políticos bajo condiciones diferentes porque su identidad y su autonomía ideológicas no desaparecen, sino que se mantienen.

Ahora bien, otra propuesta de Mouffe y Laclau ligada con la politización de la sociedad civil es sobre la nueva izquierda.

Aclarando que a partir de este capítulo y en los siguientes, usaremos el término nueva izquierda, como lo hacen Mouffe y Laclau para referirnos a muchas posibles izquierdas que pueden constituirse como sujetos políticos en sus sociedades, siendo uno de los puntos de referencia para ubicarlas las posiciones políticas e ideológicas de la nueva derecha, que alude también a muchas posibles derechas que están constituyéndose y ganando terreno actualmente en el mundo.

Ambos autores sostienen que como consecuencia de la politización de la sociedad civil actualmente hay muchas posibles izquierdas, no la 'izquierda mundial', posibles izquierdas que son posibles sujetos políticos cuyo reto es ser capaces de integrar a grupos y clases sociales con proyectos e intereses

diferentes, bajo un discurso y una práctica similares cuyos ejes son radicalizar la democracia, la libertad, la igualdad y reconstituir lo social, como un paso que abre la posibilidad de generar nuevas articulaciones y prácticas hegemónicas.

Según Mouffe y Laclau, se cancela como opción el discurso de la 'izquierda mundial' que sostiene que la izquierda es el núcleo político central en torno al cual giran todos aquellos grupos y clases cuyo objetivo es construir el socialismo: un sujeto político único que impone sus lineamientos y sus propuestas y que engulle a quienes se relacionan con él. Se cancela esta opción porque a su juicio lo que ha estallado en nuestros días, tanto teórica como prácticamente es la idea y la realidad misma de un espacio único de constitución de lo político.

Se trata de convertir a la izquierda en nuevos sujetos políticos que aprovechen la politización de la sociedad realizada en la segunda mitad de este siglo, que obtenga legitimidad y autoridad a partir de las formas de organización y de acción políticas tradicionales y nuevas, a partir tanto de la democracia representativa, la división de poderes, el sistema de partidos como de los movimientos y frentes alternativos, bajo condiciones que se han vuelto adversas debido a la descomposición del socialismo desde la década de los 80's y que continúan siéndolo.

Ambos autores sostienen que:

"A lo que estamos asistiendo es a una politización mucho más radical que nada que hayamos conocido en el pasado, porque ella tiende a disolver la distinción entre lo público y lo privado, no en términos de una invasión de lo privado por un espacio público unificado, sino en *términos de una proliferación de espacios políticos radicalmente nuevos y diferentes. Estamos, pues, enfrentados a la emergencia de un pluralismo de los sujetos*, cuyas formas de constitución y diversidad sólo es posible pensar si se deja atrás la categoría de 'sujeto' como esencia unificada y unificante."⁴⁶

Debido a la descomposición del socialismo en Europa oriental y Asia y a la consolidación del capitalismo a nivel mundial, las posibilidades de forjar una nueva izquierda residen en parte en que se ajuste a una sociedad civil caracterizada por la pluralidad política e ideológica, pluralidad entendida como la diversidad de opciones que tienen los grupos y las clases para constituirse como sujetos políticos autónomos y la capacidad para modificarlas.

Ahora bien, relacionando estas propuestas con la interpretación de Mouffe sobre el planteamiento gramsciano podemos indagar cuáles son sus alcances para analizar las sociedades actuales, que es uno de los objetivos de este capítulo.

La nueva izquierda son sujetos políticos capaces de cohesionar paulatinamente a los grupos y las clases rearticulándolos ideológicamente, integrando algunos de los principales elementos del marxismo y del liberalismo en un discurso común para reunir gradualmente las condiciones en que pueda ejercer la hegemonía.

⁴⁶ Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemonía y estrategia socialista*, España, s.XXI, 1985, p.204; el subrayado es nuestro.

Mouffe plantea que para Gramsci, la construcción de un nuevo sujeto político, en este caso la nueva izquierda supone la transformación ideológica que empieza por reconstituir el sistema ideológico establecido, el liberalismo, filtrándolo de modo que se preserven algunos de sus elementos básicos y seleccionando también los contenidos de las concepciones del mundo pasadas, para analizar cuáles son rescatables y conjugarlos con los elementos de la ideología marxista con el objetivo de forjar nuevos sistemas ideológicos y nuevas voluntades colectivas.⁴⁷

He aquí por qué Gramsci es rescatable actualmente, son los alcances de sus propuestas.

Para que la nueva izquierda aspire a ejercer la hegemonía requiere dirigir política, intelectual y moralmente a los grupos y las clases sociales que se constituyen como sujetos políticos, bajo un discurso que adopte genuinamente sus intereses y proyectos de tal manera que fomenta su desarrollo completo hasta el punto de resolver las contradicciones que contienen, para lo cual requiere proponer algunos elementos ideológicos que operen como cadenas de equivalencias que a las cuales se integren los elementos ideológicos de los grupos y las clases.

Y para constituir sujetos políticos que adopten genuinamente estos intereses y proyectos, es necesario considerar que los grupos sociales poseen su propia identidad y autonomía, esto es, que son capaces de elaborar sus propios proyectos e intereses ideológicos, culturales y morales que les confieren independencia política respecto de otros sujetos, de modo que no requieren relacionarse necesariamente con éstos para constituirse como sujetos.

Estos sujetos que actúan como voluntades colectivas capaces de formarse y mantenerse como la expresión política de sistemas hegemónicos construidos a través de la ideología, luchan por la hegemonía compitiendo con otros sujetos también autónomos que buscan apropiarse de los elementos ideológicos de los grupos sociales para construir lo social sobre bases distintas.

Aclarando que según Mouffe, para Gramsci los sujetos políticos no son necesariamente clases sociales sino voluntades colectivas que están formadas por un conglomerado de grupos unidos en torno a una clase fundamental. De tal suerte que si la lucha entre clases antagónicas constituye el campo en el cual la lucha política se despliega, entonces la lucha de los demás grupos en una sociedad debe articularse a ésta. En este sentido, estos grupos representan la

⁴⁷ Mouffe y Laclau coinciden en que debido a las condiciones actuales la izquierda no puede relegar el liberalismo, esto es, la democracia, los derechos individuales y los ideales humanistas ni pretender eliminarlos, sino acentuar las consecuencias positivas que puede producir, una de las cuales es representar un contrapeso al rápido crecimiento de la nueva derecha que es una reacción conservadora que presenta un cariz hegemónico actualmente. El liberalismo conservador pretende construir nuevas articulaciones hegemónicas a partir del pluralismo de sujetos mediante un discurso que enfatiza el individualismo y el carácter negativo de la libertad y que ha ganado terreno en los últimos años en el mundo. Mouffe tiene razón en que este fenómeno obliga a la izquierda a sacar el mayor provecho posible de las opciones que el liberalismo progresista le ofrece y en que no hacerlo es un grave error considerando que existen otros elementos que le son adversos.

base histórica de los sujetos que aspiran a la hegemonía y es en este campo que las luchas se define una vez que se constituyen como voluntades colectivas.

Destacando el peso que tiene la transformación ideológica en la formación de la nueva izquierda, entendida como un proceso de desarticulación y rearticulación de elementos ideológicos entre quienes aspiran a la hegemonía y que luchan por apropiárselos, y en el cual las relaciones de fuerza que cambian permanentemente juegan un papel central, una lucha ideológica desplegada entre concepciones del mundo abiertas que cambian continuamente.

Ahora bien, estas propuestas sobre la hegemonía, la ideología, los sujetos y la sociedad civil que destaca Mouffe del planteamiento gramsciano, representan uno de sus aspectos rescatables para analizar las sociedades actuales, ya que son útiles para entender qué alternativas tiene hoy la izquierda en condiciones histórico-sociales que no fomentan su permanencia ni su expansión en el escenario mundial y que le son adversas.

Son propuestas que enriquecen la teoría marxista y abren perspectivas teóricas y prácticas para que la nueva izquierda obtenga el mayor provecho posible de la proliferación de espacios y sujetos políticos radicalmente diferentes que caracterizan las sociedades hoy, con las que puede analizar y enfrentar las condiciones adversas que hacen más difícil y lento unificar ideológicamente a los grupos y las clases bajo un discurso común que abra las posibilidades de construir nuevas articulaciones hegemónicas.

"It is in fact quite remarkable to see the extraordinary way in which some contemporary research -such as that of Foucault or Derrida which brings out a completely new conception of politics- converges with Gramsci's thought, and having recognised the anti-reductionist character of his thought I do not think to hazardous to predict that the topicality of Gramsci's work and his influence will go on increasing in the future."⁴⁸

Destacando que los alcances de estas propuestas se deben tanto al enfoque del propio Gramsci en los **Cuadernos de la cárcel** como al análisis deconstructivista y posestructuralista con el cual Mouffe y Laclau los interpretan.

Coincidimos con Mouffe y Laclau en que es una tarea compleja que la nueva izquierda, las nuevas izquierdas se conviertan en sujetos que integren a los grupos y las clases como voluntades colectivas bajo discursos que incorporen genuinamente sus proyectos e intereses, discursos que los articulen bajo concepciones del mundo y sistemas de valores que los unifique ideológicamente, como una condición imprescindible para generar nuevas articulaciones hegemónicas, y es imposible que lo logren si no consideran la proliferación de espacios políticos, las formas de organización y de acción políticas autónomas y alternativas a las tradicionales y el pluralismo de los sujetos nuevos y diferentes, característicos de las sociedades actuales.

A nuestro juicio, si esta proliferación y pluralismo que caracteriza la politización de las sociedades actuales es relegada, no es posible que la nueva izquierda aspire a forjar paulatinamente con otros sujetos políticos las condiciones

⁴⁸ Mouffe, Ch., et.al., *Estructura, superestructura y sociedad civil en Gramsci and marxist theory*, Routledge and Kegan, USA, 1983, p. 201.

bajo las cuales puedan en el futuro recomponer la base histórica en que descansa la hegemonía establecida, desarticulando el sistema ideológico que integra a los grupos que la forman y rearticulándolo en nuevos sistemas ideológicos a partir de los cuales construyan lo social sobre bases distintas.

No es posible debido a la descomposición del socialismo en Europa oriental y Asia y la consolidación del capitalismo a nivel mundial, lo cual obliga a estas nuevas izquierdas a que se acoplen a una sociedad caracterizada por la pluralidad política e ideológica, y las obliga también a cancelar el discurso de una sola izquierda que formule los lineamientos a seguir para transformar la sociedad.

Corresponde ahora analizar, cuáles son las limitaciones del planteamiento gramsciano de acuerdo con la interpretación laclau-mouffiana, considerando como ejes teóricos sus propuestas sobre la nueva izquierda y la politización de la sociedad en nuestros días.

Como señalan Laclau y Mouffe, hay vestigios de esencialismo en el planteamiento gramsciano porque propone ideas que operan como principios de organización social a partir de los cuales se activan los procesos, las normas y las instituciones que ensamblan lo social, que vertebran las diferentes-dimensiones de lo social:

“De lo anterior resulta claro que nos apartamos de la concepción gramsciana en dos puntos claves: en cuanto al plano de constitución de los sujetos hegemónicos -para Gramsci éste es, necesariamente, el plano de las clases fundamentales-; y en cuanto a la unicidad del centro hegemónico - para Gramsci, excepto durante los interregnos constituidos por las crisis orgánicas, toda formación social se estructura en torno a un centro hegemónico. Estos son los dos elementos finales de esencialismo que permanecen en el pensamiento gramsciano.”⁴⁹

Respecto de los sujetos hegemónicos y las clases sociales, hemos visto que Gramsci sí plantea la centralidad de las clases sociales y del antagonismo entre ellas, entre la burguesía y el proletariado lo cual tiene implicaciones teóricas respecto de la hegemonía, la ideología y la sociedad civil.

Encontramos en la interpretación de Mouffe sobre Gramsci y en los textos de Gramsci, que la lucha ideológica es un proceso de desarticulación y rearticulación de elementos ideológicos *entre dos principios hegemónicos, ligados a una clase social* que luchan por apropiárselos, que los sujetos políticos no son necesariamente clases sociales sino *voluntades colectivas que están formadas por un conglomerado de grupos unidos en torno a una clase fundamental* de tal suerte que si la lucha entre las clases antagónicas constituye el campo en el cual la lucha política se despliega entonces la lucha de los demás grupos en la sociedad civil debe articularse a ésta, y que *el principio unificador de un sistema ideológico es el principio hegemónico que proviene de una clase fundamental* y articula los elementos ideológicos que proceden de los diferentes grupos y clases sociales.

Entonces las clases sociales tienen un carácter fundacional porque articulan los sistemas hegemónicos e ideológicos, los sujetos y las voluntades

⁴⁹ Op. cit. pp. 158-159.

colectivas como elementos constitutivos de la sociedad civil, son uno de los ejes que vertebra la sociedad civil.

Lo criticable de Gramsci al plantear que el plano de la constitución de los sujetos hegemónicos es necesariamente el plano de las clases sociales es que tiende a cerrar lo social.

Si los grupos sociales constituidos como voluntades colectivas a partir de la ideología, si los distintos grupos sociales constituidos como sujetos que se cohesionan mediante la ideología deben unirse necesariamente en torno a una clase fundamental, entonces su autonomía y su identidad se reducen limitando la diversidad de la sociedad civil: si estos grupos requieren de las clases para formar parte de los sujetos hegemónicos (porque éstas proveen el principio hegemónico), entonces se reducen las posibilidades de que tengan cierta autonomía e identidad política, intelectual y moral, independientemente de las clases sociales, cerrando la pluralidad de la sociedad civil y las posibilidades de que continúe politizándose.

Respecto del segundo elemento de esencialismo en el planteamiento gramsciano, encontramos que también el antagonismo entre las clases sociales tiene un carácter fundacional.

Gramsci sostiene que la burguesía y el proletariado protagonizan el antagonismo fundamental que vertebra otras posibles relaciones antagónicas entre los sujetos en la sociedad, y que funciona como su esencia.

Es la idea marxista de que ambos protagonizan la lucha de clases y de que la lucha entre ambos es un principio de organización social, esto es, un eje que vertebra y activa los procesos, las instituciones y las normas que constituyen lo social, que vertebra la lucha política e ideológica de los sujetos y los procesos e instituciones mediante las cuales actúan, e influye en las prácticas y articulaciones hegemónicas desplegadas en la sociedad civil: un eje que funda lo social.

En los **Cuadernos de la cárcel**, Gramsci sostiene que en el capitalismo y en el socialismo la lucha entre la burguesía y el proletariado juega un papel central en la lucha por la hegemonía, que ambos son los protagonistas del antagonismo en torno al cual se construyen otros posibles antagonismos, en torno al cual giran los proyectos e intereses hegemónicos, de modo que los proyectos y prácticas de otras clases y grupos sociales deben articularse a este antagonismo si aspiran a convertirse en hegemónicos.

El problema al plantear esto es que un antagonismo fundamental tiende a cerrar lo político, a restarle movilidad a los límites y las fronteras que constituyen lo político porque fija en un punto determinado, que gira en torno a la lucha de clases, los espacios y las zonas en que los sujetos despliegan las acciones y los procesos políticos: la lucha entre las clases antagónicas constituye el campo en el cual la lucha política se despliega lo cual implica que las luchas de los demás grupos en la sociedad civil, que podrían convertirse en posibles antagonismos, debe articularse al enfrentamiento entre las clases.

Recordando que según Mouffe y Laclau las condiciones de la hegemonía son la presencia de sujetos antagónicos y la inestabilidad de las fronteras que las separan, que la dirección política depende de la dirección intelectual y moral y que la ideología las articula, si las relaciones antagónicas entre los sujetos dependen de que se articulen a las clases sociales entonces la inestabilidad de la lucha

ideológica también se reduce, los límites y las fronteras de la lucha ideológica se fijan en un punto determinado: se reduce la inestabilidad de la lucha ideológica, y la desarticulación y rearticulación de elementos ideológicos gira en torno del antagonismo fundamental.

Considerando este elemento de esencialismo que mencionan Laclau y Mouffe en la cita, el error de Gramsci al plantear que los espacios y las zonas en que se constituyen los sujetos hegemónicos, que luchan por apropiarse de los elementos ideológicos de los grupos sociales para dirigirlos política, intelectual y moralmente, giran en torno del antagonismo entre las clases fundamentales, consiste en reducir la movilidad de la lucha política e ideológica reduciendo la inestabilidad de las prácticas y articulaciones hegemónicas: el campo en el cual se despliega la lucha por la hegemonía se limita a un centro hegemónico que es el antagonismo fundamental, estructurando la sociedad civil en torno a un centro hegemónico y cerrando así lo político, lo ideológico y la sociedad civil.⁵⁰

Para concluir este capítulo, revisemos por qué estas limitaciones dificultan que analicemos la politización de lo social que según Mouffe y Laclau caracteriza las sociedades actuales.

Con las propuestas gramscianas no podemos analizar la especificidad de las sociedades actuales, sean capitalistas avanzadas, en vías de desarrollo o socialistas en transición, si se caracterizan como lo sostienen Laclau y Mouffe por la proliferación de espacios políticos, de formas de organización y de acción políticas autónomas y alternativas a las tradicionales y el pluralismo de sujetos nuevos y diferentes.

En Gramsci, la constitución de los sujetos hegemónicos depende necesariamente de las clases sociales y la estructuración de toda formación social gira en torno a un centro hegemónico, la lucha ideológica es un proceso de desarticulación y rearticulación de elementos ideológicos *entre dos principios hegemónicos, ligados a una clase social* que luchan por apropiárselos, *y el principio unificador de un sistema ideológico es el principio hegemónico que proviene de una clase fundamental* y articula los elementos ideológicos que proceden de los diferentes grupos y clases sociales.

Con estas propuestas de Gramsci, enriquecidas por la interpretación deconstructivista y posestructuralista de Mouffe y Laclau, ¿cómo explicamos este pluralismo de sujetos nuevos y de formas de organización y de acción políticas

⁵⁰ Aclarando que esta unicidad del centro hegemónico que aparece en la concepción gramsciana según Laclau y Mouffe, se mantiene durante los períodos de *crisis normales* en que las luchas, las instituciones y los procesos ideológicos y políticos, desplegados por los sujetos sociales que ejercen la hegemonía o que aspiran a ésta, operan normalmente, es decir, resuelven con relativa facilidad los distintos tipos de conflictos sociales que surgen, impidiendo que se conviertan en problemas graves para la reproducción social. En cambio cuando aparecen *crisis orgánicas* que sí representan una amenaza para la reproducción social, dislocan estas luchas, instituciones y procesos mediante los cuales se despliegan las prácticas y articulaciones hegemónicas, modificándolas radicalmente, alterando también la unicidad del centro hegemónico y abriendo así la posibilidad de revolucionar lo social, abriendo espacios alternativos para que otros sujetos se conviertan en hegemónicos; de tal suerte que el antagonismo entre las clases deja de ser el antagonismo fundamental, generando la posibilidad de que surjan nuevas prácticas y articulaciones hegemónicas: durante las crisis orgánicas puede desplazarse y sustituirse la unicidad del centro hegemónico.

alternativas, que son relativamente independientes de las clases sociales y que los convierte en sujetos hegemónicos potenciales?

Esta politización de las sociedades actuales rebasa las posibilidades explicativas de las propuestas gramscianas, que aún forzadas teóricamente al máximo son útiles parcialmente.

No ayudan a entender cabalmente cómo se constituyen los sujetos integrados por grupos sociales capaces de elaborar proyectos e intereses políticos, intelectuales y morales con cierta independencia respecto de las clases sociales. Sujetos que se constituyen como voluntades colectivas capaces de unirse a otros sujetos también autónomos, a partir de elementos ideológicos comunes y de constituir sujetos más amplios cuyo peso político-ideológico puede convertirlos en hegemónicos bajo condiciones histórico-sociales determinadas.

Si actualmente ha aumentado el peso político-ideológico de estos sujetos y las posibilidades de que consoliden y aumenten con ello su autonomía respecto de las clases sociales, y al mismo tiempo ha disminuido el peso político-ideológico de las clases y la dependencia de los grupos sociales respecto de éstas, entonces se limitan considerablemente las posibilidades de explicar estas características de las sociedades actuales mediante las propuestas gramscianas.

Inferimos entonces que al plantear Gramsci que la constitución de los grupos sociales como sujetos depende de su articulación a las clases sociales, y que el principio unificador de un sistema ideológico es el principio hegemónico que proviene de una clase fundamental, el problema es que reduce la movilidad de los límites políticos e ideológicos reduciendo la inestabilidad y la precariedad de lo social y cerrándolo: con sus propuestas se pierde parcialmente el carácter contingente y abierto de lo social.

Por ello coincidimos con Mouffe en que:

*"However, I am not claiming that all the problems of the marxist theory are solved by Gramsci -even in the practical state. In any case some of the conceptual tools which he had to use have been completely superseded, and nowadays we are equipped to deal with the problem of ideology, politics and hegemony in a far more rigorous fashion thanks to the development of disciplines such as linguistics and psycho-analysis."*⁵¹

⁵¹ Mouffe, Ch., et.al., Op. cit., p. 199; el subrayado es nuestro.

5) CONCLUSIONES

5.1 La vigencia de Gramsci según las interpretaciones de Glucksmann, Bobbio, Mouffe y Laclau

Este es el quinto y último capítulo de nuestra investigación y está dividido en tres incisos.

En el primero, reconsideraremos las coincidencias de Glucksmann, Bobbio, Mouffe y Laclau sobre las propuestas gramscianas de la hegemonía, la sociedad civil, la ideología y los sujetos sociales, con el objetivo de mostrar cuál es su rendimiento teórico y de fundamentar nuestra hipótesis inicial sobre sus alcances para analizar las sociedades actuales.

En el segundo, fundamentaremos nuestra crítica a un aspecto de la interpretación de Bobbio sobre Gramsci basándonos en la argumentación de Glucksmann y Mouffe sobre el Estado, la hegemonía y la ideología, que hemos desarrollado en el tercero y el cuarto capítulos de nuestra investigación.

Finalmente en el tercer inciso, replantaremos las propuestas de Bobbio, Mouffe y Laclau sobre la izquierda, la derecha y la democracia en las sociedades actuales, en un momento histórico caracterizado por cambios y crisis que se extienden cada vez con mayor rapidez y a un número cada vez mayor de países en el mundo.

Empecemos con la primera parte, en la cual reconsideraremos algunas coincidencias entre las interpretaciones de Glucksmann, Bobbio, Mouffe y Laclau sobre Gramsci que hemos planteado en el curso de nuestra investigación. El objetivo es indagar cuál es su rendimiento teórico respecto de nuestra hipótesis sobre la vigencia de algunas de sus propuestas y las problemáticas a que aluden, para reflexionar sobre las sociedades en nuestros días.

Lo que analizamos en el segundo, tercero y cuarto capítulos de nuestra investigación nos permite plantear que estos cuatro autores coinciden en que las propuestas gramscianas rescatables actualmente son: 1) que algunos elementos liberales con que los sujetos políticos puede forjar nuevas articulaciones y prácticas hegemónicas en la sociedad civil son la democracia y los derechos individuales; 2) que si estos sujetos son hegemónicos o aspiran a serlo requieren dirigir política, intelectual y moralmente a los grupos y las clases sociales, dependiendo la dirección política de la dirección intelectual y moral; 3) que constituir una nueva izquierda, nuevas izquierdas que forjen nuevas articulaciones hegemónicas supone que construyan discursos ideológicos y radicalicen la democracia ajustándolos a un momento histórico en que coinciden la politización

de lo social, la descomposición del socialismo, la dominación del capitalismo y el surgimiento de una nueva derecha, de nuevas derechas en el mundo.

Aclaremos que destacar estas coincidencias no supone eliminar las diferencias que existen entre las interpretaciones de los cuatro autores, algunas de las cuales retomaremos en el siguiente inciso de las conclusiones.

En el tercero y cuarto capítulos, planteamos que según Bobbio, Mouffe y Laclau la politización de lo social consiste en la proliferación de formas de organización y de acción políticas alternativas y de sujetos radicalmente nuevos y diferentes, que caracterizan las sociedades en nuestros días, sean capitalistas avanzadas, en desarrollo o socialistas en transición.

Esta politización de lo social alude a un pluralismo de sujetos que luchan por la hegemonía y que compiten entre sí por dirigir política, intelectual y moralmente a un número cada vez mayor de grupos sociales, que luchan por apropiarse de los elementos ideológicos de los grupos y las clases para constituir sujetos políticos, y obligados entonces a conjugar más y mejores recursos y capacidades para elevar su presencia, legitimidad y autoridad en la sociedad civil.

Planteamos que para Gramsci estos sujetos son capaces de forjar sistemas ideológicos que incorporan genuinamente los elementos ideológicos de los grupos y las clases sociales de manera que los conjuga para que se reconozcan bajo un discurso determinado sin perder su autonomía e identidad. Sujetos capaces de forjar concepciones del mundo y formas de vida, de construir formas de organización y de acción políticas alternativas y de obtener el mayor provecho de las tradicionales (que son la democracia representativa y los derechos individuales, la división de poderes y el sistema de partidos), para generar paulatinamente las condiciones bajo las cuales constituir nuevas articulaciones hegemónicas.

Aclarando nuevamente (lo hicimos ya en el cuarto capítulo) que en este capítulo usaremos el término nueva izquierda, como lo hacen Mouffe y Laclau, para referimos a muchas posibles izquierdas que pueden constituirse como sujetos políticos en sus sociedades. Los puntos de referencia para ubicarlas son las posiciones políticas e ideológicas de la nueva derecha, que alude también a muchas posibles derechas que están constituyéndose y ganando terreno actualmente en el mundo; cancelando así el discurso de la 'izquierda y la derecha' mundiales, un discurso según el cual hay un sólo sujeto político al cual se refieren ambos términos.

En los capítulos mencionados planteamos también que radicalizando algunas propuestas gramscianas si la izquierda aspira a convertirse en nuevo sujeto político, debe ser capaz de desarticular los elementos ideológicos de los grupos y las clases sociales que legitiman el sistema hegemónico establecido, y de rearticularlos en sistemas ideológicos alternativos. A partir de éstos pueden construir nuevas articulaciones hegemónicas, como parte de un proceso de largo aliento en el que otros grupos y clases configuran sujetos políticos, (actualmente la nueva derecha lo intenta) que también luchan por desarticular y rearticular los elementos ideológicos de los grupos y las clases sociales porque también aspiran a convertirse en hegemónicos.

Un proceso en el que compite con recursos similares a aquellos con los que cuentan los otros sujetos políticos, pero en condiciones desventajosas por la descomposición del socialismo y la dominación del capitalismo en la mayor parte del mundo y el surgimiento de una nueva derecha. Y porque algunos de sus adversarios tienen más conocimientos y experiencia actuando mediante la democracia representativa y los derechos individuales, la división de poderes y el sistema de partidos, que siguen siendo actualmente formas de organización y de acción políticas dominantes en el mundo.

Debido a estas condiciones adversas y a la proliferación de sujetos y espacios políticos nuevos y alternativos que caracterizan a las sociedades actuales, la nueva izquierda está obligada entonces a generar paulatinamente con otros sujetos políticos las condiciones bajo las cuales pueden convertirse en hegemónicos.

A mi juicio, la relevancia de las propuestas gramscianas reside en plantear que uno de los problemas centrales de la hegemonía es que los dirigentes de las clases y los grupos subalternos deben ser aceptados como gobernantes legítimos y como líderes. Esto supone que deben ser capaces de lograr consensos de quienes los apoyan y también de sus enemigos y que requieren prepararse para hacer uso de las capacidades y recursos de dirección y para mantener las condiciones bajo las cuales pueden conservarlas.

Y la radicalización de la democracia ofrece posibilidades a la nueva izquierda para lograr esto.

Mouffe y Laclau sostienen que radicalizar la democracia consiste en aprovechar al máximo los procedimientos, las instituciones y las posibilidades políticas que ofrece multiplicando las cadenas de equivalencias entre los diferentes sujetos políticos y extendiéndolas al Estado y la sociedad civil. Se trata de que los grupos y las clases se integren a campos opuestos a aquellos mediante los cuales se articula un sistema hegemónico determinado, aumentando las posibilidades de transformar las relaciones de dominación en antagonismos, una condición para forjar nuevas articulaciones hegemónicas.

Ahora bien, relacionemos esta idea con la propuesta gramsciana sobre las posibilidades que ofrecen la democracia representativa y los derechos individuales para que los sujetos de izquierda generen paulatinamente las condiciones bajo las cuales puedan construir nuevas articulaciones hegemónicas, ya que a nuestro juicio sus argumentos siguen siendo válidos en nuestros días.

En el segundo capítulo de nuestra investigación señalamos que los aspectos políticos e ideológicos liberales que Gramsci considera rescatables para forjar la hegemonía socialista son la democracia representativa y los derechos individuales.⁵²

⁵² En los Cuadernos de la cárcel, Gramsci aclara que la democracia representativa no es la panacea en la construcción de la hegemonía proletaria y del socialismo, es sólo un medio entre otros y no es el único ni el principal y no representa el ideal político del socialismo, esto es, no es uno de los fines que persigue el socialismo, e incluso alerta a otros teóricos marxistas sobre los riesgos de plantear que basta con la democracia representativa para construir la hegemonía socialista (porque plantearlo implica limitar las posibilidades de forjar otras opciones políticas que puede generar prácticas hegemónicas; por ejemplo, los consejos obreros fueron una opción al sindicalismo en Europa occidental, que con el tiempo fue aprovechada

Sostiene que los actores socialistas deben aprovechar las ventajas que la democracia representativa les ofrece en el capitalismo y fomentar la proliferación de formas de organización y de acción políticas alternativas y el pluralismo de sujetos políticos. Deben propiciar que la mayoría de las clases y los grupos sociales sean autónomos y participativos, que se interesen e involucren en las cuestiones públicas y privadas, que se concienticen de que pueden ser sujetos hegemónicos y de que ello implica dirigir política, intelectual y moralmente a los demás, equilibrando así las relaciones de fuerza y balanceando la hegemonía ejercida por la burguesía.

Mouffe y Laclau plantean que, según Gramsci mediante las instituciones y los procedimientos democráticos los actores socialistas pueden construir y expandir un sistema de equivalencias entre las distintas luchas contra la opresión, a partir del cual pueden formarse otros sujetos políticos, un sistema de equivalencias constituido por campos que pueden generar antagonismos que, aunados a otras variables, pueden producir prácticas que los constituyan como sujetos hegemónicos, abriendo la posibilidad de estructurar la división social sobre bases distintas.

Ambos autores afirman que, según Gramsci en tanto que los grupos y las clases sociales explotan las alternativas que la democracia representativa y los derechos individuales les ofrecen para actuar como sujetos políticos iguales, libres, autónomos y participativos, constituyen redes mediante las cuales las articulaciones, los campos y las prácticas hegemónicas se estructuran como una formación y una superación de equilibrios inestables entre los sujetos hegemónicos, que son la burguesía, sus aliados y los sectores cercanos y los sujetos subordinados, que son la clase media, el proletariado y los grupos que no son una clase, formando así una sociedad civil inestable, abierta e indeterminada.

Esto supone que mediante los ejes que vertebran la democracia representativa que son la división y rotación de poderes, la libertad, la igualdad y el sistema de partidos, los grupos y las clases pueden articularse como sujetos políticos capaces de convertir las relaciones de dominación en antagonismos. Este es un primer paso para transformar los antagonismos en articulaciones hegemónicas, lo cual implica que forjen y extiendan las coincidencias económicas, políticas e ideológicas lo suficiente para constituir conjuntos de sujetos, cuyas luchas impulsen cambios mediante los cuales estructuren lo social sobre bases distintas.⁵³

por los partidos socialdemócratas para politizar las luchas proletarias en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Asimismo, Gramsci sostiene que la democracia directa sí es el ideal político del socialismo porque conjuga procedimientos e instituciones mediante los cuales los grupos y las clases se involucran y deciden directamente sobre los asuntos privados y públicos que conciernen a la mayoría, convierte a la sociedad civil en conjuntos de voluntades colectivas que no requieren ya de representantes para dirigir, preparando así las condiciones bajo las cuales el Estado, la sociedad política, irá reabsorbiéndose paulatinamente en la sociedad civil.

⁵³ Finalmente, como hemos reiterado, Gramsci sostiene que la construcción de una hegemonía alternativa y del socialismo empieza en el capitalismo y supone un proceso de largo aliento en el cual los actores socialistas dependen de la democracia para generar paulatinamente, aunado a otros factores, las condiciones para forjar nuevas articulaciones hegemónicas, y ofrece otro argumento, que estos actores actúan en sociedades capitalistas que poseen una sociedad civil dinámica y plural, una economía de mercado

Mouffe y Laclau plantean que forzando esta problemática gramsciana y relacionándola con su propuesta sobre la nueva izquierda, ésta requiere actualmente radicalizar la democracia para expandir las cadenas de equivalencias entre las distintas luchas contra la opresión. Esto implica ubicar cuáles son los elementos ideológicos y políticos comunes que pueden unificar a grupos, clases y sujetos políticos con proyectos e intereses diferentes, ubicar también cuáles son los puntos vulnerables de sus adversarios, y seleccionar los momentos adecuados para conjugarlos de tal manera que multiplique las posibilidades de construir nuevas articulaciones hegemónicas.

Estos elementos comunes son la igualdad y la libertad, y forman parte del discurso liberal-democrático que la nueva izquierda no debe rechazar por principio (sólo porque son liberales), sino rescatar seleccionando los que sean útiles para articular las luchas contra la opresión y extenderlas en la dirección de una democracia radicalizada y plural, al campo del Estado y de la sociedad civil, reconstituyéndolos de manera que preserven los contenidos que han sido cercanos al marxismo y que atraigan a los grupos, las clases y a otros sujetos políticos:

*"...no se trata de romper con la ideología liberal-democrática sino al contrario, de profundizar el momento democrático de la misma, al punto de hacer romper al liberalismo su articulación con el individualismo posesivo. La tarea de la izquierda no puede por tanto consistir en renegar de la ideología liberal-democrática sino al contrario, en profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia radicalizada y plural. No es en el abandono del terreno democrático sino, al contrario, en la extensión del campo de las luchas democráticas al conjunto de la sociedad civil y del Estado, donde reside la posibilidad de una estrategia hegemónica de la izquierda."*⁵⁴

Sostengo que si los grupos y las clases subalternas pretenden ser hegemónicas deben aprovechar que la democracia es subversiva, que al activarla subvierte las relaciones y estructuras de poder tradicionales que descienden de arriba hacia abajo, abriendo espacios de organización y acción políticas alternativas en la sociedad civil, ensanchando las bases del poder. Se trata de extender las luchas democráticas a la sociedad civil lo cual implica combinar gradualmente formas de representación políticas manejadas por las bases con formas directas de participación popular, combinar la democracia representativa y la directa con el objetivo de socializar progresivamente el poder.

En la medida en que la nueva izquierda acepta la libertad, la igualdad y las fomenta, atrae a aquéllos individuos y grupos que reconocen en ambas cualidades políticas, intelectuales y morales valiosas en el ser humano. Y que están dispuestos a acercarse políticamente a sujetos que las incluyen como factores importantes en su discurso, acercarse políticamente de diferentes maneras, lo mismo para elegir a sus representantes en el parlamento y en el

consolidada y un Estado ágil, lo cual cancela las posibilidades de triunfo de una revolución armada que supone un enfrentamiento abierto y frontal con el sistema hegemónico establecido bajo las condiciones mencionadas.

⁵⁴ Laclau, E. y Mouffe Ch., Op. cit. p. 199.

ejecutivo que para aliarse estratégicamente y formar un movimiento amplio (lo cual aunado a otras variables abre la posibilidad de que puedan constituirse como sujeto, si las coincidencias ideológicas incluyen otros factores, o bien si surge una crisis política grave, por mencionar dos variables importantes).

Según Mouffe y Laclau en la medida en que la nueva izquierda acepta la libertad como una cualidad y un derecho individual y lo incorpora a su discurso, logra que los grupos sociales analicen y evalúen los proyectos y las acciones de sus dirigentes y representantes, que elijan y decidan si los legitiman y mantienen como tales o los sustituyen; que definan la conformación del sistema político y se organicen para impulsar sus intereses y proyectos ante éstos, con lo cual adquieren conciencia de que su participación es una condición de la democracia, es uno de los ingredientes de su autonomía como actores políticos y propicia la proliferación de sujetos y espacios políticos en la sociedad civil, multiplicando los posibles campos de constitución de nuevas articulaciones hegemónicas.

La igualdad es el otro elemento que la nueva izquierda requiere incorporar a su discurso si realmente aspira a convertirse en hegemónica, para convertirla en un eje de las luchas democráticas de los distintos grupos a quienes busca atraer para formar sujetos políticos, y para acercarse a otros sujetos con quienes puede aliarse estratégicamente.

Recordemos que en el segundo capítulo de nuestra investigación, señalamos que Gramsci entiende por igualdad que la mayoría de los individuos y los grupos en la sociedad dispongan de bienes y derechos semejantes sin distinción de sexo, de raza, de idioma, de religión, de opiniones políticas y de condiciones personales y sociales, y sostiene que la igualdad se relaciona con el ideal socialista de la justicia por lo cual debe ser uno de los ejes de las luchas de los actores socialistas en el capitalismo.

Como muchos autores marxistas de su época y de la nuestra, concibe la igualdad como la tendencia a luchar para que la mayoría de los seres humanos se desarrollen de manera integral, lo cual supone destacar los elementos económicos, políticos, intelectuales y morales que tienen en común, que los asemejan, en vez de subrayar los elementos que los hacen diferentes y desiguales, fomentando los procesos y las normas sociales que extienden la igualdad al máximo y reducen la desigualdad.

Para nosotros el humanismo es un puente entre el marxismo y el liberalismo ético.⁵⁵ Los actores socialistas deben aprovecharlo e insistir en la dimensión intelectual y moral de la igualdad, que consiste en que la mayoría de los individuos y los grupos tienen derecho a que la sociedad les ofrezca las mismas posibilidades de desarrollar su personalidad, de cultivar y combinar sus

⁵⁵ Aclarando que uno de los principales representantes del liberalismo ético es John Stuart Mill, un filósofo del siglo 19 autor de *Sobre la libertad* en donde insiste en los ideales humanistas del liberalismo, sobre todo en la libertad individual como una de las cualidades principales del ser humano que lo convierte en un individuo realmente original y auténtico. Es interesante destacar que pensadores de nuestro siglo tan diferentes como Mouffe, Laclau, Marcuse, Bobbio y Macpherson que coinciden en aceptar el marxismo como una influencia importante en su planteamiento, señalen en sus textos que actualmente debe hacerse una lectura desde la izquierda de las obras de Stuart Mill como parte de este rescate del liberalismo que proponen Laclau y Mouffe para la nueva izquierda.

cualidades y atributos racionales, físicos de manera única y original mediante los procesos, normas e instituciones establecidas en la sociedad y otros alternativos que construyan.

A nuestro juicio, esta concepción de igualdad integra factores económicos, políticos, intelectuales y morales en el ser humano, individual y colectivamente, que son una carencia notoria y una necesidad de las sociedades actuales, una carencia y una necesidad que aparecen con características particulares en la mayoría de las sociedades en las diferentes zonas en que se divide el mundo, lo cual facilita en cierto sentido que la izquierda las explote, convirtiéndolas en elementos centrales del discurso ideológico de los grupos con quienes constituye sujetos políticos y proponiendo soluciones que las cubran paulatinamente.

De esta manera, mediante la libertad, la igualdad y la democracia se multiplican los sujetos y las formas de organización y de acción políticas alternativas y nuevas, distribuyendo el poder en la sociedad civil aún más. Y dificultando que se concentre en zonas privilegiadas, politizando más lo social y generando así mayores posibilidades para construir nuevas articulaciones hegemónicas.

Nos interesa destacar que esta parte de la argumentación del planteamiento gramsciano es vigente hoy tanto teóricamente, es decir, en algunas de las discusiones marxistas actuales cuyos ejes son replantearse la izquierda y el socialismo considerando sus propuestas sobre la hegemonía, la sociedad civil, la democracia y la ideología, como prácticamente, esto es, en algunos de los dirigentes, los partidos y los movimientos que en el contexto histórico-social que prevalece actualmente en el mundo, intentan forjar luchas que ofrezcan opciones de sociedad diferentes al capitalismo.

Ahora bien, esta problemática sobre la nueva izquierda, la democracia, los derechos individuales, la sociedad civil y la hegemonía gramscianas, se relaciona con otra característica de las sociedades en nuestros días que, según Mouffe y Laclau, obliga a que la nueva izquierda radicalice la democracia.

Mouffe y Laclau señalan que en las sociedades actuales:

“Estamos así asistiendo a la emergencia de un nuevo proyecto hegemónico, el del discurso liberal-conservador, que intenta articular la defensa neoliberal de la economía de libre mercado con el tradicionalismo cultural y social profundamente anti-igualitario y autoritario del conservadurismo y pretende restringir el terreno de la lucha democrática y mantener las desigualdades existentes en numerosas relaciones sociales.”⁵⁶

Como aparece en la cita, ambos autores coinciden en que uno de los elementos ideológicos en que se basan las identidades de la izquierda, de las izquierdas como sujetos políticos, es defender una concepción igualitaria y horizontal de la sociedad, que contrasta con las identidades de las nuevas derechas y su tendencia a defender una concepción no igualitaria y vertical de la sociedad.

Mouffe y Laclau sostienen que a partir de la década anterior, de los 80's, han ido formándose a nivel mundial nuevas derechas con pretensiones

⁵⁶ Laclau, E y Mouffe, Ch., *Ibid.*, p. 198.

hegemónicas, integradas por grupos y movimientos de distinto tipo. Su discurso ideológico común es rescatar un orden jerárquico que considera las desigualdades morales, intelectuales, políticas y económicas como justas, que fomenta la división social basada en el elitismo, que busca limitar el peso de la democracia y la política en la sociedad y acentuar la importancia de la economía.

Estos sujetos políticos buscan que este discurso ideológico liberal-conservador, sea el eje para construir nuevas articulaciones hegemónicas forjando cadenas de equivalencias que unificarían a otros actores sociales, basándose en la restricción de la libertad y la igualdad, la acentuación del individualismo y el elitismo y el aumento de controles sociales, dando un cariz autoritario al capitalismo que se consolidaría en el próximo siglo.

Su objetivo es, en cierta medida, eliminar gradualmente las conquistas de las luchas democráticas realizadas en la segunda mitad de nuestro siglo que pusieron el acento en la igualdad económica y política, que consolidaron el pluripartidismo y el parlamentarismo, que modificaron las relaciones jerárquicas instauradas en las primeras décadas del siglo, en suma que prepararon las condiciones para que se desplegara la politización de lo social.

Uno de los ejes de este discurso ideológico liberal-conservador para constituir nuevas articulaciones hegemónicas, es acentuar la apropiación individual, entendida como que los individuos piensan que acumular bienes y riquezas materiales es uno de los principales objetivos del ser humano, porque consumir y acumular lo que ofrece el mercado constituye la base del bienestar privado, de tal suerte que mientras más bienes y riquezas posea, mayores son los alcances en su vida y mayor es el éxito que obtiene ante los demás.

La intención al acentuar la apropiación individual es influir en los proyectos y acciones políticas de dos maneras; una es que la aceptación que un grupo social otorga a sus dirigentes depende de que garantice a los individuos que conserven su bienestar privado, y la otra es que fomente la apatía, desaliente la participación en los asuntos políticos que no afecten directa o indirectamente al individuo, induciéndolos a aceptar que una élite se ocupe de estos asuntos, que una minoría elabore los proyectos, tome las decisiones y emprenda las acciones políticas que fijan el rumbo de una nación.

Hacer esto afecta la libertad, el interés de los individuos y los grupos por participar e involucrarse en la política, su interés por tomar decisiones que afectan a la colectividad, fomenta la apatía y con ello su desinterés por incorporarse a las luchas democráticas generadas por los distintos actores sociales; en efecto, difícilmente concebimos a individuos y grupos apáticos participando activamente en movimientos y organizaciones civiles de cualquier tipo.

Estos son los elementos ideológicos que operan como cadenas de equivalencias mediante las cuales la nueva derecha intenta construir nuevas articulaciones hegemónicas, que unificarían entonces las diferentes posiciones de sujetos en torno a la restricción de la libertad y la igualdad, la acentuación del individualismo y el elitismo y el aumento de controles sociales, para reconstruir una sociedad jerárquica y despolitizada.

Ahora corresponde reconsiderar algunas coincidencias entre las interpretaciones de Glucksmann, Bobbio, Mouffe y Laclau sobre Gramsci, que

hemos planteado en el curso de nuestra investigación, con el mismo objetivo de relacionarlas con nuestra hipótesis sobre la vigencia de algunas de sus propuestas y las problemáticas a que aluden para reflexionar sobre las sociedades en nuestros días.

Lo que analizamos en el segundo, tercero y cuarto capítulos de nuestra investigación, nos permite plantear que estos cuatro autores coinciden en que el planteamiento gramsciano contiene una concepción compleja y amplia sobre la hegemonía, la ideología, la sociedad civil consideradas en sus diferentes articulaciones, lo cual llama la atención dadas las diferencias que existen entre la interpretación deconstructivista de Mouffe y Laclau, la althousseriana de Buci-Glucksmann y la hegeliano-marxista de Bobbio.

Mouffe, Laclau, Glucksmann y Bobbio coinciden en que Gramsci propone que los sujetos hegemónicos en el capitalismo dirigen intelectual, cultural y políticamente a los individuos, los grupos y las clases sociales mediante la democracia, los derechos individuales, los partidos, los movimientos y las instituciones establecidas, y mediante el individualismo, el utilitarismo y la deshumanización diversificando y dinamizando la sociedad civil. Y coinciden en que los actores políticos socialistas requieren aprovechar estas opciones que el capitalismo les ofrece y generar otras nuevas para construir gradualmente el socialismo.⁵⁷

Por un lado, coinciden en que según Gramsci los sujetos hegemónicos logran que los grupos y las clases acepten su proyecto político como propio en la sociedad civil. En el capitalismo esto implica que están de acuerdo en organizarse políticamente mediante la democracia representativa, los derechos individuales, el sistema de partidos, la división de poderes y el sistema jurídico-penal; los reconocen como legítimos produciendo un doble fenómeno.

Fomentan que participen y se involucren políticamente de diferentes maneras convirtiendo la sociedad civil en un conjunto abierto de fuerzas sociales involucradas en cuestiones y decisiones públicas y privadas que los convierten en fuerzas políticas activas, no pasivas. Y partiendo de aquí propician que estas fuerzas los acepten como los sujetos más capaces, experimentados y preparados para dirigirlos y reconozcan sus proyectos e intereses como los mejores, entre otras alternativas para organizar las relaciones políticas y sociales.

Es en la sociedad civil donde la burguesía y los grupos sociales cercanos a ella se constituyen como sujetos hegemónicos mediante el consenso activo, que consiste en que la mayoría de las clases y los grupos sociales aceptan abiertamente su hegemonía adhiriéndose a su proyecto político, a la democracia representativa, a los derechos individuales, al sistema de partidos, a la división de poderes y al aparato jurídico-penal. Esto implica que se adhieren a su proyecto intelectual y moral, al individualismo, al utilitarismo, a la deshumanización y a los

⁵⁷ Aclaremos que para facilitar la comprensión de esta parte utilizamos la expresión dirección intelectual y moral, que pertenece a Mouffe, siendo que Buci-Glucksmann usa el término cultural y que Bobbio usa la noción ético-cultural; si recurriésemos a estas tres expresiones construiríamos un rompecabezas semántico difícil de descifrar.

procesos e instituciones educativas, culturales y morales que se requieren para desplegarlos.

Los sujetos hegemónicos acentúan estos elementos de su proyecto social para que prevalezcan al conjugarlos con algunos de los elementos políticos, intelectuales y morales del proyecto social de las clases y los grupos subalternos, pero sin modificar éstos tanto que se diluyan en él, logrando al mismo tiempo que identifiquen y reconozcan cuáles de estos elementos son los hegemónicos y cuáles son los suyos, activándolos y articulándolos con ello a los procesos de producción y reproducción social.

Recordemos que a esto se refiere Mouffe al plantear que la hegemonía en Gramsci implica que los sujetos que la ejercen permiten un acceso de los otros sujetos a ella; incorporan a su discurso algunos elementos ideológicos de éstos. De modo que no imponen su hegemonía al eliminar los elementos ideológicos de aquellos a quienes dirigen o cooptando a sus dirigentes, sino que los incluyen como parte de su proyecto social y nacional y fomentan así la diversidad y el pluralismo de la sociedad civil.

Por otro lado, las interpretaciones de Mouffe, Laclau, Bobbio y-Glucksman coinciden también en que según la concepción gramsciana de hegemonía, la dirección política depende de la dirección intelectual y moral, los sujetos hegemónicos construyen la presencia, la autoridad y la legitimidad políticas en la sociedad civil en la medida en que filtran sus concepciones del mundo, sus formas de vida, sus reglas y sus valores a los grupos y las clases: para dirigirlos políticamente requiere dirigirlos intelectual y moralmente.

La dirección política depende de la dirección intelectual y moral, los grupos y las clases aceptan activa y abiertamente, sin reservas su rol como actores subalternos en la sociedad civil, aceptan ser dirigidas en buena medida porque aceptan los principales elementos intelectuales y morales del proyecto social hegemónico como propios.

En el capitalismo, esto significa que las clases y los grupos sociales aceptan ser subalternos en buena medida porque vertebran sus concepciones del mundo y sus modos de vida mediante el individualismo, el utilitarismo y la deshumanización y legitiman los procesos e instituciones educativas, culturales y morales que se requieren para desplegarlos. Y porque asumen como propios los gustos, las costumbres, las preferencias, los valores y los principios morales, culturales, religiosos y filosóficos dominantes aún cuando le son ajenos. Esto fomenta que vertebran también sus concepciones y sus prácticas políticas mediante la democracia representativa, la división de poderes, el sistema de partidos y el aparato jurídico-penal dominantes, produciendo y reproduciendo así el capitalismo.

Mouffe, Laclau, Glucksman y Bobbio coinciden en que en las sociedades actuales, los procesos y los mecanismos mediante los cuales se constituyen los sujetos hegemónicos y se ejerce el poder, siguen desplegándose en la sociedad civil y siguen articulándose a la interrelación entre la dirección política y la dirección intelectual y moral. Los diferentes actores sociales en el capitalismo avanzado, en vías de desarrollo y en el socialismo en descomposición, si son

hegemónicos requieren combinar elementos políticos, intelectuales y morales y lograr que la sociedad civil se adhiera a ellos.

Estos autores están de acuerdo en basarse en una parte de la problemática gramsciana para defender sus posturas, frente a aquellas según las cuales ha llegado el fin de las diversidades ideológicas, de los pluralismos de los sujetos, de las hegemonías y de la politización de lo social, porque pregonan un reinado del capitalismo como el único sistema social dominante por un largo tiempo.

Otra coincidencia de Glucksmann, Bobbio, Mouffe y Laclau es que según Gramsci, es también en la sociedad civil donde las clases subalternas pueden constituirse como sujetos hegemónicos, donde pueden impulsar su proyecto político e intelectual y moral para que los grupos y las clases sociales se adhieran paulatinamente a él, donde pueden impulsar paulatinamente algunos elementos políticos, intelectuales y morales socialistas para que otros grupos y clases puedan adherirse a éstos.

Adherirse a la igualdad, la democracia directa, la politización de las masas y de las organizaciones sociales, y a las concepciones del mundo y las formas de vida, los valores, los ideales y las normas humanistas y colectivistas, con el objetivo de conjugarlos con el proyecto social dominante y extenderlos a la sociedad civil, a través de las instituciones y los procedimientos establecidos y otros nuevos sin luchar frontalmente con los sujetos hegemónicos.

Si las clases y grupos subalternos aspiran a ejercer la hegemonía, pueden empezar en el capitalismo a conjugar estos elementos de su proyecto social con aquellos de los sujetos hegemónicos. Se trata de acentuar y multiplicar paulatinamente los elementos y espacios comunes con los que se identifiquen algunos sectores de las clases y los grupos sociales y lograr que los sectores y grupos restantes los ubiquen, elevando así su legitimidad, autoridad e influencia en la sociedad civil, de modo que al consolidar esta tendencia van ejerciendo la hegemonía y transformando los procesos de producción y reproducción social.

De esta manera, al desarticular estos elementos ideológicos y políticos del discurso liberal, el objetivo de las clases subalternas es rearticularlos a su discurso para generar coincidencias que puedan impulsar a los grupos y las clases a formar sujetos políticos con ella, de modo que no estén aisladas o separadas de otras luchas democráticas.

Sostengo que la construcción de un nuevo sujeto político, en este caso la nueva izquierda supone la transformación ideológica que empieza por reconstituir el sistema ideológico establecido, el liberalismo, filtrándolo de modo que se preserven algunos de sus elementos básicos y seleccionando también los contenidos de las concepciones del mundo pasadas, para analizar cuáles son rescatables y conjugarlos con los elementos de la ideología socialista con el objetivo de forjar nuevos sistemas ideológicos y nuevas voluntades colectivas.

A mi juicio para que la nueva izquierda aspire a ejercer la hegemonía requiere dirigir política, intelectual y moralmente a los grupos y las clases sociales que se constituyen como sujetos políticos, bajo un discurso que adopte genuinamente sus intereses y proyectos para lo cual requiere proponer algunos

elementos ideológicos que operen como cadenas de equivalencias a las cuales se integren los elementos ideológicos de los grupos y las clases.

Ahora bien, otro aspecto del rendimiento teórico y la vigencia de la problemática gramsciana, aparece relacionándola con las propuestas de Mouffe y Laclau ya señaladas sobre la politización de lo civil, la radicalización de la democracia, la constitución de una nueva izquierda y el surgimiento de una nueva derecha en las sociedades actuales.

Considerando lo analizado hasta aquí inferimos que si las nuevas izquierdas pretenden convertirse actualmente en sujetos políticos que unifiquen a las clases y los grupos subalternos, si pretenden dirigirlos políticamente requieren dirigirlos intelectual y moralmente en la sociedad civil.

Requieren conjugar el ideal socialista de la igualdad, del colectivismo y del humanismo con los ideales liberales de la democracia y los derechos individuales, ya que si los incorporan a su discurso aumenta su legitimidad y su autoridad ante los individuos, los grupos y las clases que se identifican con estos ideales y cuyo apoyo político e ideológico es imprescindible, ya sea como electores que como actores con quienes puede aliarse. Con la ventaja de mantener su identidad y su autonomía como sujetos de izquierda en la sociedad civil, elevando así las posibilidades de construir nuevas articulaciones hegemónicas en un contexto especialmente difícil debido a la coincidencia entre la descomposición del socialismo, la dominación del capitalismo y el surgimiento de la nueva derecha.

Si la nueva izquierda combina actualmente en su discurso algunos elementos ideológicos y políticos liberales y socialistas, como elementos que activan los procesos democráticos y la igualdad, el colectivismo y el humanismo, atrae a los individuos, los grupos y las clases que los reconocen como cualidades valiosas en el ser humano y en la sociedad en que viven, fomentando que se identifiquen con ella.

Generan así cadenas de equivalencias a partir de las cuales pueden formar sujetos políticos de izquierda, que pueden convertirse en puntos de confluencia de otros sujetos políticos, aumentando así las posibilidades de que se articulen a campos opuestos a los campos de los sujetos hegemónicos, fomentando entonces que las relaciones de dominación devengan antagonismos, una condición de las prácticas hegemónicas.

Por esto, Glucksmann y Mouffe sostienen que la concepción gramsciana de hegemonía como puesta en funcionamiento de procesos y mecanismos que aseguran la adhesión de las masas a un proyecto político determinado, supone atraer activamente a los grupos y las clases aliadas y enemigas asegurando que se adhieran a un proyecto intelectual y moral determinado, legitimándolo y asimilándolo como propio y reconociéndose en él.

Por otro lado, Mouffe, Laclau y Bobbio sostienen que la problemática a que aluden estas propuestas gramscianas es rescatable actualmente porque se relaciona, en parte, con el descrédito del socialismo en el mundo y con el surgimiento de una nueva derecha.

A nuestro juicio, la nueva izquierda está obligada a conjugar elementos ideológicos y políticos socialistas y liberales si aspira a convertirse en un sujeto político hegemónico, porque actualmente carece de un proyecto social propio,

viable y alternativo que, como el ideal socialista de la igualdad articule su identidad y su autonomía como sujeto.

Y carece de propuestas propias debido en buena medida a la descomposición del socialismo en el mundo, que ha desacreditado el proyecto socialista defendido por la izquierda desde el siglo 18, y cuyo objetivo es luchar por una sociedad más justa, igualitaria y libre donde la mayoría de los seres humanos dispongan de los recursos para obtener un nivel material de vida elevado y para desarrollar integralmente sus atributos físicos, racionales y psicológicos.

Digamos que el descrédito del socialismo, de los movimientos, partidos, gobiernos y naciones socialistas no sólo ha desgastado y restado credibilidad a la nueva izquierda, a las nuevas izquierdas, sino que además ha deteriorado su identidad y autonomía como sujetos políticos, obligándolos a adoptar una postura defensiva provocando un doble fenómeno.

Por un lado imposibilitando que retome las propuestas políticas, ideológicas y económicas de izquierda que ya han perdido eficacia y confiabilidad entre el electorado y los sujetos políticos con quienes puede aliarse (la regulación de la sociedad civil por el Estado y el partido comunista y la extinción de la propiedad privada, por ejemplo) y dificultando que retome las propuestas que formula la derecha (¿cómo sería entonces un sujeto de izquierda?).

Por otro lado obligándola a que forje propuestas alternativas que reconstituyan su identidad y autonomía, lo cual implica seleccionar y rescatar algunos contenidos del marxismo y del liberalismo adecuándolos a nuestra época y construir contenidos nuevos; reflexionar sobre la hegemonía, el poder, la ideología, la democracia, el Estado y la sociedad civil, partiendo de enfoques alternativos y diferentes (algo especialmente complejo que intentan desde la década de los 70's Mouffe, Laclau, Foucault, Derridá, Habermas, Offe y Bobbio entre otros autores).⁵⁸

Mouffe y Laclau proponen que mediante la radicalización de la democracia, la nueva izquierda desarticula algunos de los elementos ideológicos y políticos del discurso liberal que incorporan a los grupos y las clases sociales a los sujetos hegemónicos en el capitalismo, desarticula la democracia, la igualdad y la libertad

⁵⁸ Es interesante destacar que la socialdemocracia europea está formada por sujetos políticos que juegan un papel protagónico en sus sociedades porque han logrado que los diferentes partidos y movimientos de izquierda sean hoy sujetos con autoridad, legitimidad y presencia ideológico-políticas en Europa occidental en sus respectivos países, que forman parte de sus gobiernos, que tienen una representación importante en el parlamento, que comparten la hegemonía con otros sujetos políticos. Lo han logrado en buena medida porque han conjugado algunos contenidos liberales y socialistas, han explotado las posibilidades que la democracia y los derechos individuales les han ofrecido para impulsar demandas y proyectos de izquierda, y porque eliminaron de su discurso la socialización total, que fue uno de los ejes del socialismo asiático, esto es, eliminar la propiedad privada, rechazar el capital, el mercado, la democracia, la religión y proponer un Estado omnipotente, un sólo partido político, una sola ideología y una economía planificada. Son las paradojas históricas: los sujetos políticos que hoy están recuperando terreno en Europa oriental y la CEI, se han visto obligados a seguir los pasos de la socialdemocracia forjando un discurso que abandona estas propuestas desgastadas, y aprovecha la democracia y los derechos individuales para no desaparecer del horizonte político, como se aprecia actualmente en Polonia, Rumania, las repúblicas checa y eslovaca, Hungría, la zona oriental de Alemania y la CEI.

del discurso liberal para rearticularlos en un discurso ideológico y político que acentúa la igualdad, la democracia directa, el colectivismo y el humanismo

Al desarticular estos elementos ideológicos y políticos del discurso liberal, rearticularlos en su discurso y construir contenidos nuevos, el objetivo de la nueva izquierda es generar cadenas de equivalencias que puedan impulsar a los grupos y las clases a formar sujetos políticos con ella, de tal suerte que recompongan la sociedad civil. Cadenas de equivalencias que propicien que estos sujetos se integren a campos opuestos a aquellos que constituyen el sistema hegemónico establecido, fomentando que las relaciones de dominación devengan antagonismos, lo cual ligado a la construcción de sistemas ideológicos alternativos aumenta las posibilidades de que constituyan nuevas articulaciones y prácticas hegemónicas.

En la medida en que la nueva izquierda incorpora genuinamente la libertad, la igualdad y la democracia a su discurso, como elementos ideológicos que son valorados positivamente por la mayoría de los integrantes de las sociedades de mercado, aprovecha la politización de lo social porque articula a aquellos individuos, grupos y clases que se identifican con éstos como parte de los sujetos políticos que están constituyéndose y atrae a otros sujetos políticos con quienes puede formar sujetos más amplios: construye y expande así un sistema de equivalencias entre las distintas luchas contra la opresión, abriendo la posibilidad de forjar articulaciones hegemónicas nuevas que establezcan la división social sobre bases distintas.

Finalmente, para nosotros esta desarticulación y rearticulación cobra mayor relevancia en nuestros días porque la nueva derecha pretende forjar nuevas relaciones hegemónicas constituyendo sujetos políticos integrados por grupos y movimientos de distinto tipo, a partir de un discurso ideológico cuyos ejes son rescatar un orden jerárquico que considera las desigualdades morales, intelectuales, políticas y económicas como justas y naturales; y fomentar la división social basada en el elitismo, la limitación de lo político, específicamente de la democracia y de los derechos individuales, y la acentuación de la apropiación individual y de la economía en la sociedad.

Si como afirman Mouffe y Laclau la nueva derecha relega lo político, la igualdad, la libertad y la democracia, siendo elementos que han caracterizado los discursos y las posturas de un buen número de sujetos liberales. Y si la nueva izquierda los rearticula en su discurso y los extiende a otros campos de constitución de sujetos puede contribuir, con éstos a que algunas de las sociedades actuales no se inclinen demasiado a la derecha. Sociedades capitalistas y socialistas en transición donde la nueva derecha ha ganado terreno, y que disponen de los recursos y la influencia para impulsar un orden mundial jerárquico y autoritario, en un momento histórico en que las sociedades tienden a los extremos debido a las crisis que caracterizan el milenio que ha empezado ya.

En la medida en que la nueva izquierda construye las equivalencias ideológicas y políticas entre los diferentes grupos y clases con quienes constituye nuevos sujetos políticos (que pueden ser la base para forjar otras cadenas de equivalencias), genera las condiciones para construir nuevas articulaciones hegemónicas. En un contexto caracterizado por la proliferación de sujetos

autónomos y de formas de organización y de acción políticas nuevas, y en un momento histórico en el cual también la derecha pretende forjar nuevas relaciones hegemónicas constituyendo nuevos sujetos políticos, a partir de un discurso ideológico cuyo eje principal es rescatar e instaurar una sociedad jerárquica y autoritaria.

En este sentido la construcción de una nueva izquierda, de nuevas izquierdas que aspiren a participar de hegemonías alternativas se inscribe en procesos de largo aliento y en sociedades inestables y abiertas, donde la tendencia a futuro es que las articulaciones y prácticas hegemónicas sigan distribuyéndose entre los diferentes sujetos y espacios sociales. Y en mundos donde la nueva derecha ha declarado el triunfo definitivo del capitalismo sobre el socialismo eliminando cualquier posibilidad de que se recomponga, y declarando también que la izquierda y el socialismo son hoy nombres sin sujeto que forman ya parte del pasado, cuya descomposición ha provocado el fin de la lucha entre las ideologías, nombres que pertenecen, parafraseado a Foucault al terreno de la arqueología social.

Por lo que hemos argumentado consideramos que Mouffe tiene razón al señalar que:

*"It is in fact quite remarkable to see the extraordinary way in which some contemporary research -such as that of Foucault or Derrida which brings out a completely new conception of politics- converges with Gramsci's thought, so I do not think to hazardous to predict that the topicality of Gramsci's work and his influence will go on increasing in the future."*⁵⁹

5.2 Una crítica a la interpretación de Bobbio sobre Gramsci

Este inciso es breve, en él nos basaremos en las interpretaciones de Mouffe y Glucksmann sobre la propuesta gramsciana del Estado, la ideología, la hegemonía y los sujetos políticos, para fundamentar nuestra crítica a un aspecto de la interpretación de Bobbio.

Se trata de mostrar matices significativos entre las interpretaciones de estos tres autores, replanteando una parte de la argumentación de Mouffe y de Glucksmann que ya hemos analizado en la investigación, con el objetivo de mostrar que un error de Bobbio es relegar la mayoría de las propuestas sobre el Estado contenidas en el planteamiento gramsciano limitándolo, dificultando que las utilicemos para explicar algunos aspectos de la producción y reproducción de lo social en nuestros días, que es algo que dejamos pendiente en los dos últimos capítulos.

Esto implica retomar brevemente algunos argumentos de Glucksmann que ya hemos analizado y en los que nos basaremos para defender nuestra postura.

Como señalamos en el tercer capítulo sostiene que en el planteamiento gramsciano el Estado comparte la hegemonía con la sociedad civil, y dispone de

⁵⁹ Mouffe, Ch., et. al., *Loq.* cit. p. 201; el subrayado es nuestro.

procedimientos e instituciones de dirección que le son exclusivos y que le confieren una autonomía relativa frente a ésta, dicho de otra forma, ejerce la hegemonía de dos maneras, dirigiendo política, intelectual y moralmente mediante los procedimientos e instituciones propias de la sociedad civil y mediante aquellos que le son exclusivos y que giran en torno de la conciencia nacional.

Glucksmann sostiene que, según Gramsci, el ejercicio de la hegemonía se distribuye entre el Estado y quienes forman la sociedad civil y que el Estado desempeña funciones que activan una parte de los controles, las instituciones y los procedimientos políticos, intelectuales y morales mediante los cuales dirige a los individuos, los grupos y las clases sociales. Desempeña funciones que mantienen la democracia representativa, la división de poderes y los derechos individuales así como el individualismo, el utilitarismo, la deshumanización (que son los ejes del proyecto social liberal) y la conciencia nacional como modos de producción y reproducción social: en el capitalismo y en el socialismo el Estado obtiene el consenso activo de los sujetos dirigidos y también lo educa.

Para nosotros esto aporta Gramsci y la interpretación de Glucksmann a la teoría política marxista en nuestros días, que el Estado genera articulaciones y prácticas hegemónicas que les son exclusivas y que giran en torno de la conciencia nacional.

El Estado conjuga los elementos ideológicos comunes a los diferentes grupos y clases (que constituyen la sociedad civil) bajo discursos y prácticas que los constituyen como un sujeto nacional, produce los elementos ideológicos a partir de los cuales se reconocen e identifican como nación y que los cohesionan. Que los identifican entre sí como grupos y clases que poseen elementos culturales, morales, económicos, políticos, raciales e históricos homogéneos, y ajusta continuamente estos elementos ideológicos a los cambios del contexto social y del momento histórico en que está inmersos.

Destacamos que estas funciones ideológicas que despliega el Estado para generar y mantener la conciencia nacional conjugan la dirección política y la dirección intelectual y moral. Dicho de otro modo, los grupos y las clases lo aceptan como dirigente político que busca el bienestar de las mayorías y que dispone de los recursos y las habilidades para lograrlo, debido a la cohesión ideológica y la identidad colectiva producidas por la conciencia nacional entre ellos: la legitimidad y la autoridad política del Estado depende de su legitimidad y autoridad intelectual y moral, depende de que incorpore los elementos ideológicos que tienen en común y que reconocen como propios y válidos.

La legitimidad y la autoridad política del Estado depende de que incorpore algunos elementos de las concepciones del mundo, las formas de vida, las reglas y los valores de los grupos y las clases a la conciencia nacional, que incorpore algunas de las costumbres, las preferencias, los valores, las tradiciones y los principios morales, culturales, raciales e históricos de los grupos y las clases al proyecto nacional, de manera que se reconozcan en él, que se identifiquen con él y con quienes lo generan y lo mantienen.

Dicho de otro modo, los grupos y las clases constituidos como sociedad civil aceptan abiertamente y sin reservas ser dirigidas por el Estado en buena medida porque identifican los elementos ideológicos que les son propios como

parte de la nación, lo cual influye en sus concepciones y sus prácticas políticas porque al identificar a los dirigentes estatales como dirigentes culturales y morales y aceptarlos como dirigentes políticos tienden a reconocerse como sujetos políticos subalternos, tienden a seguir los roles sociales que les asignan, *activando así los controles y los procesos que constituyen la conciencia nacional y las instituciones requeridas para desplegarla como modos de producción y reproducción social.*

Basándonos en estos argumentos de Glucksmann preguntaríamos a Bobbio, ¿cuáles son sus razones para no dar al Estado el peso que tiene en el planteamiento gramsciano?, ¿por qué no forma parte de la aportación teórica gramsciana al marxismo?

A nuestro juicio, se sostiene nuestra postura de que este aspecto de la interpretación de Bobbio limita el planteamiento gramsciano por dos razones: porque el Estado tiene un peso teórico medular respecto de la hegemonía y de la sociedad civil, no es una cuestión secundaria; y porque limita su vigencia para explicar las sociedades actuales.⁶⁰

Para mostrar esta segunda limitación, conjugemos las propuestas de Glucksmann con la argumentación de Mouffe sobre la problemática gramsciana de la hegemonía, la ideología y la sociedad civil, y sobre la radicalización de la democracia y la politización de lo social.

Para nosotros, el Estado sigue siendo parte de las discusiones que se realizan hoy desde diferentes enfoques para entender las sociedades actuales, sigue siendo vigente teóricamente. Es incuestionable que en el capitalismo avanzado, en vías de desarrollo y en el socialismo en transición en nuestros días el Estado sigue jugando un papel protagónico.

Basándonos en Mouffe, afirmamos que los distintos actores que constituyen el ámbito judicial y el ejecutivo del Estado y las funciones que realizan en los procesos de legitimación e integración sociales, corresponden en parte a la politización de lo social característica de nuestros días, corresponden a la proliferación de formas de organización y de acción políticas alternativas y el pluralismo de sujetos radicalmente nuevos que luchan por la hegemonía, y que compiten entre sí por dirigir política, intelectual y moralmente a la sociedad civil.

Retomando lo que planteamos sobre la nueva izquierda y la radicalización de la democracia, afirmamos que en la medida en que los sujetos que pueden constituir nuevas y diferentes izquierdas exploten al máximo las posibilidades que los procedimientos e instituciones políticas, intelectuales y morales estatales les ofrecen, aumentan las posibilidades de convertirse en hegemónicos, en la medida en que se incorporen gradualmente a las instancias de dirección estatales y las comparten con otros sujetos políticos, generan las condiciones para convertirse en

⁶⁰ Consideramos que nuestra crítica es válida, aún cuando entendemos que una de las razones que tiene Bobbio para relegar la cuestión del Estado en el planteamiento gramsciano es ofrecer una interpretación alternativa a las distintas interpretaciones de lo que denomina el marxismo ortodoxo, cuyo elemento común es sostener que según Gramsci la revolución y el partido comunista deben apropiarse del Estado para consolidar el socialismo, como si sólo mediante el Estado pudiese generarse una sociedad y un ser humano nuevos, un dogma que según Bobbio contribuyó significativamente a generar y mantener el totalitarismo socialista hasta la década de los 80's de nuestro siglo.

hegemónicos, para impulsar con ellos proyectos sociales y nacionales alternativos a los dominantes.

Si la nueva izquierda aspira a jugar un rol preeminente en el contexto social y el momento histórico actuales, está obligada a explotar las posibilidades que el Estado sigue ofreciendo, si aspira a dirigir a los grupos y las clases está obligada a desarticular algunos de los elementos ideológicos que giran en torno de la conciencia nacional, el bienestar general y la nación y que enlazan el proyecto liberal con el proyecto nacional, para rearticularlos en su discurso y construir propuestas ideológicas nuevas cuyos ejes son el colectivismo, el humanismo y el igualitarismo, generando y extendiendo cadenas de equivalencias a partir de las cuales constituyan nuevas articulaciones y prácticas hegemónicas.

Esto sostiene nuestra postura de que, al relegar Bobbio la cuestión del Estado, limita la vigencia del planteamiento gramsciano porque el Estado sigue jugando un papel relevante en los procesos de producción y reproducción social, y por ello los sujetos políticos actualmente lo tienen como punto de referencia si pretenden ejercer la hegemonía.

Ampliando nuestra argumentación diríamos lo siguiente.

Se trata de que la nueva izquierda cohesione a los grupos y las clases, articulando elementos ideológicos nuevos a la conciencia nacional y mezclándolos con algunos de los elementos existentes, incorporando algunos elementos de las concepciones del mundo, las formas de vida, las reglas y los valores de los grupos y las clases, a la conciencia nacional y articulando algunas de las costumbres, los valores, las tradiciones y los principios morales, culturales, raciales e históricos de los grupos y las clases, con el colectivismo, el humanismo y el igualitarismo, con el objetivo de que se reconozcan en él y se identifiquen con quienes lo generan y lo mantienen: construye y expande así un sistema de equivalencias a partir del cual pueden forjarse nuevas articulaciones y prácticas hegemónicas.

Este proceso de desarticulación y rearticulación ideológica que la nueva izquierda pueden realizar mediante el Estado, tiene especial relevancia en nuestros días porque, como señalamos en el primer inciso de las conclusiones, la nueva derecha intenta generar nuevas relaciones hegemónicas unificando las posiciones de distintos sujetos políticos, a partir de un discurso cuyos ejes ideológicos son restaurar el elitismo político, limitar las luchas democráticas, acentuar el neoliberalismo económico así como justificar las desigualdades sociales, para instaurar una sociedad jerárquica y autoritaria.

En este sentido, la nueva izquierda, las nuevas izquierdas como sujetos políticos tienen acceso a las alternativas y los espacios que constituyen el Estado para forjar contrapesos que balanceen las relaciones de poder en las sociedades actuales, donde la nueva derecha, las nuevas derechas han ganado terreno y disponen de los recursos y la experiencia para seguir extendiendo este discurso conservador en un mundo globalizado, en el que los avances tecnológicos y la permeabilidad de las fronteras nacionales, aunado a un momento histórico caracterizado por crisis que aparecen en un número cada vez mayor de países, facilitan que se generen articulaciones y prácticas hegemónicas nuevas que organicen lo social sobre bases diferentes.

Para concluir este inciso, y tomando en cuenta los argumentos de Glucksmann y de Mouffe que hemos conjugado en él, consideramos que está fundamentada nuestra crítica a la interpretación de Bobbio en el sentido de que al no dar al Estado el peso teórico que tiene respecto de la hegemonía y de la sociedad civil en el planteamiento gramsciano, le resta vigencia porque limita la posibilidad de explicar con él un aspecto central de la producción y reproducción de lo social en nuestros días.

5.3 La democracia, la izquierda y la derecha actualmente

En este inciso, nos ocuparemos de algunas ideas planteadas por Bobbio, Mouffe y Laclau, que a nuestro juicio señalan propuestas y problemas en torno a las cuales se reflexiona hoy desde distintas perspectivas, con el objetivo de entender el funcionamiento y el sentido de las sociedades actuales.

Empecemos analizando las propuestas de Bobbio, en el texto **Derecha e Izquierda** (razones y significados de una distinción política)⁶¹

En el segundo capítulo de nuestra investigación, planteamos que según Bobbio la politización de lo social que caracteriza a las sociedades actuales descansa en la consolidación de la democracia y de los derechos individuales, que son la libertad y la igualdad, realizada en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, "el desarrollo de la democracia desde comienzos del siglo pasado coincide con la extensión progresiva de los derechos políticos, es decir, del derecho de participar en la formación de la voluntad colectiva" (Loq. cit. p. 82).

En la medida en que los individuos, los grupos y las clases sociales, ejercieron en ese periodo la libertad y la igualdad políticas al elegir el tipo de gobierno y a sus representantes en el Estado y en el parlamento, entre las distintas alternativas ofrecidas por el mercado político, al otorgar mayor peso al parlamento que al ejecutivo o a la inversa y al cambiarlos cada determinado tiempo consolidaron paulatinamente el sistema de partidos, la división de poderes y el parlamentarismo como procesos e instituciones para ejercer democráticamente el poder, y empezaron a constituirse como sujetos políticos

⁶¹ Aclaremos que en este texto aborda cuestiones teóricas de las que no nos ocuparemos, que giran en torno a la argumentación que construye para defender el uso de la distinción entre derecha e izquierda, donde polemiza con autores liberales y marxistas que la cuestionan planteando que la temática sobre las ideologías es hoy insostenible, porque a raíz de la descomposición del socialismo, la ideología dominante hoy y durante el siglo que se avecina es el liberalismo. Polemiza también con autores marxistas que reducen la distinción al campo de las ideologías y cuestionan que sea útil para entender la estructuración y el funcionamiento político de las sociedades en nuestros días. Según Bobbio, sus críticos pueden dividirse en tres grupos: "1) *aquellos que siguen afirmando que la derecha y la izquierda ya son nombres sin sujeto*, y no vale la pena persistir en el intento de mantenerlos con vida, por lo cual mi intento se puede considerar una obra de arqueología política; 2) *aquellos que consideran la diada aún válida, pero no aceptan el criterio* sobre el cual la he fundado y sugieren otros; 3) *aquellos que aceptan la diada, aceptan también el criterio, pero lo consideran insuficiente.*", en N. Bobbio, **Derecha e Izquierda** (razones y significados de una distinción política), España, ed. Taurus, 1995, p. 23.

participativos formando una sociedad civil dinámica, características que aún hoy aparecen en las sociedades, aunque con cambios significativos.

A partir de aquí, en la segunda mitad del siglo XX se ha politizado lo social, es decir, estos procesos e instituciones democráticas han sido desplegadas por los individuos, los grupos y las clases sociales para constituir sujetos políticos participativos y autónomos que han construido opciones nuevas para organizarse y actuar políticamente, basándose en las tradicionales, dinamizando y expandiendo más la sociedad civil y distribuyendo el poder entre un número cada vez mayor de actores políticos.

Según Bobbio, se trata de la transición de la democracia política, que ocupó hasta principios de siglo las 'grandes y pequeñas sociedades políticas' y las formas de organización y acción políticas tradicionales, a la democracia social, que implica la extensión del poder ascendente al campo de la sociedad civil en sus distintas articulaciones, generando la expansión de sujetos, ideologías y de movimientos y frentes alternativos, cuya legitimidad y presencia representa un contrapeso al poder de estas sociedades políticas.⁶²

Esta expansión de los sujetos y las formas de organización y acción políticas y la diversidad ideológica que las acompaña, caracterizan las sociedades actuales y aluden a la distinción entre derecha e izquierda.

Bobbio sostiene que los conceptos derecha e izquierda son relativos, abiertos y se implican mutuamente, relativos porque designar si los sujetos son de derecha o de izquierda depende de quién los ubique así, de su discurso, de la posición que ocupan en la sociedad y del momento histórico en el que actúan.

Abiertos, porque aluden a zonas y relaciones del espacio político que se mueven continuamente, que se ensamblan y reensamblan continuamente, que no son estáticas y no están fijadas permanentemente, y que se implican mutuamente porque las posiciones de izquierda de los sujetos políticos lo son respecto de las posiciones de derecha, porque para definir los puntos de referencia de las izquierdas se requiere definir también los de las derechas, si se trata de sociedades plurales (ya que el totalitarismo, del signo que sea, supone un sujeto que ocupa todo el espacio político impidiendo diferencias en su seno, por lo cual la distinción entre derecha e izquierda no podría aplicársele).

Aclarando que, acercarse teóricamente a las sociedades de nuestros días mediante los conceptos de derecha e izquierda, no implica dividirlos en dos ámbitos claramente delimitados simplificando su complejidad. Son conceptos opuestos y comunes en el lenguaje político, que no se caracteriza por ser riguroso, que dan cuenta del carácter complejo y conflictivo del pensamiento y la acción políticas, dan cuenta de los antagonismos existentes entre los sujetos políticos expresados en la diversidad y movilidad de las luchas e ideologías que despliegan en las sociedades de nuestros días.

⁶² Debemos añadir que los sujetos políticos socialistas identificados con la izquierda, han incorporado a su discurso los llamados derechos sociales que han sido fruto de las luchas democráticas realizadas por movimientos, organizaciones y partidos en los últimos 50 años, siendo los principales, el derecho a la educación, al trabajo, a la salud y a un medio ambiente sano cuyo objetivo ha sido aumentar el número de individuos y grupos sociales cuyas condiciones de vida sean menos desiguales respecto de quienes tienen un nivel de vida elevado.

Por un lado, Bobbio sostiene que la igualdad es el eje teórico en torno al cual se definen, en buena medida, las posturas de izquierda y derecha de los diferentes sujetos políticos que generan los antagonismos entre éstos, en otras palabras, las distintas posturas de los sujetos políticos respecto de la igualdad como derecho individual y colectivo definen, en buena medida, si son de izquierda o de derecha lo cual implica una distribución y circulación democrática de la hegemonía y del poder:

“El tema que reaparece en todas las variaciones es el de la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad, y visión vertical o no igualitaria. De los dos términos, el primero es el que ha mantenido un valor más constante. Casi se diría que el binomio gira alrededor del concepto de izquierda y que sus variaciones están principalmente de la parte de las distintas contraposiciones posibles al principio de igualdad...”⁶³

La cita señala que los diferentes criterios analizados en el texto en torno a la distinción entre derecha e izquierda, coinciden en que el elemento para diferenciarlas es la igualdad, y en que la tendencia de la izquierda es defender una concepción igualitaria, horizontal de la sociedad y la tendencia de la derecha es defender una concepción no igualitaria, vertical.

El concepto de igualdad es relativo porque depende de tres variables que son, los sujetos entre quienes se reparten los bienes, la mayoría o las minorías en la sociedad, los bienes que se reparten, que son riquezas materiales, derechos y posiciones de poder, y el criterio según el cual repartirlos, que son el mérito, la capacidad, la necesidad y la clase, y nosotros añadimos otra variable que es el sujeto o sujetos que reparten los bienes, seleccionan los criterios y definen cuáles son sus objetivos al hacerlo.

Aclarando que no debe confundirse igualdad con igualitarismo, entendiendo por igualdad el que todos los seres humanos son iguales en todo lo cual implica eliminar todas las diferencias individuales y colectivas, del tipo que sean, una idea que según Bobbio, “sólo es una mera declaración de intenciones a la cual no parece posible dar un sentido razonable”, y entendiendo por igualitarismo el buscar que la mayoría de los integrantes de una sociedad dispongan de bienes y derechos semejantes sin distinción de sexo, de raza, de idioma, de religión, de opiniones políticas y de condiciones personales y sociales, bajo el supuesto de que es lo más cercano al ideal de justicia, sin que ello implique relegar sus diferencias.

Insistiendo en que una de las principales características de los sujetos de izquierda es el igualitarismo concebido como la tendencia a destacar teóricamente aquellos elementos económicos, políticos, ideológicos y morales que los seres humanos tienen en común, que los asemejan, en vez de subrayar los elementos que los hacen diferentes y desiguales, y a impulsar prácticamente políticas que extienden la igualdad y reduzcan la desigualdad hasta donde sea posible.

Bobbio afirma que los seres humanos son entre sí tan iguales como desiguales, natural y socialmente, apareciendo en qué son iguales si destacamos las cualidades y las capacidades naturales y sociales que tienen en común como

⁶³ Bobbio, N., Op. cit., p. 132.

son la racionalidad, la libertad y la muerte, y mostrando en qué son desiguales si destacamos las cualidades y las capacidades naturales y sociales que poseen individualmente, como el temperamento y las enfermedades.

Y denomina igualitarias, aquellas posturas que subrayan más lo que asemeja a los seres humanos como la base de una mejor convivencia entre ellos, que proponen el colectivismo como principio de organización social, y no igualitarias, aquellas posturas que enfatizan más lo que distingue a los seres humanos, que proponen el individualismo como principio de organización social.

Bobbio sostiene que la izquierda es igualitaria, y parte del supuesto según el cual las semejanzas y las diferencias individuales y colectivas entre los seres humanos son sociales, no naturales.

El discurso igualitarista de la izquierda como sujeto político, parte de la convicción de que la mayoría de las desigualdades son injustas y sociales y por tanto pueden corregirse porque proceden de los principios, los objetivos y los medios forjados por los seres humanos para organizar la economía, la política, el derecho, la educación y la moral en la sociedad, que pueden cambiarse y mejorarse. Y otorga menos relevancia a las desigualdades naturales que no son sociales y que son más difíciles de corregir, cuya procedencia es genética, sexual y racial, como lo han probado la biología y la medicina sobre la inteligencia, el carácter, la salud y la agresividad, por ejemplo.

De hecho, el discurso de la izquierda en nuestro siglo sostiene que algunas de las desigualdades sociales son corregibles porque los sujetos políticos cambian con relativa facilidad la correlación de fuerzas en la sociedad, por ejemplo en el seno del parlamento una coalición de centro-izquierda con la mayoría absoluta puede impulsar reformas constitucionales que eleven las prestaciones de los obreros, protejan los contratos colectivos y limiten la formación de monopolios; mientras que con otras desigualdades sólo puede aspirarse a no fomentarlas, como aquellas producidas por los individuos, por ejemplo si al cerrar una empresa el juez ofrece en primer lugar a los obreros la posibilidad de ser accionistas de una nueva empresa, quienes no lo aceptan y enfrentan dificultades económicas en el futuro son responsables de una desigualdad.⁶⁴

Por otro lado, para Bobbio la derecha tiende a ser no igualitaria y parte del supuesto según el cual las semejanzas y diferencias individuales y colectivas entre los seres humanos son naturales, no sociales.

El discurso no igualitarista de la derecha usualmente considera que la mayoría de las desigualdades son naturales y por tanto ineliminables, que proceden de la combinación única de las cualidades y las capacidades físicas y psicológicas cuyo resultado es el individuo, combinación irrepetible y original cuya consecuencia es que todos los integrantes de la sociedades sean diferentes entre

⁶⁴ Tomando en cuenta que en tanto que derecha e izquierda representan posturas que se ubican en los extremos del ámbito político, si las aplicamos a los sujetos políticos es necesario definir el centro, es decir, las propuestas y estrategias que están entre la izquierda radical y la derecha radical, ya que en la segunda mitad de nuestro siglo en la mayoría de los países de Europa occidental, el centro político se ha convertido en el punto de referencia y de convergencia de las izquierdas y las derechas que hoy son sujetos políticos protagónicos en sus respectivas sociedades.

sí, de tal suerte que las diferencias, las desigualdades, la tradición, la costumbre y el pasado son la base de la convivencia social: la derecha tiende a construir una sociedad vertical y jerárquica basada en las diferencias.

De cualquier forma Bobbio sostiene que, los criterios que diferencian las posiciones de la izquierda y la derecha respecto de los dos binomios igualdad-desigualdad social e igualdad-desigualdad natural, giran en torno a los distintos elementos de valoración sobre lo que se juzga relevante para legitimar una discriminación, giran en torno a los argumentos que ambas ofrecen a favor o en contra para sostener que las cualidades y capacidades individuales y colectivas, que se constituyen mediante el marco legal, moral, educativo, económico y político, legitiman o no un tratamiento igual:

“De las reflexiones realizadas hasta aquí, a las que, creo al menos, no se les puede negar actualidad resultaría que el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad, que es, junto al de la libertad y al de la paz, uno de los fines últimos que se proponen alcanzar y por los cuales están dispuestos a luchar.”⁶⁵

Ahora bien, considerando lo que plantean Mouffe y Laclau en el primer inciso de las conclusiones, y las propuestas de Bobbio recién señaladas, inferimos que coinciden en que las sociedades actuales se caracterizan por su politización, que consiste en la consolidación de una sociedad civil cada vez más dinámica y plural, por el surgimiento de una derecha y una izquierda que pueden convertirse en sujetos políticos capaces de construir nuevas articulaciones hegemónicas (cuya oposición ideológica gira en torno de la democracia y del binomio igualdad-desigualdad), y por la descomposición del socialismo y la consolidación del capitalismo en el mundo.⁶⁶

Bobbio está de acuerdo con Mouffe y Laclau en que una nueva izquierda debe radicalizar la democracia (aunque no usa estos términos) y aprovechar al máximo las posibilidades que le ofrece, lo cual se inscribe en un proceso de largo aliento en el que compite con otros sujetos políticos que también explotan las ventajas que les brinda porque aspiran a convertirse en hegemónicos, y en

⁶⁵ Bobbio, N., Op. cit. p. 135.

⁶⁶ Aclarando que, si bien es cierto que la izquierda comúnmente ha incorporado a su discurso el igualitarismo, esto es, ha destacado los elementos que asemejan a los seres humanos, las coincidencias económicas, políticas, culturales, morales, educativas y jurídicas que los asemejan, también es cierto que el igualitarismo no es su patrimonio exclusivo (porque aunque escasos, hay sujetos políticos de centro-derecha que también lo han incorporado a su discurso si obtienen ventajas al hacerlo, como es el caso de algunos frentes y movimientos europeos occidentales que han impedido que la izquierda avance más en Francia, en España y en Italia). A la inversa, si bien es cierto que comúnmente la derecha ha relegado el igualitarismo y ha incorporado y defendido las libertades individuales y la democracia como ejes de su discurso, destacando los elementos que diferencian a los seres humanos, ello no significa que sean su patrimonio exclusivo (porque en la segunda mitad de nuestro siglo la mayoría de los sujetos políticos de izquierda, influidos por el eurocomunismo, han incorporado además del igualitarismo la democracia y las libertades individuales como ejes de su discurso y a ello se debe, en buena medida, la legitimidad, la presencia y la autoridad que tienen hoy en Europa occidental, en España, Italia, Francia, Portugal, Bélgica y Dinamarca, países donde la socialdemocracia está representada significativamente en sus respectivos gobiernos, tanto en los parlamentos y en el ejecutivo como en los frentes y movimientos civiles.

sociedades en que el pluralismo de sujetos y de espacios alternativos tiende a extenderse en el futuro, enfrentando a la izquierda a un panorama que no favorece su crecimiento sino que lo dificulta.

Ahora bien, si la izquierda necesita radicalizar la democracia para expandir las cadenas de equivalencias entre las distintas luchas contra la opresión, requiere ubicar cuáles son los elementos ideológicos y políticos que pueden cohesionar a grupos, clases y otros sujetos políticos con proyectos e intereses diferentes, que pueden cohesionarlos bajo discursos y prácticas homogéneas.

El objetivo es construir un sistema de equivalencias entre los grupos y las clases que pueden constituir con la izquierda nuevos sujetos políticos, basado, en parte, en el igualitarismo, de modo que lo extienda a las distintas luchas contra la opresión mediante la democracia social, forjando más equivalencias a partir de las cuales surjan espacios ideológico-políticos alternativos, que formen nuevas articulaciones y sujetos (donde la izquierda puede o no estar incluida) que generen paulatinamente las posibilidades para construir nuevas hegemonías.

Las nuevas izquierdas están obligadas a hacerlo si realmente aspiran a ser parte de las nuevas hegemonías, debido a la politización de lo social, al surgimiento de la nueva derecha, a la descomposición del socialismo y la consolidación del capitalismo en el mundo.

Detengámonos a analizar estas coincidencias de Bobbio, Mouffe y Laclau, que representan un aspecto de lo denominamos su rendimiento teórico, esto es, a qué conducen sus coincidencias para reflexionar en torno a las sociedades actuales.

Por un lado, los tres sostienen que el igualitarismo es un elemento que comúnmente se asocia con la izquierda y no con la derecha lo cual puede explotar la izquierda desarticulándolo del discurso liberal, de modo que deje de ser uno de los elementos ideológicos y políticos de los grupos y las clases sociales en que descansa en cierta medida el sistema hegemónico establecido, y rearticulándolo en su discurso ideológico, político y económico, de modo que lo incorpore paulatinamente junto con la democracia y la libertad a su discurso: "casi se diría que el binomio igualdad y desigualdad gira alrededor del concepto de izquierda" (Bobbio, Loc. cit. p. 132).

A nuestro juicio de esta forma la nueva izquierda, las nuevas izquierdas, deben aprovechar el hecho de que los individuos, los grupos y las clases, que representan distintos sujetos en las sociedades actuales identifican el igualitarismo con su discurso ideológico y político y tienden por ello a reconocerse en él. Esto produce las siguientes ventajas frente a la derecha: aumenta su presencia, su legitimidad y su autoridad ante individuos, grupos y clases cuyo apoyo político e ideológico es hoy imprescindible para la izquierda, ya sea como electores que pueden votar por ella (y que pueden aumentar gradualmente), que como sujetos con quienes puede constituir sujetos políticos.

A esta ventaja le añadimos otra, que los distintos sujetos de izquierda mantienen sus identidades y autonomías, sin que se vean obligados a convertirse en aliados de los diferentes sujetos de derecha que inundan los espacios políticos e ideológicos en las sociedades actuales, sean capitalistas avanzadas, en vías de desarrollo y socialistas en transición. Esto aumenta considerablemente las

posibilidades de que construyan nuevas articulaciones hegemónicas y de que organicen las relaciones sociales sobre bases distintas, (aumenta las posibilidades, pero no garantiza que así suceda porque como hemos señalado lo social no puede determinarse 'a priori').

Finalmente señalemos otro aspecto del rendimiento teórico que se desprende de las coincidencias entre Mouffe, Laclau y Bobbio.

Los tres destacan que el igualitarismo ofrece actualmente a la izquierda la posibilidad de constituirse como un conjunto de sujetos políticos capaz de conservar y aumentar su legitimidad, su presencia y su autoridad ante la sociedad civil, manteniendo su identidad y su autonomía ante la diversidad de sujetos políticos entre quienes destaca la nueva derecha,

Y está obligada a explotar esta posibilidad porque compite con éstos en condiciones adversas, como son actuar en sociedades de mercado, que dominan buena parte del mundo y que ofrecen a otros actores políticos mayores alternativas hegemónicas que a la izquierda, en un momento histórico en que la descomposición del socialismo la tiene a la defensiva, y en que plantear el surgimiento de nuevas sociedades es especialmente difícil.

Estos tres autores enfatizan que las izquierdas deben incorporar el igualitarismo a su discurso para construir las equivalencias ideológicas y políticas entre los diferentes grupos y clases con quienes pretende constituir nuevos sujetos políticos (que pueden ser la base para forjar otras cadenas de equivalencias), y generar las condiciones bajo las cuales construya nuevas articulaciones hegemónicas, en un contexto caracterizado por la proliferación de sujetos autónomos y de formas de organización y de acción políticas nuevas.

Y destacan que las izquierdas requieren considerar que en el momento histórico actual, también las derechas pretenden forjar nuevas relaciones hegemónicas constituyendo nuevos sujetos políticos integrados por grupos y movimientos de distinto tipo, a partir de un discurso ideológico cuyos ejes son rescatar un orden jerárquico que considera las desigualdades como justas, fomentar la división social basada en el elitismo, limitar el peso de la política, de la democracia y de los derechos individuales y acentuar la apropiación individual y el peso de la economía en la sociedad.

En el primer inciso de las conclusiones planteamos que las derechas actualmente pretenden unificar posiciones sujetos acentuando un rasgo que la caracteriza, que es considerar las distintas desigualdades individuales y colectivas como naturales y legítimas, acentuar que las diferencias entre los seres humanos proceden del individualismo, la tendencia a la apropiación, y que limitar el igualitarismo, las libertades y la democracia no atenta contra ellos sino que forman parte de los ajustes que el capitalismo requiere para seguirse reproduciendo.

El problema para las izquierdas es que las derechas han logrado avances importantes en esta dirección, articulando ideológicamente a sujetos en torno a su discurso y aumentando los controles sociales, restituyendo un orden jerárquico que va ganando terreno en distintas partes del mundo. Han extendido el discurso liberal-conservador que busca conjugar la defensa neoliberal de la economía de libre mercado con el tradicionalismo cultural y social profundamente anti-igualitario y autoritario del conservadurismo, y que pretende limitar el campo de las luchas

democráticas manteniendo las desigualdades existentes en numerosas relaciones sociales:

“La reacción conservadora tiene, pues, un carácter claramente hegemónico. Ella intenta transformar profundamente los términos del discurso político, y crear una nueva *definición de la realidad*, que bajo la cobertura de la defensa de la *libertad individual* legitime las desigualdades y restaure las relaciones jerárquicas que las dos décadas anteriores habían quebrantado. Tomado ideología, el liberal-conservadurismo construiría una nueva articulación hegemónica a través de un sistema de equivalencias que unificaría múltiples posiciones de sujeto en torno a una definición individualista de sus derechos y a una concepción negativa de libertad.”⁶⁷

⁶⁷ Laclau, E. y Mouffe, Ch., *Op. cit.*, p. 198.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, P. y Cerroni, H. *Liberalismo y socialismo liberal*. Caracas, Nueva Sociedad, 1993.

Bobbio, N. et al. *¿Existe una teoría marxista del Estado?* México, UAP, 1978, (Biblioteca F. Clavijero. Colección Filosófica).

----- *Estado, gobierno y sociedad*. México, FCE, 1981.

----- 'Gramsci y la concepción de la sociedad civil', en *Gramsci y las ciencias sociales*. México, s XXI, PyP no. 19, 1985. (1970)

----- *Derecha e Izquierda*. España, Taurus, 1995.

Buci-Glucksmann, C. *Gramsci y el Estado (Hacia una teoría materialista de la filosofía)*. México-España, s. XXI, 1979.

Galbraith, K. *La sociedad opulenta*. Argentina, Ariel, 1985.

----- *Naciones ricas y naciones pobres*. México, Planeta, 1986. (1975)

Gramsci, A. *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*. México, Juan Pablos, 1975. (1948)

----- *Escritos políticos*. ed. Nueva Visión, Argentina, 1980.

----- *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México, Juan Pablos, 1975. (1949)

----- *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. México, Juan Pablos, 1977. (1949)

----- *Pasado y presente*. México, Juan Pablos, 1977. (1951)

Gruppi, L. *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México, ECP, 1978.

Habermas, J. *La reconstrucción del materialismo histórico*. Taurus, 1982.

Habermas, J. *Problemas de legitimidad en el capitalismo tardío*. Argentina, Amorrortu, 1989.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemonía y estrategia socialista*. México, S.XXI, 1990.

Hobsbawn, E. et.al. *El pensamiento revolucionario de Gramsci*. México, UAP, 1978.

Laski, B. *El liberalismo en nuestros días*. Argentina, S.XX, 1987.

----- *El surgimiento del liberalismo*. Londres, Allen y Unwin, 1960.

Lenk, K. *El concepto de ideología*. Argentina, Amorrortu, 1990.

Magri, L., et.al. *Teoría marxista del partido político*. México, S.XXI, 1983.

Macpherson, C. *La democracia liberal y su época*. España, Alianza ed., 1990.
(1980)

Marcuse, H. *El hombre unidimensional*. España, Alianza ed., 1987.

Marramao, E. et. al. *Teoría marxista del partido político*. México, S.XXI, 1981.

Masi, B. et. al. *Teoría marxista del partido político*. México, S.XXI, 1988.

Mouffe, Ch. et. al. *Gramsci and marxist theory*, Routledge and Kegan, USA,
1983.

Nair, A. et. al. *Teoría marxista del partido político*. México, SXXI, 1984.

Piñón, F. *Gramsci, prolegómenos, filosofía y política*. México, CESAG, 1987.

Pizzorno, A., et. al. *Gramsci y las ciencias sociales*. México, S. XXI, 1985.

Rosenberg, A. *Democracia y socialismo*. México, SXXI, 1981. (1962)

Tocqueville, A. *La democracia en América*. España, Alianza ed., 2 t., 1989. (1835)

Varios autores. *Revolución y democracia en Gramsci*. España, ed. Fontamara, 1981.